ARTURO REYNAL O'CONNOR

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, EX-CATEDRÁTICO DE LITERATURA DEL COLEGIO NACIONAL DE ID. Y DE DERECHO INTERNACIONAL MARÍTIMO DE LA ESCUELA NAVAL DE LA NACIÓN, MEDALLA DE ORO DE LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE CALIFORNIA DE 1915 (SECCIÓN CIENCIAS Y ARTES), Y MIEMBRO HONORARIO DE SOCIEDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS NACIONALES Y EXTRANJERAS ETC. ETC.

POR LAS COLONIAS

Antes comíamos pan, porque Chile nos vendía su harina, y hoy producimos 3.000.000.000 de pesos en cereales. El colono es el primer obrero de la República, ha empeñado la gratitud nacional y el mejor gobierno será el que más lo proteja.

LIBRERIA Y PAPELERIA
~DE~
ANGEL ALVAREZ
CORDOBA 1254
ROSARIO

BUENOS AIRES
TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS. - DE L. J. ROSSO Y CÍA. - BELGRANO 475

1920

HD
1516
A7R4

LIBRERIA "IBERICA"
Dr. E. OSTA
Abogado
Rosario

DEDICATORIA

AL COLONO ARGENTINO

Que conquistó el desierto y lo convirtió en colonias, que nos emancipó del pan extranjero, que inclinó de nuestro lado y para siempre la balanza internacional, que despertó la conciencia nacional de nuestro poder económico y reveló al mundo la prepotencia y el porvenir de la patria argentina.

Su sincero admirador,

EL AUTOR.

Se de tan primera fitera
que, después de haber
el periódico y otros pa
del comienzo de la obra
nuncios a seguir publica
el tiempo y apto por de

PRÓLOGO

Este es mi tercer y último trabajo sobre las colonias (1), *y resume mis impresiones de colonizador en Entre Ríos, adonde llevóme el destino en los años de* 1898 *a* 1907, *por nuestra existencia tan compleja, a fundar una colonia.*

Pocos puebleros habían salido más al campo que yo y con mayor fruición (2). *Soy un apasionado de la naturaleza. Todo pasa y se olvida; sólo el afecto fisiocrático perdura, al través de todos los matices de esta vida,—y en un país tan bello como el nuestro, la última melancolía es abandonar para siempre sus pampas de esmeralda, sus montañas, sus bosques, sus ríos, sus lagunas con estrellas dormidas, sus varios e infinitos ganados, sus bandadas de cisnes y flamencos que obscurecen el sol, sus pájaros cantores y sus flores vivaces y perfumadas. Es una impresión puramente argentina, que, a renacer a la vida, principiaría por apartarme de cosas tan caras, porque nada más desgarrador como despedirse de lo que se ha adorado. El dolor nace del amor,—como el desengaño de la falsa ilusión,—y cuenta una tradición que nuestro caballo, al expirar en la Pampa, dirige su nublada mirada al Sur, en recuerdo de sus celebrados pastos.*

Conocía las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy,—pero no sus colonias, esas sociedades que han surgido a impulsos de nuestra feracidad y que

---

(1) El primero fué un largo escrito de 162 páginas que apareció en *Mi Año Literario* (1903), y el segundo, formó, con una Segunda Parte, el libro que apareció en 1908, con el título *Paseo por las Colonias*, de 300 páginas y en edición de 20.000 ejemplares.

(2) Digo pueblero, porque tal llamamos al ciudadano (*civi*, en el sentido romano) que pasa de la ciudad al campo.

se extienden cada día más por todos los ámbitos nacionales. ¿Son la estancia, las chacras, el campo? ¿Qué son?... Continuaban siendo, en mi imaginación, un misterio, velado por el encanto de lo desconocido, y por su enorme producción, que constituye la riqueza pública, son nada menos que un mundo nuevo que surge como otro sol de oro de los horizontes argentinos.

Todos hemos leído las memorias de los ministros, los informes de los inspectores, los libros y estadísticas oficiales, los folletos de los viajeros y las correspondencias de los diarios, y concretados, en tan noble materia, a hacer público lo que hubiere de mayor importancia práctica, todas las comunicaciones, datos y lucubraciones eran de carácter económico y administrativo. Resultó, a pesar de tanta bibliografía, un vacío: la descripción literaria de aquellas tierras, reconquistadas, después de cuatro siglos, al salvaje y pobladas por muchedumbres que, aunque inorgánicas, poseen, con todo, dogmas, creencias, ideas y sentimientos propios. Sus núcleos sociales rodean las estaciones, — forman caseríos y villorrios,—avanzan, y sus unidades, esparcidas de distancia en distancia, constituyen las sociedades coloniales que recuerdan nuestro origen nacional, y que, por lo numerosas y extensas, van en camino de transformar en trigales la Pampa entera, símbolo de la inmensidad.

Son otras minas inagotables de oro. Y este codiciado metal, no se cambia en el mercado sino a favor de faenas importantes y pintorescas. Intervienen en tan noble proceso, personalidades interesantes y tipos varios. característicos, que han producido instituciones democráticas y simbólicas, impuestas al patriotismo y respeto público, y,—lo que es más grato aún,—caracteres, usos y costumbres distintos y determinados, que diseñan una nueva sociabilidad, argentina y liberal. Descubrí, además, en las colonias, otra fuente de inspiración literaria, y anhelante de hacerla conocer y contribuir al patrimonio de la literatura nacional, aproveché la circunstancia de llevar una pluma en la

mano, para trasladar en mi "Molino" al papel, en los instantes que me dejaba libre la vigilancia del arado, lo que observé por los caminos, porque esta obra debía ser necesariamente experimental. Y como mi ideología resulta más sentimental que pura, su producto son más bien impresiones.

Así como la tierra no ofrece sus dones sino a quien la riega con su sudor, no se puede ni alabarla si no se la ama primeramente. Y no admite el amor platónico; quiere que se la are, que se la triture, que se deshagan sus terrones con amorosos dedos, que se la siembre, que se vigile con ojo anhelante la germinación y los verdes tallos, que, al madurar, tórnanse dorados, —que se recoja la cosecha con el corazón abierto, agradecido,— que se la abrace, que se aguanten con resignación las fatalidades,—y recién entonces,—que se le ha demostrado una predilección ingénita,—admite y acepta los epitalamios y los efluvios espirituales. Para tal consorcio, puso Dios en el corazón del hombre el sentimiento fisiocrático, que, cultivado, llega hasta la pasión y el delirio... Hay enamorados de la gleba que le clavan los ojos, la encienden con sus miradas y la fecundan... ¡Amar la tierra! ¡Es amar la madre común, cuna del género humano, manantial universal de vida, patria de los lagos, las flores, las aves y los pájaros, que alumbran y encantan cual otras estrellas esta vida terrestre y precaria. Consecuente con mi escrito originario, titulo este libro: "Por las Colonias", y divídolo asimismo en descripciones y cuadros. Las primeras son las siluetas de las personalidades, tipos, instituciones y simbolismos coloniales, siempre en el lenguaje sincero de la vieja verdad y destinadas más a impresionar con la vívida realidad. A los segundos, denomínolos "Cuadros", porque son realmente tales,—frutos de mis observaciones, en los que, con la mayor concisión posible, expreso la síntesis de mis visiones y lo que pensé y oí, a mi paso, de propio y característico. He hecho cuanto ha estado a mi alcance por hacerme digno, siquiera a fuer de admirador, del magno asunto. Todo escritor debe amoldarse a su tema, y cuando el sentimiento lo requiera, me alistaré

entre los discípulos de Lamartine, con todo de estar en decadencia. Poseo sólo la facultad de sentir y apasionarme de cosas nobilísimas, para oponer el entusiasmo al materialismo creciente. Nada más.

Juzgando psicológicamente este trabajo, resulta de ideología sentimental, y se funda sobre dos afectos ajenos al alma contemporánea, materializada por la reciente guerra hasta la insensibilidad: el amor a la naturaleza y a la madre tierra.

Son tantas las correcciones y las nuevas descripciones y cuadros de este libro respecto de los anteriores, que, más que una tercera edición, pretende ser uno nuevo sobre las colonias, y por un impulso de patriotismo literario, algo más también que los esbozos de las creaciones del mundo maravilloso y fecundo que se levanta en los horizontes patrios: la aparición de otra rama de la literatura nacional. Aunque no sea al presente más que un brote, ya la entreveo en el futuro extendida, inmensa, dando sombra a los cultores que me sobrevengan.

Estoy sorprendido de cómo la agricultura moderna, al resolver nuestro destino económico, ofrece asimismo otro manantial literario. Sediento de amor a la naturaleza, bebí el agua fresca en sus raudales cristalinos, y como a Fray Luis, "se me cayeron estas florecillas de las manos". Agrestes, no puedo menos que anhelar que conserven, hasta que vengan otras más radiantes, su perfume y color virginales. Y aun deshojadas y secas, serán los primeros documentos que atestigüen la existencia de una nueva rama de la literatura patria, porque son las impresiones y observaciones experimentales de largas y numerosísimas excursiones por las tierras labrantías y las visiones de un colonizador y escritor. ¡Cuántas veces no empujé también el arado en los campos vírgenes y en los rastrojos!... ¿Quiérese una literatura más colonial?... Ya vendrán el canto clásico del colono, sus himnos de gloria a las cosechas superabundantes, las églogas, las bucólicas y la fuerte prosa que de-

mostrarán la prepotencia de una raza vencedora del desierto y de todas sus inclemencias y fatalidades (1).

Allá va, entretanto, este tercer libro sobre las colonias. Ansío, como a hijo de mi claustro mental, que nutrí con la savia de mi cerebración y de mi fuente afectiva, que las ráfagas de la publicidad le sean propicias. No lo defiendo. Que se debata solo, como el esquife que se lanza a la mar, que, si tiene algún valor, triunfará sobre todos los escollos naturales de la publicidad. Creo en el ideal de la verdad.

Sólo sostengo que digo lo que pienso y lo que siento,—en lo que consiste la moral del escritor y la fe que pueda inspirar. Ahora,—quizá porque emerjan sus páginas, como los tallos del trigo, también de la gleba, aparezca con la rudeza de la agricultura incipiente. No será extraño: hasta la justicia es dura,—la libertad, rígida, y la verdad, amarga...

A pesar del carácter puramente literario de esta obra, expongo y desarrollo en ella algunas ideas sociales contrarias a las predominantes en la opinión, y las defenderé con ardor, porque las creo verdaderas y se relacionan con la libertad y la civilización argentina. Por ejemplo: he hallado derrumbado al colono y repulsado del afecto nacional, porque, en general, es extranjero, y somos todavía bastante latinos para llamarle bárbaro. Educados, por otra parte, en el romanismo antiguo, creemos que si hay un pueblo, las sociedades superiores y el gobierno deben sostenerlo, y nuestro querido labrador, símbolo popular, es, en vez de soberano, condenado por la producción mundial al yugo y sin otro derecho que el de trabajar. Yo lo coloco sobre su pedestal, y lo señalo al amor público, porque se ha vinculado a nuestro suelo por lo más propio: el sudor, y porque ha constituído su hogar con hijos argentinos. El mismo es argentino de corazón.

---

(1) Hay todavía otra rama más reciente de la literatura nacional, que, — yo llamaría, — del desierto patagónico, producto asimismo de nuestro suelo privilegiado, con sus diferencias características e iniciada por el señor E. Orozco, en *La Nación*. La pulpería, por ejemplo, es boliche y un artículo que publicó este escritor sobre *Los vientos de la Patagonia*, era digno de Andrade.

Hercúleo, hermoso, sano y virtuoso, es, además, ariano, y condensa las fuerzas superiores de la humanidad. No representa la barbarie; es el obrero de la industria nacional por excelencia, que, en todas las naciones cultas, es civilización; es el creador de la riqueza nacional, y quien nos salvara en otras horas de crisis económicas y financieras. Hoy mismo, en la que arrecia el comercio y las industrias y paraliza las transacciones, es nuestra única esperanza,—y desde que lo instituímos en productor, reclamo,—mendigo para él, por las mismas conveniencias públicas,—de parte del gobierno: ejercicio de todos los derechos,—en lo que únicamente consiste la verdadera libertad, justicia y seguridad,—y del pueblo, respeto, consideración y, sobre todo, amor; si no, lástima siquiera, porque aunque trabajara bajo la protección oficial y las bendiciones populares, tiene el cielo..., que, para castigar a los malvados, manda sequías, inundaciones, langosta, heladas, granizo, borrascas inoportunas, pestes y todo género de fatalidades! ¡Y después de triunfar contra el poder divino y humano, todos quieren explotarlo: los ferrocarriles, que tienen sus aristocráticos directorios en Londres, el exportador, el acopiador, el bolsero, el terrateniente..., hasta su compadre el pulpero! ¡Yo no sé cómo produce entre la langosta solamente! ¡Y todavía más impuestos, exacciones, injusticias, persecuciones de obscuros comisarios, inseguridad, como si aun sembrara entre los indios!... ¡No,—no es posible! Esto no es propio de nuestro país, noble por el liberalismo. Ya no hay esclavos, y sólo se puede trabajar en la libertad. Defendamos todos al colono. Que el gobierno, por sus propios intereses y los públicos, lo ampare, lo proteja. Si lo abandona, que lo ame el pueblo. Es su mejor carne, su alma, su más altivo y soberano representante. He aquí nuestra divisa social. Si es el último venido, es el primero, económicamente, de los contemporáneos.

En esta manera de apreciarlo, difiero asimismo de los anteriores escritores respectivos, que, por alabar no sé qué..., le dejaron presa de sus amos. Yo, en nombre de la verdad, reclamo la gratitud pública, porque es la única que, ante el proble-

ma de su seguridad individual, puede otorgarle las libertades que le faltan, o, en su reemplazo, el amor del gran corazón argentino, que serían las alas que lo levantarían de su caída.

No hay asociado más importante que el colono. Es el productor por excelencia y considera sagrado el estado social, en tanto que los obreros de las ciudades se declaran a cada instante en huelga, las mantienen en constante zozobra y pretenden, bajo las nuevas banderas rojas del maximalismo y bolshevikismo, pasarlas a cuchillo. Cuando estos anarquistas van a su choza a corromperlo, no los deja pasar de la tranquera, y prefiere, aunque sea simple locatario, seguir arando, al calor del afecto de la familia y de su vaquita.

No me adelanto a la crítica. Sé que desierto es paraje deshabitado, solo, despoblado. ¿No estaba antes habitado por los indios?... La soledad y el vacío, pues, que nunca existieron, no son una condición específica del desierto,—y permitidme, lector, que algunas veces, al sentirme solitario en las extensiones vastas y mudas, por más que entre los crecidos trigales hubiese, en largos trechos, cabañas que no veía, lo haya llamado tal en sentido filosófico y figurado. Imagíneme que subsistiendo, nuestra patria diluíase en la inmensidad del universo, sin otro límite que el horizonte eterno,—y cuando desaparezca realmente, deberemos reemplazarlo con la ilusión de su existencia, porque sin él hasta nuestra nacionalidad perdería el carácter altivo que la distingue. Será,—¡qué queréis!—ensueño de mi delirio de grandeza patriótica, pero considero al desierto el mejor pedestal del orgullo nacional.

El presente trabajo, por su ampliación a las demás colonias de la República, pierde su primitivo color entrerriano, aunque las personalidades, instituciones, costumbres y usos de todas ellas sean iguales. Ni se diferencian tampoco las chacras y aldeas rusas de las de las estepas de Rusia, y serían semejantes a las de Gales, Irlanda, Escocia, Canadá, Australia, Far

West, etc., etc., si inmigraciones superiores hubiesen venido a civilizarnos, al calor amoroso de las libertades populares.

Los "Cuadros", de consiguiente, son nacionales. Lo afirmo desde luego, por si alguien creyere ver en ellos la estrechez del espíritu localista,—porque todos no podían halagar las vanidades del terruño. Antes de conocer las colonias entrerrianas, había visitado numerosísimas de otras provincias, y muchas de ellas se refieren asimismo a las de la provincia de Buenos Aires, a que pertenezco, y a los territorios nacionales.

Aparte de que profeso la literatura de la verdad, hasta donde sea susceptible de decirla,—no hay en ninguno de los referidos cuadros la pretensión de herir ni de ridiculizar,—ni siquiera ironía,—ni tampoco crítica para corregir costumbres, con todo el deber que tiene un escritor de poner su pluma al servicio de la educación moral. Sabía que pasaba por núcleos primitivos de población, y no me extrañaban sus prejuicios y preocupaciones, y si los descubrí apenas, fué precisamente porque sus orígenes están en las grandes ciudades.

Estas son, al fin, las culpables, por no haber dado ejemplo de cultura, y ellos no han sido sino los herederos forzosos. No pretendo, con mis cuadros, más que hacer conocer la vida y usos coloniales a los que no han visto aquellas sociedades primitivas,—nada más,—sin ningún espíritu preconcebido, haciendo, por patriotismo, los más fervientes votos por que se despojen algún día de las preocupaciones y usos que las corroen y deprimen. Y los defectos apuntados, por último, sólo son de los poblados más o menos incipientes, porque en las verdaderas colonias no hay tiempo de ocuparse del prójimo.

Anhelo que prenda esta yema que injerto en el tronco de nuestra literatura, para que, con el cuidado y esfuerzo de los cultores excelsos, se convierta en rama y produzca flores dignas de ponerse en los altares patrios. La patria independiente y organizada, reclama ahora, más que la sangre de sus hijos, las guirnaldas de sus ingenios, para ser todavía ilustre entre los pueblos. Se muere también por las ideas, y el genio literario es el orgullo de la humanidad.

Será también para mí la más intensa de las satisfacciones, si contribuyo a que los que me honren con su lectura amen, en nombre del arte o de la naturaleza, los trigales desiertos tanto como yo.

Casi todas las descripciones y cuadros aparecieron en "La Nación", "La Razón", "El Diario" y "Caras y Caretas", como un adelanto a este libro y le abrieran paso entre la enmarañada publicidad. El lector recordará que, para que se explicaran por sí mismos, llevaban el apéndice "de la colonia", no sólo porque el médico, el maestro, el cura, la capilla, la escuela, la tormenta, etc., etc., no eran los mismos de los poblados, sino para despertar la curiosidad y demostrar, con su originalidad, que sobran las bases para la fundación de una literatura colonial. Escritos, por la variedad de los temas, en forma de artículos, aparecen hoy en libro, con insistencias sobre tópicos, frases y aun palabras, y aunque chocarán al oído las mantengo, porque busco, más que el eco estético, el convencimiento de la opinión social sobre una verdad que vale más que ellas y la forma literaria y que créola redentora, humana y patriótica: la admiración al colono y su libertad. El propagandista de ideas, si quiere verlas caminar y triunfar, debe machacar en el yunque del sentimiento popular. ¡Quiera Dios que algún día le veamos siquiera sobre el pedestal del amor público!

Si el colono es el obrero de la producción nacional, el gobierno más lógico, justo y civilizador, será aquél que lo ampare con su influencia y le manifieste su predilección, para ejemplo de los demás ciudadanos y progreso de la patria. (1)

---

(1) Hay pausas intermedias entre el punto y coma y la coma, y sin pretender innovar, pongo, cuando no son fuertes, tras de la coma, una raya. Y en otros casos también, como advertirá el lector, para la mejor lectura. Grato me ha sido ver que algunos escritores proceden igualmente.

LA LLEGADA

¿Diré cómo y por qué me hice colonizador? En dos palabras: dado, desde joven, a especulaciones territoriales, adquirí, hace algunos años, un campo en la provincia de Entre Ríos. Deseoso de venderlo, fuí a visitarlo, como si fuese un gran señor,—porque no lo conocía ni de vista. ¡Así somos nosotros, los nietos de la Puerta del Sol! Cerebralmente especulativos, adquirimos propiedades sin conocerlas, y somos capaces, viendo flamear una bandera de remate, de entrar y comprar un lote en la luna, sin averiguar previamente si hay tierra, y arriesgamos muchas veces mil para ganar uno.

Estaba situado en el departamento de Gualeguaychú, y en viaje, surcando el hermoso Uruguay, supe por una persona entendida en campos, que conocía el mío tanto como yo lo ignoraba, que no era propio para ganadería, y que si me empeñaba en deshacerme de él, no tenía más que venderlo a colonos. Felizmente, estaba ya mensurado y dividido en grupos y concesiones, como se llama a las chacras en las colonias.

Llegado a Gualeguaychú, me trasladé, por la vía férrea, a la estación Urdinarrain, que era la más próxima a él.

Era ésta, como lo indicaba su nombre, nada más que una estación, porque apenas la rodeaban, de uno y otro lado de la vía, una docena de casitas.

Es necesario saber lo que es una estación de ferrocarril en las provincias. Por lo pronto, nada de pueblos; la estación, como un aduar, se levanta en el desierto, sin otra compañía que los zumbidos de los hilos del telégrafo, y los trenes, a manera de novedades fantásticas, pasaban sólo dos o tres veces por semana, volviendo a dejarla sumida en la misma orfandad.

Afortunadamente, ésta tenía la compañía de las mencionadas casitas, nacidas a impulsos del movimiento colonizador de la redonda, y, a lo lejos, blanqueadas y nuevas, parecían bandadas de gaviotas alrededor de un matadero. ¡Un caserío! En prueba de que dondequiera que surge una población aparece la vanidad humana, las casitas de la izquierda se llamaban *Villa Mitre,* y las de la derecha, *Villa Florida,*—pero últimamente pareciéndole al gobierno que eran muchos nombres no siendo brasileño, los unificó y le puso, para terminar tal anarquía, el de Echagüe, que era el de quien gobernaba entonces la provincia,—para demostrar una vez más que la gloria también principia por casa.

Y yo, imitando al gobierno en el derrocamiento de nombres, eché el suyo también abajo, y, fiel a la estación, díle el de Urdinarrain. Sí, señores, el del inmortal y nunca bien ponderado pueblo de Urdinarrain, aunque, por tantas erres, serruchábame la garganta. La historia contemporánea ignoró este golpe terminológico, porque se redujo, en mis relaciones postales, a fechar allí mi correspondencia, y todo pasó dentro de mí mismo, sin que nadie supiera nada.

Nunca me olvidaré de la mañana que llegué. Mientras buscaba, con la vista, un carro que transportara mi equipaje, me pregunté: "¿Adónde?"—porque sabía que allí no había hoteles, ni fondas, ni casas que los valieran.

En el andén, paseábanse unos individuos afeitados, vestidos de negro, hablando alemán y que resultaron ser rusos, — como sucede con tantas cosas en esta vida: que no son lo que parecen, ni parecen lo que son. En los bancos, estaban echados algunos peones. ¡Ni una cara amiga! ¡Y era una mañana de diciembre, diáfana y cristalina!

Pláceme, para diferenciar de las comodidades urbanas, pasar por estos apuros, y me dirigí al jefe de la estación, quien, enterado de mi propósito, principió a rascarse la cabeza, como diciéndome: "Aquí no hay alojamiento para una persona de su condición. Quizá allí—agregó—quieran cederle alguna pieza", — refiriéndose a un edificio grande, cuadrado, que estaba

enfrente,—porque la voz alquilar también era ajena al vocabulario local.

Me dirigí hacia él, y, al acercarme, noté que era una tienda.

El propietario era un joven, y escuchó mi proposición con regocijo, porque era soltero y padecía del fastidio, ese microbio que ataca a los que no han aprendido aún a vivir consigo mismos. Ordenó que desocuparan y limpiaran dos piezas llenas de cachivaches, que daban a la vía férrea. Comería con él y sus dependientes. ¿Y el pago? Fácilmente lo arreglamos, a pesar de las costumbres hospitalarias del lugar,—habiendo tenido el honor de introducir allí el canon con pensión,—y lo digo, no obstante mi modestia, sin pretender sacar patente, sólo para probar que he inventado algo en esta vida (!).

Instalado, — amuebladas las piezas con una mesa prestada por un vecino y un ropero por otro, y acomodado mi equipaje, — pensé en una persona que me hiciera de mucamo, — que me trajera y llevara la correspondencia, — que me sirviera en las innumerables necesidades de mi nueva vida y sobre todo que me acompañara en mis futuras excursiones.

¡No hay como un paraje donde reine la miseria, para que todo sea fácil, abundante y barato! —Al revés de lo que se anhela! Docenas de mocetones se me presentaron inmediatamente, y como si me favoreciere la suerte, elegí uno bajo, flaco y de veinticinco años, más o menos. Activísimo, sus ojos resplandecían de viveza, y más sano que un gato, era el ideal que buscaba.

—¿Cómo se llama Vd.?

—Gumersindo Pérez.

—¿Gumesindo, dirá Vd?

—Gumersindo.

Comprendió que la r se me había quedado clavada en la garganta. No me pasaba.

Aunque nunca juzgo por las primeras impresiones, hay muchas cosas que me [illegible]idian en esta vida. ¡Ciertos nombres!... Precisamente [illegible] de Gumersindo, — y notando, en

su vivaz mirada, que me hallaba razón, le dije sin ambajes, que como debía llamarlo por su nombre, necesitaba que tuviese uno corto, y, sobre todo, serio...

—Mi padre... — balbuceó.

"Los padres, a la verdad, sin darse cuenta del efecto trascendental de los nombres en la vida, suelen ponerles a sus hijos unos sacados de sus molleras, tan asnales y ridículos, que más parecen colas de papel en los faldones, para que se ría la humanidad entera" — me dije, — y no dudando del buen juicio de Gumersindo, propúsele cambiar de nombre.

—¡A dónde vamos con Gumersindo! ¡Eso está bueno para un senador por...! Tendremos, cuando te llame, la mofa de la gente, — le dije.

Un relámpago de alegría iluminó su rostro, — como si existiere un segundo bautismo, — y para agradarlo más, agregué:

—Elija usted mismo el nombre.

Como titubeara, y el asunto corría prisa, — porque no quería dar tiempo a llamarlo Gumersindo, — le pregunté:

—¿Le gusta Juan, Pedro, Antonio?... — porque tengo predilección por estos nombres para los hombres, aunque sean vulgares, por lo varoniles, fuertes y rápidos.

—Pedro, — porque me llamo Gumersindo Pedro, — me contestó con alegría.

Quedóle, sin más ceremonias, el nombre de Pedro, teniendo en seguida la satisfacción de que todos le llamaran tal con agrado, — y así se creyó él también, por la sugestión, mientras el de Gumersindo se perdía en el olvido.

A este género de servidores, en el campo, es preferible otorgarle una mayor confianza, para sacar de él todo el provecho posible de ideas y experiencias. Inspiran, por su mejor conocimiento de las costumbres y peculiaridades del pago, respeto, — y haciéndose Pedro cargo de mi equipaje, exclamó, enterado del objeto de mi viaje:

—¡Todo esto es inútil! — refiriéndose a un apero, montura, mandiles, cojinillos, sobrepuesto, etc., que había traído.

Azorado y desagradado, — porque eran mi principal orgullo, — le pregunté:

—¿Por qué?

—Porque aquí sólo los pobres andan a caballo. Para viajar en las colonias, se usa el sulky. ¡Y nosotros, que andaremos cientos, miles de leguas!... A la semana quedaría Vd. imposibilitado y sin haber hecho nada, — me respondió.

"¡No ves!" — me dije, — al notar que recogía ya los efectos de mi sistema—y principié por tutearlo.

Detesto, en nombre de la educación moral, la ley del temor, y prefiero, en los que debo mandar, el respeto y el afecto, — si los merezco.

Pedro era inteligentísimo, sagaz. Enterado de todas las mañas del campo, era baqueano en todos los caminos de su tierra, y si ignoraba, por su modesta condición, la historia política de Entre Ríos y de sus estadistas, garanto al lector que conocía en cambio, como pocos de sus paisanos, todos sus habitantes y marcas. Sorprendido muchas veces de su salud, actividad, audacia y talento natural, me decía: "¿De adónde salen estos tipos?... ¡Del campo! Los produce como hierba, y librados a sus instintos, sus dotes desarróllanse hasta lo último, y se crían ágiles, fuertes, vivaces, aguerridos, mientras que en la ciudad, con las regalonerías, se vive y muere a medio crecer.

Desconsolado quedéme cuando alcé la mirada y ví a mi flamante apero, cojinillo y arreos, horquetados en lo alto del muro para refugio de las arañas. Un puñal,—que compré para las ocurrencias campestres,—quedó relegado al inocente oficio de cortapapel (!). ¡Cómo cayeron mis silvestres sueños, porque pensaba darme corte,—como dicen en las ciudades,—de paisano andariego!

El caballero quedó transformado en cochero,—pero, al fin, consolado, por la ventaja de andar en sulky y porque usaba también... botas. ¡Oh, las botas!

El dueño de casa reíase, con su habitual hilaridad, ante mi peregrina idea de vender tierras.

"¡No ve...!" — exclama, señalándome la langosta saltona que invadía el territorio e iba en camino de devorarse todo. Los habitantes del lugar eran pobres; las casitas que rodeaban la estación, aparte de las de negocio, tenían una o dos piezas a lo sumo; sus moradores, por lo general, eran carreros o peones que trabajaban en las cosechas, y cuando aparecía la langosta, se transformaban en sus tenaces matadores oficiales a un peso y medio por día. Poseían sólo su incierto pan; muchos, numerosos hijos, y algunos, un mancarrón flaco, luciendo un deshecho recado. ¡Cuántos no andaban descalzos! "¿Y entre éstos,—parecía inquirirme,—quiere usted hallar compradores...!"

El espectáculo del acridio que avanzaba y asolaba cuanto hallaba a su paso, descorazonaba efectivamente, y al pensar que no dejaría tras sí sino miseria y hambre, dábame ímpetus de regresar.

¡Adelante! ¿Qué hacer?... Convencido de mi vano empeño por opiniones autorizadas y diversos viajes a las colonias vecinas, púseme a reflexionar. "En Buenos Aires, no quieren saber nada de campos en Entre Ríos,—me dije,—y aquí no hay más que pobres colonos, que, luego de la trilla, apenas quédales dinero para abonar las deudas anuales. Todos ellos no alcanzarían a comprarme el mío, y sólo unos cuantos tendrían para una chacra. ¡No tengo más que colonizar!"—exclamé, por último, con desconsuelo, fastidiado. Este verbo solamente me aterrorizaba. No era el trabajo lo que me retraía. Es que,—dirélo con franqueza,—soy enemigo de afrontar tareas que no se puedan dirigir con las facultades mentales. "¡Adelante!"—me repetí,—y considerando que, en los instantes críticos, debe uno dejarse de correspondencia, cartas de recomendación y esperanzas, púseme personalmente en campaña,—y le comuniqué a Pedro mi proyecto de formar una colonia en mi campo, como el único medio, por el momento, para aprovecharlo y venderlo.

No extrañes, lector, esto último. Pedro era, subjetivamente, en mi desierto, con todo de ser casi un criado, mi único

compañero, y lo asociaba, por su vivacidad y experiencia campestre, a todos mis pensamientos y anhelos. Estaba destinado a ser también mi baqueano y consejero,—mi mejor y único amigo allí,—y para someterlo a mi dominio lo atraía a mi afecto.

Amaba el campo, y sus costumbres me eran familiares. Recuerdo que, cuando pasaba mis vacaciones de estudiante en estancias, prefería los dormitorios próximos a los corrales de ovejas, precisamente por el olor a estiércol y los balidos. Ahora mismo, no sé qué atractivo hallo en estas dos cosas antihigiénicas, fuera de ahí detestables. La soledad y los animales me placen cual la mejor compañía, y al pasar por un tambo, el olor a leche y el del trébol en las ráfagas precursoras de la lluvia henchen mis pulmones, hasta mi corazón,—y la fantasía me transporta a las planicies a saborear los recuerdos juveniles. ¡Las veces que durmiendo, y aun despierto, soñaba con el chirrido monótono y lejano de las tropas de carretas a media noche!

¿Quiérese, instintivamente, un partidario más sincero del campo? ¿Qué me retraía entonces? Que mi tarea, en vez de resolver mi problema económico, fuérame, no obstante todas las fatigas, inútil, contraproducente. "¡A la acción!"—díjeme, decisivamente—porque, de lo contrario, por pensar, no se ejecuta, al fin, nada. "¿Y dónde hallar los colonos?" "En las colonias, como a los pájaros en los bosques. Unos comprarán al contado o a plazos,—otros, arrendarán, y los que no tengan dinero, pagarán con trigo"—me respondí. Tal era mi proyecto. "¡A caballo!"—quiero decir, en sulky.

MI MOLINO

Cuenta el encantador Daudet que compró en la Provenza ante notario, para sus tareas literarias, un vetusto molino y que una noche solitaria, al tomar posesión del inmueble abandonado por la invención del vapor, hallólo invadido por las plantas parásitas brotadas entre las grietas de las peñas y a una generación de conejos calentándose las patitas, en sus umbrales, al resplandor de la luna. Yo, con más derecho que el autor de Jack,—porque era colonizador, — tenía el mío,— y lo componían las dos piezas del edificio grande y cuadrado que alquilé a mi llegada. Una de ellas era mi escritorio comercial, y, en los ratos desocupados, servíame de refugio literario, donde la pesada piedra de mi chirumen, movida por las alas del pensamiento, sacaba del grano de las ideas la blanca harina de la verdad o la belleza. Al tahonar la molienda literaria, llegaría la hora de aventar.

En aquella pieza tenía colgado en la pared el plano de mi colonia. Allí entraban y salían los interesados, y como, por lo general, no tenían dinero, todo reducíase a charla de mostrador. Otros, que hacían de corredores, me decían: "Fulano tiene plata, porque ha trillado mucho. Vendió su chacra para comprar otra más grande, una trilladora o unos animales. ¡Es rico!" Me encogía de hombros, porque si el hecho era cierto, la tal riqueza consistía en quinientos o mil pesos que había prestado, desgraciadamente, a un compatriota suyo y que no se los podía devolver.

Los rusos me hacían mucha gracia. Miraban el plano con sus rostros afeitados, de sacerdotes, azorados,—quedábanse admirados ante la inmensidad de chacras,—clavábanme los

ojos, al parecer, con envidia,—hablaban en su lengua, discutían a gritos, como si interpretaran una parábola de la Biblia, y después me dirigía alguno la palabra. Como estaba cansado de masticar idiomas extraños, y en los que sus habladores, a mi juicio, tampoco se entendían, le hacía señas al interlocutor que trajese un intérprete. Venía al rato con algún impertérrito bebedor de la pulpería más próxima, que me decía:

—El señor...,—refiriéndose al ruso,—quiere comprar estas dos chacras,—y las señalaba en el plano.

—Perfectamente...—les contestaba.

Dábales, en seguida, el precio. Como era bajo, lo aceptaban con regocijo,—hasta se permitían felicitarme, a fuer de algo político. Todos querían chacras, y se precipitaban sobre el plano para elegirlas. "¡Todo vendido!"—me decía, cuando,—¡oh, decepción!—no tenían ni un centavo.

"¿Y con qué pensaban comprar?"—me preguntaba. Con los saldos de la cosecha inmediata,—como si dijéramos las ilusiones del porvenir. Era el primero en desear que fuera fructífera, superabundante,—pero como me resistía a reservarles la tierra, porque, entretanto, podrían venir otros que tuviesen dinero, me miraban con caras de lobos, saliendo poco menos que aullando, y me dejaban, por todo boleto de venta el escritorio lleno de escupidas atabacadas y el aire ardiendo, agrio, del humo de sus pipas hedientes a alquitrán podrido. Soy más bien pródigo, y, en mi modesta posición, hice numerosísimos servicios asombrosos e importantes que fueron devueltos con la consabida ingratitud. "Quizá,—me dije,—haya llegado hasta estos destierros mi fama de tal, y crean estos individuos que soy algún degenerado, que vengo, en nombre de la fraternidad universal, a repartir tierra entre los hombres",—y me puse a averiguar si dependía de mí. "Así son con todos los propietarios!"—me contestaron.

Tienen tal avaricia por la tierra, que sueñan de noche con ella, y a modo de los jugadores, gustan de comprometerse, seguros de que la próxima cosecha será proficua. Si no recogen nada, se encogen de hombros ante la palabra empeñada. Na-

die les hace caso. Es una manía. No obstante, siempre hacía votos por que tuviesen dinero al fin del año agrícola, porque fueron mis primeros candidatos a compradores.

Esto convencíame de que tenía que buscar los interesados. ¿Dónde? Donde estuviesen. La quietud, también, desasosegábame, desde que hallábame empeñado en la tarea de formar una colonia, y necesitaba, ante todo, colonos, compradores o arrendatarios. Héteme así, a los pocos días, saliendo en sulky, con las estrellas encendidas, a otra excursión, ya porque a tal o cual parte llegaron unos rusos a comprar tierra o porque de una colonia desalojaban a algunos pobladores, acompañado siempre,—por supuesto,—de Pedro.

Era, en los campos, mi sombra..., mi Sancho, y yo mismo no me concebía sin él.

Las leguas no me importaban, y luego de colocar la escopeta en el vehículo, las mantas y algunas provisiones, me largaba, al amparo de Dios, por esos andurriales que era el primero en desconocer. ¡Ah! pero Pedro los conocía... como a sus manos,—y en cuanto me sentaba en el alto asiento, poníame bajo su sabia protección,—y lo más gracioso del caso, era que yo llevaba las riendas, porque, según la usanza inglesa, el "gentleman", en tal caso, debe ser "ridder" o sea, el patrón manejador.

No sentíame humillado, porque estaba en el caso de muchísimos gobernantes que aparecen gobernando desde su silla y son gobernados. Nunca puse, tampoco, mi amor propio en guiar caballos y aprender a manejar. "¡Ya sería después,—me dije, — un experto "four in hands" y maestro de otros puebleros!" ¡Otra semana, más o menos, afuera, atravesando colonias, pueblos, estaciones, villorrios, durmiendo aquí o allá! No pasaba, al fin, mala vida, al menos para la salud, por la influencia higiénica del ejercicio, de los madrugones y del aire,—y después de largos días, regresaba, desalentado o con esperanzas, a mi "Molino",—pero siempre ansioso,—porque allí estaba mi cuarto, ese refugio íntimo, donde, en sus umbrales, se abandonan todas las vanidades y fic-

ciones, y el alma, sola consigo misma, se reconcentra, piensa y siente. Allí estaban, además de mi lecho, mi escritorio, mis libros y lámpara, que me recordaban, a pesar de los años, el *cuarto*, ese nido del estudiante, que se ama con tanto entusiasmo, porque es la fragua de los sueños juveniles. En cuanto a mí, sea alguna vez rico o habite palacios, me sentiré, subjetivamente, siempre estudiante, y consideraré al *cuarto* el pedazo más querido de la patria, y, en el extranjero, el predilecto.

Híceme, al fin, en el desierto, de cuarenta a cincuenta leguas a la redonda, tan conocido, que cuando de la puerta de un rancho se divisaba, a la distancia, en la cuchilla, un puntito negro como un grano de pólvora, que se hipertrofiaba a medida que bajaba, se exclamaba: "¡Es el *doctor!* ¡Quién había de ser sino yo con Pedrito, que viajábamos, algunas veces ligero, otras, con el caballo cansado! ¡Y yo, que creía librarme, en esas soledades, de que se me refregara más por las narices mi vulgar título! Y lo peor de todo, es que aquella buena gente no comprendía cómo siendo *doctor* no sabía curar enfermedades. Tenía que explicarles que era abogado, y, al cerciorarse que pertenecía al gremio enredista, muchos, en señal de repulsión, estornudaban, y sólo por la convicción de que andaba formando una colonia y vendía tierras, me consideraban, recién, inofensivo y me miraban con confianza.

Al regresar a mi "Molino", continuaba mi vida comercial o literaria. ¡Cuánto no escribí solo, como si la familia o la vida urbana fuesen un inconveniente para el pensamiento! Si me levantaba temprano, contemplaba, mientras estaba con la péñola o leía, la salida del sol, iluminarse el espacio, los campos, secarse el rocío, esparcirse los ganados por las laderas, aletear las golondrinas y cruzar las aves acuáticas, despertar, en fin, la inmensidad y surgir del silencio misterioso de su sueño.

A la noche, tenía recibos, porque la sociabilidad, en tal desamparo, era la mejor higiene moral. Sí, señor, venía el cura, el boticario, el maestro de escuela... El barbero no los acom-

pañaba, porque era pulpero y debía atender su mostrador. Tomábamos, a la luz de una lámpara, una taza de café,—conversábamos,—¡nada de chismes!—y los oía discutir sobre algún tema social que yo era el primero en plantear. Infaltables, —¡era de verlos llegar, lloviendo a torrentes, con las botas embarradas!—como que no estaba allí sino unos meses al año. Cuando se marchaban, arreglaba el mosquitero y untaba con ajos las patas de la cama, para ahuyentar las víboras que piaban debajo del piso como pollitos,—¡no fuera que se introdujeran, estando dormido, dentro de las cobijas!—y decíale a Pedro, para conciliar el sueño, que me contase su historia o lo que los escritores llaman biografía, dividida en partes,—se entiende,—ahora una, mañana otra, para no repetir demasiado, porque esto era cuestión de todas las noches. Supe, así, que fué también secretario de unos ingleses que llegaron a *Los Rincones* a cazar tigres, despachante de pulpería en Montiel, domador de potros, oficial de policía en Federación, revolucionario, perseguido por desacato a las autoridades, jugador, aventurero, una vida, en suma, muy superior en peligros, astucias y vivezas a la de cualquier famoso general. "Vamos a ver,—decíale una noche.—cuéntame el asalto a la pulpería por los Vergara",—y cuando llegaba al instante en que los salteadores disparaban entre los tiros de su fusil y los del pulpero, quedábame dormido, y él, entonces, despacito, apagaba la luz y se iba a descansar, dejándome entre las víboras, que, por la obscuridad, principiaban a piar como una orquesta wagneriana. Es el mejor cloral. Me permito recomendártelo, lector, para cuando, solo y lejos de los tuyos, quieras partir para el mundo del sueño,—ese hermano de la muerte, como dice Heine. Si no tienes a mano un Pedro, un tonto es lo mismo, y a falta de éste, sobran empanadas indigestas en nuestra literatura, y, frías, hacen cerrar los párpados más pronto.

Llegaba todos los años a recoger dinero, y el espectáculo de aquellos moradores pobres, pero felices, confortábame con el ejemplo. La relatividad es el metro con que nos medimos en

este mundo, y al sentirme un Creso, en comparación al más rico de la localidad, consideraba que era una herejía sufrir económicamente. Y si, por malas cosechas, los pagos quedaban para el año siguiente, los buenos libros y la molienda literaria me hacían olvidar hasta de los compromisos financieros. Llegaba el viejo Cepeda, sabiendo que había regresado; ataba al poste su mancarrón y entraba a saludarme:

—¿Qué tal, mi amigo ... — me adelantaba a decirle.

—Bien, señor, por lo conforme...

Ante tan sabia filosofía, que me enseñaba un paisano ignorante, poco menos que pordiosero, quedábame íntimamente avergonzado, y ¿por qué no decirlo? — conforme también. Las colonias son el mejor sanatorio moral. Los ceños ásperos se desarrugan, las ambiciones se calman, las tristezas se deshacen como nubes, y cada vez que surcaba el Uruguay, decíame: "¡A pensar, a vivir verdaderamente!" El espíritu recupera su soberanía, — pónese ecuánime, — los nervios se serenan, la sangre corre regularmente por las arterias, y cuando imaginábame que podría, por los vaivenes de la suerte, arruinarme, quedarme sin un centavo: "¡Este sería mi refugio!"—exclamaba, — como el pedazo de tierra más propio para vivir tranquilo y altivo entre los escombros del pasado.

¿No se gastan dinerales en casas-quintas y sepulcros? Cuerdo es también tener pensado dónde, en aquel caso, lo pasaría uno mejor. "¡Aquí, aquí!"—decíame. No hay ni idea de la riqueza. A un ruso, por poseer quinientos pesos, le llaman rico. ¡Inocentes, ángeles!—dábame ganas de llamar a los que tal creían, ante la avaricia tiburónica de las ciudades.

Llenara o no, económicamente, mi propósito, observaba, en cambio, ese mundo, que es más vasto, por sus enseñanzas, de lo que parece, y por la lucha constante con la naturaleza, altamente respetable. En las ciudades, se lucha contra el hombre, porque, por su culpa, es imperfecto; pero allí hasta con la Providencia, y el alma, en vez de envilecerse, se agiganta más bien. Su personaje principal, el colono, noble, atlético,

domina el cuadro; las tareas de arar y sembrar, encantan al contemplar al labrador surcar entre nubes de gaviotas; la siega y la trilla, maravillan; la langosta, con su colosal poderío, abate, entristece; el desierto, enseña; la civilización, complementa, y el ruso va en camino de conquistar aquél. Si iba, por algún evento, en el invierno, la lámpara era mi estufa contra el frío y mi compañero en las noches solitarias. Cuando se escribe, el resplandor que proyecta sobre el papel es impagable.

¿He descendido a superficialidades? "¿Qué es lo verdaderamente superior e interesante?"—me he preguntado. "Todo es grande y todo es pequeño"—me respondo. Tal lo tiene ordenado el mundo, y tú sabes, lector, que no trato, en este instante, sino de hacerte conocer la vida de un pueblero en el desierto, en el trance de formar una colonia.

Tengo, previamente, en cuenta que el viaje más sencillo y modesto algo enseña,—menos la experiencia, porque el hombre es tan testarudo, que sólo admite formársela en cabeza propia. Termino aquí, lector, mis filosofías, y si alguna vez te hallas en mi caso, déjate de pensar, descansa un momento bajo el ombú de la paciencia y en seguida ¡a la acción!—que las cavilaciones nublan el cerebro y sólo se sale del atolladero en el mundo exterior.

He visto las lunas nuevas lucir sus cuernos de plata en el azul; he oído como lluvia la rociada en los tejados; he sufrido heladas; me he encontrado a media noche, perdido en el campo, entre pajonales; me han azotado y perseguido aguaceros torrenciales en la obscuridad y con el caballo cansado; he bajado a tientas las barrancas de los cañadones con un fósforo encendido, en busca de paso, y he atravesado arroyos correntosos, poco menos que nadando. ¡Cuántas veces no me encontré, distraído, fuera del departamento! ¡Las ocasiones que viajé en noches de luna, blancas como mañanas! Me fué familiar despertarme bajo el techo de una aldea rusa, oyendo hablar alemán y entre muchachos y mujeres descalzos. Habité lugares infectados por pulgas y donde eran inútiles los

barridos y lavajes de los pisos de madera; volvían a brotar, debido quizá a la fortaleza de la tierra, y eran la desesperación de los forasteros. Me familiaricé con las vinchucas y me mordió un alacrán. Un día iba, rendido de cansancio, a sestear en un catre de mísero rancho, y al dar vuelta la almohada, yacía dormido un camaleón. Hice las paces con las arañas y los ciempiés, mis tradicionales enemigos, al ver a aquéllas, monumentales, trotar por el suelo, y a éstos descolgarse, del tamaño de lagartijas, de los tirantes, produciendo rudos ecos De toda esta sabandija, que aumentaba en abundancia y tamaño cuanto más al Norte, la más fastidiosa, por lo insolente, eran los mosquitos y sus primos, los tábanos y jejenes. Estos volátiles, por la confianza que se toman, pretenden nada menos que picar el rostro y chupar la sangre. Es inútil renegar contra su persistente audacia. ¡Buuu!!!... y no paran hasta que no se da uno mismo, para reventarlos, una bofetada en el rostro. ¡Qué ridícula es esta escena en la noche! Es tal esta plaga en los montes y sitios anegadizos, que los habitantes, para ahuyentarlos durante su sueño, hacen tremendas fogatas en los ranchos.

Pedro me repetía que la picadura del camaleón es mortal, y que se debía impedir que los mosquitos se asentaran en nuestra epidermis, por temor al carbunclo. "Mire usted,—díjome un día, mostrándome su dedo amputado. Hay que cortar,—agregó,—como cuando se hielan, so pena de muerte",—pero se reía de los mosquitos! "¡Quién les hace caso a esos animalitos! ¡Si fueran tigres!"—exclamaba. No tenía picaduras en el rostro, porque tapábase con las cobijas, a falta de mosquitero. "¿Cómo respiras?"—le pregunté una vez. "Estoy acostumbrado"—me contestó. Me fijaba que, en el campo, todo era cuestión de costumbre.

En el "Molino" y en el campo, observaba a Pedro, para conocer la psicología de este nuevo compañero que el destino había asociado a mi tarea. Impecable en el servicio, llegaba, con sus oficiosidades, hasta la cargosidad, y el aprecio que poco a poco me iba tomando no me impedía descubrir la fria!

dad de su alma. ¡Cuánto no me costaba entonces hacerle comprender que debía amar la naturaleza, al hombre, hasta los animales!... Muchas otras cosas más agregaría a este capítulo, que suprimo, en obsequio a la verdad, y espero, lector, que, después de leer este libro, convengas conmigo en que existe una literatura colonial.

PRIMERA EXCURSION

La primera vez que salí rutilaban aún las estrellas. A medida que la claridad íbalas poco a poco apagando, sentía el chillido de las aves, el piar de los pájaros, el rugido de las vizcachas y de los ganados, que se despertaban juntamente con el día. En cuanto la luz doró el espacio y las praderas, bandadas de patos y de cisnes cruzaron el espacio en dirección a las lagunas, y los colonos, rejuvenecidos por las frescas y perfumadas ráfagas, emprendían nuevamente las labores cotidianas.

Sólo en el campo, cual un privilegio a la virtuosa existencia, se sorprende el despertar de la naturaleza, en tanto que en las ciudades millones de habitantes ignoran lo que es una aurora. Una salida de sol es uno de los espectáculos más magnificentes de la creación.

Viajaba con velocidad. ¿Sabes, lector, lo que es un sulky...? Yo sé bien que un día se me presentará en mi biblioteca un robusto visitante, armado de un elocuente garrote, preguntándome: "¿Cree usted que sus lectores son unos bodoques?" Tengo ya preparada la respuesta: "Cuando repito vulgaridades, no son para los sabios, sino para los pobres ignorantes, que, por circunstancias de su vida, no han podido conocerlas todavía". Así, séame permitido decir que el tal vehículo es simplemente un asiento en que apenas caben dos personas, colocado sobre dos ruedas, de rayos finísimos, con sus elásticos y varas consiguientes. Nada más. Al primer empuje del animal, vuela. Es incómodo; por falta de toldo. se es víctima del sol, del frío, del viento y de la lluvia, y tan peligroso, que un accidente sería un desastre,—pero el genio

yanqui no ha buscado sino la velocidad. Con dos caballos fuertes y ágiles, alternándolos, se hacen, sin apuro, cuarenta leguas por día, o sea en diez horas, para dar tiempo a comer, dormir y descansar bien. No hay vehículo de sangre más ligero, y dos personas pueden recorrer una provincia en una semana, la República en seis meses, y también la América y el mundo entero. ¿Llegaban hasta aquí tus conocimientos al respecto, lector? "¿Y el automóvil?"— me preguntarás. Este vehículo, recientemente inventado, dejaría atrás, por su velocidad, es cierto, al sulky, — pero éste, siguiéndole la pista, lo vería, al fin, empantanado al borde de un cañadón o de un bosque, sin poder remolcarlo siquiera, tragaríase las leguas, siempre adelante, golpeándole la boca o haciéndole pito catalán.

Principiaré por decir que las colonias no son la estancia, ni las chacras, ni tampoco el campo,—quiero sacar al lector de este error primordial, — por más que se vea la extensión feraz,—sino el desierto convertido en trigales, amarilleante y ondeando por las brisas. Mares de trigo. Míseras viviendas aparecen de distancia en distancia. En vez de gauchos y paisanos, vénse extranjeros, y en los caminos no se tropieza más que con carros cargados de cereales y acopiadores en sulky.

Sólo un movimiento comercial interrumpe aquella soledad. El cielo, es diáfano,—el sol, abrasador, brillante, y guarecidas las calandrias y las tórtolas en los montes, ni un ave turba el vasto silencio. A lo sumo, un halcón o chimango cruzaban el espacio lanzando un quejido, — sin duda de tristeza al contemplar invadidos sus antiguos lares. He encontrado asimismo en las colonias un mundo nuevo, distinto del campo soñado en la ciudad, y tan extraño que, muchas veces, por las costumbres y los idiomas, parecíame cruzar las estepas rusas o las llanuras del Far West.

Con el sentimiento jurídico hipertrofiado por las injusticias contemporáneas, no pude menos, a la semana, que ascender a Pedro a Secretario, porque, en los caminos, era baqueano, — con los rusos, lenguaraz, y por el conocimiento de

las cosas y habitantes del pago, consejero, dándome, a cada instante, ideas y advertencias que me ahorraban tiempo y vacilaciones. ¡Secretario general!—ni más ni menos.

—¡Una víbora!—exclama,—y antes de sujetar, una rueda le pasó por la cabeza.—Con la calor hay muchas. Yo agarro las culebras con las manos y a las víboras les arranco la ponzoña.

Pasa un individuo en sulky, como una exhalación, ras con ras con nosotros. En la ciudad, le habría tomado por un bárbaro que querría atropellarnos, y para probarnos su consciente habilidad, nos saluda al mismo tiempo, porque en las colonias existe la cortesía y se funda en el mancomunismo y la solidaridad.

—Es un acopiador, — díceme Pedro, al contestar su saludo.

Al bajar una cuchilla, diviso una laguna llena de cigüeñas, garzas, flamencos y bandadas de aves bañándose o solazándose, y, en un recodo, una tropa de carretas que hacía fuego. Pedro, ante una alameda lejana, díceme:

Una aldea rusa...

Y descubro, al través de los árboles, las casitas blancas, y, en los charcos próximos, los blancos gansos, mansos y vigilantes.

—Es una pulpería,—díceme Pedro, al notar que me llamaba la atención una banderita que flotaba a lo lejos en lo alto de una caña.

Tuvimos que atravesar guadales. ¡Qué calor! Nos tapábamos por los mosquitos, los rostros con los ponchos y en las chacras en que se dejó la paja del trigo después de la trilla, la mosca brava se prendía a los costados del caballo, y sólo a latigazos y sacudiendo las riendas, se la ahuyentaba al fin. Entretanto, ¡qué no sufría la pobre bestia y también nosotros!

Llegamos a mi campo, — porque era lógico que recibiera mi primera visita, desde que era el objeto primordial de mi viaje. ¡Estaba al fin delante de él, ante su augusta pre-

sencia! El sol había traspuesto el horizonte, y pude, con el auxilio de su luz resplandeciente, contemplarlo y apreciarlo. Al poco de querer cruzarlo, tuvimos que dar vuelta, porque los pajonales nos tapaban. Era verdaderamente más propio para agricultura, y si quería venderlo, no tenía más que formar una colonia, porque era tal la crisis financiera, por los años repetidos de langosta, que sólo entre muchos chacareros, y contando todavía con futuras cosechas, podrían comprármelo. ¡Adelante!

Por estos parajes, mi querido lector, no hay confiterías del Aguila ni del Gas; apenas hay pulperías, y una cada diez o quince leguas. Como no soy persona de remilgos, y quería también conocer costumbres, me apeé y avancé ante la primera que encontramos. Devorábame, asimismo, una sed impaciente. No era una pulpería a la antigua, sino de las que surgen de la vida colonial, anunciada por carros y sulkys en los palenques en vez de caballos enjaezados de plata y adentro, colonos y peones en alpargatas. Nada de canchadas, ni de gauchos. "¡Adelante!"—nos dijo, desde el mostrador, la voz del pulpero,—y entramos con confianza.

—Este es un gringo usurero,—díjome Pedro, refiriéndose al dueño.—¡Figúrese que cobra a los colonos hasta el 5 o|o mensual! ¿Ve esas herramientas, rebenques, recados, etc., etc., que yacen colgados? Están empeñados. ¡Toma en prenda hasta los arados!

Apagamos la sed, y recalentados por el sol, entramos a un montecito de curros y espinillos. Desatamos, para que descansara el caballo, y yo me recosté contra el tronco de un robusto guayacán, que convidaba a reposar bajo su ramaje. En el campo, hay que dormir siesta, y yo, que estaba en sus ensayos, arrullado, al rato, por el cántico adormecedor de una pertinaz torcaz, cerré los ojos...

A la tarde, las aves acuáticas y los pájaros que habían estado, por la canícula, escondidos, respectivamente, en los arroyos y los montes, volaban: aquéllos, por el espacio, y éstos salían a los caminos. ¡Qué gusto dábanme las urracas y las

calandrias hamacándose en los alambrados! ¡Qué inmensa cantidad de estos pájaros, tan preciados por su canto! Y cuando los venteveos se subían a las copas de los álamos y decían: "Te veo, te veo"... de lejos, por sus pechos de oro, los reconocía, y mi corazón porteño se aceleraba de regocijo al recordar los cercos de Buenos Aires.

Extrañado ante los inmensos animales muertos, hinchados y con los vasos caídos, que hallábanse a cada rato, me dice Pedro:

—Es el grano malo.

Ví muchas cruces de palo negro al borde de los caminos. Ya sabía lo que significaban. Pedro, más de una vez, quiso hacerme la historia de ellas,—pero mi silencio lo enmudecía. No quería saber más de puñaladas, sino simplemente desde cuándo estaban allí. Todas tenían, por lo menos, veinticinco años. Todavía dominaba la ganadería. Nunca un colono aparecía como victimario. Esto me confirmaba que las colonias, al desalojar los saladeros y aun las estancias, civilizaban los campos, porque desaparecía el facón, que era el símbolo tradicional de la barbarie. ¡Ah, el facón!...

Al dar vuelta un camino, encontramos un grupo de gentes y oímos unos gritos.

—¡Un remate!—exclama Pedro.

Era en el Juzgado de Paz y se vendía en subasta el trigo de un colono. "Embargos"—llamaban allí a estas ejecuciones. Los acreedores no andan con chicas, y al llegar las cosechas, abundan como las perdices. Se tropieza comúnmente con el Oficial de Justicia, que va o viene de algún embargo. El colono, ante el cereal embargado, llena el ambiente de quejas, y los demás acreedores, notando que le ganaron la delantera, profieren maldiciones, — se rascan,—pero al fin comprenden que es más práctico embargar también. Así van, en orden, ensartándose como orejones al sol, hasta que unas pobres quinientas fanegas aguantan tres veces su valor en deudas. ¡Concurso!—y entre el llanto del deudor y de sus hijos que entrevén el hambre en el invierno, porque, sin semilla, no ha-

brá siembra, y sin crédito, nadie les fiará, los acreedores se enfurecen ante el descuartizamiento de la presa, y cada uno sale disparando con su pedazo. ¡Efecto de la crisis causada por la langosta, porque la gente en ninguna parte es más tolerante y familiar que en las colonias!

Iba, mientras tanto, cazando alguna presa preciada, porque, para imponer respeto en esas soledades, llevaba una escopeta a la vista. Ví numerosas lagunas, y por los caminos, a la distancia, colonos arando o sembrando,—ranchos, corrales, rodeos, parvas, galpones, graneros y máquinas agrícolas; atravesé cañadones, arroyos y ríos; visité caseríos, villorrios, aldeas rusas y numerosos colonos en sus chacras; crucé estaciones solitarias, largos caminos sin hallar un alma, campos, bañados... Dormí sendas siestas bajo de árboles, y pasé noches en cabañas hospitalarias, y a los pocos días de esta vida volandera, bajaba al pie de mi "Molino"...

. . . . . .

Fué cuanto ví de peculiar en mi primera salida, y lo relato únicamente como una muestra de lo que el lector hallará en páginas ulteriores,—fruto de mis largas y numerosas excursiones, porque ésta no fué sino un ensayo. No es posible exigir más a un pueblero domado y recalcitrante. Anduve, sin embargo, más de cien leguas, y visité todas las colonias de Gualeguaychú, internándome todavía en otros departamentos circunvecinos.

¡Qué placer, al llegar entumecido por el cansancio! El descanso, ¡cuánto no se ansía entonces!...

Pedro me miraba, como preguntándome si estaba satisfecho del viaje. Moralmente, sí, porque en cuanto salgo al campo y veo prados, arroyos, ganados y aves, mi espíritu se ilumina, como si la seriedad o la tristeza fueran producidas por el aire inficionado de la ciudad; comercialmente, no, debido a la langosta que agostó todas las sementeras y arrojó sobre hombres y cosas sombras de profunda melancolía, a pesar de hablar mucho. ¡Oh, que hablé! Aunque no poseo, fuera de nuestro idioma, sino el francés y el inglés, charlé en italiano,

alemán y ruso y en muchos dialectos occidentales. ¿Y?... No conseguí comprador ni para una chacra, sino esperanzas para cuando hubieran buenas cosechas,—sueños para el porvenir,—porque el colono delira con la tierra, como si la amara únicamente para poseerla. ¡Más sueños que los míos!

LITERATURA COLONIAL

Tenemos una literatura gauchesca, con tradiciones, en la que, en el vasto escenario de la Pampa, aparece el gaucho bajo el alero del rancho o a la sombra protectora del ombú, ya ocupado en sus faenas o preludiando en la guitarra, y en una estaca próxima, el legendario parejero. ¿Quién se ha acordado del colono, a pesar de ser el creador de la prosperidad actual, que cubrió, con sus esfuerzos sobrehumanos, los saldos internacionales, inclinando para siempre a nuestro favor la balanza comercial? ¿Quién ha descrito la labranza entre las nieblas del otoño, festejada por bandadas de gaviotas, la siega, la trilla, las fiestas y ceremonias campestres, las misas de la capilla, la agitación del molino blanqueado, las aldeas rusas, los villorrios, los caseríos y las estaciones solitarias,—los desiertos convertidos, en una primavera, en trigales dorados y ondulados como el océano,—las aguadas rebosantes de gansos, el ranchito pajizo y la familia que sucedieron a las fieras, el movimiento social y el intercambio a la soledad y la barbarie, la riqueza a la pobreza, y, por último, la inundación anual del oro sobre las ciudades, que se cambia por la moneda de las transacciones? Nadie se ha ocupado, literariamente, de las colonias, con todo de ser poderosas y encantadoras y haber empeñado la gratitud nacional.

Yo vengo a ello humilde y sinceramente, sin otros ideales que la patria y el arte. Como primer venido, "¡Salud, desierto!",—y precursor de una nueva rama de la literatura patria, demando benevolencia para estos modestos ensayos,—que no tardarán los verdaderos ingenios en iluminar sus personajes, sus panoramas y bellezas con indelebles rasgos y satisfacer las justas ansias de tan patrióticas aspiraciones.

¡Ella tenía necesariamente que venir, ya, ya, ya! No era posible que se retardara más. Escúchame, lector. Ha surgido del seno inconmensurable de nuestro territorio, a impulsos del progreso moderno que lo fecunda y enriquece, un mundo,—otro nuevo mundo: ¡las colonias! Son *El Dorado,* que la fantasía meridional entrevió en *La Atlántida,* y que saludó con mayor derecho y orgullo que nadie el centenario de Mayo. Hijas del Dios moderno,—el trabajo,—son nuestros antiguos desiertos, desde el Plata a los Andes y desde el Atlántico al Brasil, transformados en minas de oro, porque el trigo es áureo también, y vendido al pie de la trilladora o en el mercado, se convierte en oro puro, sonante. Son otra Creación, y como es humana, necesitó para ver la luz, en vez de seis días, veinte años; pero para que se aprecie mejor su grandeza, diré simplemente que antes comíamos pan, porque Chile nos vendía su harina, y hoy alimentamos al mundo entero y la próxima cosecha se calcula en 3.000.000.000 de pesos (!). En tan poco tiempo, en nuestras dilatadas pampas, que son el molde en que se funde la futura nacionalidad argentina, se han constituído sociedades con ideas, sentimientos, caracteres, usos y costumbres propios.

En medio de su inmensidad, se destaca, en vez del gaucho, la colosal figura del colono, y alrededor de las tareas agrícolas, del cuidado amoroso, desvelado, de la cosecha y su recolección, multitud de personalidades, fenómenos y cosas que deslumbran y perfilan una civilización próspera y liberal. Con el sobrepujamiento de la agricultura sobre la ganadería, el colono ha sucedido al gaucho, y soberano hoy del desierto, proyecta como un astro, por todos los ámbitos, su luz universal, fecundadora, y es el obrero de la riqueza y la esperanza del porvenir.

La cuestión primordial es que se trata de un mundo nuevo, formado casi repentinamente en nuestras pampas por las razas europeas que han venido con el noble destino de remover su privilegiada gleba. En esta capital, sólo lo conocemos por datos oficiales, administrativos y correspondencias de via-

jeros, tendientes más bien a publicar sus estadísticas y esfuerzos en la economía nacional. Entretanto, bulle allí, como producto de la vida orgánica, una fuente literaria, que, rebosante, derrama sus raudales, y al fecundar también la tierra, inspirará los númenes de sus hijos.

Las colonias y su vida fascinadora, por el mutualismo y la ingenuidad de las costumbres, yacen, mientras tanto, en la penumbra. Se ha enaltecido al gaucho y a la Pampa; pero el colono no es el gaucho, ni el chacarero, ni el ovejero,—ni las colonias, las estancias y las chacras; aquél es una personalidad distinta, nueva, y éstas son expresiones y factores de nuestros desiertos poblados a impulsos de los enormes progresos materiales que nos enriquecen y desnacionalizan. Hay un hecho indiscutible: las colonias son nuestro mundo de buenos *omes,* formado por las inmigraciones sanas, honradas y moralmente superiores, que despreciando la vida del cuentero en las ciudades, prefirieron, por su amor fisiocrático, regar la madre tierra con su sudor y convertirse en productores. Es una injusticia tal olvido, en medio de los torrentes de oro que vuelcan en el mercado y que acreditan y acrecientan nuestra fama mundial de poderosos.

Si existe una literatura gauchesca, manifestación más bien de nuestra barbarie primitiva, relegada al tesoro de las tradiciones patrias, ¿cómo no deberá aparecer otra, surgida de la civilización y con proyecciones sublimes a lo porvenir?... La preceden rayos luminosos de sol naciente, porque, donde quiera que se establece una sociedad, surgen, por el pensamiento, las ideas y los sentimientos, y, por la vida de relación, los usos y las costumbres, que crean una literatura. Llamo a ésta, que brota de las colonias, como otro trigal infinito, colonial, porque no la aprecio históricamente, al través del pasado, sino como producto vivo de una sociedad orgánica, nueva, ardiente, agitante, que convierte los páramos en minas de oro y en aldeas, avanzando día y noche y enceguecieno a las ciudades con sus progresos maravillosos. Antes, la base de nuestro estado era política; hoy, debido al arado simbólico, es

económica, y al representar la tierra de Ceres, fluirá del alma colectiva una literatura colonial, por la misma razón que hubo otra del coloniaje y una gauchesca.

Descubrirla, es mi patriótico empeño. Sin pretender crearla,—porque ella es obra de la vida social,—soy, empero, su iniciador,—quien puntea la dura costra terrestre, abre la excavación y extiende la primera hilada de cimientos. ¡Salud, lectores! No soy el inspector oficial de colonias, ni el estadígrafo, ni el corresponsal, que eleva informes al gobierno, toma apuntes o remite correspondencias a su diario; no,—soy el viajero que, convertido por el oleaje del destino en colonizador, me echo a rodar en mi sulky por los caminos de los trigales dorados e infinitos, y boquiabierto ante el espectáculo deslumbrante, observo la naturaleza, las comarcas y muchedumbres recientes, los ideales, los sentimientos y las costumbres, y de regreso a mi "Molino", confío al papel, con el corazón henchido de patriotismo, mis impresiones y observaciones. ¡Allá van estas páginas más, arrojadas a las ráfagas de la publicidad! Son igualmente paseos por las colonias, porque se pasea asimismo por los trigales inconmensurables, y es más preciosa la luz del sol y de la luna que la de la electricidad. ¡Que el lector, leyéndolas a la sombra de un árbol o de su hogar, o marchando en el tren vertiginoso, halle tantas dulzuras como yo al atravesarlos en mi sulky! Si por continuar siendo moralmente joven, permanezco fiel a la literatura, es porque, en las épocas materialistas, consuela el alma, sirviéndole de refugio e iluminándola con las estrellas de sus ideas y sensaciones. ¡Luna del alma!

¡Oh, yo no olvidaré jamás las tierras solares, resplandecientes, los soles dorados o moribundos entre llamaradas de fuego, las noches plateadas por lunas sublimes, el silencio de la soledad interrumpido sólo por los cánticos de los pájaros, las últimas tropillas de venados y bandadas de avestruces, la gigantesca e ingenua figura del colono, su choza pajiza, la eterna espiral de humo de su chimenea, la lucecita lejana de su fogón, su sonrosada familia, la media lengua de sus hijos

y de su cotorra, su agua fresca, su pan de centeno, sus hortalizas, sus parvas, que, de lejos, parecen tropas de elefantes, los caminos sembrados de granos de trigo, y tras de las invasiones de langosta, la sequía y el granizo,—vuelta a la alegría, a la abundancia, a la riqueza, en prueba de que Argentina es predilecta de Dios y premia a todos los hombres que la fecundan con su sudor! ¡Paso a la literatura colonial, hija de nuestra querida tierra, y sin egoísmos literarios, hago, por patriotismo, los más fervientes votos por que mis sucesores me sobrepasen con genial facundia! Mis páginas no son sino gritos de admiración ante las maravillas fascinadoras del desierto iluminado, inmenso, y al deponer tal manojo de flores de tréboles, gramíneas, margaritas y violetas silvestres en los altares de la patria literaria, anhelo que este mundo nuevo de las colonias. fundado por el individualismo, se vincule, por el amor, a las ciudades,—y cuando las producciones de los futuros escritores coloniales lleguen hasta el último misántropo escondido en alguna cueva de la falda andina, que todos sus moradores las reciban como palomas mensajeras de amistad y crean que aquí hay un pueblo de Mayo que reconoce sus glorias económicas y su patriotismo abnegado y fecundo.

EL COLONO

Como esas nubes gigantescas, de bordes iluminados, que llenan el cielo tropical, se destaca en la soledad infinita, dorada por la mies, la valiente silueta del colono. Llegado después del gaucho, el ovejero (¡nada de pastor!) y el chacarero, es el primer obrero de nuestro progreso, si queremos entender por él lo que es: trabajo, industria, comercio, producción, para independizar al hombre y que el pueblo sea libre, próspero y feliz. Hasta hace pocos años amasábamos pan con la harina de Chile, y hoy, después de bastarnos a nosotros mismos, producimos anualmente sólo en cereales 3.000.000.000 de pesos.

Este último venido es el primero de los contemporáneos, si se ha de medir al hombre por su fuerza, valor y producción. ¡Salud, vencedor del desierto, columna de la república! ¿Si se reconocerán tus esfuerzos, si tendrás la gratitud del porvenir?...

Italiano, francés, ruso, alemán, suizo o escandinavo, son iguales en Pigüé, Esperanza o Caseros, para probar que las ideas y sentimientos no tienen nacionalidad cuando nos impulsan a un fin común. Ha olvidado a su patria, y no piensa verla aunque un ciclón arrase su tienda. Su nueva comarca le es también indiferente; nada le importa que sea la cuna de sus hijos; lo que él ama ante todo y sobre todos los dones, por una salvaje idea de la vida, es la libertad. ¡La libertad, la libertad! ¿Dónde hallarla?...

Esta obsesión del patriotismo, por uno de esos ideales fantásticos, crea este tipo enérgico, que, instintivamente, es un misántropo, demostrándose así cómo entran los degenera-

dos (1) en la colmena universal del progreso moderno. Originarios siempre de algún rincón obscuro del Piamonte, Odessa, Bavaria o Pau, fueron indistintamente médicos, maestros, estudiantes, industriales, obreros, proletarios, traperos, buhoneros, todo, todo... menos vagabundos. De repente su esposa le nota meditabundo. No extraña porque está acostumbrada a estas depresiones de su carácter. Continúa callado, triste, hasta abandonar el trabajo.

—Aquí no se gana nada — dícela al fin.—Siempre viviremos míseros y avergonzados ante todos. Vámonos lejos, que seremos ricos y libres: el corazón me lo dice.

—¿Dónde iremos?... — le interrumpe la mujer — que teme nuevos riesgos con sus hijos.

El, que, en su reciente huelga, ha hecho averiguaciones, le contesta:

—Hay en Sud América un país llamado La Argentina. Tiene llanuras, desiertos, y la tierra es fértil y barata...

Toma el silencio de su cara mitad por asentimiento, su rostro se ilumina y un buen día se aparece en Marsella, a la radiante luz del sol, embarcándose con su familia y baúles en uno de los tantos piróscafos que hacen la carrera con nuestro puerto. La capital lo aplasta, porque ha visto maravillas en Europa. Ansía el desierto, y mientras se traslada a los confines de la provincia de Buenos Aires, Santa Fe o Entre Ríos, merodea por los alrededores y se contenta con henchir sus pulmones con las ráfagas de la Pampa. Siéntese prepotente, capaz de dominarlo, y está desesperado por pisar su yerba, labrarlo y fecundarlo con su sudor.

¡Ya está en el desierto! Si trae algunos ahorros, compra tierra, porque, sin patria ya, errante, hásele excitado el instinto del dominio; si no, arrienda. Busca, por la baratura, lo más apartado, y, en algunos, el peligro de los indios los seduce como una leyenda. Es la primera vez, en su vida de en-

---

(1) Digo degenerado de acuerdo con la teoría de la degeneración psíquica general, en virtud de lo cual todo, por el desequilibrio natural, somos degenerados, excepto el hombre normal, *que no vale nada.*

sueños, que no lo desencanta la realidad. Lo halla como lo pensó: llano, inmenso, mudo! Ni un ave, ni un canto. A su alrededor, el horizonte, y donde quiera que va, es el centro de la tierra. ¡Lo que él quería, su aspiración, su delirio! ¡Señor del desierto, lo investiga con la mirada, y al contemplarlo manso, silencioso, no duda que la fortuna le sonreirá, y se siente feliz por la primera vez en su vida!

Levanta con estacones el esqueleto de un rancho. Con barro, amasado por sus propias manos, construye los muros, y como entretanto mendiga con los suyos hospitalidad por los alrededores, dáse prisa por techar con junco y duerme a la intemperie. En cuanto tiene techo, invita a entrar, con cierto orgullo, a su mujer e hijos. Acomoda el equipaje y pone de puerta un cuero de vaca. ¡Cuántas veces al contemplar esas míseras viviendas, incompatibles con la vida y que parecen más arrastrarse que levantarse del suelo, no nos quedamos pasmados ante la salud de sus habitantes! Empapadas durante el invierno, chorrean agua permanentemente, cual si demostraran que la humedad no es dañosa.

Un pedazo de carne y de galleta son todo su alimento. ¿Agua? De la laguna. La mujer, al verlo serio y regenerado, se asocia a sus esperanzas, y sugestionada por su energía, trabaja con ahinco y le sigue, valerosa, con el corazón. Ha comprado un arado, bueyes, semillas y una vaca. Ha arado y sembrado, entre las nieblas otoñales, todo el campo. Ha sufrido fríos, lluvias, nevadas, y estudia el cielo extraño para arrancarle el secreto de su suerte. ¡Cuántas veces de noche, al oir ruidos lejanos, no se ha levantado a abrir la puerta! ¡Nada!... Los alaridos del viento le remedaban cuentos de malones de indios, y, aterrorizado, cerraba y volvía al lecho. ¡Misterios de la noche profunda! Así han transcurrido largos meses solitarios, con sus noches quejumbrosas..., hasta que viene la cosecha. ¡Ah, la cosecha! Es la esperanza del labrador. No ha sido muy halagüeña, porque es tierra nueva y la isoca ha comido la mitad de las raíces.

—¡No importa! — exclama—¡Bendigámosla: ¡Dios nos la da!

Ha pagado todas las cuentas y ahorra dinero. El desierto, con su luz estival, se ha abrillantado, y de todos rumbos el viento tráele ecos de cantos: son los colonos que van en carros a la estación, trepados en pirámides de trigo. Vendidos los cereales, abunda gente en los caminos; las postas y las pulperías contienen numerosos vehículos y caballos atados a los palenques, y el perro, en las noches calladas, ladra a los que cortan campo. No estaba solo: son otros tantos vecinos perdidos en la extensión. Todos le dan la bienvenida y le invitan a beber. Ha reconocido a muchos extranjeros y aun a compatriotas, que demuestran, con su altiva seriedad, su buen humor y que persiguen también la libertad. Huye de las expansiones, porque debe terminar su morada, y se pone a cavar un pozo y a amasar barro nuevamente, para hacer una cocina. ¡Con qué placer saborea el primer jarro de agua de la tierra. Se lo pasa en seguida a los suyos. Todos se miran, y levantan los ojos humedecidos de lágrimas, agradecen al cielo la dádiva salvadora. ¡Ya no más agua del tajamar, sucia, verdosa, infecta, hirviente, asoleada, capaz de envenenar a todos con el tifus!

A los pocos años es conocido en el pago, y todos le aprecian por su honradez. Los pobres lo respetan por algunos pequeños ahorros, y a la distancia, aparece su población rodeada de árboles, invitando a todos los viajeros a descansar en la sombra. Tiene ya comedor, corredores, veredas, cerco, bueyes y vacas en abundancia; arados, segadora, útiles de labranza, herramientas y provisiones. En la cuadra pican granos las gallinas, patos y gansos, mientras las palomas susurran en el alero. Un hornero ha amasado su nido en el mojinete, dándole ejemplo de maestría. De mañana las calandrias cantan en los arbustos de la huerta, y varias urracas se han aquerenciado tanto, que devoran las migajas arrojadas por los chicuelos. Las enredaderas trepan por los muros y se enroscan en las estacas del corredor, brindando a los que pasan sus

flores y aromas. Animado por la prosperidad, principia a construir un galpón para guardar los cereales y no continuar obligado, por temor a las lluvias, a venderlo al primer precio, mientras su esposa le alcanza repetidos mates. ¡El mate! Lo saboreó en cuanto llegó; lo aprecia como el más viejo paisano, y no comprende que los pueblos de Europa puedan vivir sin él. ¡Por él solamente,—exclama,—vale la pena de venir a América!

Ya no devora de pie un zoquete de carne; siéntase a la cabecera de una limpia mesa y rodeado de su familia. La sopa es humeante, olorosa a albahaca,—la carne, abundante,—el pan y el queso doméstico, sabrosos, y de los tirantes cuelgan jamones, tocino, embutidos y provisiones de invierno. Por todas partes nótanse jarras y jícaras rebosantes de leche, pilas de huevos, zapallos, melones y sandías. Si el colono es del Norte, resalta, entre la pobreza, el aseo, y en el dormitorio, las sábanas y las fundas brillan. Sanos, contentos, todos son felices, y él porque se cree libre al fin!

¡Dicha innegable la del descanso! La naturaleza, en su admirable armonía, sólo lo concede a los que se han cansado con el esfuerzo. Son los únicos que, a su juicio, lo merecen. Y es de verlo, después de las rudas faenas, llegar a las casas. Bástale la sombra de un árbol, plantado por sus manos, para reclinarse en la yerba, y la gallina que arranca el bocado a su hijo o el cervatillo que lo persigue le causan contento, hilaridad. Su mujer, que ha tomado asiento a su lado, levanta en la falda su cabeza tormentosa, y ríe también,—y las aves, los pájaros, cual si hicieran coro, aletean y chillan. ¡Cuántas veces, así recostado, mirando al cielo, no cruzó por su cerebro el recuerdo de la patria! Bien pronto se deshace como una negra nubecilla ante la encantadora media lengua de los pequeñuelos o el estridente grito del hornero, nervioso y simpático al alma.

Posee más que en su país: hogar propio y de vasto dominio,—alimento seguro y variado,—crédito con sus proveedores y algún dinero en el baúl para cualquier contratiempo.

Todos están robustos y respiran felicidad al sentirse lejos de su tierra y de los suyos, como si el epílogo de la vida fuese olvidar y crear a los hijos una patria nueva. Cuando llegaron, él era incapaz de encender un fósforo en el viento, y ella apenas sabía enhebrar la aguja y tender el lecho.

Ahora es ocasión propicia de preguntar: ¿Qué aprendieron en su patria? ¿Cuáles eran las enseñanzas europeas que traían para civilizarnos?...

En su país, ante su pasada obra, habríanse muerto de hambre; ya estarían blanqueando sus esqueletos; pero en el desierto, donde todo hay que hacerlo con las propias manos, él fué albañil, pocero, carpintero, herrero, pintor, agricultor, pastor, amansador de bestias y vaqueano en todos los recursos y mañas del campo, hasta reirse lastimosamente de sus compatriotas, que llegan ciegos de ignorancia, y ella cocina, lava, plancha, cose, amasa pan, siembra hortalizas, cuida el jardín, enseña a leer a sus hijos, y cuando es necesario, maneja el carro, el arado y le acompaña en las faenas.

Lee en el cielo indescifrable como en el semblante de su esposa, y sabe cuando lloverá. Al alba, fuera ya del alero, lo primero que hace es mirarlo. Lo investiga varias veces al día, porque de él espera todo. Para evitar las heladas y la langosta, ara y siembra temprano,—pero ¡todas no son albricias! El granizo, a la vista, le mata la cosecha en una tarde, y una mañana, al despertarse, la helada se la quemó.

¡Oh, cuando el cielo se nubla y se obscurece por las mangas de langosta y se asientan en los sembrados, entra en su rancho, y en un negro rincón llora amargamente su ruina y mala suerte! La esposa se desespera y llora... ¡Es de ver entonces los semblantes en esos hogares solitarios! ¡Parece que entraran los indios! Los niños inconscientes, pónense pálidos, majaderos; los pájaros enmudecen; se anda a tientas, como si se velase adentro un cadáver,—y las aves desfilan silenciosas y se pierden en los matorrales... Aquí principia la lucha, donde el colono enseña a las ciudades que el verdadero

valor humano consiste en la lucha, la paciencia y la resignación.

Desprecia el título de chacarero y con orgullo dice: "¡Soy colono!" El trigo es su cereal favorito, y lo considera el más noble, porque se cotiza cual oro. Lo cree oro, porque la tierra lo produce con la fermentación de su sudor. Su ambición es admirarla transformada en un mar de trigo o sea de oro, ondeando al soplo del viento, y en los delirios de las cosechas abundantes, sueña con trigales tempestuosos, con niágaras, que inundan con sus dorados granos los vastos territorios. Los que por falta de suerte,—como él dice,—no han logrado sino vegetar, siguen siempre considerándose felices, por creerse libres, pero los colonos que han progresado y ensanchado su dominio, rodeándose de hacienda, máquinas y numeroso personal, perdieron con el crédito, las nuevas exigencias y responsabilidades la suspirada libertad, y no la lloran, porque palpando la realidad de la vida, se han convencido que sólo puede ser hija de la riqueza, que produce, a su vez, la independencia personal. Comprenden entonces que sólo los ricos son libres, y se ríen, compasivamente, de la libertad del pobre. Aquel liberalismo delirante, fué un sueño agitado, desesperante,—una pesadilla de su país pobre, estrecho, infecundo,—¡ensueños de perro al resplandor de la luna!

No ansían más la vieja libertad, porque, en vez de la tiranía de la miseria, surgen las inquietudes constantes del capital, del crédito y del honor mercantil. Sólo tienen fe en el trabajo, que es la ley de la vida, y en la fuerza creadora de la producción; en la honradez, que es la paz del alma, y en el sudor, que asegura la salud. Industriales u obreros, sienten que le deben todo al cielo, que les ha abierto la inmensidad de su seno para que lean sus esperanzas, y la gracia divina los hace felices. Colonos siempre, nadie es más creyente que ellos, e inspiran respeto cuando llegan los domingos a la capilla en carro con toda su familia, vestidos

con su mejor ropa; o hincados, con la cabeza hundida en el suelo.

El colono es obrero de la agricultura. Tributarios, por falta de industrias, de la Europa, acaba de cubrirnos los antiguos saldos internacionales, emancipándonos de la tiranía de la balanza comercial. Si no fuera por la ley monetaria vigente, nuestra moneda, que estaba por los suelos, se valorizaría hasta llegar a su valor escrito,—lo que no impedirá que sus miles de millones de fanegas de cereales rueden por sus cauces e inunden los continentes del mundo. Hoy somos productores, exportadores, y de nuestro trigo come pan la humanidad entera.

¡Qué bello es verlo arar en el vallado entre las nieblas de la tarde y envuelto en una nube de gaviotas! Es uno de los cuadros más fantásticos y sentimentales de la agricultura, y hace soñar con el aleteo...

"¡Salve fecunda zona...!" (1)

El colono es la columna de la patria argentina. ¡Salud, rey del desierto! Mi fantasía se pierde al meditar tu influencia trascendental en el porvenir.

Vencerás al tiempo! (2)

---

(1) Principio de la *Oda a la Agricultura de la Zona Tórrida*, de Andrés Bello.

(2) Publicado en *La Nación* y reproducido en *Páginas Olvidadas*, de la misma.

CUADRO

En cuanto entré a los campos, lo primero que pregunté fué si había aún venados. "¡Con las colonias, ya han desaparecido!"—se me contestó. No sé qué antojo tengo por la visión de este animal. Ansiaba verlo, tocarlo,—pero en sus dominios, porque hasta los pájaros en las jaulas hácenme el efecto de prisioneros. A este animalito hay que contemplarlo en el desierto, libre, saltando, huyendo... ¡Es tan bello! De color ruano y barriga blanca, parece que el sol le hubiere dorado los lomos. Sus ojos de gacela relumbran, y si tiene cornamenta, hace soñar con las pampas, con los bosques...

Al atravesar un pajonal, diviso unas gamas encabezadas por un esbelto y elegante venado.

Miro, con aires de vencedor, a Pedro, como diciéndole: "¿Y...?" Iban, sin duda, a beber en el Gualeguay, y al descubrirnos, doblan y huyen a saltos entre los matorrales. ¡Qué brincos! Volaban. Recreéme, siguiéndolos con la vista, hasta que se perdieron... ¡Con razón háblase del miedo cerval!

Reaparecen, después, lejos... Hacen alto,—nos miran con curiosidad,—y al considerarse fuera de nuestro alcance, nos desafían con la distancia.

¡Qué espléndido estaba el macho con sus marfilinos cuernos! Era aún temprano, y brillaba, al resplandor de la luz, el rocío en el pasto, a modo de reciente lluvia de diamantes. ¡Un cuadro flamenco! (1)

Trepando a una cuchilla, díceme Pedro:

---

(1) Publicado en *La Razón*.

—Ahora llegamos a una laguna.

¿Cómo sabía? — No lo sé. Sabía, porque no era adivino.

En la cuesta, sentimos de repente una agitación en el aire.

Miro, — y veo una bandada de cisnes, garzas, gansos silvestres y una nube que cubría el cielo y que también volaba. No era esta una nube. Parecióme tal, a primera vista, porque tenía los bordes rosados, como iluminados por un sol naciente. Era una inmensa bandada de flamencos, tan inconmensurable, que cubría el espacio, y como no he contemplado hasta ahora otra en nuestras pampas,—y el color rosado, celestial, que me cautivó, dejándome boquiabierto, alborozado, era nada menos que de los pechos de aquellas aves, verdaderamente sublimes!

"¡Divina es nuestra patria!" — exclamé, para mí, entusiasmado, saludando con el corazón a la nube ascendente y agitando el sombrero en el aire, como si sólo los argentinos pudiéramos ver en el globo estos espectáculos.

Pedro, al notarme pálido, emocionado, se diría, despreciativamente:

"¡Cosas de pueblero!" — de pueblero que recién pisaba el campo y que veía por primera vez tales vulgaridades maravillosas.

Existía, efectivamente, la laguna. Ahí estaba, llena de vacas, caballos y ovejas, que, sedientos, descendieron a beber. En Entre Ríos, las lagunas, por las cuchillas, son raras, abundando, en cambio, los cañadones, por donde corren las aguas a los arroyos y ríos Por esta particularidad, el suelo en aquella provincia es tan fecundo, y las lagunas son doblemente preciadas por los viajeros, porque las cabalgaduras descansan mientras el espíritu se recrea y expande.

Estamos en la costa del Gualeguaychú. El espectáculo es diferente: en vez de trigales o rastrojos, haciendas de todo género, — de colonias y colonos, estancias y gauchos a caballo, montados en aperos, — de cuchillas, que interceptan la mirada, llanuras verdes, de pastos tiernos como lechuga, por-

que son campos de ganadería, próximos a ríos. Ante la extensión ilimitada hasta el horizonte, las estancias y las ráfagas fugaces susurrando en el espacio, creo estar en la provincia de Buenos Aires, y el corazón porteño se me ensancha. El paraje es más bello aún, porque hay bosques. Del costado del abra, por donde pasa el camino, se extiende la verde superficie inmensa, salpicada de trecho en trecho por montículos.

Las lagunas son el "rendez vous" de todas las aves del pago. Allí están los teros en tropel. Vigilantes, dieron, en cuanto nos pisparon, la voz de alarma, y entonaron un cántico tranquilo, que significaría: "No hay cuidado; es buena gente". Los teros reales, delicados, siempre temerosos, apenas se alejaban del borde; las gallaretas, en bandadas, nadaban ufanas, como si el agua fuese solamente de ellas; algunas cigüeñas, tras de un juncal, dormían paradas, con las cabezas bajo de las alas; los chajás estaban de centinela en una barranca, espiando, y en cuanto sentían un ruido, lanzaban un grito estridente; las garzas se paseaban en la orilla, orgullosas y elegantes; las becasinas bebían a sorbos, y los chorlos giraban por el horizonte, esfumándose en nubes. ¡Ahí vienen filas de cuervos! tendidos en línea de batalla, semejan que vinieran a pelear. ¡Nada!... Se asientan, graznan y son los únicos que escarban el barro.

¡Qué soledad! Apenas, tras de los troncos, divisaba, a lo lejos, un puesto, y, sin embargo, ¡qué acompañado sentíame! Cualquiera, en ese instante, da la espalda a la más alta personalidad que se le hubiese presentado, porque, en el campo, prefiérese estar rodeado de sus encantos y seres salvajes. Busco con la vista a Pedro, y lo distingo pescando en un recodo. El que pesca, piensa, y sin paciencia para esta distracción, continúo recostado sobre mi manta en una falda deliciosa.

Por las laderas de las barrancas, bajan tranquilas, paso a paso, una, dos, tres, cuatro... vacas. Son unas tamberas, que arrea un maldito muchacho a caballo reboleando su talero, e interrumpe mi secreto coloquio. Mansas hasta la familiaridad, no dejan, al mirarme, de imponerse con su serenidad y

cornamenta, y sabiendo que son tan inofensivas que corderas, me olvido del impertinente arreador y prosigo en mi éxtasis, que no es sino mi idealismo contenido largos años en la cárcel urbana y que, ante la pampa, al fin, se esparce como la luz solar. Ante tal página del vasto libro del desierto, "¿dónde estuve entretanto?" — me pregunto. "En la eterna ciudad", — me respondo, poco menos que avergonzado, — aligerado, con la insulsa charla, el duro trabajo, porque en ella se suda más con el alma. ¡Y a pocos pasos de la capital estaba toda esta vida universal, porque aquí todo vive, revive y maravilla! "¡Oh, las ciudades son la tumba de la vida!" — agrego, por último.

"¡Chas, chas!" — bandadas de patos que se asientan en el agua, buscando abrigo para pasar la noche. "¿Tan tarde?" — me pregunto. Veo a Pedro que viene cargado de pescados. ¡Cómo transcurre el tiempo pescando!

La tarde avanza y no he pensado en nada, — a lo menos, en nada serio... ¿Nada serio? Las bandadas de patos me interrumpieron inoportunamente la construcción de un chalet que ideaba, adormecido por la sensación de aquel sitio encantador, como si el terreno fuese propio y pudiese refugiarme allí. Había elegido un declive suave, verde, que se remontaba sobre un promontorio y delineé un jardín matizado de naranjos y limoneros. Aquello era el ideal para vivir, porque el río y el monte poblados de aves y pájaros cantores, rodearían la mansión. "¡Allí, en un salón que contendría la biblioteca, escribiría al fin cuanto me atormenta!" — agregué.

Estábamos atando, y se aproximó un individuo a caballo. Bájase, extiende el poncho en el pasto, asegura las riendas en el recado, desata un envoltorio, se sienta, sácase la galera con barbijo, y se pone a tomar mate con agua de la laguna, fría, sucia... Asombrado, llaméle la atención a Pedro.

—Es don...—contestóme.

No recuerdo el apellido, — pero era el de un rico paisano que educaba a sus hijos en el Paraná. Acto continuo púsose a tocar la guitarra y a cantar. No estaba solo, pues éramos

sus oyentes y espectadores. Al terminar su última endecha, envolvió la pava, el mate y demás útiles, los colgó en el recado y continúo su marcha.

—¡Esto es ser gaucho! — recuerdo que me dije.

Y era un gaucho aristocrático, — porque, en nuestra libérrima democracia, tenemos hasta aristocracias campestres.

Después familiaricéme con estos y otros espectáculos del campo. Las lagunas, por ejemplo, son el descanso del viajero. Nadie las cruza así no más y sigue. Algo hacen todos en ellas, y nunca he visto individuo que, al llegar a sus bordes, no se parara, por lo menos respetuosamente. Lo común es desensillar, descansar, sestear, lavarse y peinarse. Agradábame presenciar la llegada de una tropa de carretas. Mientras unos peones hacían fuego y cebaban mate, otros tocaban la guitarra, bailaban, jugaban a la baraja, se higienizaban y mudaban de camisa. La laguna es el "toilet" de esas soledades. "¿El toilet?" ¡El restaurant, el hotel! (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 9 de Agosto de 1913, con el título *La laguna de la colonia.*

ARANDO

¡Vedle arando ya nuestro desierto! Parece que aplanara la redondez del globo. Sabe que sólo la tierra puede hacerlo dignamente rico y libre, y la ama con una pasión verdaderamente filial, salvaje. Joven, hermoso y hercúleo, de pie sobre la esfera terrestre, con su frente soñadora entre las nubes, demanda ora lluvias o soles. Prepotente, ¡cómo empuja el arado! ¡con el ardor de un cañón en la batalla! — y avanzando entre el oleaje de la humeante gleba, triunfante, con la mirada hacia el horizonte y al viento las guedejas de su cabellera tempestuosa, radiante de sudor, con las narices dilatadas y envuelto en una nube de gaviotas, aparécese ante la fantasía como el dios de la agricultura moderna. ¡Oh, cuando contempla a la negra y sombría corteza terrestre transformada en mares de dorado trigo, ondulantes y también rugientes, comprende entonces que los vahos del invierno no fueron sino el aliento de la respiración de la tierra, que, anhelante, o dolorida, se quejaba íntimamente, porque creaba en sus entrañas, por la germinación de la simiente, un mundo..., ese mundo de cereales que le impide el paso, le cerca, le ahoga y se le presenta tan repentinamente como una aparición! Madre, concibe, procrea, y al alumbrar, sufre. ¿Qué son esos rumores profundos sino los estertores de su dolor, — esos gritos en las tinieblas, sus quejidos, y esas nieblas, su llanto? ¡Lágrimas de la oración porque como los astros, llora de noche!

El colono es el verdadero héroe del desierto, que lo ha convertido, con sus esfuerzos, en colonias, y hoy, su rey, su soberano. ¿Quién si no él lo domina?... Saludémosle. Es el vencedor, el que ha cubierto los saldos internacionales, transfor-

mándonos desde hoy en exportadores. Ha creado la producción nacional, que es la riqueza pública, la base del Estado, la prosperidad y el porvenir económico de la nacionalidad. ¡Laureles para su sien! Es un obrero del progreso, el soldado del ejército que nos independizó económicamente del mundo antiguo, el redentor moderno, el heraldo de la industria y la civilización, — Atlas que nos lleva en sus espaldas!

Hijo también de obrero, es sano y fuerte. Libre, busca el desierto; tiene apetito, porque trabaja; descansa, porque se cansa; su sangre es pura, porque suda, y los delirios de grandezas sustituyen a las malas tentaciones. Su mujer le premia con amor puro y prole numerosa; la negra vaca, de iluminados cuernos, con el panal de su perfumado apoyo, y la zumbadora abeja, con el almíbar de su miel. Las aves lo rodean y los pájaros le cantan. Ha dominado desde las plagas hasta la tormenta y el rayo; sólo puede vivir en la inmensidad; se ahoga fuera de las ráfagas y el cielo, al verlo tan esforzado y virtuoso, le ofrece sus mejores soles y lluvias, y yo, admirador rebosante de gratitud patriótica, quisiera poseer la inspiración genial para erigirte, sobre el áureo pedestal de los tres mil millones de pesos que produces anualmente, una estatua siquiera de palabras, mientras llega la del bronce eterno...!

¡Cuidado, — no provoquemos sus iras!, porque es Sansón y puede derribar las columnas de nuestro templo! (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 29 de Marzo de 1913.

CUADRO

En los campos incultos de paja brava, solía divisar avestruces salvajes. ¡Qué diferencia de los que los estancieros conservan dentro de alambrados! Estos, simplemente sueltos, apenas se alejan cuando sienten la locomotora, — mientras que aquéllos, en cuanto ven un jinete, disparan... ¡Qué trancos su trote descuajeringado, y al zangolotear el plumaje, parecen muchachas que agitaran sus enaguas. Saltan sobre las matas de pasto puna, — se tragan las millas... ¡Allá van! — y quédase uno poco menos que boquiabierto, mirándolos cómo se alejan y se pierden en el horizonte.

Cuando se les estrecha a caballo, silban, llenan el espacio con sus notas, y antes se mezclaban a las bandadas, que anunciaban, con su silbido peculiar, a los poblados fronterizos los malones de indios.

¡Oh, civilización, — has llegado, — pero nos has arrebatado muchas bellezas primitivas! Las manadas de yeguas salvajes, haciendo retemblar la tierra con sus cascos y el aire con sus relinchos, — la hacienda alzada mugiendo... Hoy apenas nos es dado sorprender en los desiertos guanacos y algunos venados, gamas y avestruces desconcertados, solos, que viven temerosos de caer en el momento menos pensado por las boleadoras del gaucho. (1).

---

(1) Publicado en *La Razón*.

CUADRO

Vi una escuela bajo de un árbol.

Entraba una mañana, al trote largo, al departamento de Villaguay, allí justamente donde principian los mentados bosques de Montiel, — y Pedro me dice:

—Aquello es una escuela...

—¿Cuál?...

—Aquella multitud de muchachos...

—¿Y la casa?

—El árbol es la casa.

Efectivamente, — la maestra, al acercarme, me dice, para calmar mi asombro:

—¿Cómo quiere usted que con este calor tenga adentro a los muchachos? — señalándome, tras de la cuchilla, un ranchujo de barro, desvencijado, de techo de paja, de dos metros de alto y piso de tierra viva, — ¡Se ahogarían! No cabrían tampoco, porque son como sesenta. En invierno y cuando llueve, doy clase adentro.

Afuera, indudablemente, estaban mejor, porque era un día espléndido y el espinillo era colosal y cubría a todos con su fresca sombra. Todavía, del otro lado del tronco, acogería otra escuela.

Todos los muchachos estaban descalzos, en cabeza y sin más que una camisita y un pantaloncillo. La maestra no les iba en zaga, quizá para dar el ejemplo: sólo ostentaba, además de la camisa, una pollera de percal. De la cintura colgábale un rebenque, y al preguntarle su objeto, me contestó:

¡Para que se estén con juicio!...

—¿Y esto?... — le pregunté refiriéndome a una inmensa

cantidad de caballos, — la mayor parte petizos y potrillos, — sin monturas, casi dormidos, que yacían aglomerados contra una especie de palenque.

—Son de los alumnos. Esta es una escuela de colonia, y como ellos son de las chacras, tienen que hacer la travesía a caballo. A las once se van a almorzar.

Como faltaba poco, esperé este licenciamiento para contemplar la partida. Entretanto, púseme a observar la caballería. Apenas una que otra bestia ostentaba en el lomo algún cuero de carnero; los bocados eran más numerosos que los frenos, y las cabezadas y riendas se componían de tientos, tiras de trapo y áun de hilo de acarreto. En ese instante, llega, a paso lento, un jinete: un mosquito sobre un elefante, porque el caballo era enorme y el caballero no tenía más de dos años. Este venía atado al apero. Quedéme pasmado, porque no sabía hablar aún y las riendas estaban sujetas a los bastos, ¡completamente librado a los instintos del animal! La maestra, dándose cuenta de mi asombro, me dijo:

—¡No hay cuidado, señor!... Están acostumbrados.

Me iba fijando que en el campo los sufrimientos y peligros reducíanse a costumbre.

—¿El jinete o el caballo? En cuanto a éste, parece que es quien gobierna.

—Así es. Todos los días, desde hace dos meses, viene de su casa, que dista media legua. Trae un recado de la madre... — y al decir esto, desata un pañuelo que venía en la argolla del bozal del caballo.

Abre y lee.

—Es para que el hermano, de pasada, compre un puchero para la familia. Ahora regresan juntos a caballo los dos — y me pregunta:

—¿A usted le admira el valor de la madre, que expone así la vida de su hijo?... No hay tal peligro. El chico va atado, y el caballo, aunque lo avancen los perros, no saldrá del paso.

Después miraba, con la mayor indiferencia, a criaturas

de pecho a caballo, solas, por el campo, cruzando callejones perdidos, sin saber a dónde iban, — muchas dormidas... El caballo sabía lo que llevaba encima, y el jinete, instintivamente, se cuidaba también, aunque faltaba poco para que hubiese nacido a caballo. Llamándome más la atención todavía la desproporción entre el tamaño del jinete y el de la cabalgadura, preguntéle a la maestra si los petizos no eran más apropiados para estos riesgos.

—¡Qué esperanza! — exclamó — Entonces sí acaecería alguna desgracia, porque el petizo es mañero, tiene sobre todo, genio, y los perros y los muchachos de los caminos no los respetarían.

Cierto es que se trata de caballos viejos y mansísimos, y la maestra, para demostrarme la inteligencia de los animales del palenque, me dice:

—Yo no tengo reloj. ¿Sabe usted como sé que son las once?... Ya verá usted.

Me hace sacar el mío. Faltaban cinco minutos para dicha hora.

—Dentro de un rato verá usted que todos estos potrillos y petizos dormidos abren los ojos, levantan la cabeza y se inquietan por regresar.

Así fué. A las once, justamente, se avivaron, echando miradas brillantes, y muchos relincharon, como diciendo a sus jinetes: "Es hora ya, y nosotros también sabemos almorzar".

Un individuo que oía mis lástimas, exclamó despreciativamente:

—Chicos como los de a caballo, los dan por achuras en "El Federal"!

Los hermanitos se apresuraron a partir en su gigantesco caballo, porque marcharían al paso.

Y el árbol, en un abrir y cerrar de ojos, quedó vacío, porque los chicuelos, poco menos que huyendo, se fueron en sus cabalgaduras, envueltos en torbellinos de polvo.

Sólo quedamos, bajo sus ramas, la maestra y nosotros; ella, ajena, por la costumbre, al noble espectáculo escolar que

ofrecía la vida colonial, pensaba más en irse a almorzar también a su ranchito, y nosotros, o sea yo y Pedro, nos quedamos mirándonos las caras. Yo, por supuesto, impresionado, al considerar con cuanta facilidad se queda uno en este mundo en un minuto, después de la muchedumbre y la algazara, solo, solo, y Pedro, indiferente siempre, porque, sin duda, estaría ya familiarizado con estas clases al aire libre. Después, mi ojo, más avisado ya, distinguía en el desierto, a lo lejos, por los potrillos, una escuela de colonia de una pulpería. Cada día iba viendo cosas nuevas y que ni me había imaginado nunca. ¡Oh, en el campo hay mucho que aprender y que ignoran los mocitos de Buenos Aires! (1)

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 21 de junio de 1913, con el título "La escuela de la colonia".

EL SOLDADO COLONO

Al celebrar hoy, en el festín de la opulencia, el 113 aniversario de nuestra independencia, no olvidemos al autor de la actual prosperidad, — al que aró el desierto y le transformara en colonias de dorados trigales. El nos hizo, con su amor fisiocrático, poderosos, prepotentes, — creó la producción nacional, que es la riqueza pública. — nos convirtió en importadores, despertó lo conciencia de nuestro poder y colocó en la frente de la patria la corona de Ceres. ¿Y quién es este gigante? ¡Quién había de ser sino él, el colono, que, como un Niágara, fecunda, con raudales de su sudor, las comarcas que sólo los Andes, el océano y el río pueden limitar!

¡Que el cielo le depare sus mejores lluvias, y las heladas no quemen los tiernos tallos, — que el sol le brinde sus áureos resplandores y el granizo respete las sazonadas mieses! ¡Que no le abandone jamás la paz y la esperanza en los hondos surcos! ¡Ah, — pero no olvidemos, al libar la copa rebosante, al que primeramente rasgara la capa terrestre endurecida por los siglos y confiara al calor germinador la primera simiente, — al primero que espantó a los indios y las fieras, — al que levantó en la soledad el primer rancho y, al encender fuego, dijo a los astros, los vientos y naciones limítrofes: "¡Aquí hay un argentino!" ¡Salud, guardián de nuestros derechos! ¿Y quién fué este abnegado, este patriota y vencedor del porvenir? El valeroso de siempre, — el soldado argentino, — que después de independizar a su patria y libertarla de caudillos y de los salvajes de la pampa, se entregó, como los antiguos romanos, a fecundar los lares conquistados! En el incesante avance de las líneas de fronteras, construía fortín tras for-

tín, sembraba maíz para las caballadas, y si no seguía a su regimiento, quedábase solo a repeler las indiadas. Mientras amasaba barro, hacía adobes y los secaba al calor del esplendente sol, para levantar en el desierto la primera habitación humana.

¡Cuántas veces, para techar, al cortar la totora, con su filoso cuchillo, en la laguna, no rompió la nieve con la culata de su fusil! No había alfalfares como los de él. A su retaguardia, venían otros soldados colonizadores o que deseaban un descanso al rudo batallar; le imitaban y formaban núcleos de población. Nuestros pueblos, desde el coloniaje, no tienen otro origen histórico que el valor y esfuerzo del antiguo soldado, que se transformó, después de vencer al último cacique, en colono, y ahí están, en esta época, Pergamino, 25 de Mayo, 9 de Julio, Bragado, Azul, Tandil, Italó, Villa Mercedes, Carhué, Guaminí, Puán, Neuquén y cien otras ciudades y villorios de la provincia de Buenos Aires y del interior de la Patagonia, Chaco y Misiones, que fueron originariamente colonias. En Buenos Aires se yergue la Nueva Roma fundada en 1852 por el coronel Olivieri. ¡Gloria a los nombres de Pedernera, Granada, Machado, Rivas, Freyre, Nelson, Villegas, Levalle, Manuel J. Campos, Maldonado, etc. etcétera, que clavaron esos jalones del progreso!

Chacras, — llamábase a esos plantíos, — y al soldado, chacarero. — porque se ignoraba todavía el título de colono, — y él, en la humildad del verdadero valor, ni se le pasó por las mientes que fuera la vanguardia que convertiría con el arado nuestras pampas en minas de trigo. Precursor, así marchaba, siempre adelante, como en los combates legendarios, y con la luenga barba y cabellera del desierto, iniciaba, glorioso, guardando amorosamente las medallas y cordones guerreros, la agricultura nacional, que hoy asombra y alimenta al mundo ¡Y si recordamos que también fué el primer pastor, quien cuidara las majadas pampas y aquellas vacas de largos cuernos!... El dominó las haciendas alzadas, y ¡cuántas veces no reconquistó a las indiadas ganados y cauti-

vos! ¡Ah, ¿qué no hizo!... — pero bástele ser el primer colono, para merecer en este día glorioso por su sangre derramada, toda la gratitud patriótica.

Después de arrollar a todos los enemigos de la patria, para legárnosla independiente y libre, combatió con las inclemencias y rigores del tiempo, con los ardorosos soles, la nieve, la escarcha, el granizo, el frío, el viento, los huracanes, las lluvias, las sequías, las plagas, las pestes, los malones de indios, las fieras, las enfermedades y la muerte, y a todo y a todos los volvió a vencer, porque era el heraldo y nuevamente el abanderado de nuestro progreso. Triunfante siempre en la guerra, no podía ser derrotado en la paz. Y cuando pienso que de este género de soldados se componían aquellos batallones de criollos de rostros fieros, bronceados, con los pechos arqueados cubiertos de medallas, marchando por nuestras calles y electrizándonos con sólo su apostura y la marcialidad de su paso, la ausencia de su estatua simbólica no es sino olvido nacional. Todo lo fué el soldado argentino, y siendo nuestra historia todavía obra principalmente de la fuerza, a él debémosle todo, y aparecerá en el porvenir como el origen de la civilización que nos honra y levanta. Y su actitud en bronce sería: apoyado, a la izquierda, en el viejo fusil, y sacudiendo, airado, en la diestra, un haz de tallos de trigo. ¡Qué, si ha arado y cavado cimientos y pozos hasta con la bayoneta! (1)

---

(1) Este artículo lo escribí a pedido de la dirección de *Caras y Caretas* para el número extraordinario del 25 de mayo de 1913 en homenaje al soldado argentino; y lo incluyo ahora con toda justicia en este libro.

CUADRO

¡Qué placentero es descansar, acostado de espaldas, en las barrancas de un arroyo correntoso! Pero debe ser desconocido para que tenga todo su encanto. Mientras llega al oído el ruido del agua, resbalando entre las piedras, miro al cielo y veo un carancho en las alturas bronceando sus alas al resplandor del sol.

Blancos y azules,
Rápidos danzan destejiendo tules
Los celajes del cielo. (1).

¡Qué silencio! Sosegado el espíritu, feliz en ese instante, pienso en las ambiciones, en la fortuna, y todo me parece pequeño y más propio de ser despreciado que aspirado, y por consolarme me acuerdo de los mocitos de la calle Florida, cuyo porvenir me preocupa, por ser la esperanza de la patria.

Miro a lo largo del cauce, y allá, a lo lejos unas cigüeñas apagan su sed. Gozo viéndolas, a hurtadillas, porque se creen solas. Ahí está el encanto de estas visiones de los lagos. ¡Parece que se descubriesen los secretos de la naturaleza! ¡Y tener que abandonar estos altos que se hacen en la marcha de la vida, donde el alma, olvidándose de las preocupaciones que la esclavizan, se expande en la creación y se confunde con sus sublimes armonías! (2)

---

(1) Versos del señor don Juan María Gutiérrez.
(2) Publicado en *La Razón*.

CUADRO

El cielo de Entre Ríos es muy tormentoso, y a mediodía, durante la más pura limpidez, suelen amontonarse en el horizonte hileras de nubarrones, que semejan, a la distancia, macizos de la cordillera de los Andes. Otras veces parecen vastas majadas de carneros, lavados, decentes por su blancura, que el viento arrea sobre nuestras cabezas, sin duda para que todos, al mirarlas, crean que son estancieros. ¡Ah, el cielo, sobre todo el entrerriano, cómo engaña al mortal con sus nubes! Algunas veces son moles de granito, ejércitos de caballería en marcha, que se alzan, sable en mano, a pelear, — monumentos gloriosos, estatuas... seguramente para que, antes de deshacerse, se contemplen y admiren.

De los profundos senos de aquellos nubarrones fantásticos suelen surgir relámpagos resplandecientes que enrojecen los densos vapores, — latigazos de fuego, — truenos y rugidos que estremecen al fin el planeta. El que no está acostumbrado a estas amenazas, cree muy seriamente que por lo menos, lloverá, — pero, ¡nada!... Ni una gota... cae. De noche, este fenómeno atmosférico se convierte en una fantasía infernal, porque, en la obscuridad, el relámpago brilla, luce, y los truenos, en las concavidades iluminadas, retumban como estampidos de artillería.

Una vez, a media noche, al salir de la colonia San Antonio, comenzaron los relámpagos; después los truenos... Esperábamos la lluvia y que nos pusiera cual pollos mojados, porque había en el aire quietud sepulcral.

Y los relámpagos y los truenos continuaban y de una manera tan alarmante, que el caballo, manso, viejo, se espan-

taba a cada paso. Estaba como alunado, y temiendo algún desastre, preferí bajar. Bajé, — y tras de un trueno, precedido por un espléndido relámpago, me dice Pedro refiriéndose al caballo:

—Tiene miedo a los rayos, — sujetándolo de las riendas, porque temblaba como un azogado.

Tuve, forzosamente, que parar. Pedro agrega:

—Es peligroso andar, porque el animal es claro y atrae los rayos, — y lo tapó con una manta.

Los relámpagos bajaban del cielo, nacían de las sombras y se desbandaban como demonios, haciendo pedazos sus alas en las tinieblas. Algunas veces los truenos retumbaban tan cerca de nosotros, que sentíamos distintamente la explosión del rayo, hasta el eco de su caída infernal, y nos estremecíamos juntamente con el suelo. Y los relámpagos y los truenos se sucedían cada vez más seguidos y estrepitosos, entrañando a menudo el rayo, que reventaba a modo de metralla en medio de nuestro espanto.

—¡Es una tormenta seca! — exclamó Pedro.

No lo dudé, desde que no llovía.

— Has visto muchas como ésta? — le pregunté.

Y ante su silencio, comprendí que nos estaba dedicada especialmente.

¡Un beneficio, como los que los artistas se dan a sí mismos en los teatros! — y me preparé a gozarla, a pesar de la impresión consiguiente.

Otro relámpago apareció como un fantasma, haciéndonos ver el campo teñido de azufre hasta el confín.

Retumbó un trueno, — y sentimos el estrépito del rayo, el chorro de acero derretido, hirviente y su enfriamiento helado, mortal, en las rocas del horizonte.

¡Otro rayo! Estalla súbitamente, como si un cíclope lo partiera en un yunque con su ruda clava, — y se sucede un silencio glacial, que nos hiela y paraliza, — pero el estampido repercute en seguida en lontananza, volviendo el corazón a palpitar.

Algunos relámpagos abortaban en el cielo, — describían puñaladas, mandobles, — y de la tierra se elevaban rayos flamígeros, que morían en las tinieblas, haciéndome acordar a los cohetes voladores.

Era tal mi estupefacción, que no podía menos, interiormente, que exclamar: "¡Qué bello!"

Creía presenciar fuegos artificiales en unas noches mayas en la vieja plaza de la Victoria... Hasta me sentía niño...

No había un astro en el firmamento, y en la obscuridad, los relámpagos, los truenos y los rayos lucían en toda su magnificencia y poderío.

"¡Chriiiii...! — decía el rayo, tras del relámpago, surcando el cielo con su chorro de fuego.

Parecía un cometa sanguinario. Y dejaba un reguero de chispas, — y creía sentir olor a azufre y que estábamos en el infierno.

Avanzar era peligroso.

Nada podíamos hacer para aplacar la tormenta.

"Gocemos pues!" — exclamé para mí, sobrecogido por la admiración mezclada al terror.

¡Y vuelta los relámpagos y los rayos! Creía yo percibir humo, como si asistiese a una batalla o los rayos hubiesen incendiado los campos.

A igual del caballo, nos quedamos, al fin, quietos, mirando, temblando, según el fragor de las descargas eléctricas, hasta que, al rayar el alba, serenóse el cielo y principió a llover.

Al día siguiente hallé junto a la vía férrea dos vacas muertas por un rayo, y fundidas por el fuego, eran una masa informe, carbonizada.

Es el fenómeno celeste que más retengo en mi memoria, y si pienso en el infierno, aquella noche flamígera, desamparado, se me aparece tan peligrosa como una batalla ardiente, encarnizada. ¡Y cuando, en corrillos, oigo hablar de matanzas y lluvias torrenciales de fusilería, arrasadoras.

me envalentono, y me imagino, sugestionado, hasta militar retirado... y con el grado, por lo menos de general y cubierto el pecho de medallas, condecoraciones y entorchados y, por supuesto, con el respectivo sueldo y sobresueldo ¡Oh, poder de la fantasía...! (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 26 de julio de 1913 con el título *Una tormenta en la colonia.*

LA COLONIA

En vastas extensiones de tierra, donde, hasta hace poco, paseábanse procesiones de indios, haciendo brillar, a la luz de la luna y las estrellas sus lanzas y banderolas, se levantan las colonias. Divididas en chacras, forman, cada cuatro de ellas, un grupo o concesión, con calles públicas a sus costados. Los ganados salvajes y tropillas de venados, lanzando una última mirada melancólica, dispararon al divisar los jalones del agrimensor, campo afuera por sus eternas puertas. Hasta los pumas y los jaguares, después de roncos alaridos, huyeron también despavoridos, al contemplar a sus queridos lares, en que nacieron y corrieron, invadidos por su enemigo común, el hombre, que, atraído por la leyenda universal de la asombrosa fecundidad de la Argentina, decidió entregarle sus bríos y valerosas esperanzas. Así el europeo, que huye de las tierras estrechas y flacas, substituye al salvaje y a las fieras, arando y sembrando entre las nieblas otoñales, abonando la gleba con su sudor, convierte en una primavera los yermos desiertos en trigales infinitos, que se agitan y rugen asimismo al soplo del viento. La cosecha aparece juntamente con las flores y las golondrinas, en sus locos giros, la saludan.

¡A segar, a trillar! El colono, ante cambio tan maravilloso, quédase absorto, mudo. ¡Qué portento! "¡Oh, tú, germinación, tierra o sol, que transformas la atómica simiente en tallo y las pampas en doradas mieses, dejad que, reverente, admire y aclame tu misteriosa fuerza creadora!" — exclama, con los brazos cruzados. ¡Ah, no es de los habitantes urbanos, que, tras largos días nublados, pisan inconscientemente, al salir de sus mansiones, la luz del sol

en las aceras, sino de los que bendicen su calor, que cuaja la semilla y produce enceguecedoras maravillas!

¡Ya está formada la colonia! ¡Salud al precursor, al primero que espantó a las fieras y venados, que levantó con simples estacas el primer rancho, — que cavó un pozo e hizo fuego! La tierra le colmó con sus óptimas primicias, y tras de él vinieron otros valerosos. Los que abren en las comarcas agrícolas, sus entrañas y las saturan con su sudor, los que alimentan a los que sólo charlan y al extranjero, produciendo la riqueza nacional que fortifica y enorgullece, son los hijos predilectos, son los mejores patriotas, porque tienen más desarrollado el sentimiento fisiocrático, en que se funda el patriotismo. Si huyeron los salvajes y las fieras, el espacio se ha llenado de gaviotas, de aves y pájaros cantores, que, amigos del hombre, le despiertan al alba, le acompañan en sus faenas y le encantan la vida. Quien suba a una cuchilla o al pináculo de su ardiente fantasía, admirará la extensión, antes desolada y estéril, dividida en dorados cuadriláteros, pequeños o vastos, según que el colono posea una chacra, dos o un grupo de cuatro. Semejan, a la luz del sol, raudales de oro, y no son sino mundos de cereales, y, en su mayoría, trigales, que descubren, entre sus doradas ondas, humildes cabañas, que aparecen, a lo lejos, encantadoras, porque hacen soñar con la paz del corazón. Y esas viviendas no son sino ranchos, ranchitos de paja y barro; después, con las cosechas prolíficas, vienen los techos de cinc, los corredores, las veredas, las dependencias, los galpones, las máquinas, los árboles, las huertas y los jardines, — pero entretanto ha desalojado a los indios y tomado, en nombre de la soberanía nacional, posesión del desierto. Son avanzadas, y, — ¡salud, pionners!...

¡Ah! — pero cuántos acarreos, rudas labores y fatigas, luchas contra la intemperie y sacrificios, no han costado esas débiles tiendas, que resisten admirable e incomprensiblemente a todos los vientos! ¡El primer invierno! ¡Arar y sembrar entre las lluvias, mientras se amasa barro con las

manos para el rancho y se cava el pozo! ¡Qué silencio! ¡Ni que el colono hubiese naufragado en la gleba! "Ha llegado otro vecino", — dice una abuela, al ver pasar tras de la ventana, mientras hila con su rueca, los carros bamboleantes de artículos de construcción y provisiones. Lo descubrieron el hilo de humo de su chimenea y la lucecita del fogón en las tinieblas. Ya el vecindario había notado el canto de un gallo y los ladridos extraños de un perro. Todos tienen curiosidad de conocerlo, y al entrar, en los trigales, con su segadora, saluda a los vecinos que le admiran triunfante. Es como lo soñaron: joven, sano, fuerte, y nacido, como su vivienda, para vencer todas las inclemencias. En cuanto a su vida, está asegurada por el trabajo, porque éste es la virtud.

Así se forman las colonias. En un solo invierno surgen en las yermas soledades, un poblador tras otro, esos vecindarios de fantásticas cabañas, que constituyen, por su inmensa producción, verdaderos manantiales de oro, porque lo brindan, si no en arenilla o pepitas, en tallos, igualmente amados y codiciados. Separadas las colonias de las ciudades, de los gobiernos y aun de la humanidad, realizan el ideal de las sociedades mancomunadas por intereses y sacrificios comunes y marchan al mismo fin. Solidarizadas por el mutualismo, sus miembros se prestan cuanto poseen, y en el infortunio, se asisten y levantan entre sí las cosechas. Son un ejemplo humano. Como ellos, bondadosos y trabajadores, fueron los primeros núcleos sociales, y cuando se contemplan sus chimeneas siempre humeantes, recuérdase a los druidas gálicos, a los agricultores fenicios y normandos y a los romanos en las campiñas feraces del Adriático. Sus chacras, después de procrear, como las colmenas, en el silencio invernal, aparecen, por la luz primaveral, radiantes, iluminadas, y el colono que semejó, de lejos, encerrado en una tumba, sale cual otra abeja, también al sol, agitado y zumbando sus cánticos favoritos. "¡Así vivieron los primeros hijos de la humanidad, — nuestros padres! ¡Tales fueron

las poblaciones primitivas!'' — exclama, con el alma enternecida el observador de esos hogares!

A la siega y la trilla sucédense el movimiento y la agitación. Los carros hacen caminos en las chacras, que se vinculan mayormente; las huellas se profundizan, y no se oye, entre el hondo rodaje y el apuro del acarreo, más que las voces y el fatigueo de los conductores, que pasan, ufanos, sobre pilas de bolsas de trigo a la estación — trilladoras, con todo su personal y arreos, que marchan a sacar el codiciado grano de las gavillas, — acopiadores en sulkys veloces y jinetes apurados. Los nuevos moradores parecen decirse: ''¡Al fin se oyen voces humanas!'', — abatidos ya por un largo silencio. Todos hablan, gritan y un movimiento social despierta a la existencia especulativa y del intercambio. Los sembradores de las simientes de oro, al encontrarse, se saludan, paran sus vehículos y se dan los parabienes, — conversan, y en la noche, se visitan, discuten sobre las calidades y precios del trigo, — terminan sus convenciones y negocios y enardecen sus mentes al calor de los provechos que alientan y aumentan la prepotencia.

Tal se forma la sociabilidad en esos mundos misteriosos de las colonias y que las ciudades sólo conocen por sus torrentes de oro. Nuevos o viejos, pueden ser vastos e importantes, y entonces poseen molinos, casas de comercio, aldeas, villorrios, todo, todo cuanto puede necesitarse en la soledad para pasar tranquilamente una vida laboriosa, menos pícaros, que, si aparecen, salen a saltos de mata, corridos por la buena fe y virtud primitivas. (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 5 de julio de 1913.

CUADRO

¿Qué me dices, lector, de las salidas y puestas de sol? En Entre Ríos, por su cielo fantástico, son verdaderamente sublimes. Al rayar el alba, la luz solar abre en el horizonte su abanico universal, y el espacio y el campo se iluminan. Las aves, despiertas, entonan sus himnos a la creación, y el hombre canta también... Tal principia, en su solemnidad, el día.

¿Y las puestas? Con toda su melancolía, ofrecen momentos ardientes, fascinadores, como, cuando entre llamas de fuego. Parece entonces un incendio en el horizonte, que el cielo se quemara y comunicara sus llamaradas a la tierra...

Este asunto ha sido demasiado tratado en la literatura, — y tú, lector, ¿cuántas veces, en el campo o la mar, no habrás presenciado nacer y morir el sol? Y con genio poético, ¿cómo no te habrás entusiasmado?... Lo dejo para que lo leas en autores renombrados. Yo sólo he pretendido comunicarte mi primera impresión, en homenaje al inconstante y bello cielo de Entre Ríos. (1)

---

(1) Publicado en *La Razón*.

CUADRO

Llegamos tarde a un villorrio. Desató Pedro, y me dije: "¡Qué noche aburrida voy a pasar! Con la luna, proseguiríamos poéticamente el viaje"; pero sentíame cansado. Acto continuo oigo una música. "¿Música aquí?"—me pregunto, —no imaginándome otra que la del viento.

—Es el circo—dice un individuo que estaba recostado en un poste próximo.

—Está principiando... Vamos — díjele a Pedro.

—¡Qué van a ir! — dice el desconocido. — No sirve.

—¿Qué hacen?—preguntóle Pedro.

—Nada.

¿Cómo, nada?

—Nadaaaa...

"Un circo en que no se hace nada, es digno de visitarse!" —me dije. "Iremos. Debe ser muy curioso. ¡Un circo en que no se hace nada!"—repetíame, mientras llegábamos a él.

Entramos. Era redondo como todos los circos y de lona. Excusado es decir que era reducido. Por el gran número de caballos ensillados en la entrada, creí que la concurrencia fuese de gauchos, paisanos, peones descamisados y muchachos descalzos. ¡Qué error! Componíase, en su mayoría, de colonos y sus familias, vestidas con sus mejores prendas. Endomingadas éstas, lucían en su indumentaria los colores de su predilección nacional, y el conjunto, a pesar del piso de tierra sucia parecía, a la mezquina vacilante luz de los faroles de vela, una exposición de flores. Destacábanse, entre los sombreros primaverales de las francesas y suizas, las polleras coloradas de las rusas, azules de las alemanas, verdes

de las italianas, y amarillas de las paisanas. Había algunas intrépidas que aguantaban medio jardín en la cabeza, y ciertos pimpollos semejaban, de lejos, zanahorias. Todas, se abanicaran o no, estaban desasosegadas, mudas, creyéndose en la cúspide social y seguras de divertirse como nunca.

En menos de media hora oí decir cincuenta veces. en varios corrillos de compadritos, que estaban las de Pagliani, las de Mendiroz y las de Trabucco. ¡Al fin principió la función!—porque la humedad de la tierra viva y las corrientes de aire que pasaban por los agujeros del toldo hacían doblemente penosa la estada. Sólo por la curiosidad de no ver "nada", donde se cobraban precios relativamente subidos por entrada y localidad, y cómo se desenredarían para no ofrecer nada en cambio de las diversiones ofrecidas en los carteles, podía dejarme estar.

La orquesta era un acordeón tocado por un negro. La compañía tampoco existía. El director, que era un mulato brasileño, apareció en la arena con tres chicuelos, y les hizo dar unas vueltas de carnero como las de los alumnos en los colegios. Los reemplazó un payador, e inspirado por el alcohol, principió a cantar unas décimas que dedicó al alcalde, al sargento de la partida y otros personajes oficiales que lucían bombachas y alpargatas. La concurrencia criolla y los viejos vecinos acostumbrados a esta música, reían a boca abierta y cuerpo tendido, de las ocurrencias del cantor, repletas, las más de las veces, de indirectas indecorosas. Volvieron los pequeños volatines y repitieron sus ejercicios. Agotarían su repertorio, porque la función terminó con un drama criollo. Estoy seguro que fué improvisado y que los actores serían dos paisanos de los muchos que mosqueteaban en la puerta en cambio de las entradas, porque fué un diálogo libre sobre la vida campestre. Uno de ellos debía, para terminar la pasión amorosa que lo devoraba, raptarse esa noche la prenda querida y llevársela en ancas fuera del pago, y para crear coraje, dábale besos, como si el cuento fuera cierto, a una limeta, que pasaba a su interlocutor. El líquido,

—que era lo único real,—hacía su efecto, porque los disparates y las alusiones eran cada vez más crudos. ¡La suerte que, a medida que eran más rojos, la gente reía a carcajadas!

La ignorancia es, muchas veces, inconsciencia, porque en una ciudad culta tales espectáculos habrían terminado en un carnaval de papas,—pero en el campo, donde, a falta de arte, prefiérese simplemente divertirse, tales remedos de costumbres pasan aplaudidos.

¿Es nada todo eso? Creo que un crítico absoluto tendría razón, porque en un lugar público, donde se cobra caro por diversiones, débese ofrecer más de lo que hacen los niños sobre la alfombra de la sala, por más que los actores se disfracen de volatines o gauchos andariegos. Hay la obligación de mostrar lo extraordinario y no lo que todos pueden ejecutar

Entretanto que me sugería estas reflexiones, la concurrencia gozaba a sus anchas, revelando su íntima alegría con carcajadas y las expresiones fisonómicas más vivaces. ¡Cómo no! ¿Os parece pequeño acontecimiento? ¡Cuántos de los concurrentes no asistían a tal función por primera vez en sus vidas! Para muchos era una noche feliz, que sería inolvidable y les dejaría gratos recuerdos.

Ignoro lo que, durante tal estado psicológico de la concurrencia, pasaría afuera. Seguramente el inconstante cielo se nublaría, la luna se apagaría,—porque principió a llover,—y el viento sopló tan reciamente, que el agua, por los tajos de las lonas, entró a chorros y el circo entero se agitó y movió. El humor general no disminuyó; aumentó, por el contrario, debido al contraste de disfrutar de tamañas diversiones mientras llovía afuera a cántaros y bramaba el huracán. ¿Quieres, en medio del egoísmo humano, mayor felicidad? ¡Y qué son tormentas para los colonos, que, como los marinos, nacieron para abatirlas!

Era un temporal campestre, de aquellos que se desatan repentinamente y arrasan todo. El circo se sacudía, temblaba, y las ráfagas aullaban entre sus lonas. Más de una vez

rugieron por los agujeros del toldo. Seguramente querrían decirles a los concurrentes que se fueran, que iban a demostrar su poder; pero extasiados ante las pruebas acrobáticas, no veían ni oían nada. Sin duda, ante tanta abstracción, el viento, esa fuerza avasalladora y formidable que torna las límpidas atmósferas y las linfas de los lagos en borrascas terribles, haciéndolas bramar y aullar como lobos, irritado ante tanta indiferencia despreciativa a su omnipotencia, desenterró una de las estacas del toldo, abrió cancha y larga abertura en sus flancos hasta el techo y entró a aletazos. Una bandada de salteadores, puñal en mano, ensangrentado, no habría producido efecto más real. Recién entonces los absortos concurrentes, familiarizados con los huracanes, diéronse cuenta de que éste quería hacer de las suyas.

¡Era tarde para cualquier defensa! El agua entró a ríos,—medio toldo se volcó sobre los espectadores,—muchas luces se apagaron, y otras, para terminar la función, prendieron fuego a las lonas. Cuando estallaron las llamas, — porque fué verdaderamente un estallido, debido a la grasa de las velas,—todos trataron de huir, y, como sucede siempre, no fué ya tan fácil. Vino el consiguiente atropello: unos, para tomar sus carros y cabalgaduras; otros, disparando para demandar hospitalidad a las casas vecinas, y todos, en medio de las rachas de la lluvia y del viento...

En un instante quedó el circo aplanado, arrugado cual globo vacío, y, lo que es peor, ardiendo. "¿Cómo, — me preguntaréis, — quemándose mojado?" El agua, en efecto, es incombustible y apaga el fuego; pero en teoría, porque en los incendios, parece enardecerlos más bien. En fin, caro lector, si te place profundizar este asunto, pregúntaselo al diablo, que es quien, en las desdichas humanas, maneja los elementos. ¡Oh, inconstancia de las dichas terrenales! ¡Oh, poder del fuego!—mejor dicho, porque a la lluvia únicamente no le temen los colonos, acostumbrados a combatirla, y habrían continuado, entre los torrentes, adentro hasta lo último.

Recuerdo que, para conciliar el sueño, incité a Pedro que me contara sus aventuras por Los Rincones con los tigres y la manera de cazarlos. Díjome que la mejor y más artística y elegante era, cuando, distraídos, creyéndose solos, abrían la boca, les encajaba una bala en el espléndido infierno rojo de su garganta. Antes de cerrar los ojos, le pregunté, curioso de conocer, aunque sólo fuese de nombre, la aristocracia de la localidad, quiénes eran las de Pagliani, las de Mendioroz y las de Trabucco, — y me respondió que eran las hijas del carnicero, del basurero y del carbonero. ¡Y en las ciudades, que se desviven las niñas, porque se las llame las de...! ¡Si vale la pena!.. Comentando con Pedro estas pobres vanidades, exclamó:

—¡Para eso mi pago! Allí las madres tienen sobrenombres, y a sus hijas se les dice: "Las de la Peluda, las de la Chimanga, de la Vizcachona, etc., etc." (1).

—

1) Publicado en *Caras y Caretas* el 30 de Mayo de 1914 con el título *El Circo de la Colonia.*

LA SIEGA

El tallo del trigo está alto, seco y convertido en dorada paja, y su flor brilla en la crespa espiga que contiene el grano fecundo. La vasta extensión, que habitó el salvaje, está cubierta de trigo sazonado, cuya espumosa superficie ondea al más leve soplo del viento, produciendo el murmullo de la mar. Dorada, la luz del sol préstale un reflejo brillante, maravilloso, que enceguece la vista, y si nos remontamos como el pájaro, admiraríamos el desierto inmenso, mudo, que guareció hasta ayer al avestruz y la gama, convertido en una inmensidad infinita de trigo. ¡He aquí la verdadera mina! Inagotable, desarrolla las fuerzas físicas y la energía, mientras que las minas de oro se agotan y conducen a los pueblos, por la molicie, a la miseria y corrupción.

Como de trigo se alimenta el mundo, el colono espera ansioso las cosechas; pero para convertirlo en el áureo metal, tiene primeramente que segarlo y arrancar luego de la espiga el suculento grano que guarda la blanca y preciada harina. El genio creador del yanqui, al cambiarle al molino las alas por la chimenea, desterrando, en su colosal impulso agrícola, las fuerzas del agua y del viento, ha inventado máquinas para aquellas operaciones sucesivas y que las simplifican y abaratan. Forzoso es decirlo: estos soberanos instrumentos eran tan indispensables, que, a no existir, las cosechas, por falta de brazos y sobre todo de tiempo, se perderían en los tallos, y los granos, por la lluvia y el sol, fermentarían y se averiarían. Esta fatalidad, en vez de arrebatar al genio americano su inspiración reconocida tan universalmente, aumenta sobremanera su prepotencia, porque

demuestra que desdeña las abstracciones para preocuparse de las exigencias inmediatas. La poderosa naturaleza se doblega, y le entrega los ríos de sus granos de oro, para que, en sus rápidas manipulaciones, los arranque, los desmenuce y los transforme en el pan cotidiano de la humanidad.

Hasta cuando dependíamos de Chile segábamos con la hoz de los antiguos romanos, que todavía usan muchos pueblos civilizados, juntamente con los molinos de viento. La siega era antiguamente la gran fiesta agrícola del año. Los labradores, libres de la cosecha y satisfechos de su rendimiento, se paseaban por los caminos cantando al son del pandero y la vihuela. La siega era un regocijo general, compartido entre la familia y los vecinos; hasta los niños manejaban la hoz, y las mujeres ataban los haces, que hoy se titulan gavillas, con cuerdas de paja. Las comidas eran convites y terminaban en bailes.

Hoy sembramos para exportar; la cosecha es comercial, y cada una de sus transformaciones se hace seriamente y con la energía de la pasión del lucro. El colono no dice ya: "Tendremos pan", sino "¡dinero!", para abonar los gastos, las deudas y ahorrar algo, a fin de extender el dominio. Iba en el sulky haciendo estas reflexiones, en medio del silencio solemne del desierto, y oí un ruido estridente, acompasado, que llenaba el espacio.

—¿Qué es eso? — le pregunto a un colono.

—Están segando — me contesta.

Anhelante por presenciar esta faena, me dirijo a la chacra que producía tales notas metálicas.

Entró en el trigal un robusto colono, rubicundo como Apolo, fumando su pipa y resplandeciente de alegría, en el elevado asiento de la segadora. La tiraba una yunta de bueyes mansos, que marchaban apresurados. La cadena gira en la rueda mayor, y el engranaje, en la marcha, producía un ruido de matraca, ensordecedor, mientras la máquina avanzaba a paso largo. Esta, ante el asombro del espectador, abría una calle de dos metros de ancho, dejando limpio el

rastrojo, y así iba hasta el fin del trigal, para volver a dejar otra faja al compás del andar de los animales y del ruido estridente.

Los tallos del trigo, entretanto, no habían caído entre los rastrojos y amontonados a lo largo como la alfalfa; veíaseles formando haces, que llámanse gavillas, del grosor de las antiguas cargas de pasto, con las espigas de cabecera y apiladas de a cinco de trecho en trecho. ¡Todo esto ha hecho la máquina mientras avanzaba! ¡Y cuántos hombres no andan en vano! Asómbrate, lector: las gavillas aparecieron atadas con hilo de cáñamo. Maravilla, y ninguna mano humana se habría conducido con mayor celeridad y maestría.

¿Cómo se ha operado esta transformación milagrosa? Como sería difícil explicarla, por el complicadísimo mecanismo de la segadora, contentémonos con sus efectos, y rindámosle el tributo de nuestra admiración inconsciente, en tanto que el colono aprovecha sus ventajas. Ahí están las gavillas atadas en montones y la segadora que va formando, entre el ruido metálico, otras y otras. Arranca de la tierra tallos de trigo, que los convierte, instantáneamente en haces. Sólo falta emparvarlos, o sea construir esos monumentos al lado de las casas, para preservar, en lo posible, el trigo de las lluvias, y que, a la distancia, parecen otros tantos ranchos o galpones.

Estimulado por la curiosidad, estudié el engranaje asombroso, — pero su explicación, por la infinita variedad de piezas, resultaría grosera e incomprensible. Sería como pretender describir el proceso de la digestión. Baste saber que es un organismo completo y tan complicado como el nuestro. Anda porque tiene ruedas que le sirven de piernas; guadaña con los brazos: por su fila de dientes pasa el trigo a su estómago, y aquí, como en el cuerpo, viene el misterio. Supongo que adentro habrá unas manos delicadas, que, en el acto de entrar los tallos, los acomodan parejamente, forman los haces, y con el hilo que yace en ovillo, atrás del asiento, los atan, anudan y arrojan fuera de las

lonas. Estas hadas, que, en virtud de la ley del trabajo, deben ser varias, para ejecutar tan perfectamente distintas operaciones, no son sino el genio yanqui, que ha producido en el mundo la verdadera emancipación humana, aplicando el vapor y la electricidad a todas las faenas, para que dignifiquemos nuestras fuerzas y trabajemos en lo sucesivo menos con las manos y los pies y más con el cerebro o sea como hombres. Estas máquinas siegan hoy a razón de cinco hectáreas por día, o lo qué en un mes no haría una familia entera con la hoz y ayudada por el vecindario.

El colono, en vez de hacer de máquina y de buey, gobierna la operación con las riendas en la mano desde su elevado asiento, que, en el diáfano espacio, semeja un trono, y consciente del movimiento interno, por el rodaje de las cadenas, sabe lo que hace, vigila con el ojo y avanza, sorprendido, orgulloso. ¡Cuánto tiempo, gastos y fuerzas no se ahorran! Puede él, a ratos, atender su huerta, y la mujer, la cocina, la casa, los hijos y el jardín, sin que la siega se transforma en una algarabía descomunal.

¡Nada de visitas en borriquitos enjaezados, ni fiestas con panderetas, ni pámpanos, ni libaciones! ¡Acabóse también la carne con cuero! A lo sumo, algunos colonos, al pasar, sujetan, por sociabilidad, sus carros o caballos en la tranquera, e invitados a entrar, inquieren sobre el rendimiento y conversan acerca del precio del trigo. Unos lo venden ya; otros prefieren guardarlo, y todos, en los instantes de descanso, hacen las cuentas de la venta, de los gastos y de lo que les quedará. ¡Ah, cuando la cosecha ha sido abundante y generoso el precio del cereal, arrojando un saldo para comprar más tierra, el colono y su mujer están contentos, ufanos, porque se imaginan llegar pronto a ricos! ¡pero cuando después de duros afanes no queda un centavo, hasta los niños pónense tristes! No se oye, entonces, por doquiera, sino reniegos, rezongos, suspiros, quejidos, maldiciones ante las eternas deudas y los temores de que los propietarios y proveedores

puedan embargarles la tierra y hasta el pobre trigo embolsado para semilla y pan del año. ¡Qué caras hoscas! ¡ni las de los bueyes ñatos!

La bondad, felizmente, es propia del campo. Todos esperan, porque confían en la honradez rural, y saben que basta una buena cosecha para abonar todos los créditos. Los tordos, las tórtolas y los chorlos, ante el campo segado, se asientan en los rastrojos a devorar las semillas. El espacio desierto, poblado sólo por algún chimango errante y quejumbroso, es surcado a menudo por bandadas de aves hambrientas, que buscan su festín anual, y se oye repetidamente el "¡tun, tun"! de los cazadores que persiguen a las perdices. Se descansa, se conversa. Si el año ha sido próspero, el cerebro se excita con proyectos ambiciosos, y el sueño huye como en la ciudad; si no se aguanta la tempestad al calor del amor de la familia, fiado el corazón en la esperanza y sobre todo en que Dios será más bondadoso el año próximo. ¡Se descansa! Se descansa bajo del emparrado, aunque sea en el suelo y con la cabeza sobre una piedra, para disfrutar de la faena, después de haber sudado ríos, mientras en las urbes el espíritu mata al cuerpo. Escaso o abundante el rendimiento, ahí están las parvas, que semejan, por la perspectiva, una tropa de elefantes, demostrando hasta el horizonte que se ha trabajado cuanto es humanamente posible. La conciencia está tranquila,—los hijos brindan sus caricias, y las aves vuelven a surcar el firmamento, deleitando con su canto y los ecos de su aleteo. La naturaleza se abre a las sublimes armonías, y el pensamiento, siguiendo las variantes de la luz y de la sombra, conversa en las noches calladas con las constelaciones y busca el porvenir en los anhelos del corazón (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 3 de mayo de 1913.

CUADRO

Las noches de luna en Entre Ríos son de plata: blancas como mañanas, y despiertan, en casa ajena, el deseo de dormir afuera. Deséchanse los consejos del dueño de casa, y se arrastra el catre bajo del corredor. ¿Intentaríamos tal siquiera en la ciudad? ¡Cómo nos atrae el campo! Nos confundimos con sus elementos y buscamos el agua, la luz, la sombra, mientras en las calles urbanas pisamos con desprecio el omnipotente y todopoderoso sol.

Al rato de estar acostados, cruzan por el espacio iluminado bandadas de patos sedientos, y si estamos todavía despiertos, gozamos de su cántico, el más simpático, de los nocturnos, al oído. Nacen ímpetus de seguirlos, y laméntase no tener alas para tal viaje aéreo por los espacios plateados. Pasa la última bandada, y continúa su chillido fino..., de cabello de ángel o último suspiro de genial violín.

Los cisnes y los gansos, en las sequías, producen una impresión indescriptible. En fila, se anuncian, desde lejos, con el ruido de su vuelo, y, al acercarse, es tan agitante que, si se escucha, es imposible resistir a la tentación, y se abandona el lecho para admirar tan gigantescas aves platearse al resplandor de la luna. Parecen ángeles. A la verdad, tanta belleza impresiona fuertemente, y poco menos que entristecidos, con el alma vacía, volvemos a acostarnos, porque se ansía irse tras ellos. Descubrimos, entonces, el encanto que tienen tales chillidos de aves, cuando, de noche, los oímos tantas veces bajo el techo de la ciudad. ¡Se van por el blanco cielo!

Noches tan blancas no ofrecen, por falta de crepúsculo, la transición de la sombra a la luz. El sol nace dentro de la

luz de la luna, y se entra al día sin mayor cambiante, mientras en las noches turquíes vése la aurora,—el alba recela de avanzar en las tinieblas,—hasta que al fin el cielo se azula, pónese celeste, las estrellas se apagan, las tres Marías alumbran, y el lucero, como un faro del océano de la eternidad, brilla, arde, y, de repente, apágase ante la luz universal. ¡Todo se avergüenza y se extingue ante el sol! Es el gran revolucionario del universo, que, en cuanto sube al cielo, echa todo abajo y él sólo reina.

En las ciudades, donde la luna no es tan brillante, su luz, a medida que el sol se aproxima, se debilita y muere como la eléctrica al amanecer, y se admira, no obstante, la transición. Los semblantes toman, en ese momento, un tinte cadavérico. Es el velo de la muerte que el sol arroja sobre la faz de la nocturna viajera, y los astros, fieles a ella, la siguen para llorarla. En las noches obscuras y de lunas crepusculares, vése realmente morir la noche y nacer el día.

¡Dichoso de mí que gocé de tales instantes de la creación! ¡Si volveré a gustarlos! Con razón decíame una vez un gaucho: "En la ciudad se pierde la vida". (1).

---

(1) Publicado en *La Razón.*

CUADRO

—¡Gran fiesta en el cementerio! — exclamó un individuo en cierto villorrio.

Aunque conocía el paraje y lo que podía dar, libróme Dios de sonreirme siquiera. La más ínfima fiesta, en la última aldea, debe tomarse siempre a lo serio, porque la susceptibilidad campestre es más delicada que palo de gallinero. La experiencia, por otra parte, enseña que todo es relativo en este mundo.

Hacía una mañana primaveral, de esas en que las ráfagas, al pasar, ríen al oído y como, de paso, observaba costumbres, me encaminé, sin prevención alguna, al camposanto. Iba inspirado por una afectuosa y cristiana simpatía. Soy estudiante de la vida.

Hallé en el lugar de la ceremonia una multitud de jóvenes de ambos sexos, y llegaban a cada minuto más, ya en carros o a caballo. Las del bello, paisanitas en general, estaban adentro, o sea del alambrado, y trataban de encender velas en las tumbas de sus deudos, operación no muy fácil por el viento.

—¡El poncho, Almada! ¡El poncho, Alderete! ¡El poncho, Quiroga! ¡El poncho, Facio! — exclamaban una a una, — y los paisanitos endomingados, de botín elástico y traje inglesado, se sacaban sus ponchos del brazo o del pescuezo, y se los pasaban, solícitos, a las jóvenes, que conocían desde la niñez, aunque algunos de ellos, por falta de relación, ni las saludaban. Ellas los tomaban, y cuidadosamente los ponían sobre las cruces, simulando un altar, y

encendían las velas en su interior. En seguida se hincaban y rezaban.

¡Qué espectáculo el de una muchedumbre de mujeres orando al aire libre y sobre la tierra de las tumbas! Esas sí eran tumbas, porque el cuerpo estaba abajo, víctima de la descomposición orgánica, y arriba una que otra, a lo sumo, tenía, por todo adorno, entre los yuyos y abrojos, una cruz de hierro. La ceremonia, por lo natural e ingenua, causóme respeto, y pensé que así debióse orar sobre los primeros muertos. "¿Por qué sólo las mujeres han de orar y llorar?"—me decía,— porque ellos, ¿qué hacían?... Algunos paseábanse tras del cerco de alambre, con aire de compadritos; otros, echados bajo de los carros, encendían fuego y tomaban mate, y, gentiles, se lo pasaban a las damas cercanas y a las que rezaban sobre las tumbas. Aquello era un acarreamiento de mate.

¡Mujeres hincadas sobre tumbas en el cementerio, rezando y tomando mate! Recomiendo el cuadro a un pintor, y en cuanto al lector, convenceráse de que se pueden hacer tres cosas a la vez en esta vida. Llegaron unas rezadoras, y la ceremonia terminó con asado, tortas fritas y baile con guitarra. El mate no debe, aun en tan solemne instante, causar extrañeza, porque en el campo se toma a todas horas, y cuando veía a criaturas de dos años prendidas ya a las bombillas, me preguntaba: ¿Cuál habrá nacido primero: el gaucho o el mate?"—porque, en el campo, no se concibe la vida sin él. Es un apéndice. Sin embargo, son raros los casos de apendicitis. Soy gracioso, ¿no es cierto?... (1)

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas*, el 7 de noviembre de 1914, con el título de: "Noviembre en las Colonias".

LA TRILLA

En el desierto, durante el estío, el aire, a la hora del cenit, brilla, fulgura y sus reverberaciones enceguecen con sus reflejos. Es un mundo iluminado. Deslumbra. "¿Quién se atreve a salir a semejante hora? La gente estará sesteando bajo de los corredores"—me respondí. Volaba en el sulky por escapar a la canícula. De repente, al llegar a una cuchilla, exclamé: "¡El tren!"—creyendo oir un silbato. "Será una trilladora, porque la estación está muy lejos" — me dije. En el campo, el viento suele traer al oído ecos semejantes, quejas de ráfagas perdidas, y como me parecen siempre de las ánimas, volví a un diálogo que mantenía con Pedro sobre el trigo y su vasta producción. En esos parajes, durante la cosecha, no se habla sino de trigo, trigo y trigo. Es la política de las colonias.

En seguida volví a oir idéntico silbato. Había marchado algo. "¿Estarán trillando?"—me pregunté, impensadamente.

Bien pronto divisé en el horizonte un hilo expirante, negro. Semejaba, a lo lejos, la agonía de un volcán. No había duda: se trillaba. Estaba a legua y media de la faena,—pero la marcha era tan vertiginosa, que bien pronto el viento nos trajo en sus alas un ruido acompasado, mecánico, muy semejante al andar de los trenes. ¡Otro silbato! Este, sí, lo percibí distintamente, y resonó en mi alma, por la soledad, como una carcajada que precede al buen humor. Después otro y otros, rasgando el espacio, agudos y estridentes.

Al acercarme al motor, volvió a chillar repetidas veces, seguramente para saludarme, e impresionado por el humo y

el ruido metálico, me bajé respetuosamente como quien entra a visitar una fábrica colosal. ¡Y al aire libre, en pleno desierto! Sentíme cohibido por la noble impresión.

No estaba aquello tan despejado ni vacío. Quince o veinte parvas enormes, que parecían galpones, formaban un semicírculo, y en el centro funcionaba la trilladora por medio del bullicioso motor. Sabéis mejor que yo lo que es motor: una pequeña locomotora, por la forma, con sus silbatos, resuellos de vapor y alegres reflejos acerados. La máquina, —como se llama a la trilladora,—es una especie de vagón de ferrocarril. No muestra nada; cerrada herméticamente, apenas descubre la rueda motriz, donde gira la polea, que la comunica con el motor. La maquinaria está adentro, y, de madera en gran parte, produce al funcionar un ruido espantoso. En frente había otro vagón, que servía para depósito de herramientas y enseres de dormitorio de la peonada en la trilla y travesías solitarias. Estas tres personalidades, muy diferentes, por su apariencia, de lo que eran, tenían ruedas de hierro con llantas chatas y tiradas por numerosas yuntas de bueyes, recorrían largas distancias y atravesaban arroyos y ríos.

En medio del movimiento acelerado e incesante de la trilladora, el motor silbaba, resollaba vapor y vomitaba humo por el caño, ni más ni menos que una locomotora. Entre este ruido aturdidor, infernal, que tendría alarmados a los zorros y vizcachas de una legua a la redonda, en el fondo de sus cuevas, el personal, que se compondría de veinte hombres, trabajaba en un silencio melancólico agobiado por el calor. El maquinista,—como se llama al director del motor, —yacía, con aire científico, al lado de su pieza, y un peón echaba a cada instante paja de trigo a la hornalla, mientras otro se la amontonaba, a brazadas, al lado. Un tercero, de lo alto de un carro rebosante de gavillas, echaba por arriba una tras otra de éstas con una horquilla, y en cuanto quedaba vacío, poníasele otro repleto al lado, mientras aquel regresaba a las parvas a llenarse nuevamente. La trilladora,

de esta manera, tragaba constantemente gavillas, entretanto que por abajo arrojaba, a manera de residuos, la paja pura, que era llevada en rastras a la cincha y botada lejos. Tenía atrás cuatro bocas, por las que salía el trigo en grano a borbotones, limpio, puro, y caía en otras tantas bolsas abiertas, a estilo de las aguas corrientes, por las canillas.

Llenadas las bolsas, se sacaban y reemplazaban en el acto con otras vacías, que se colgaban de ganchos, tocando su fondo el suelo. Las bolsas llenas se cosían allí mismo, se colocaban cruzadas unas sobre otras y formaban pilas que nunca eran enormes, porque carretas de bueyes las transportaban continuamente a los galpones de la estación. Nadie hablaba una palabra, y en medio de este rudo trabajo tan dividido, cada miembro de este personal iba y venía y llenaba su tarea en el más completo silencio. No se oía, en ese desamparo, más que el ruido de la trilladora, los silbidos y pujos del motor, que transmitían la impresión de una fábrica de trigo a la intemperie.

¿Cómo se verificaba esta transformación? Cómo una gavilla atada, era, en el acto, desatada, convertida en paja inservible y en chorros de codiciado grano, era una operación que nunca quise averiguar. No he nacido para violentar mis sesos, y no quise que mi cráneo, como el de aquel político de la célebre caricatura de "Punch", que se empeñó en comprender el tratado de Berlín, estallara en explosión. Me imagino..., como en la segadora, que en cuanto entra la gavilla por la boca, una mano la desatará, mientras otros dedos, con igual celeridad y maestría, la despojarán de todos sus granos. ¿Qué más nos importa saber? ¿Qué tenemos que ver cómo la gavilla se convierte instantáneamente en raudales de granos? Contentémonos con llenar las bolsas vacías y retirarlas rebosantes con mayor prontitud que si se tratase de agua. ¡De rodillas deberíamos verlas abiertas, porque sólo tenemos derecho a la admiración!

Los peones, para soportar el calor, andaban desnudos, con un lienzo en la cintura, a estilo de panaderos. Extraña-

do de que anduvieran en cabeza, díjoseme que estaban acostumbrados. Con todo, enfrente yacía uno, bajo de un carro, atacado de insolación (!). En las trillas, con peones al día, no hay siestas. Otro peón servía, en fuentes de lata, trozos de carne de una olla descomunal, que hervía furiosamente por el fuego de leña de tala. El caldo, hecho con agua del tajamar, parecía chocolate. "¡Qué valientes!"—me dije, — porque para estas cosas es que se requiere coraje en la vida. "¿Cuánto ganan?" — "Un pesos y medio" — contestóseme. Sin alimentación, porque esa comida era pagada por ellos.

¡Adiós carne con cuero, tortas fritas y bailes de la antigua trilla! A lo sumo, se pasaban, de vez en cuando, la botella de caña rebajada y un jarro de agua... sucia. ¡Así se trabaja en el campo, donde únicamente se produce, mientras en las ciudades charlan los mocitos y se hacen leyes inconsultas para oprimir al agricultor y al ganadero! ¡Qué injusticia, qué ingratitud!

¡Sudaban los infelices! Silenciosos, mudos, hacíanme el efecto de una tropa de esclavos, tanto más que el patrón llevaba un sombrero de paja, de anchas alas, como los "fazendeiros". Los que ponían las bolsas en las pilas, en los carros o hacían otros esfuerzos, lucían, por la contracción, una poderosa musculatura. El color cobrizo carecía de vello y parecía más terso y sano. Casi me adormecí a la sombra de una parva, vencido por la temperatura y el cansancio, y los peones pareciéronme, en un abrir y cerrar de ojos, estatuas de terracota, empapadas por la lluvia, que abandonaban sus pedestales en un jardín encantado, para ir y venir, en tal cruce continuo, sonámbulos o medio dormidos. "¿Esta gente es de aquí?" — "La mayor parte son indios de "Los Chacos"—me contestaron.

¡Compatriotas, más argentinos que nosotros, porque tienen miles de años de nacionalidad! Había algunos, pacientes, doblegados mansamente, y se resignaban cual bueyes ante el yugo; otros, de borrascosa cabeza, parecían rebelados ante el duro lote que les tocó en suerte. "Aquel es

un ratero, que no tiene cabida ni en las comisarías—me dijo el colono, señalando un muchachón de ojos vivaces. "Parece que ha perdido la maña"—agregó. "¡El trabajo, el trabajo — díjeme — y sobre todo el sudor, que depura el cuerpo y libra el alma de malas tentaciones.

"¿Y las casas?"—pregunté. — "Están en la aldea, porque estas chacras son rusas—me contestaron,—y como me iba dando ya cuenta de las costumbres coloniales, me expliqué incontinenti la anomalía de hallarse solas las parvas. Pensé en la antigua manera de trillar; vínoseme a la memoria la parva redonda, de forma cónica, — el alambrado alrededor, — en el espacio intermedio, las tropas de yeguas pisaban las gavillas arrojadas de arriba, latigueadas de atrás y apuradas por los numerosos muchachos prendidos de los postes y que iban a pedir potrillos. De ese pisadero, lleno de barro y bosta, salió el trigo durante siglos; se le secaba en pala, y había que aventarlo cien veces al aire para que fuese vendible en los molinos de la vecindad. ¡Qué diferencia! — exclamaba — al verle salir a chorros de las canillas de la trilladora, embolsado, cosido a la vista, limpio y listo para ser exportado. ¡Con qué energía y prontitud trabajaba la trilladora!—y especialmente ¡con qué limpieza y economía!—porque no caía al suelo un solo grano. ¡Libre verdaderamente de polvo y paja! ¡Con razón metía tanto ruido! Tendría conciencia de lo que hacía (!).

"¿Cuánto trigo darán estas parvas?"—"Seis mil fanegas".—"¿Cuándo terminarán ustedes esta faena?" — "Dentro de quince días; después iremos a la colonia San Antonio". —Saludamos y proseguimos nuestro viaje, perseguidos por los ecos, cada vez más suaves, de la admirable máquina y su motor nervioso, desasosegado, hasta que se extinguieron tras de la cuchilla...

Volvimos otra vez a encontrarnos en medio del desierto silencioso, abrasados por el sol ardiente, y acompañados sólo por el rodaje de nuestra carrera. El calor principió a calmar, y oíase, de vez en cuando, el canto de algún grillo o chicharra en

los rastrojos. Al caer la tarde, tropezamos, en un arroyo barrancoso, con una trilladora y un motor que yacían empantanados con todo su equipaje de campaña y no podían salir ni con diez yuntas de bueyes cada uno. "No es lo mismo trillar que viajar" —me dije,—y al desensillar a la noche, divisé en el horizonte unos incendios enormes, que parecían devorar todos los campos. "Es la quema de la paja de la trilla, para evitar la mosca brava"—me dice Pedro. Parecían en la obscuridad, a la distancia, un campo de batalla en que los ejércitos combatieran al resplandor de los cañonazos (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas*, el 1º de febrero de 1913.

CUADRO

—¡Eppp!... ¿Quién vive?... ¡Alto ahí!...—nos gritó una voz ronca, sargentona, en las tinieblas...

. . . . . .

¿Qué había pasado?... ¡Qué iba a pasar!... Habíamos salido en una excursión demasiado temprano, — era obscuro todavía,—no se veían ni las estrellas..., y nos llevamos por delante un morrudo habitante que dormía tranquilamente en su catre.

"¿Cómo es posible semejante suceso?", se dirá. ¡Ah, jóvenes, impúberes, hay que ir al campo para ver cosas, que, precisamente por lo naturalísimas, son extraordinarias! Había sentido al barquinazo, que cruzábamos rieles, y Pedro me dice: "Es una estación,—pero sigamos por doquiera, porque no hay casas". ¿No había? Entretanto que él no cruzó por ahí, levantóse una,—esa del dormilón del catre,—quien, por la calor de la noche, sacólo afuera para gozar de la costumbre campestre de dormir en verano al aire libre...

Indignado, furioso púsose el tal despertado. Nos dijo que debíamos verle,—que estaba en su casa,—que cometimos un atropello, — que le llevamos por delante,—que bien pudimos matarlo, — que fuésemos más precavidos...,—en fin,—y otras frases más, que omito por su extensión, como dicen los rematadores, y hasta crudas para estereotiparlas. Pasámoslas, en ese momento, por alto, porque tenía razón... Y nosotros también teníamos razón,—porque, como le dijimos en la discusión, no estaba en su casa ni en la vereda,—sino en el campo.

Estaba fuera de la primera, y la segunda no existía. El catre, por otra parte, estaba en lo que,—podía llamarse,—calle,

o sea a veinte metros, por lo menos, del frente de su propiedad.

Así le dijimos,—pero él, fuera de sí, no quiso saber nada. Persistió en que cometimos un atropello, porque juzgaba con el derecho que nos tomábamos desde antiguo en la capital y que todavía se ejerce en las ciudades de provincia: de sentarse en sillas en la vereda, y después en la calle, como si no hubiera tránsito ni vehículos...

—¡La calle es para los animales!...—le dije, fastidiado ya.

Fuera de sí púsose, porque creyó que le había dicho animal.

Ni pretendí tal rebajamiento, y a haberlo siquiera pensado, ¿no era acaso, aunque racional, un animal? Quise decirle simplemente que, colocado en medio de la calle, — que allí era pleno campo,—estábamos, por la obscuridad, excusados, si le llevamos involuntariamente por delante, porque descendió de su casa a tomarse el sitio destinado a los vehículos. "¡Ni la vereda le pertenece! — le gritamos, al fin, — porque es igualmente pública para el tránsito!"

No quiso entender razones.

Lo gracioso del caso es que no nos vimos ni las caras. Simplemente nos oímos las increpaciones y los denuestos. Y toda esta discusión ardiente, acalorada, se mantuvo sin que viésemos nada. Oímos sólo voces, voces agrias, como si se tratara de una fiera disputa entre viejas ánimas en las negruras del Averno. Y seguimos nuestro camino, comentando el caso, afirmados siempre en la razón y el derecho, mientras el viento nos traía todavía sus rezongos. ¡Cosas del campo o el colmo de dormir afuera!

CUADRO

Voy a contarte, lector, el resultado de mi primera negociación, a raiz de rudos viajes, cierta vez que llegué a un villorrio, en cuyas colonias circunvecinas existen numerosos interesados por comprar campos.

Me alojaba en una fonda, — ¡y gracias! — y al extender las mantas sobre mi cama para recostarme, entra Pedro y exclama:

¡Está el señor Bertrán!

Fastidióme el anuncio de un ilustre desconocido por su apellido a secas, tanto más que Pedro había ya recibido de mí en las excursiones solitarias, en cambio de sus sabias enseñanzas y advertencias, bastantes consejos sobre diplomacia social. "¡Bertrán! ¡Bertrán!" me dije. Yo había oído este apellido en la capital, y me imaginé, razonablemente, que fuera un comprador, y por su sonoro apellido, riquísimo. Iba a contestar que pasara adelante, cuando se me presentó en cuerpo y alma.

En el campo no hay protocolo. Las presentaciones, las tarjetas de recomendación, están de más: todos ven, sin trámites, a los que quieren y son recibidos por grado o por fuerza.

Era el aparecido, verdaderamente todo un señor Bertrán: alto, fornido, de cincuenta años más o menos de edad, moreno, de pera y melena y vestido de negro. Parecía, por la apostura, pariente de una afamado caudillo o de un gallardo general, sin el monóculo y los arreos, aunque gastaba bastantes sortijas, diamantes en las pecheras y avalorios en la cadena del reloj.

Un granadero prusiano, arrastrando el sable, no habría

entrado más estruendosa y precipitadamente. Llevóse por delante la percha y una esquina de la cama y sin dar tiempo a que le recibiera, me tomó la mano, la estrechó, entre risas, efusivamente, y dejóse caer, sin más ni más, en la silla que tenía próxima. Me hizo acordar a un escritor brasileño que me visitó una vez, — pero con tarjeta de presentación — que entró abrazándome, y antes de media hora me había dado diez abrazos (!).

Arrugó violentamente su chambergo, y al ponerlo sobre los papeles de mi mesa, echóse negligentemente para atrás y exclamó:

—¡Lo estaba esperando!...

¡Qué honor para mí! ¡Y yo, que creía que no había afectos fuera de la familia! — me dije, con el corazón palpitante. "Quizá sea algún condiscípulo de la infancia, que, al saber mi llegada, quiera que nos demos una justa satisfacción" — pensé, para explicarme, racionalmente, tan inusitado saludo.

—Recibí — agregó — los planos de su colonia, y le he buscado entretanto compradores. Le tengo muchos. Hay varios rusos interesados por grandes fracciones. Mandaré llamar a todos para que se entiendan con usted.

Siguió hablando, entre sonrisas, de manera tan halagadora para mí. Citó un sinnúmero de compradores y, según él, tenía ya vendido todo el campo. (!).

"¡Eureka!" — podía exclamar, y dada la costumbre campestre, principiar a prender cohetes.

Habíame pasado bien la mano por el pelo. Tenía ganada mi simpatía, aunque, por experiencia, sólo creo en lo que veo. Habría prestado, sin embargo, más fe ciega a sus palabras, a no ser su figura fantástica, más propia de militar vestido de paisano que de corredor.

Era un individuo lleno de movimientos y guiñadas, y denotaba cierta excitabilidad nerviosa. Traslucíase también su espíritu expansivo y decidor. Casi me contó un cuento y, al mirarme, se enredó en la telegrafía sin hilos de mis ojos... Principió a agitarse, llevó su diestra al bolsillo y la revolvió aden-

tro. Creía yo que le picara alguna pulga, pero la sacó con un paquete de cigarrillos. Ofrecióme un pitillo,—cual se dice en España,—y como se lo rehusara, agradecido,—porque no fumo, — encendiólo para sí y se lo puso en la boca, mirándome con el desdén del que se cree superior porque fuma. Arrojó unas bocanadas de humo, que veía, orgulloso, disiparse, y tuvo buen cuidado de lucirme una uña del meñique diestro de dos centímetros de largo y que criaría amorosamente para algunos usos privados. Considerándome ya dominado, bajo su planta, irguióse, y sacando de su bolsillo unos papeles, con intención de mostrármelos, me dijo:

—Querría entretanto consultarle este asunto....

¿Quién no desea hacer beneficios, aunque sean profesionales y gratuitamente?

—Con el mayor gusto — le contesté.

Después de algunas variaciones sobre sus relaciones e influencia en la localidad, dándome a entender que sólo residía allí por sus pingües negocios, agregó:

—¡Pero es imposible servir a estas gentes! Cansan, son muy descuidados, por más que sean los factores de la riqueza nacional.

Entonces estaba en boga el vocablo factor.

—Supóngase mi caso presente. Mando traer de Europa tres trilladoras para un colono. Llegan a Buenos Aires; voy allá, las abono y, al regresar, me encuentro con que el comprador había prestado el dinero afectado a mi reembolso a un compañero. Este no se lo pudo devolver. Ahora, hasta la próxima cosecha, si es buena... Entretanto, le entregaré las trilladoras, para que no se diga después que, por falta de ellas, no ha producido trigo. ¡Suerte que puedo esperar!

Habló en seguida de *Inglaterra*, de Europa, de lo caras que son las trilladoras, que las pagó a oro, que le dejaban poca utilidad y que no se metería más en negocios semejantes.

—¡Qué compromiso ahora! — agregó — Dentro de dos horas llegan por el tren; se descargan, y no podré mandárselas

al comprador si no abono primeramente el flete en la Estación. Importa trescientos pesos.

Y para comprobación de sus afirmaciones, quería mostrarme telegramas, conocimientos, cuentas, recibos, etcétera, etc., que tenía arrollados en la mano, y dando valor a su aire risueño, festivo, agregóme:

—Usted sabe mejor que yo: los hombres de negocios nos hallamos muchas veces sin un peso. Por eso nos ayudamos mutuamente en las malas circunstancias....

¡El Mutualismo! Y prosiguió, en este género de consideraciones, cada vez más alegremente.

—¿No podría usted facilitarme estos trescientos pesos? — me dijo, encarándoseme, entre espirales de humo, y haciendo alarde de su importantísima uña. Es cuestión de horas. Mañana tengo dinero.

Sentí el sablazo.

¡Nada de prestar! Facilitar—he ahí el simpático verbo que hacía de carnada.

Revelación: ¡para esto me había estado esperando!

Todo lo comprendí inmediatamente, con esa intuición de una futura víctima, y que si me desprendía de los consabidos trescientos, como a las golondrinas de Becquer, no los vería más. Se me pasó por la memoria el trance del cartero, de El Nabab, de Daudet.

Un relámpago de imbécil vergüenza pasó por mi rostro, y temiendo que me fuese a tomar por mezquino, dudé.

El me vió vacilar, porque muchas veces, en estas emergencias, preferimos pasar por tontos. El, maestro en estos embarazos subjetivos, quiso resolver la cuestión con frases terminantes.

—¡Mañana temprano le devolveré los trescientos! — exclamó.

Casi triunfa la inexperiencia recalcitrante, y mirando la puerta que daba al corredor, vi, tras del vidrio, un dedo, — un dedo que se movía como un péndulo y, en sus movimientos decíame: "No, no...!" Miro, y era el fondero, alto, grueso,

en mangas de camisa. "Angel de salvación!" — me dije, fortalecido por signo tan inesperado, — y le contesté, dueño ya de mí, fríamente:

—Me ausento esta noche.

Y como me respondiera todavía, que me los entregaría antes de partir, le contesté terminantemente:

—No me mezclo en negocios ajenos.

Ante mi enérgica respuesta. rióse poco menos que a carcajadas, como si todo hubiese sido una broma. Cambiamos de conversación, y se retiró, con su inherente buen humor, creyendo así dejar abierta la puerta para un segundo sablazo.

Presentóse Pedro.

—He ahí tu señor Bertrán — le dije, enterándolo de la entrevista. — Yo no le mandé ningún plano de la colonia; él habría oído que existía una edición.

—¿Vió a don Salvador?

—¿A qué Salvador?

—Al fondero.

—¡Sí por sus señas me he escapado como laucha entre las uñas del gato! ¡Con razón se llama Salvador!

—Dice que es de esos individuos que se lo pasan todo el día frente a la plaza, recostados en el poste de la confitería, y que, por carecer de profesión u oficio, se ocupan de todo; que le hace el mismo cuento a todos los recién llegados, que él también casi fué víctima, y al verlo en su pieza, tras los vidrios de la puerta, con los papeles respectivos, lo quiso salvar con el dedo.

—¡Y con el énfasis que me lo anunciaste! — ¡Como si fuera Víctor Hugo! ¡Y a mí, tan luego, que vengo de la ciudad de los cuentos del tío, donde el gobierno le pasa el balurdo al pueblo, y éste, desesperado, le imita individualmente en todos los gremios, haciendo prodigios de elocuencia!

EL MOLINO

Desierto, silencioso, le conocí en plena molienda, alterando, con sus ruidos, el sosiego del caserío. No es el gigante druídico, cónico, vetusto, musgoso, de alas fantásticas, chillonas, que mueven adentro la piedra circular, y que en la tarde atrae a los murciélagos y buhos solitarios; no, — cuadrado, encierra una máquina a vapor de acero bruñido, cuya chimenea es tan alta, que el humo, al surgir en bocanadas, se convierte en nubes que vuelan presurosas como palomas. Para convencer, de lejos, al caminante que es un molino moderno, verdadero, es blanco, — tan blanco como si hubiese sido pintado con harina.

En las tinieblas, apagado, deshabitado, cerrado, vacío, solo, parece un fantasma, y al resplandor de la luna, verdaderamente un sepulcro blanqueado. De día, es el encanto de las golondrinas, que al verle solitario, mudo, le acompañan y entretienen su soledad con sus cánticos y girando alrededor del pararrayo.

Sobre una cuchilla, dominante, se alza entre las casitas de la colonia. Parece un centinela desvelado. Sí. la cuida; de pie, sereno al resplandor del sol, vigila las faenas del vallado, y en las horas sombrías, vela, con el pararrayo al hombro, para que los colonos, en las tormentas, duerman tranquilos y se levanten al alba. "Cuán solitaria la nación que un día".. ' ¡Yo que le ví en la cosecha, rodeado de todos los colonos, con las puertas abiertas, funcionando, agitado!... Con las calderas encendidas, desde la oración destellando luces y despidiendo humo de la chimenea. parece una blanca embarcación que surcara un lago blanco también, porque, a su alrededor, todo era

harina. Y no había un solo colono que, al pasar, no dijera, en sus adentros, como saludándole: "¡El Molino!", — sí, el querido molino, que molía el propio trigo, que, después de tantas zozobras y esfuerzos, tanto había costado cosecharlo!

La colonia ama a su molino, porque le ha creado y ve después abrirle sus brazos como una madre para recibir su trigo, molerle agitadamente y convertirlo a sus ojos en harina. — mientras que la que no lo tiene, no sabe para quién trabaja ¡Y cuándo se vuelve pan! ¡Con qué placer no lo mastica el colono! ¡Qué sabroso lo halla! Lo saborea, y siente una satisfacción tan salvaje, como si se tragara su propio sudor, vengándose de las rudas faenas. Recibe todo el trigo que necesita y lo paga lo mejor posible, para que no vaya a otro molino, porque él también ama a sus colonos, a quienes considera como a sus hijos. Trabaja intensamente, día y noche durante la molienda, dando silbatos, vomitando humo, — y así ellos deponiendo en sus blancos altares su trigo, y él, devolviéndoselo en harina, establécese sobre la base del afecto, tal comunidad que los intereses, en virtud de la propia conveniencia, la sellan de una manera indisoluble. Pasa a ser una institución, — que, si no recibe en depósito dineros, guarda harina, que es su equivalente y producto también del trabajo.

¿Cuántas fanegas llevaste en esta cosecha al molino"? — pregunta un colono o otro. "Doscientas, trescientas" — contesta. "Vamos a ver — se dice él, — si le llevo trescientas este año". Así, él los estimula afectuosamente, y los enardece en el trabajo. Quien no cosecharía trescientas, para la producción general, le lleva cuatrocientas, y por este intercambio, sólo sale de la colonia el excedente y que no necesita para sus exigencias vitales.

¡Bendito seas, que contribuyes, en la soledad, que minan la intriga, la envidia y la cizaña, a fortificar el corazón del hombre, y a unir a todos para que sean mayormente útiles para sí y los demás! Cuando sus fuegos se apagan, todos, como

a un santuario o buque en el puerto, le respetan, porque saben que está descansando de sus fatigas y que cuando trabaja convierte el trigo en harina, para que otros después amasen el pan cuotidiano. ¡Oh, es necesario verle en la molienda! Es una verdadera peregrinación. De todos los confines de la colonia vienen a venderle su trigo; sus puertas llénanse de carros y de caballos de tratantes; los colonos se encuentran, se saludan, conversan; entran, convienen, salen con sus papeletas y descansan. El molino, entretanto, desesperado, funciona, revuelve sus entrañas, grita y despide humo, y como al mismo tiempo está cargando y descargando incesantemente harina adentro es un infierno, pero un infierno blanco, porque en medio del ruido vibrante de la máquina, de los resplandores del fuego de las hornallas, de las chispas, del vapor y sus resoplidos, se ven por todas partes pilas enormes de bolsas llenas, blancas, que una caterva de hombres blancos, semidesnudos, sacan afuera, por la inmensa portada, a los carros que están en la tranquera. Todo está cubierto de harina: piso del pasaje interior del molino, portada, veredas y calles alrededor. De los cargadores, no hay que mentar: están blancos, aunque sean negros o cobrizos, desde que principió la molienda, y todo el que entra a él o se relaciona con él se pone al fin blanco, porque es tal la abundancia de harina, que parece que sobrara y fuera necesario, después de blanquear todo, pisos, paredes, puertas, ventanas, muebles del escritorio, arrojarla en los caminos, para tener la vanidad de exclamar: "¡Aquí hay un molino!" — y que lo sepan las colonias vecinas! Hasta el barro, en toda la redonda, se ha vuelto harina, y el carro, que viene descargado, trae las llantas blancas como diciendo: "Estoy cargando harina". Todo todo es blanco, y cuando en la entrada han producido los colonos y carreros alguna algarabía, el molinero sale a la puerta para imponer silencio, y todos se callan en el acto, porque, verdaderamente, está más blanco que todos, — blanco de punta en blanco, — si todo blanco fuese un traje de gala. "¿Cómo

se reconocen así, todos blancos, por más compañeros que sean?''—me pregunté más de una vez. Hasta ahora no he podido explicármelo,—y en cuanto al molinero, únicamente por su sombrero de paja, o sea, de harina, aunque posee, por lo general, un magistral abdomen. Y los pájaros del campo, viendo realmente una fiesta estival, — las nupcias del colono con la riqueza, — acuden a hacer compañía a las golondrinas. El hornero, entona, al llegar, sus cánticos nerviosos, y principia presuroso a construir su artístico nido en los parapetos; el venteveo los saluda desde el árbol más próximo, se acerca a él, y en seguida les imitan todos los pajarillos menores, celebrando, unidos, esta fiesta del trabajo, porque son sociales y saben que el colono en el molino es indefenso. Hasta los caranchos, chimangos y demás aves de rapiña, se ciernen también en el espacio; saben que festejan un triunfo, y es tal la sugestión harinera, que los pájaros, en los caminos blanqueados, se revuelcan y se refrescan en harina. Se bañan como en charcos de agua, y ¡a cuántos de ellos, negros o pardos, rojos o azules, no los miré volar blancos, blancos como nuestras ilusiones juveniles! Una vez atravesando, por El Tala, unas isletas de curros y florecidos espinillos, vi volar unos pájaros blancos, del tamaño de torcaces, y mi acompañante, adivinándome la creencia de que saldrían de algún molino, me dice: ''No, son viudas''. ¡Salve, santuario del trabajo, que devuelves el trigo en harina, que atraes a todos los colonos a tus puertas e inicias el movimiento y alegría coloniales, vistiéndote de blanco y emblanqueciendo todo cuanto miras y tocas! Te presentas a la fantasía, blanqueada también, como el altar de las vírgenes; bajo tu abvocación y en tu ambiente, no hay dolor ni duda; todo es blanco, y hasta el alma anochecida amanece y se alegra también. Todos le bendicen y le quieren; después que ha molido todo el trigo, todos le rodean; el buho es su infaltable centinela, desvelado, y a las primeras ráfagas primaverales, las golondrinas le cantan, y todos, todos ansían que venga la co-

secha, que sea buena, superabundante, para llevarle mucho trigo, a fin de que vuelva a blanquearse, a vestir todo y a todos de blanco. Así saluda al estío, que nos hace ver tal abundancia de trigales maravillosos, como si la harina superabundara y estuviese de más realmente en nuestro pródigo suelo. ¡Salve cuerno de la abundancia, sigue derramando sobre nuestras cabezas la blanca substancia de tu trigo, como si la vida colonial fuese un largo carnaval de harina y todos los colonos tuviesen que vivir blancos, blancos y blancos.

CUADRO

Al salir una tarde de Villaguay, me dice Pedro:

—Ahora vamos à pasar por lo de la viuda...

Como este aviso, no tenía nada de original, seguí callado, pensando, al compás del sulky, en la inmortalidad del mosquito, — ese fecundo e inmortal tema que absorbe la atención y el tiempo de los seres más tenidos por pensadores.

Llegamos a lo de la viuda... Era una anciana, y la hallamos sentada en el umbral de su ranchujo con un pañuelo atado a la cabeza. Tomamos un vaso de agua, y ¡adiós!... Marchando, Pedro me dice:

—Está trastornada desde que perdió al marido...

Tampoco paré mientes, porque a cada momento hallamos sueltos a los locos, y consideraba fácil que à una pobre mujer se le revolviese el chirumen ante la desaparición de su marido, que sería su único guía y sostén en este mundo, — pero si cuando agregó:

—Ella lo mató...

Aunque nada tampoco es más vulgar, por nuestra proverbial inseguridad, que anden también sueltos los asesinos, le pregunté:

—¿Cómo?...

—Vivía este matrimonio en Montiel, — contestóme, — con una majadita. De esto hace ya muchos años... Notaban ambos esposos que sus ovejitas mermaban poco a poco. Una mañana halló ella una devorada. Estaban patentes aún en su cuerpo desgarrado las garras de algún tigre o león, que existían en abundancia en aquella región selvática. A los pocos días los dueños de las ovejas tropiezan con otra muerta, después

otra y así, sucesivamente, hasta que resolvieron espiar la majada de día y de noche. Una tarde divisaron a un tigre arrastrarse tras de las últimas ovejas. Subieron a caballo, arrearon la majada, y el tigre se fué, porque sólo atropella a los de a pie y que lo persiguen. El espionaje continuó, y una noche, al resplandor de una luna plateada, un magnífico tigre salta el corral y acogota una oveja, produciendo en el rebaño el consiguiente alboroto y estupor. Acuden los intrigados ovejeros y el tigre abandona su víctima y se va. Lo persiguen y se trepa a un árbol. Tratan de cazarlo,—regresan a su rancho en busca de armas y armados de chuzas afiladísimas — y seguidos de perros. El tigre seguía arriba, echado sobre una gigantesca rama. El, entonces, le dice: "Voy a subir arriba para herirlo bien, y cuando caiga al suelo, lo ultimas con la lanza, entre los mordiscos de los perros." Dicho y hecho; sube,— se oyen rugidos, bramidos de furor, de dolor, la sangre chorrea y ¡pataplúm!..., los perros se arrojan encima del bulto caído, enardecidos todavía por el chúmbale, mientras ella, en ejecución del programa convenido, le daba fuertes lanzazos. La quietud indícale que se trata de un muerto ya; espanta la jauría, para admirar su presa, — pero ¡horror! — era su propio marido que, luchando en las alturas, perdió pie y cayó, y ella, en la obscuridad, tomóle por el tigre, que quedó arriba desangrando. La pusieron presa y, comprobada su inocencia, salió en libertad, — pero loca. El trastorno mental dúrale hasta ahora. ¿No ha visto cómo gira la mirada?... Vive en ese rancho. Todos le tienen lástima, y es muy conocida.

¡Hasta dónde lleva la desatención! — Nadie debe ejecutar ningún acto, ni hablar, sin saber primeramente, lo que hará y dirá, porque hasta con la lengua se cometen graves errores", — me dije, ante el recuerdo, nublado ya por las polvaredas del sulky, de semejante víctima de la impremeditación. (1).

---

(1) Publicado en *La Razón.*

CUADRO

Para escapar al tedio de las largas estadas coloniales, solía, al amainar el sol, tomar la escopeta y entrar al campo. A pie, porque, al poco andar, hallaba cañadones, lagunas y arroyos. Cansado de las perdices, becasinas, batitús, chorlos y de perseguir patos inútilmente, por demasiado ariscos, recuerdo que una vez dióme por emprenderla con las aves acuáticas superiores. Quería caza mayor. He aquí la razón íntima de mi afición cinegética superlativa.

Una tarde llegué a... mi Molino cargado de gansos, cigüeñas, cisnes, flamencos, mirasoles y garzas reales. Pedro los tomó y yo me fuí a lavar las manos. A la noche estaba escribiendo. Todos dormían. Reinaba tal silencio en mi escritorio, que sentí, entre el tic-tac del reloj, la respiración de la lámpara. Una mosca, un mosquito que hubieran volado, se habrían impuesto estrepitosamente. Y a favor de tal quietud, que la atención consagrada al pensamiento hacíala más profunda, seguía deslizando la pluma sobre el papel. Buscaba en la sinonimia de mi amado diccionario el término preciso, cuando siento, tras el escaparate de mi guardarropa, ruido. "¿Ruido, fuera de mi pluma y lámpara, a estas horas?" — me dije. Presto oído más atento, y vuelve a repetirse. Ante mi redoblada extrañeza, descorro la cortina del mueble, y ¿qué creéis que veo? ¡Moverse las garzas reales! Pedro puso allí la caza y se olvidó sin duda de llevarla afuera. Lo cierto es que las garzas se movían arriba de las demás aves. "Quizá no hayan sido bien muertas o traten de resucitar" — me dije. Y como el movimiento se reprodujera, con el ruido consiguiente, extrañado, azorado, dí, más bien con fastidio, un ligero

puntapié al montón de aves, — porque no creo en las ánimas y ¡santo Dios! salió debajo un ratón disparando... Expliquéme entonces todos los movimientos y ruidos, porque los ratones, en momento semejante, son personajes importantísimos.

Quedéme, con todo, impresionado. Si me hubiere tomado el pulso en ese instante, habríalo hallado alterado. Sabía que toda esta agitación era más producto de la hora y el silencio, — porque un ratón no basta para conmover un espíritu inmune a las supersticiones, — y saqué las aves, una por una, con la intención de arrojarlas afuera.

Al alzarlas, quedéme admirado de su liviandad. Eran puras plumas, a punto de que las cigüeñas y los cisnes, que eran los más grandes, tenían apenas el cuerpo de un pollo. El de los gansos silvestres no era mayor que el de una perdiz, y los flamencos, mirasoles y garzas reales, parecían ilusiones, suspiros...

Estaba estupefacto, y cuando cogí las garzas reales, espumantes, tenues, con el pescuezo colgando, ví, por sus ojos abrillantados, al resplandor de la luz, que me acusaban. "¡Asesino!" — me decían. — ¿Por qué nos has muerto? ¿No ves que, faltos de carnes, no podíamos satisfacer tu gula? Nacimos para volar" — agregaron.

Se me cayeron de las manos... en el montón de las otras aves. Al mirarlas una por una, — porque tenían casi todas sus cabezas afuera, — no podía creer sino que se trataba de una acusación general. "Oh, los muertos acusan también" — quise decirme, cuando, reponiéndome, agregué: "Ha sido una casualidad, porque no están vivas para requerir respiración". Y pálido, — porque nadie puede substraerse al ambiente, sobre todo en el silencio de una media noche, — las alcé nuevamente y principié a observarlas una por una.

Todas lánguidas, parecían, por su delicadeza, más bien desmayadas y que jamás pudieran caer en el materialismo de morir, aunque tenían la tristeza de su último aliento, y yacían frías, heladas, muchas con una lágrima cristalizada en los ojos. No tuve sino una impresión de espanto, y cuando las sentí li-

vianas como ondas de espuma marina, de puro plumaje sedoso, para su vida verdaderamente celestial, delicadas, impalpables, me sobrecogí. Entonces, me acusé también. Parecían blancas, espumantes, aladas, un nido de ángeles. Los gansos silvestres, — ¡quién lo creyera! — eran unos capullos joyantes; las garzas, girones de nubes, y los flamencos y mirasoles, auroras, besos de últimos rayos de sol. "¡Yo no tengo la culpa!" — me dije — y me expliqué el atentado, digno de un indígena, por nuestra educación anticristiana, que nos enseña, desde niños, más a destruir que a construir.

Cristiano ya, no por óleo, sino por convicción, me arrepentí, y el alma, al par de la noche, fuése obscureciendo más y más. "¿Cómo es posible que haya cometido semejante delito?" — me pregunté, — porque existían todos los caracteres de tal: privación de vida, muerte, sangre, — si no de semejantes, de seres de origen igualmente divino, desde que creo en Dios y todo y todos provenimos de El. "Un delito de lesa naturaleza" — me dije. — "No existirá en los códigos, pero sí en las conciencias de las gentes honradas" —me agregué, — y quedéme, con la confesión de mi culpa, más bien tranquilo como que la purgaba con el arrepentimiento.

Pero quedóme el remordimiento: la sombra de mi mala acción, que iba más allá de la conciencia, porque el recuerdo es inextinguible, fatal, cruel. "Este no se lava. Me perseguirá mientras viva" — me dije. Era una mancha en mi cerebro, que traspasaba mi frente y la sombreaba. "¡Todos la verán!" —me agregaba. Me consideraba otro Caín. Y lo peor era que no trataba de borrármela, porque, a mi juicio, bien la merecía. "Si la legislación sanciona la impunidad, que la memoria me recuerde mi delito!" — exclamaba. ¡Qué menos! Sólo me consolaba excusándome, porque me desahogaba.

"¡Matar aves para nutrirse, se comprende" — me dije: — pero matarlas por matar, como en mi caso, es un delito. tan delito que no he obedecido sino al placer de matar. ¡El placer de matar! Doble delito, porque nace de una alma airada, rebelada contra las nobles obras de la creación. "¡Oh,

hay que iluminar el alma entonces, para que tantas sombras huyan... Y no hay más luz que el amor. Sólo él puede volverme a la bondad, que es la paz del alma'' me dije.

¡Qué fúnebre, qué negra parecíame mi caza, en cuanto la miraba! ''¿Con qué derecho?...'' — exclamaba.

Creí que procedí por envidia, al carecer de alas para volar, en esta época del aeroplano, en que ellas aparecen superiores a los brazos, a las piernas... que no nos permiten abandonar la tierra, remontarnos al cielo en dirección a los astros... ''¡Lejos de mí tan bajos sentimientos!''—agregué,—porque no me sentía un ser tan inferior, tan mísero. A la verdad que se trataba de aves verdaderamente de los cielos. No nacieron sino para volar, y bien alto. Las cigüeñas traspasan las nubes y permanecen nadando horas largas en el cenit, con las alas extendidas. Creo que hasta duermen así. Los cisnes y los gansos se devoran las distancias, viajando, buscando siempre la superabundancia de agua, y los flamencos y mirasoles son el encanto de las lagunas y del espacio.

''¿Y a estas aves del aire, del firmamento, maté yo?'' — me pregunté, acusándome nuevamente. ¡Qué dolor, cuando ví que eran las mismas de los chirridos misteriosos que oímos a medianoche desde el lecho, mientras surcan el firmamento celeste, cristalino! ¡Allá van, como ángeles, plateando sus alas al resplandor de la luna! ¡Las tenía delante de mí al fin,—podía manosearlas,—pero ¡muertas!... muertas por mí. Casi me arranco los cabellos.

Hijas del alba y de la aurora, tenían el campo de la nieve, y los flamencos y los mirasoles, en sus pechos, un eterno rayo de sol. ¿Cómo comparar su libertad con la humana, su amor por el espacio y los desiertos, sus goces por los prados, por los ríos, los arroyos... con nuestras personalidades de pies embarrados y almas agujereadas por la envidia y rebosantes de egoísmo? ''¿Y a éstas, poetas de la inmensidad, hice desaparecer por el bárbaro plomo, como si se tratase de enemigos, de fieras? ¡Perdón!'' y caí ante ellas, poco menos que hincándome. Vivían verdaderamente, — sabían vivir, — aprovechaban la vida, la

comprendían, mientras nosotros, ¡cuánto no hemos degenerado!... ¡Qué distintos de Adán! ¿Nos reconocería Dios?.... ¡Seguid volando, ángeles del alba y de la aurora, viajeras de las noches blancas y celestiales, encanto de la naturaleza y de nuestra existencia! Yo, al menos, me guardaré muy bien en adelante de tiraros una sola munición. Viviré para respetaros, y al veros en las lagunas y los cielos, seré vuestro eterno admirador. Me acordé del venado que mató Lamartine, que le arrancó, en sus miradas moribundas, lágrimas tristísimas; de Tartarín de Tarascón, porque si las aves hubieran sido tigres, habría disparado con la escopeta... ¡Oh, valiente! ¿por qué no cazo picaflores con escopeta? — díjeme—porque se necesita realmente cobardía para tal crueldad, y me incliné reverente ante la memoria del autor de este romance, el maestro encantador.

Y desde entonces, los cazadores parécenme ridículos, y cuando los encuentro por las calles, con su arma a la espalda, con bolsa de red, de botas y sombrero mosquetero, llevándose la gente por delante, seguidos de perros inconscientes, ceñudos y envalentonados, cual si partieran para la guerra, no puedo menos que exclamar: "¡Terror de los pajaritos!" (1)

---

(1) Publicado en *La Razón.*

LOS COLONOS ITALIANOS

Si los españoles nos descubrieron y poblaron; si los ingleses, con sus capitales, nos inundaron de bancos y ferrocarriles; si los franceses, con su intelectualidad, desenvolvieron nuestra cultura, los italianos araron las vastas llanuras, que, en nuestro país agrícola, son la fuente de la riqueza nacional.

El italiano fué siempre nuestro jardinero y quintero; más tarde, chacarero, y, ab initio, dejó en manos de los nacionales y de las otras razas la ganadería, quedándose con el cultivo de la tierra, tan exclusivamente que, puede decirse, era el único agricultor,—y en 1890, comprendiendo que la crisis que nos arreció y originó una revolución política, dependía del saldo pasivo entre la importación y la exportación, entregóse de lleno a la colonización e inclinó la balanza internacional de nuestro lado, y para siempre. He ahí, principalmente, la obra del italiano en la Argentina, después de ser con sus propias manos el arquitecto de todas las ciudades que pueblan su vasto territorio. A él, más que a ningún otro extranjero, debémosle la prosperidad actual, porque la riqueza es efecto de la producción. Ya había sido colonizador y formado colonias en diversas provincias, y fué entonces que, viendo horizontes ilimitados a sus esfuerzos, púsose a la gigantesca tarea de transmutar los fecundos e infinitos desiertos en trigales. Y la terminó. Cierto es que, entre los cientos de millares de italianos, hubo muchos de otras nacionalidades, pero italianos, en su mayor parte, fueron los que cambiaron la faz económica de nuestro país, transformándolo en exportador por excelencia.

Y no es extraño,—los italianos son hijos de los antiguos romanos, que fueron, en sus comarcas labrantías, los primeros

agricultores del mundo, y hoy mismo sostienen su primacía. Dotados de un amor ingénito a la tierra, la aman con una pasión verdaderamente filial, y robustos, fuertes, cumplen con creces el precepto bíblico de regarla con el sudor de sus frentes. Su agricultura no será tan intensiva como la del inglés, del francés, del alemán o suizo, y, por lo mismo, es doblemente apropiada a nuestros desiertos, donde el objetivo inmediato es sembrar trigo principalmente en vasta escala. Es en vano pretender adelantarse al tiempo. La cultura prolija, artística, si no es para las hortalizas y las flores, sería actualmente perjudicial, hasta imposible, para los cereales. Ya les tocará a los italianos o nietos de los actuales desenvolver, en épocas más propicias, sus gustos y competir en primores con los cultores más eximios de la agricultura intensiva de la Europa moderna.

Los italianos son todavía los agricultores más adaptables pero no es nuestro propósito apreciarlos en el presente y menos aún al través del porvenir, sino del pasado, como una manifestación de gratitud nacional, por lo que han hecho, económicamente, en nuestra inmensidad territorial.

Hay pueblos emigratorios, y el italiano, precisamente, está en primer término. ¿Dónde no se hallan italianos? Hasta en el último rincón de la tierra,—aun en el polo,—y aunque ello sorprenda a primera vista, nada más lógico con la densidad de la población. En tanto los chinos, con toda su espantosa miseria, se quedan en su país. El italiano se va. Es que es esencialmente inmigrante, y en vez de desesperarse en sus lares, con perjuicio propio y colectivo, prefiere partir, y, fisiócrata de corazón, elige países fecundos como el nuestro, donde sus esfuerzos son noblemente recompensados. He ahí por qué hay ya entre nosotros más italianos que españoles, yendo en camino de sobrepasar en número a los nacionales, tanto más que sus hijos serán bien pronto argentinos. Los amantes del comercio y la industria quédanse en las urbes; de simples naranjeros, de canastas al hombro por las calles, llegan a almaceneros y luego a propietarios y enriquecidos; los refractarios a la ciudad, se van al campo. Originarios de las campañas, cuanto más afuera,

les es más apetecible el desierto, porque, enérgicos, sanos, siéntense capaces de dominarlo mejor. Saben que juegan su destino, porque la tierra es aleatoria y no siempre concede sus favores a los que más la aman. "¡No importa!", exclaman, y, en sus delirios fisiocráticos, prefieren la soledad de la chacra, acompañados de su familia, vaquita y hortalizas, a la lucha urbana. Tal es el colono italiano en nuestros desiertos. No es cerebral especulativo; afectuoso de la madre tierra, sentimental y enamorado de sus bellezas, adora a Ceres, y no comprende cómo se pueda vivir en las ciudades. Explícaselo únicamente por la costumbre y la sed de oro pero él, que ha nacido y vivido en las campiñas, cree que principiaría por ahogarse dentro de los laberintos arquitectónicos.

Los que lo han visto alejarse del infierno urbano creen que lo pasa muy tranquilamente en la soledad. Sin ambiciones de fortuna, es feliz; pero su existencia es la del marino: en constante zozobra, luchando contra todos los elementos desencadenados, pestes y males de la naturaleza, como si la tierra se sublevara más bien contra el virtuoso agricultor que le abre las entrañas con el arado para fecundarla. ¡La langosta! ¡Ah, la langosta!... Ha oído, entretanto, numerosos cuentos de cuantiosas fortunas levantadas en especulaciones urbanas, tan fantásticas que parecen de las "Mil y una noches", leyendas, y, en estos tiempos modernos, eléctricos, de varios compatriotas de la misma aldea, que llegaron juntos con él, ricos, poderosos ya... A los colonos italianos no los conturba ni les excita el sentimiento de la adquisitividad, porque no son avaros, y prefieren, renunciando a la riqueza, continuar en la inseguridad, con todas sus penurias ignoradas, en el rudo batallar... Es como si se les propusiera divorciarse de sus compañeras, porque, en el duro refregar de la vida, brotaron algunas chispas propias de la imperfección humana, y, sobre todo, del común nivel social rústico. ¿Dónde hallarían otras más bondadosas y ardientemente amantes?... Continúan, pacientes, removiendo la gleba de la chacra, entre las bregas y dudosas perspectivas económicas, porque la prefieren asimismo a la ciudad. Les re-

pugna ésta, y no podrían vivir en ella; principia por faltarles, dicen: "¡Aire, aire!"... y no cambiarían su rancho por un palacio urbano, porque contiene, además de su familia, sus vacas, sus caballos, sus gallinas, sus gansos, a quienes aman también. Cuando llora una desgraciada cosecha, menea la cabeza negativamente, en señal de persistir, entre los restos del naufragio, en su lucha contra la naturaleza. ¡Oh! su rancho no lo abandonaría jamás, y no cree tampoco en el amor y la felicidad urbanos. Prefiere el combate con aquélla antes que con el hombre, porque es más franca y la ve venir..., y ni le alucinan las rápidas fortunas, porque sabe que son a costa de insomnios que revuelven el alma y la vida.

Este es el génesis histórico y la psicología del italiano grandote, bello, bonachón, sano, fuerte e ingenuo, que, por contrastar con los poblados, es chacarero de corazón. Fisiócrata de origen, sigue la evolución económica argentina, fundada en la tierra. Fué mientras el soldado avanzaba, con su bandera, en los fortines, el primer colono, y colectivamente, el colonizador por excelencia. El fundó las colonias y las extendió; internóse, impertérrito, en los desiertos, mientras nuestros soldados despejábanle la incógnita secular de la inseguridad indígena; congregábase a ellos, y la chacra solitaria convirtióse bien pronto en colonia. Así surgieron todas las colonias de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba, y, triunfante, penetra en el Chaco, Misiones y en la Patagonia. ¿Qué busca? Continuar en nuestros fecundos lares su tradición histórica de arar y sembrar, y mientras admira las bellezas físicas y celestiales, arrancarle al suelo sus nobles frutos, al calor del amor de la familia y de su sueño de santa paz y abundancia.

Hoy la agricultura desaloja en las pampas a la ganadería. y las mismas chacras sueltas son conjuntamente otras tantas colonias que persiguen idéntico objetivo. Todo siémbrase: trigo, maíz, lino, avena, cebada y en ciertas regiones cultívanse hortalizas, frutales, caña de azúcar, tabaco, y ahora, además algodón y arroz. Todos estos conglomerados son, aún cuando no

se presuman, otras tantas colonias, y particularmente simbolizan el ranchito de la antigua chacra.

¡Benditos sean estos núcleos invisibles y perdidos en la extensión, porque han producido además el ferrocarril, y alrededor de la estación, caseríos y villorrios que serán más tarde ciudades importantes! Todas estas maravillas han surgido tan repentinamente como al contacto de una vara mágica; son verdaderas creaciones portentosas, y el ferrocarril, vencedor del tiempo y las distancias, es el portador de las poblaciones y las mercaderías, trayendo, de vuelta, los millones incesantes de vagones cargados de productos. Estos son los mares de espigas que se siegan, las trojas de parvas, las montañas de bolsas en las estaciones, y que transportadas a Europa, producen por el intercambio la riqueza argentina, cuyo saldo está en la Caja de Conversión, y que es la mayor suma de oro amonedado del globo. Describo minuciosamente toda la evolución que sufre el desierto, después de libertado de indios, hasta convertirse en la inagotable fuente de riqueza pública, salvadora aún de la nacionalidad, para demostrar que obra tan deslumbrantemente fecunda es principalmente de los italianos, pero solamente de los italianos sanos de cuerpo y alma, esforzados, horacianos, que prefieren la brega con la tierra a andar arrastrándose por las calles vendiendo naranjas o discutiendo centavos en el mostrador de Shylock, y, lo que es peor, hurtando en las medidas e intoxicando al inocente público con bebidas adulteradas. ¡Fácil es hacer así fortuna! Pero el italiano labrador rechaza tal medio, en nombre de la conciencia, y prefiere el combate diario y azaroso con la tierra y el cielo, a riesgo todavía de la miseria.

Un hijo del Piamonte, alto, fornido, es una estatua humana, el dios Pan, creador de la dorada espiga y vaciador del cuerno de la Abundancia, sobre las testas de las muchedumbres. Si el italiano urbano representa individualmente en su cicatería el centavo, el colono colectivamente los tres mil millones de pesos de la producción anual y el orgullo de dar pan a medio mundo. Tal es su trascendental acción, y el saldo econó-

mico, ahí está en las montañas de oro de la Caja de Conversión, creada especialmente para contenerlo. Ningún inmigrante ha sido más fecundo y poderoso en la patria de su adopción. Y como ama el campo con toda su alma, quédase en él, a pesar de los reveses, y sigue con nosotros los vaivenes de la suerte, y sus hijos son hoy los rosados y fuertes conscriptos que componen casi todo el ejército argentino, en tanto que numerosos enriquecidos urbanos retornan a sus aldeas a hacer de ridículos advenedizos. ¡Salud, nobles italianos, hijos legítimos de Horacio,—que Dios os conceda prole generosa, la paz del alma y la riqueza del trabajo!

CUADRO

Al pasar por una chacra, ví, bajo de sus corredores, unas mujeres y niños tristes, llorando. En la puerta del rancho se apiñaba la gente.

—¡Se muere el viejo Forkwiller!—exclamó un individuo que se paseaba tras del alambrado.

"¡La muerte de un colono! Debo ver este cuadro" — díjeme, — y bajé del sulky.

Acto continuo estaba con Pedro en la pieza del enfermo entre la concurrencia, compuesta de su esposa e hijos, nietos, parientes y amigos de la colonia que fueron a darle el último adiós.

Era un anciano de setenta y cinco años y el primer colono ruso que pisó Entre Ríos; lastimóse una pierna en la segadora se la cortaron en el hospital, — gangrenándosele, y sintiéndose morir, pronunció en su idioma estas palabras, que un intérprete tradújome después:

—"¿Qué os importa que las ciudades se mofen de nosotros? Trabajad la tierra. No hay mejor fruto que el de la planta regada con el sudor del rostro. Tal dice el Evangelio. Somos los hijos predilectos del Señor. ¿Queréis más? Todo nos lo da El: el agua que riega, el calor que hace germinar el grano, la luz que lo purifica, el frío que lo sazona y la helada que lo endurece, y si la seca, el granizo y la langosta nos devoran en una hora la fatiga y anhelos de todo el año, es para que las ciudades se queden sin pan, mientras a nosotros la oveja nos sigue dando su vellón, la vaca su leche, la abeja su miel, la huerta sus legumbres y la familia su amor, con los que continuamos, sanos y felices, la vida sin zozobras que turben el co-

razón, desde que los terratenientes y acreedores, para quienes sería el dinero de la cosecha, esperan indefinidamente. La providencia, por medio de la naturaleza, nos ha asegurado de antemano la existencia. No abandonéis el campo. El trabajo os brinda descanso y sueño reparador,—el sudor depura el cuerpo,—el amor fortifica el alma y las ráfagas disipan los sueños de la frente. Creced y extendeos en la comarca. Amáos para ser unidos y fuertes; respetad para ser respetados; cumplid primeramente con vuestros deberes, para saber ejercer los derechos, y así seréis libres y valerosos. Yo os he dado el ejemplo: soberbio con los poderosos, he sido bondadoso con los débiles. He cerrado mis oídos a la intriga,—he aplastado la cizaña con el pie, y a la maledicencia le he opuesto el silencio. Tendréis entonces rosadas albas, mañanas frescas, días dorados, tardes apacibles y noches celestes y cristalinas. La luna os hará soñar desde el alero del rancho, en alas de la esperanza, con la fortuna, y los astros, en la noche densa, callada, calmarán el alma, con efluvios de luz, en la nostalgia y las inquietudes del porvenir. Sed justos, honrados y bondadosos. Así conocerán todos que sois cristianos e hijos, parientes y amigos míos.''

''Que la avaricia no turbe jamás vuestro corazón. ¡Dejadla para los desgraciados habitantes de la ciudad! Contentáos con ser colonos y felices, — con prodigar el bien, que es, entre el egoísmo dominante, el divino goce y el supremo honor, —y si sois una víctima de la injusticia, allá está Dios... El os premiará, si sois buenos, con las primicias de los elegidos. Perseguid la langosta, la isoca y el bicho moro; no asustéis a los pájaros, para que rodeen vuestra choza y eduquen con sus cantos a los niños; dad el pienso al caballo,—palmoteadle, dadle cebadilla en la mano y sembradle avena en el otoño. Cuidad los viejos bueyes. Sería una ingratitud vendérselos al carnicero porque estén cansados; araron toda la redondez de la tierra que abarca la mirada, y todo se lo debemos a ellos. Dejad que mueran en las dehesas, y al cosechar el maíz, arrojadles, dentro del cercado, la chala, que tanto les place, a manos llenas. Orad, tened fe y esperad. El trabajo conquista el mundo, y el

bueno, el cielo. Esta tierra es la más fecunda del globo,—la más sana, la más próspera, y la más pintoresca,—la patria de todas las razas oprimidas y, como yo, no ceséis de llamar a los compatriotas para que se liberten y aren sus llanuras tan vastas como nuestras estepas. Si la seguridad todavía no es perfecta, mañana imperarán la justicia y la libertad. La Argentina ha nacido, por su extensión, clima y fecundidad, para enriquecer con el trabajo. Os bendiga, Dios os guarde. ¡Adiós!" y al pronunciar esta última palabra, un síncope le dejó sin vida. exánime".

Todos lloraron,—muchos sollozaron y, ¡qué coincidencia! —sentí, en ese instante, un ruido en el techo de paja, como si el alma del moribundo, al despedirse del cuerpo lo traspasara, —y cuando salí afuera, sofocado, emocionado, parecióme que un jirón de nube que volaba era ella que ascendía a los cielos.

La tarde había palidecido; hasta las aves estaban tristes y desfilaban a dormir en su higuera predilecta, y el sol, por no desertar a este homenaje melancólico de la soledad, agonizaba también en el horizonte entre lágrimas de fuego. Mi pobre corazón, quedóse, después de su primera impresión, tranquilo, porque me convencí de lo que siempre creí: que la muerte, para un hombre virtuoso, es una bella hora, fácil de llegar a lo sublime. Aunque expiró rodeado de seres amados, ninguno prorrumpió en imprecaciones, porque temían ofender a Dios, que otorgóle todo: salud, felicidad y hasta bisnietos, para recibirlo después en sus brazos.

Recuerdo que me dije: "Morir bien es el premio a la virtuosa vida",—pero "cuadros" como éste solo se contemplan en el desierto, donde el trabajo y el sudor fortifican y levantan el espíritu del hombre. (1)

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas,* el 14 de diciembre de 1912, con el título "La muerte de un colono".

CUADRO

Tenía, entre mis colonos, un huevero, procedente de Colón, esa patria argentina de las gallinas, de los pollos y de los huevos. Como no faltarán recién llegados que, por no haber visto en su tierra ni gallinas, crean que se trata de algún ardiente devorador de huevos, diré que se titula tal al que los junta del propio gallinero y los compra por mayor para revenderlos. Un comerciante, en fin, de huevos. Principia porque su mesa sea pródiga en huevos. ¡Bueno fuera que no! Huevos, de consiguiente, al almuerzo, a la comida, a la cena,—huevos a todas horas,—huevos para la colección y despacho, en cajones y pilas en el corredor, en las alcobas, en los nidales, dentro del horno, en los corredores... ¡Dónde no hay huevos! En todas partes, bajo de las camas, hasta en la cocina. No vése sino huevos y huevos. Una casa de huevos, de puros huevos. Una huevería, donde se soñaría, después de comerse huevos y andar con ellos todo el día, con huevos todavía.

En esa mansión de los huevos, donde el huevero que los buscaba, que los husmeaba, que los adquiría, que los cuidaba como a las pupilas de sus ojos...—lo que no impedía que se tropezara a cada paso con ellos, enteros, reventados, estaba una deliciosa mañana de primavera mirando, desde el alero, el cielo, sus celajes diáfanos, las ténues nubes que se deshacían, y me extasiaba ante la armonía sin fin en todos los prismas de la naturaleza. "¡Oh, tú, menos el hombre...!—iba a exclamar. —cuando mi conciencia dióme un tirón, diciéndome: "Aquí no, porque todo son huevos, huevos y huevos por doquier". Leía en el libro siempre abierto de la Pampa... La casa era un rancho de barro con techo de paja, pero con todas las comodi-

dades que requería la vida rural y el oficio... de huevero. Asentada sobre el suave declive de una cuchilla, con un arroyo murmurante a sus pies, frente a vallados de esmeralda, de montes lejanos, del horizonte..., ¿no era más adecuada que un palacio?... ¡Cómo lucía aquel ranchito! Brillaba más que un monumento de mármol, porque lo rodeaban las acacias florecidas y los malvones, las madreselvas y numerosas enredaderas engalanaban sus rejas y estacas con sus ramas perfumadas. Sí, sí, estaba muy bien fincada.

Tenía el tal huevero numerosísimos hijos, y como si no le bastaran, albergaba allí sobrinos, primos, cuñados y muchos parientes de su mujer. Aquello era toda una tribu. Tenía, además, un hermano llamado Juan, soltero, anciano, rico, que residía en Gualeguaychú, y en la esperanza de la herencia, todos, en la casa, hablaban del tío Juan. A cualquiera hora que se entrara, se oía el nombre del tío Juan, y en las comidas nombrábase al tío Juan a cada bocado. De noche, en las veladas, solían todos acordarse del tío Juan. Estoy seguro que hasta se soñaba con él, y los niños que recién aprendían a hablar, nombraban, sugestionados con toda inocencia, al tío Juan.

Era este tío, en el hogar, un verdadero y dichoso tío,—un santo más, que se le adoraba con toda devoción. De más está decir que los peones y criados no le eran adictos, para quienes también era tío Juan.

Estaba esa mañana inolvidable bajo del corredor, con la mirada perdida en el confín, y luego de pasearla por el espacio arrebolado, saqué de mi cartera una carta de un colono y púseme a leerla. Absorto en la descifración de su geroglífica letra, oigo que una legión de muchachos, hijos y sobrinos del huevero, echados a sus anchas, sobre unas bolsas de semillas,—¡casi digo de huevos!—no hacía sino hablar del tío Juan; que tío Juan esto, que tío Juan aquello; tío Juan arriba, tío Juan abajo, y déle con tío Juan... Tras tal retahila, viene una hilera de gallinetas junto al corredor, y al pasar frente a los muchachos, exclama, cantando: "¡Tío Juan, tío Juan, tío Juan, tío Juan...!"

Sorprendido por la analogía, desvié la mirada de la carta y fijéla sobre las gallinetas, que marchaban, en hileras, cantando todavía: "Tío Juan, tío Juan, tío Juannnn..." "¿Imitación o coincidencia?"—me pregunté, porque del canto de esta ave, bien escuchado, fluye un nombre semejante. "Lo han aprendido"—díceme Pedro. Y acto continuo un loro, que estaba en una ventana próxima, repite: "Tío Juan, tío Juan, tío Juannn". Quise sorprenderme, y una lorita, al oirlo, se le aproxima caminando, y al pasar a mi lado, dice igualmente: "Tío Juan, tío Juannnn..."

"¡Que los loros hablen..., pero las gallinetas...!"—exclamé. "¿Por qué no?—¿Acaso no tienen también oídos, memoria y lengua?" Estaba en este monólogo, cuando Pedro, al atracar el sulky para que montáramos, exclama: "¡Qué, si aquí hasta los polluelos, al romper la cáscara de los huevos, dicen: "Tío Juan, tío Juan, tío Juannnnn!"

LOS COLONOS RUSOS

Al alabar la acción de los italianos, en la evolución moderna de la agricultura nacional, dejé intencionalmente en el desierto abierta una ancha puerta, para que otras razas recogiesen en la brega los lauros que merecen. En ese inmenso campo de la labor, donde compiten todos los esforzados brazos humanos, el ruso sobresale en seguida del italiano por su vasta pujanza. Si no hunde tan profundamente el arado, es capaz de remover, por su rudeza y ambición fisiocrática, toda la redondez de la tierra. A su empuje, le debemos, asimismo, la superabundancia económica actual, que se refleja en el saldo favorable del intercambio internacional, en el bienestar público, en las comodidades de la vida y hasta en el lujo callejero.

Aunque no hay, nacionalmente, más que un ruso, no me refiero al de las ciudades, conservador o nihilista, sino únicamente al alemán. Explicaré esta anomalía. Catalina II favoreció, durante su reinado, corrientes de inmigración de las llanuras de Odesa. Consecuentes con su origen, conservan la lengua y costumbres primitivas, y son al respecto tan leales. que donde quiera que van aparecen los mismos. Estos inmigrantes alemanes son, por el siglo transcurrido, tan rusos como los otros, pero se les distingue por aquellas tradiciones nacionales. Agricultores como los italianos, también desde sus antepasados entraron en nuestro territorio para internarse en el campo. Y se fueron. No vieron en las pampas sino una reproducción de las estepas, y ante su mayor feracidad y benigno clima, sin nevadas crueles, ni rigurosas inclemencias, sus corazones palpitaron de amor fisiocrático al unísono, y alemanes por la lengua y las costumbres, excluídos en Rusia de ser propietarios, conside

rados casi como esclavos, sintieron, al pisar la Argentina, que se hallaban al fin en la patria soñada de la tierra fecunda y liberal. Débese amar la patria,—es indiscutible,—pero la patria debe amar también a sus hijos,—y si ella los repudia, los reniega, los esclaviza y los tortura, se apartan de su lado con lágrimas en los ojos, para buscar, siquiera en beneficio de su prole, lo que Dios obliga a conservar: la libertad. Soñadores de la tierra fructífera y barata, emigrados verdaderos de la seguridad política y personal, un ideal transcendental de patria los impelió a nuestro suelo y se vincularon a él por su propio trabajo.

¿Qué esperanzas podía ofrecerles Rusia a los descendientes de alemanes? Y como nadie ama más a la tierra que quien la cultiva y fecunda con su sudor, hételos ya llegados a nosotros por los sentimientos del ideal y del esfuerzo. Hará treinta años que llegaron los primeros rusos; después arribaron en bandadas, y más tarde, en muchedumbres, y se sobreentiende: en cuanto pisaron nuestras playas, cruzaron las ciudades y se internaron en los desiertos. Hoy casi todas las colonias de Entre Ríos son rusas; tienen numerosas también en la provincia de Buenos Aires, y colonos rusos vénse por doquiera en Córdoba, San Luis, Santiago del Estero y territorios nacionales. Cuéntanse por millares y gran parte del trigo que se exporta y se transmuta en las bolsas de oro de la Caja de Conversión son producto de su pujanza y de su sudor. Fundadores de colonias, construyen innumerables aldeas; son propietarios de centenares de leguas, sus chacras se cuentan por millares, son fuertes compradores de arados y máquinas agrícolas, consumidores en alta escala del comercio adyacente, activos, económicos y la alegría de los caseríos y estaciones.

De regular estatura, delgados, sobresalen por su salud y agilidad, y aradores pujantes, dominan la gleba con sus músculos de acero. Levántanse al alba; antes que el sol ilumine el espacio, están en sus chacras, y en cuanto despuntan los primeros tallos de trigo, vigilan, desvelados, sus sembrados y sueñan, temerosos, con los varios peligros. Nadie en nuestra tie-

rra vive con más alegría que ellos, porque, esclavos en la suya y contrastando con su lengua y usos, aquí son propietarios, aprovechan sus frutos sin compartirlos con sus amos y pueden al fin trabajar para sí y su descendencia. Van cantando por los caminos. Sin disfrutar de más libertades que los demás colonos, créense los seres más libres del orbe, y cuando se acuerdan de las estepas rusas, sus rostros se sombrean, porque su patria se les aparece como un purgatorio en que yacían desesperados de no poder adquirir tierra y disfrutar de los productos de su propia labor

¡Con qué ganas se ríen! Ellos, sí, que conocen el goce del vivir. Es que es necesario haber sido esclavo, para saber apreciar la libertad. La vida, después de un siglo de despotismo, se les presenta como una aurora en una noche polar. Y al hallarse entre llanuras infinitas, verdes, tiernas, pobladas de lagunas y pájaros, ¡qué fruición al salvar a su descendencia y a las generaciones del porvenir del látigo ruso! ¡Oh, ya no más despotismo! Esta es su patria, no piensan abandonarla jamás, y esta satisfacción constante, permanente, de liberación, provoca esas risotadas que se oyen en las pulperías y por los campos. Son los únicos que cantan por aquellos caminos perdidos.

¿Qué cantan? Himnos, canciones que, por su entonación y ardientes ecos, conécense que son de libertad y de guerrero desafío a sus antiguos amos, crueles y déspotas como las instituciones moscovitas. "¿A qué no nos subyugáis en esta tierra? Aquí todos somos iguales, y si medimos nuestras fuerzas, os demostraremos que somos más poderosos" — exclaman satisfechos, resplandecientes, como si se vengaran.

Los cascabeles de bronce que llevan en sus pecheras los caballos de sus carros, hacen, ocasionalmente, de música, y, a su son metálico, estridente, agítanse las almas aletargadas de los caseríos y exclaman: "¡Ahí vienen los rusos!" Sí, son ellos. Alegran los caminos, pueblan de cánticos la soledad, que, generalmente, no dejan oir otros que los de los chimangos, y al atravesar las vías férreas de las estaciones, despiertan las gentes a la sociabilidad, al movimiento, y por los barquinazos,

al vocerío y algarabía. "¡Ya están los rusos!"—dicen todos, desde el jefe de la estación. Todos, por el ruido acompasado de batanes, reconocen, de lejos, sus carros, y sólo ellos, por la costumbre, aguantan el traqueteo. Cuando carecen de elásticos, sus marchas descomponen hasta las máquinas de los relojes. y cierta vez que hice en uno de ellos un viaje de regreso, por habérseme roto el sulky, me recosté sobre unas mantas para exhalar el último suspiro, porque creí que el corazón, los riñones, el hígado, los pulmones, los bronquios y demás vísceras se me habían desprendido y caído entre los intestinos.

¿Conocéis su carro? Es de cuatro ruedas, largo, de la forma de bote y negro como sus caballos. Son inseparables de él. En cuanto se establecen en una colonia, lo primero que hacen es construírselo, porque son, asimismo, carpinteros, herreros, albañiles y de todos los oficios. Ellos se fabrican, con sus propias manos, cuanto necesitan para su existencia y faenas, menos las máquinas agrícolas. Son tan industriales, que viviendo más confortablemente que los demás colonos, ahorran, sin menoscabo de su bienestar, lo suficiente para ser pronto propietarios y extender todos los años sus dominios. Sacan entonces de sus tiradores en la escribanía, para abonarle al vendedor, rollos de dinero flamante y de alto numerario, cambiado expresamente en algún banco, generalizándose entre ellos la manera más higiénica y cómoda de guardar ahorros. Al hablar de sus carros, sería injusto no mencionar sus caballos, porque parecen, por su trote largo y escarceador, rusos legítimos. Los eligen en las manadas, por su alzada; son negros, rejintos; déjanle criar la cola y la crín, y luego de amansarlos, los adiestran, poniéndoles sobrerriendas, más corta del lado de afuera. Al trotar, están así, forzados, a escarcear, y, relucientes por la cebada, se les toma, de lejos, por verdaderos Orloffs, aunque haya, en esa transformación, mucho de maña y látigo. Lo cierto es que parecen tan rusos como ellos.

El ruso ha contribuído ya poderosamente a cubrir nuestro saldo internacional, y ningún inmigrante, en tan corto tiempo de residencia, ha producido más. En cuanto llegó, internóse en

el desierto. Al sobresalir en la industria nacional por excelencia, se adapta, más que ningún otro inmigrante, a la vida pastoril. Es tan sano, tan ágil, tan activo, tan fuerte; ha llegado con tan firme resolución de cambiar de nacionalidad, que da pena verlo comprando chacras en los alrededores de las poblaciones; su puesto está en las avanzadas, en el Neuquén, Santa Cruz, Gallegos y Tierra del Fuego, porque ha nacido en la nieve y los fríos australes entonarían mayormente su temperamento emprendedor. Sueña con grandes extensiones de tierra barata y prodigiosa, y nada convendríale más que aquellas lejanías, donde, sin abandonar el arado, contemplaría sus yeguadas y vaquitas de colores, diseminadas en las faldas de los cerros, porque tiene el delirio de la alta ganadería. Este colono es nuestro boer, y sería el mejor centinela de la soberanía nacional. Bástale un cuarto de legua de campo fértil y la propiedad, al subdividirse, aumentaría de valor, desparramándose infinitamente la población. Sería el mejor extinguidor de los latifundios. No exige libertades, derechos, ni seguridades, porque no las poseyó en Rusia, y bastaría que se le explicara su trascendental misión en los desiertos nacionales, para que, armados de un rifle, se fueran allá contentos, a levantar sus ranchos y cantando sus himnos sagrados.

CUADRO

Nos tomó la noche, con el caballo cansado, por los campos. La obscuridad era densa, y nos fastidiaban bandadas de luciérnagas, más universales que las de mosquitos y tábanos en los bañados.

Contribuían, en lugar de iluminarnos, a separarnos a cada momento de la huella, y el viajero, a esas horas, es tan esclavo de ella, como de tantas teorías de la vida a la luz del día. Me acordé de las fosforescencias que contempla uno en alta mar en noches tropicales, desde la borda, absorto, entusiasmado, ante el misterio de ver convertida el agua azul en oro derretido. ¡Oh, la noche, que resucita las estrellas, cuánto no descubre su manto fúnebre!

Buscábamos el camino que llevaba al Uruguay, y algo extraviados, resolvimos dirigirnos hacia una luz que veíamos fulgurar distintamente en las sombras. Era una simple estación, que no merecía siquiera el nombre de caserío, porque apenas la rodeaba una media docena de casitas, eso sí, tan blanqueadas, que, en la tiniebla, parecían de mármol, y por el silencio, más bien sepulcros.

Solamente en una muy vasta distinguimos, por las rendijas, luz. ¡Oh, luz! Era lo que ansiábamos, pero luz humana. "¡Ave María!"

¿Quién se resiste ante estas dulces palabras en los desiertos? Nos respondió una voz, una voz realmente humana. Era una casa de comercio,—como se titulan, pomposamente, los almacenes en esas localidades, porque venden, además de comestibles y bebidas, artículos de tienda y ferretería,—y después de acomodar a nuestro buen caballo, pasamos a la pieza que

nos alojaría. Cuando se está cansado, todas las camas son buenas; pero confieso que aquella me hizo, con el colchón nuevo y perfume de fresca chala, conciliar, a pesar de su música, un sueño embriagador.

Al día siguiente, me dí cuenta que dábamos al patio de un espacioso corralón.

Miraba, tras de los vidrios de la puerta, a las aves picando en el suelo, y pasa un individuo con la cintura cruzada por un facón.

En seguida, un peón gordo, que llevaba un freno en la mano, atraviesa en dirección al portón, armado de un gran facón, y un hombre en mangas de camisa, que nos trajo a nuestro cuarto el café, haciendo, en ese instante, de mozo, se nos presentó también faconeado. A no estar familiarizado con estas costumbres campestres, me imagino que, en plena revolución, las gentes se armaban preventivamente en sus casas para repeler un ataque vandálico, colocándose, para tener más a mano las armas, en la propia cintura..., — pero no...; era la costumbre..., — y pensando, deduje que si los campesinos no llevasen consigo siempre el facón, los homicidios, que principian con las peleas y las heridas, no serían tan comunes.

En ese momento, un viejo púsose a sacar baldes de agua del pozo... Me fijo: ¡tenía un inmenso facón! Un napolitano y un gallego, recién llegados, cargaban también en sus cinturas sus correspondientes facones, y un niñito, escapado sin duda de su cuna, tenía su faconcito. Al salir afuera y recorrer todas las dependencias de la extensa mansión, vi que todos estaban armados de sus facones. "Es un arma inherente al sexo fuerte" — me dije — y las únicas personas, de consiguiente, que no la poseían, eran unas pobres mujeres que había allí y... yo. "¡Todos, todos menos yo!" — exclamé. "Seguramente — agregué — estas gentes creerán que soy un femenino, un cobarde, un desgraciado".

Estuve, debido a esta reflexión, por ponérmelo, — porque sabrás, lector, que yo también tenía el mío, pero escondido en la manta, — ¡dicen que en el campo no se puede vivir sin

facón! Me avergoncé... Me avergoncé de mí mismo, porque todo hombre libre debe sobreponerse a las preocupaciones... tanto más que viendo a todos cruzar en todas direcciones, bandeados por sus inseparables facones, comprendí que se trataba de una sugestión pública y tan vulgar como otra cualquiera.

Era una faconización, una faconización general.

—"¡Yo no me pongo el facón!" — exclamé fuerte, porque, a la verdad, me habría reído ante el espejo de mí mismo, y ganas me sobraron de salir al patio y decirles a todos a gritos: "Sois víctimas de una sugestión, dando lugar a que tal arma sirva de agente ocasional de crímenes..."

¡Así se perpetúan, a pesar de nuestros progresos, los resabios de la barbarie! El verdadero valiente descansa en sus puños; pero preferí envainar mi discurso, a fuer de otro facón, porque sabía lo que les espera a los redentores. Había facones de todos tamaños, lujosos y con virolas y empuñaduras de plata.

El dueño de casa tenía su facón y, con mayor razón y derecho, era lujoso, y a la hora del almuerzo y de la comida, sus dependientes se sentaban muy seriamente a su alrededor con sus facones en la cintura. ¡Si hubieses visto, lector, aquella mesa! Daba terror: parecía una cita sombría, última, para asesinar o suicidarse todos, si no fuera que el tono familiar y el apetito demostraban que no se trataba sino de trinchar una gorda gallina del puchero y nutrirse en común.

Estudiando el caso, — porque éste era un caso psicológico como muchos otros — me dije: "Esta gente no lleva el facón para los amigos, sino para los enemigos". ¿Dónde están sus enemigos? Solamente en el cerebro, y la tal sugestión era uno de los tantos quijotismos de nuestra raza, que se arma, inconscientemente, para defensas fantásticas, y, por no haber usado el arma en necesidades reales, la hunde, al fin, en un ímpetu u ocasión alcohólica, en el pecho de algún amigo. Y lo peor del caso, es que el facón virgen es el más temible, porque aún su portador lo considera ridículo si no lo bautiza con sangre. La ocasión se prestaba, con auditorio más letrado,

para un convencimiento de su peligroso uso, si no fuera que, en nuestro país de las tolerancias, débese dejar que hasta las aberraciones las modifiquen los siglos.

Dejemos, pues, a los pobres paisanos, aun en los pueblos, con el facón en la cintura, aunque en un momento fatal firman su propia sentencia de muerte. En los trigales, felizmente, no he visto un solo facón, ni pobre, ni con virolas. (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas*, el 21 de febrero de 1914, con el título: "Los facones de la Colonia".

LOS ENOJADOS DE LA COLONIA

(Cuadro)

Para ayudarme en la venta de chacras, tenía corredores en todos los poblados, desde los más importantes hasta los más pequeños, y, por último, todos lo eran, porque el plano de mi colonia estaba en las casas de negocio, en las estaciones y en los caminos y cualquier individuo, por tener interesados por una o varias, me escribía a mi Molino, y si se efectuaba la operación, recibía la comisión correspondiente. Mantenía, por esta causa una nutrida y activa correspondencia con personas que no había visto nunca, pero que las perspectivas económicas la tornaban siempre agradable.

Hacía tiempo que de cierta colonia me escribían a menudo personas, diciéndome que tenían numerosos compradores. No puse en duda la noticia, porque conocía los corresponsales, y mi campo principiaba a venderse ya... Como las cartas se sucedían, dí cita a los corredores en la estación próxima y porque llegaría en ferrocarril. Puntuales, allí estaban, al bajarme del tren, en pelotones, conversando animadamente, y, cumplidos, vinieron a saludarme. Me rodearon. Parecía, el conjunto, la manifestación a un candidato político, y así, en muchedumbre, marchamos a pie hasta una casa de comercio próxima, donde me alojaría. Entramos, — pero yo me fijé que no entraban todos—y muchos, en seguida, se eclipsaron. Me expliqué el fenómeno, muy cordialmente, porque me dije: "Esto es un simple recibimiento; por delicadeza, no me han hablado de negocios; mañana me verán..." Tal sucedió: al día siguiente, mi humilde habitación fué una romería.

Al segundo día, no vino nadie; al tercero, tampoco. Al cuarto, — después de exclamar varias veces: "¡Cuán solitaria la nación que un día...! — principiamos, con Pedro, a mirarnos las caras.

—¿Qué es esto? — me pregunté.

Nadie venía a verme, — ni a saludarme, — ni a inquirir siquiera de las tierras, después de tan entusiasta recepción; nadie, nadie.

—¡Están enojados con nosotros! — exclama Pedro, a la tarde, al entrar.

—¿Por qué? ¿Qué les hemos hecho?...

—No sé; tal deduzco, porque acabo de encontrarme con varios de los que estaban en la estación y vinieron después aquí, y los que no me negaban el saludo, dábanme vuelta la cara.

Intrigado, salgo a dar una vuelta por las pocas calles sin aceras y pantanosas del villorrio, y, efectivamente, los que no pasaban agachados, por no saludarme, se escondían en cualquier zaguán o portillo. Un pulpero que estaba recostado, en mangas de camisa, en su poste, desapareció al divisarme, y poco faltó para que, de adentro, me cerrara las puertas en las narices. Guardéme bien, en el de saludar a nadie, por no quedarme con el sombrero en la mano, y al regresar, díjele a Pedro:

—Indudablemente, esta gente está enojada con nosotros. Acaba de sucederme lo mismo que a ti; me niegan hasta la mirada, y todos huyen por no verme. ¿Qué será? ¿Algún chisme? Quizá nos han intrigado. Averigua. Todo es posible.

Al dueño de la casa comercial en que parábamos, conveníale estar bien con nosotros, para agregar a la cuenta del hospedaje, cigarros, cigarrillos, papel de carta, etc., etc., y había notado que, después de ser el más amable de todos los vecinos, no lo veía ni tras del mostrador.

No sé si, al sentir mi aproximación, se agachaba y se metía debajo de él.

—No es extraño, — me dice Pedro, — porque le pedí que

me sirviera un vermut y me contestó que no tenía. "¿Y cigarros?" "Tampoco" "¿Y cigarrilos?" "Menos".

Pasaban las horas de esta situación extraña, que ni en las novelas más extraordinarias había conocido iguales, cuando entra Pedro y exclama:

—¡Lo sé todo! Están todos chismeados, y, en consecuencia, enojados, enojadísimos..

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?...

—Que por no encontrarse aquí, huyen ahora de esta casa como de un apestado.

—Perfectamente,—pero que nos miren siquiera por las calles,—que contesten nuestros saludos... No somos sus enemigos.

—Pero somos amigos de ellos.

—¡Qué amigos!...

—Pero ellos lo tratan a usted, y en tal caso, queda rota toda relación con los que saludan siquiera a sus enemigos. Se les niega hasta el pan y el agua. Antes de pasar por la acera de sus casas, prefieren cruzar la calle.

—¿Y el dueño de casa por qué está enojado?

—Porque como nos alberga en su casa, todo el vecindario ha dejado de comprarle.. Está como boycoteado. Es la víctima expiatoria, porque debía haber una...

—Me explico su situación. ¡Pobre!—pero esta no es razón para que se oculte de nosotros y te niegue hasta tabaco!

"De manera que, por tener tratos comerciales con sus enemigos, nadie nos ve,—ni nos quiere ver.—¡Estamos lucidos! Se nos boycotea como al almacenero, y en esta situación, no hay negocio posible, presente, ni futuro. ¿Has visto una situación semejante?" Estaba en este monólogo — poco menos que retorciéndoseme de risa los intestinos, — y entra Pedro diciendo:

—Se han ido los rusos.

—¡Cómo!...

—Sí, y lo peor es que les han hecho comprar en otra parte, malo y caro.

—Explícate...

—Esta gente, no contenta aun con enojarse, les ha dado a los interesados malos informes de sus chacras: que eran bajas, caras, y les han hecho adquirir las de otros propietarios en condiciones perjudiciales. ¡En venganza!...

—¿En venganza de qué? ¡No les he hecho nada!...

—¡Pues no es nada tener relaciones con los enemigos! Saludarlos solamente es la ofensa mayor que se puede hacer en el campo.

—¿Y ellos dejarían de saludar a mis enemigos, si los tuviese?

Pedro, por toda contestación, se encogió de hombros, como diciendo: "No se trata de sus enemigos, sino de los de ellos", — y, al fin, replicóme:

—Exigen que uno se conduzca con sus titulados enemigos, que antes fueron sus queridísimos amigos, como se les antoja, sin pensar que lo social sería obrar diferentemente.

—¡Desleales! — no pude menos que exclamar — porque casi todos ellos eran corredores de mi colonia y habíales abonado ya muchos pesos por comisiones.

—Estas pasiones, — me dice Pedro, — no tienen que ver nada con los intereses.

—Serán las únicas porque las más poderosas y fuertes se aplacan y humillan ante los negocios.

Había oído hablar de sociedades intrigadas, pero nunca creí que el chisme tuviera tales efectos sobre forasteros inocentes, tratándose de intereses reales.

—Es que hemos llegado. — me dice Pedro, — en los peores momentos: están chismeados. ¿No se ha fijado usted que no vé a nadie en ciertas esquinas, que nignifica, en cualquier parte, expansión, sociabilidad? Todos andas solos, y se miran, murmurando, de reojo.

Observo y llamóme la atención que muchos andaban tristes, cabizbajos; otros, cejijuntos, con aire de enojados; algunos, como afectados de moquillo, gangosos y con los ojos

medio cerrados, iban destilando sin duda su chirumen por las narices, y no faltaba quienes tropezaran, a manera de los atáxicos o tabeicos. "¡En qué estado pone el chisme, por Dios!" — me dije.

—Vámonos... — díjele a Pedro. — Si aquí no hay ni esperanzas de vender una chacra siquiera. Estamos excluidos de todo trato, excomulgados, relegados de su exquisita sociabilidad, — y si nos demoramos, nos harán alguna pesada broma.

—¿Broma de qué?...

—Acabo de ver un potrillo muerto en nuestra acera. Venga...

Asoméme, y, en efecto, yacía el muy hediondo, destripado, ensuciando el pavimento e impidiendo el paso.

—Mañana pondrán una peor pestilencia bajo nuestras narices.

—¿Y quiénes son ellos?...

Los enemigos de nuestros amigos, y éstos también, a su vez, porque tenemos amistad con aquéllos, en fin, todos, que quieren que nos mandemos mudar...

Comprendiendo que la prolongación de mi estada sería me doblemente perjudicial, porque continuarían desacreditando mi campo, poniéndole defectos hasta a los títulos, me dije: "Vamos, vámonos". Mientras seguíamos, en el tren, a mi Molino, me acordé de una persona que en un pueblo de campo le reprochó a un amigo mío que anduviera con otra de su enemistad. Nunca me olvidaré de la respuesta. "No, permítame, — le dijo, — usted ni nadie me prohibirán que ande aquí y donde quiera con quien se me antoje".

—Lo serio es cuando estos sentimientos revisten forma pública, — me dice Pedro. — Por ejemplo, en los casos que los pasquines de pequeñas localidades. cuyos directores llaman, muy seriamente, diarios o periódicos, llevan estos resentimientos a sus columnas y descienden a la vida privada. Yo he visto a esos padres huir de sus hogares e irse a vivir a otra parte con sus familias...

A pesar de que Pedro me hablaba de cosas que yo sabía,

me dije: "Son las consecuencias de la falta absoluta de trabajo, porque la atención, en vez de reconcentrarse en nobles preocupaciones, ocúpase de los egoísmos de la vida personal y sobre todo de la ajena. Constituye su política. Vienen en seguida la envidia y la animadversión, que producen tantos enemigos. Son pasiones de aldeas, y tan perdonables, que un Senador de la Nación, que por estar gozando de su tercera reelección, debía estar ya algo civilizado, díjome un día: "Yo sé que usted es amigo de fulano". Referíase a un ex amigo, con quien me encontró conversando, sin que fuera realmente amigo mío, y como se expresara seriamente, quería decirme que nuestra relación había terminado. — Y se trataba de una amistad de treinta años! No le contesté nada, porque el labio, en tales trances, quédase mudo, pero hícele comprender con el silencio, — ¡oh, el silencio, — en semejantes ocasiones, es de oro!, — que me sometía a su dura decisión. Criado también en el villorio, educóse más para el odio que para el amor, y recuerdo que las innumerables veces que le busqué el corazón, no se lo encontré. ¡Ah!, pero a los pocos días nos vimos en la calle... Arrepentido, seguramente, me saludó, y tuve la satisfacción de no contestarle el saludo. El silencio es de oro.

Al descender en la estación Urdinarrain y regresar a mi Molino, sentí, al internarme nuevamente en las colonias, la diferencia de ambiente. Los chismes son las pulgas, las chinches de la sociedad, por no nombrar otros insectos peores. En el campo, vasto, inmenso, no sobra tiempo para ocuparse de la vida ajena. Todos trabajan y nadie se preocupa sino de las nobles cosechas y de las inclemencias que puedan malograrlas. (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas*, el 7 de agosto de 1915.

LA LANGOSTA

¿Quién no conoce la langosta? Pero es necesario haberla visto, después de cubrir el cielo en número de miles de millones, avanzar como un ejército, posarse en los campos, cubrirlos en inmensas extensiones, devorar las cosechas y los plantíos, arruinar a los colonos, comerse las aves, mutilar a los niños, para darse cuenta de su acción terrorífica. Voy a describir lo que es una sola manga y cómo se agita en la tierra y el espacio, porque muchas personas no habrán presenciado tan terrible espectáculo.

Cruzaba una tarde el departamento de Gualeguaychú por uno de los tantos caminos que llevan a sus numerosas colonias. El estío estaba en todo su apogeo y sentíase un calor extraordinario.

Hacía ocho años consecutivos que se presentaba la langosta, pero ninguno como ese: la invasión era aplastadora, desesperante, cruel, a punto de que toda la provincia de Entre Ríos y la de Santa Fe estaban cubiertas por una sola manga (!). Se podía decir que no había un palmo de tierra que no estuviese empapada por su baba inmunda. Reinaba en la atmósfera, al través del alma abatida, un silencio triste, mortecino, presagio de alguna desgracia.

Los trigales y maizales estaban ya talados, y en los pajonales, cicutales y cardales yacía el acridio prendido en enjambres. El campo había cambiado su color verde por una superficie negruzca y movible. Parecía, a lo lejos, la mar, con todos sus rumores y agitaciones, y como si el desierto fuérale estrecho todavía, cubría los caminos, avanzaba sobre los alrededores de las villas y asolaba las poblaciones. Siempre en marcha, adelante, sólo se detenía en las barrancas de los ríos, donde caía.

ciega, a torrentes, para morir o volar en infinitas bandadas a la otra orilla. No respetaba ni los terraplenes, ni los rieles de las vías férreas, y en estos, en castigo, las ruedas de las locomotoras las convertían en montones de excresencias sanguinolentas y babosas. Al pisarla con el caballo y las ruedas del sulky, saltaba sobre nosotros, se nos venía encima en un oleaje furioso de hambre o de miedo.

La hacienda desparramada, mujía hambrienta y erraba..., creyendo siempre divisar pasto en el horizonte, libre de su baba agria y amarga. Huía de su olor nauseabundo, que aumentaba su desesperación y flacura. En las aldeas, caseríos y pueblecillos, era horroroso el cuadro: después de comerse los cereales, las plantas y los yuyos, destrozó adentro las cortinas, las ropas, y afuera prosiguió su obra con las paredes y los techos, porque no hallaba desabridos los ladrillos y el junco quemado. Comía también los alambrados, y apiñadas las langostas, unas sobre otras, estaban en la paciente tarea de meterle diente al ñandubay y al hierro. Para acosar al hombre hasta de sed, cayeron al pozo y cubrían en gruesa capa la superficie líquida. Las aves eran las únicas filósofas, porque antes de perecer de hambre, prefirieron comérselas vivas, pero sus huevos salían sanguinolentos, hediendo a su olor peculiar y se arrojaban por asquerosos.

¡Así estaban algunas chacras!: ¡abandonadas! Cerradas las habitaciones al enemigo, con las máquinas y herramientas agrícolas a la intemperie y las parvas devoradas y juguete de las aves, de los perros y de los gatos, recordaban las de los franceses al huir despavoridos en 1870 ante el ejército prusiano. Muchos colonos se negaban a presenciar el final, y otros, temiendo verdaderamente que sus hijos fueran asaltados, — porque vieron a varios peones perder parte de sus orejas en las siestas, — abandonaban sus queridos hogares y se refugiaban en las poblaciones más cercanas. ¡Y cosa extraña!: ¡ni una maldición, ni siquiera una queja! Mucho llanto, sí, infinitas lágrimas de la gente menesterosa, ante la destrucción, por tan execrable bicho, de cuanto poseían y esperaban, porque el colono, en su sincera religión, cree que Dios manda las plagas, y

no se atreve a rebelarse, temiendo ser doblemente castigado. A lo sumo, incitaba a que su esposa e hijos orasen para apiadar al Altísimo, y él también elevaba sus plegarias, con los ojos humedecidos por las lágrimas, ante la devastación que arrasaba su trabajo del año, su crédito, sus esperanzas y el pan del hogar.

Marchaba al trote largo entre torrentes de langostas, mientras las ruedas, al partir montones de ellas, chillaban desafinadamente... De repente, oímos en el espacio un ruido espantoso, ensordecedor, como el de los aguaceros en el trópico. Era una manga que se levantaba en el campo. La saltona había crecido y ensayaba sus alas para su viaje al Chaco. Brillaba al resplandor del sol, abrillantándose, en medio de un rugido de vendabal, y producía un efecto sorprendente, maravilloso. Interceptó, poco a poco, con su espesor, la luz del sol, hasta que abajo se obscureció. Al cabo de un rato, no oí, ni ví nada. ¿Quedéme ciego? sobrevino la noche, — pero la noche ennegrecida por una tormenta tenebrosa.

Tendía la vista al horizonte para arrancar luz: ¡en vano!,—porque el espacio estaba, en un ámbito circunferencial, negro y tan extenso como si abarcase toda la redondez de la tierra,—para probar que en América hay arneros capaces de tapar el cielo.

¡Qué ruido chillón y ensordecedor producía el aleteo! El caballo temblaba como ante una gritería de indios. Con semejante venda en los ojos, era imposible marchar.

¡Adelante!,—porque podía asfixiarme, debido a que la manga, además de aspirarse todo el aire, descendía y ahogaba como en un horno. Viajaba en un verdadero túnel. Para mayor ironía, arriba era el día, y el sol, magnífico y esplendente, brillaba sobre la superficie de la capa, que aparecía, exteriormente, dorada y agitada como las aguas del mar,—pero la manga era tan espesa, que los rayos solares no lograban traspasarla y no alcanzaban a alumbrar siquiera con sus resplandores nuestro mísero paso perdido en el interior del negro vacío.

Yo estaba asombrado, horrorizado, porque sólo habíala vis-

to en las sementeras, en las poblaciones y volar por el aire, abrillantada por la luz.

¡Esta era únicamente la escondida, la oculta a los ojos, y que se levantaba en manga para sus ensayos! Entonces comprendí su universal poder, superior al del fuego y el agua soplados por furiosos huracanes, y comparable sólo a la majestuosa ignorancia de muchos diputados que legislan sobre su extinción, amargando todavía la situación del colono con embargos, secuestros y multas enormes, sin haber salido de la capital federal, ni visto siquiera una langosta ni pintada. "¡Pobre colono!"—exclamé. "¿Será posible que trabaje y viva en este suelo,—agregué,—más devastado que el de la guerra, en medio del mismo estrago que lo aniquila?—¡Víctima de la impiedad!". Políticos inconscientes: ¿Sabéis quién es él, sí, él? Es el obrero de los territorios, el productor de la riqueza nacional, el vencedor del indio secular, el poblador del desierto y el defensor de nuestras fronteras. Si no fuese por él, los indios aparecerían otra vez, los numerosos vecinos hollarían la patria con su planta, nos moriríamos de hambre, el gobierno no podría subsistir y en franca quiebra financiera, las naciones de nuestros acreedores atentarían contra la soberanía nacional. El obrero andará en mangas de camisa, porque tiene que trabajar, pero es el representante de nuestra civilización, que es, en todas partes, la industria, fuente, a su vez, de la producción y riqueza. ¡Cómo se conoce que la política no está en manos de estadistas, ni de patriotas, sino, en su mayor parte, de mocitos, que creen, muy seriamente, que el gobierno es una institución artificial creada para esquilmar al pueblo!

Sentía que faltaba aire, porque la manga, en vez de marchar, descendía. Aleteaba, asimismo, como la lechuza. Sofocado, marchaba librado al sabio instinto del caballo, — que conocía el camino mejor que yo, — y, jadeante, tosía, ansiando también luz y, sobre todo, aire, aire. La última capa de langosta bajaba tanto, que parecía un emparrado que susurrara al soplo del viento, y el temor no fué ya de morir asfixiados, sino devorados, al pensar que pronto se descolgaría sobre nosotros el mar de langosta hambrienta y rabiosa que se agitaba enci-

ma de nuestras cabezas. Me acordé de los viajeros sorprendidos en la cordillera por avalanchas de nieve, que los arrollaban, sepultándolos al fin y que, en un principio, fueron un terrón de azúcar, comparadas con la tempestad universal de langosta que amenazaba tragarnos.

Principié a latiguear para abrirme paso, mientras mi compañero manejaba y apuraba el caballo. El pobre animal, que no se hallaba, como nosotros, comprometido voluntariamente en esta aventura, estaba harto contrariado, y, desesperado, abría las fauces, queriendo estirarlas hasta el horizonte, en demanda de aire. "¡Aire!" — se diría también, — y sin asustarse del ruido torrencial del aleteo, de los gritos y latigazos desesperados, proseguía, con la mansedumbre del verdadero valor, su carrera entre el polvo que levantaba y la obscuridad que avanzaba como una tormenta. Era la noche, la noche negra, surgiente, atormentada. La tierra suelta, ardiente por la seca, que se arremolinaba a nuestro paso, era otro inconveniente, porque, sin espacio para disiparse, contribuía a ponernos al borde de la asfixia.

La langosta nos inundaba, y, cual olas, nos chorreaba. Los bichos que no rodaban, se prendían al sombrero, a las ropas, arañaban el cuello, los rostros y las manos. Caían después al sulky, para dar lugar a que otras nos picaran: sistema de los mosquitos. El sulky estaba cargado, rebosante de langostas, e iba yo, por mi parte, a dejar que me devorasen, cuando notamos menos densa la obscuridad. Me acordé de Mazzeppa desvaneciéndose en los lomos sudados del potro. Distinguimos descender el acridio hasta el suelo, entre las sombras de una tarde mortecina. Sentimos también el ruido de las ruedas al partirlo. En fin, íbamos viendo y oyendo algo. "¡Va bajando!", exclama mi acompañante, y era buen indicio el apuro liberal del caballo, que redoblaba la carrera voluntariamente. Al poco rato, ¡otro inconveniente!, no podía andar por la inmensa cantidad de langosta caída en el camino y extendida en gruesas capas acolchadas. Había rellenado las huellas y las ruedas, al hundirse y machacarla hacíala crujir, mien-

tras el caballo, cubierto y acosado, hundía las patas en montones de acridio del camino. Las ruedas se atascaban. A ser nevada, no habría caído más nieve. Cansado y jadeante el pobre caballo, paróse de repente. "¡No sigo más!", se diría, resuelto más bien a morir sofocado y porque, con su instinto superior, comprendió, ante el intransitable camino, que era mejor esperar. Es que, con su mejor ojo, veía más claro y... que la manga descendía. Resolvimos respetar su decisión, porque cuando el caballo es del pago y tiene la experiencia de la edad, mejor es, en tales trances, no contrariarlo. No habría dado tampoco un paso más, aunque lo hubiésemos azotado, porque se paró de una manera acerada, mecánica, y quedóse fijo, duro, como un poste de ñandubay.

Agazapados, con las manos entre las mangas y los rostros cubiertos con las alas de los sombreros, sufrimos estoicamente la lluvia insecticida, que rodaba sobre nuestras cabezas y hombros cual una avalancha,—hasta que la claridad fué mayor. Nunca ambicioné más la luz. Principiamos a distinguir el suelo, el campo, el caballo y a nosotros mismos. ¡Qué horror! ¡Todo era langosta y langosta! La luz se hizo al fin, después de tanto penar, y pudimos entonces admirarla en todo su esplendor, mirar el cielo azul y verla brillar sobre nuestras cabezas. ¿Quién diría que era la del mismo sol que se negó a iluminar nuestro paso en las recientes catacumbas? Es que no pudo, a pesar de su universal poder, atravesar las gruesas capas de langosta, porque sus mangas son superiores a todos los elementos. El viento, el fuego, el agua, que dominan y arrasan la creación, habrían sido rechazados. Tal vez habrían abierto brecha, — pero por un segundo, porque en seguida se habría cerrado el claro. Convencíme de que las mangas de langosta son algo de soberano en el mundo del mal, y que cuando se proponen abatir al hombre y a la misma naturaleza, no hay nada superior que se les ponga enfrente.

Al mirarnos cara a cara con mi acompañante, no nos reconocimos. Traje, manos, rostro, todo, estaban cubiertos con las excrecencias del asqueroso insecto, que, mientras voló, nos

lo destiló sin piedad. Y la sangre que también nos ensuciaba y yacía en charcos en la capa de langosta del camino, en vez de enardecerme, como pasa en todas las batallas, dábame, más bien, repugnancia, asco.

El caballo, quedó, por mucho tiempo, nervioso y alunado, y cada vez que veía levantarse una manga cualquiera de langosta, temblaba como ante un malón de indios. Yo, después de lavarme y mudarme de ropa, quedéme admirado ante el espacio diáfano e iluminado. "¡Oh, tú, sol, que tal luz nos brindas!", — exclamé para mí, al compararlo con las sombras horrorosas del túnel reciente,—y presencié en seguida una puesta de sol, que, en su sublimidad, parecía llorar, juntamente con las pobres poblaciones trabajadoras y virtuosas, los estragos del asqueroso acridio que había caído tan injustamente, como una peste, como una maldición. A la noche, nervioso y agitado yo también, soñé que nunca se hizo luz en el horizonte sombrío, y que, devorado juntamente con mi secretario campestre y el pobre animal, quedábamos reducidos a tres esqueletos descarnados y blancos, como la nieve entre la inmunda tempestad de sangre. (1).

(1) Apareció en CARAS Y CARETAS con el título *Una manga de langosta*

CUADRO

Al cruzar cierto villorrio, en una mañana diáfana, noté, contra una pared, unas jofainas zarandeadas por el viento. "¡Una peluquería!", me dije, y Pedro, adivinándome el deseo de afeitarme, exclama: "¡Una barbería!". "Es lo mismo", dirá el lector, porque en ambas se corta el cabello y se afeita la barba, pero son modismos; en las ciudades, decimos hoy: "peluquería", y en las afueras, "barbería", como si en éstas la gente anduviera siempre con el cabello tan largo como las mujeres. "Voy a afeitarme", dije, y sin más ni más, atraqué el sulky a la vereda. ¡Esa sí que era vereda, porque en la ciudad llámase acera! Casi me llevo el poste por delante.

Pedro halló mi decisión de afeitarme allí tan natural, sabiendo que me molestaba mucho andar con los cañotes largos, que exclamó: "¡Perfectamente!", y hasta me elogió la barbería. Entramos. Era un rancho de techo de paja. El piso era de tierra viva, y como yacía seca, cubríalo una gruesa capa de polvo que ensuciaba el calzado y, con los vientos, no dejaba también de sublevarse e irse al rostro de las gentes. ¡Cosas de la campaña! A un costado, varias sillas contra unas mesas de mármol, como invitando a sentarse; al otro, unos perros echados y un paisano dormido en un banco, y en la pared, unos cuadros sucios por las moscas. Nada más.

Pedro, a fuer de Ave María, dió un rebencazo en un banco, y se presentó, levantando una cortina, una figura en alpargatas y en mangas de camisa. Era el pulpero, que tenía, al lado, pulpería y que, al mismo tiempo, afeitaba, cortaba el cabello, aplicaba sanguijuelas, ventosas, sangraba y sacaba muelas, acusando tal tendencia a acumular oficios, que, a ser

empleado, sería el más popular de los presupuestívoros. "¡Todo hay que hacer aquí, donde no hay nada!", exclamó, al reconocerme forastero, por si me asombraba de su ecléctica sabiduría.

—¡Agua caliente!

—¿Para qué?

Le dije entonces, para aplacar su asombro y evitar mayores explicaciones, que no podía afeitarme sin ella, y como si lo hubiese atacado, principió a gritar: "¡Agua caliente, agua caliente!". Gritos verdaderamente revolucionarios, que atrajeron a todas las gallinas, gallos, pollos, patos y pavos de la cuadra. Hasta un cerdo se presentó. El perro ladró; el paisano se despertó, y varios bebedores de la pulpería, soñando, en su perpetua beodez, con escándalos, franquearon el dintel de la barbería.

Hoy puedo asegurar, por experiencia, que el barbero no pone tal nuez dentro de la boca de sus clientes, para mejor afeitarles las mejillas, ni tampoco las escupe, a falta de agua, porque ésta sobra en la campaña. Son calumnias de las ciudades. Pero lo que garantizo es que la víctima se sienta en el banquillo de la barbería sobre la base de la confianza, y ¡qué confianza!, la confianza más universal, porque el barbero, lector, principia por preguntaros cómo os llamáis, quién sois, vuestra vida, con todas sus incidencias. Y todas las aves de la cuadra, luego de entrar, aletean, se suben sobre las mesas. El gallo, canta; el gato, que sesteaba, se estira y peléase con el perro; el cerdo gruñe, y un carnero, al ver que lo dejaron solo, aparécese en la barbería. Me acordé de nuestro padre Adán, que viviría rodeado de animales, y para que me familiarizase con ellos, un pollo me voló por la frente. Y el barbero seguía, mientras me serruchaba, inquiriéndome mi vida, con el hoyo de su mano, hediente a tabaco y otras pestilencias, puesto en mis inocentes narices.

—*Aspetta un po,* — me dice en italiano, — porque en el campo casi todos los pulperos son italianos.

¿Qué había? Percibió, con su finísimo oído de propietario, que entraron nuevos marchantes a su negocio contiguo, y

sin otro miramiento, marchóse rápido, dejando la navaja sobre la mesa y a mí en la silla, con las tres cuartas partes jabonadas del rostro y entre un remolino de moscas.

Principié a sentir pulgas: las pulgas de los perros, de los gatos, hasta de las aves, aclimatadas en el suculento vivero de polvo del suelo, que se me habían entrado ya en las botas, quitándome la paciencia. "¡Zas!". Me cortó, de vuelta. "No es nada", dijo él. Sí, no es nada, en efecto, comparado el tajito con el degüello, cuyas tradiciones zumbaban todavía en los oídos.

Entró una bandada de palomas. En seguida, un pavo real. Aquellas principiaron a aletear, a volar, a continuar sus amores; los gallos, a cantar; el cerdo, a gruñir; los perros y gatos, a pelearse; mientras el fígaro campestre continuaba su oficio sobre mis pobres mejillas como si tal cosa, creyéndome, por el contrario, encantado ante la barbería convertida en un verdadero corral, en un chiquero. No sé cómo no se presentó el potrillo guacho o algún caballo o cierto asno que oía rebuznar. Eran los únicos que faltaban.

—*Aspetta un po,* — vuelve a decirme, al sentir su finísimo oído nuevos pasos en la pulpería...

Yo me quedé ante el espejo, que, por lo nublado, más parecía de latón, extático. Estuve por levantarme y protestar. ¿Ante quién? ¿Ante las aves, el cerdo y el carnero?, y como pasa casi siempre, quedéme aguantando.

¡Otro tajo! "¡Qué delicado!", exclamó, entre dientes, ante mi repulsión, no sin achacarla, en sus adentros, a mi desgraciada calidad de forastero, porque, en nuestra campaña, hasta los inmigrantes se gauchifican, contagiándose con el desprecio a los puebleros. Ni más ni menos que los ingleses con los extranjeros. Era el tercer tajo. La sangre que chorreaba hasta el cuello, como si manara de la picadura de una sanguijuela, convenciólo a su autor de que era un tajo cualquiera, por más impremeditado que fuera. Era un verdadero tajo de campaña. Poníale polvos, a manera de tajamar o dique, para atajar la sangre, y ante su vana tentativa, partió a escape.

Vino en seguida con las manos llenas. ¿De qué, creeis? De barro, para ponerme en la herida. ¡Entonces, sí que protesté! Por supuesto ante los animales, porque Pedro y el viejo paisano seguían tranquilamente conversando, y atribuyeron mi tercer tajo a mi susceptibilidad de pueblero, ridícula, femenina. No tuve, de vergüenza, más que callarme, porque, en el campo, vale más ser valiente que genio y sabio, y el pulpero, vencedor, entre sonrisas, terminó su obra intermitente y sanguinaria en mi inocente rostro.

—¡Hola!, — exclamó, al verme, al fin, sin jabón y afeitado.

Hasta orgulloso estaba de su trabajo, y las gallinas, ante sus aspavientos, cacarearon, el gallo volvió a cantar, el perro a ladrar, el cerdo a gruñir, celebrando todos su artística terminación, que, según su autor, remozábame en diez años.

—¿Cuánto es?

—Quince centavos.

Creyendo que supiera el precio, me observó que los cinco centavos de más eran por el agua caliente y el barro.

No me quejo, lector. Entré por conocer costumbres; si no, no podría decirte lo que es una barbería de colonia. (1).

(1) Publicado en Caras y Caretas con el título *Barbería en la Colonia*, el 16 de Septiembre de 1916.

CUADRO

Ni los últimos sobrevivientes de las calles de antaño, sin empedrar, con pantanos y simples pasos, imagirán cómo se ponen, por las lluvias torrenciales, las de los caseríos, debido en gran parte a su gleba roja, que se transforma, con el tráfico, en un barro espeso y pegajoso. Convierten la estada en verdaderos sitios. Es imposible salir afuera, si no es para montar, de la puerta, a caballo, porque no existen veredas, y en cuanto uno se baja, cáese en el barrial, y ya en el atolladero, no hay más que seguir el chapaleo o volverse adentro.

Entre los numerosísimos sitios de barro que sufrí en mi Molino, voy a relatar el presente, porque sobresalió por sus cualidades barrísticas, acuáticas y untuosas. Después que unos aguaceros infernales descompusieron la vía férrea y las alcantarillas, se interrumpieron los trenes, los ríos y arroyos se desbordaron y el campo verde quedó hecho un barrial. De los caminos, ¡para qué hablar! eran un pisadero y, con el tránsito de vehículos y caballería, estaban sembrados de charcos, que se vaciaban y llenaban continuamente de agua.

Varias veces que intenté salir fuera de mi escritorio, para dar vueltas siquiera por la casa, tuve que tomarme de la pared, y regresaba en el acto, porque el piso estaba tan jabonoso, que corría riesgo de una costalada. "¡Este es un sitio, un verdadero sitio!", me dije, y mientras leía o escribía en mi refugio, que el agua superabundante trasmutaba en prisión, observaba, desde sus umbrales, los cuadros y espectáculos que ofrecía, muchos de ellos graciosísimos.

Los peatones andaban descalzos; en cualquier charco quitábanse el lastre y seguían adelante, porque aquello era una

lucha constante, en que las piernas cargaban con la peor parte. Los jinetes y los pasantes en carros o sulkys usaban botas y llevaban los rostros salpicados, desconocidos, y sus caballos y vehículos iban cubiertos por una capa barrística. ¡Un real manantial de barro! Y, de vez en cuando, caía otro chaparrón, para que el agua sobrara más y la infinita charca estuviese más pegajosa, untuosa y sucia. Libro, lector, a tu fecunda fantasía los prismas que ofrecía el bullicioso chapaleo, porque debes saber que, con el continuo pisadero, tenía hasta su música especial, que yo la reconocía aun con las puertas cerradas. Para huir un poco de la horrorosa realidad y tomar las cosas más a la broma, diré que era un carnaval barrístico, donde todos andaban disfrazados, aunque tenía más facha, a la legua, de una peste de barro. Salía un individuo limpio y regresaba virulento de barro. Se le tomaría por contagioso. Y lo que más llamábame la atención, era la seriedad de las personas y, principalmente, que se reconociesen. "¿Cómo se reconocerían? ¿Será por el modo de andar, por la voz?", me pregunté en más de una ocasión, porque todas estaban desfiguradas, realmente desconocidas.

Y como sólo conocía, a su generalidad, de vista, resultó, en un abrir y cerrar de ojos, que todas me eran desconocidas o, por lo menos, incognoscibles, y me hallaba entre una humanidad extraña y que no había visto nunca. Esto último habría sido lo menor, porque los ojos no sirven, muchas veces, sino para engañarnos más y perdernos, pero ¡la suciedad!... Tenía, por mis propios negocios, que recibir gente, y como la de campo, por sus faenas agrícolas, delira por las lluvias, se presentaba en mi "Molino" sin otro paraguas que su sombrero y quizás con mayor continuidad, para guarecerse de los intempestivos chaparrones. Era una especie de estada, de posta, y si me descuidaba, cuasi pulpería, porque donde quiera que están quieren beber y harto me pedían caña con los ojos.

Como vivía en un edificio donde había un almacén y el infaltable despacho de bebidas, imaginábanse que, aunque no fuera socio del negociante, debía convertir mi Escritorio en

acarreo de vasos, con sus correspondientes discusiones. ¡Oh, fantasías alcoholizadas! ¿Y cuando entraban rusos? Calzaban éstos unas botas más colosales que su buen humor, y por el continuo chapalear, eran más de barro que de cuero. Poco faltaba para que entraran cantando. Mi Escritorio era un positivo chiquero. Cada individuo que se bajaba del carro o del caballo dejábame aparte de humajos y charcos de escupidas atabacadas, montones de barro. Los rusos en tropel eran temibles..., porque ninguno de ellos pretendía, siquiera por cumplimiento, sacarse el barro al entrar. Los que no se refregaban las suelas en el umbral, hacían igual en los palillos de las sillas, dejábanlo caer en el piso, que cuidaba como a un espejo, y otros, si no se rascaban una bota con otra mientras conversaban, se sacaban con el cuchillo pesadas plastas y... me las dejaban.

Todo era, por supuesto, en mi presencia, en mi cara, y no podía impacientarme, ni mucho menos protestar ante tal impavidez, porque eran costumbres del campo. Tenía, según su ritual, que callarme, aguantarlas y tragármelas. ¡Chitón, son costumbres del campo!... Pasa algo gracioso con ellas: porque una que en la ciudad, por ejemplo, sería intolerable por sucia, en sus santos dominios es respetable, hasta sagrada. "Señores: Si a ustedes les place la asquerosidad, la hediondez, la porquería, esto no es ningún muladar". Estuve, en más de un minuto, por decirles secamente, pero procedían con tal inconciencia, que me quedaba con la arenga en el estómago. "Ellos no tenían la culpa, sino su ignorancia, las tales costumbres del campo y los negocios, los malditos negocios, que, por conveniencia, nos hacen pasar sobre personas y cosas impertinentes, o, mejor dicho, pasan por uno", me decía, y terminaba, como pasa también siempre, por callarme, cual si hubiéramos venido a este valle terrestre nada más que para tragar saliva. Respecto al barrial actual, obraban, me convencí al fin, más por sugestión, porque hasta el alma se les había embarrado, quizá porque no vieran sino barro y barro a su alrededor y por doquiera que fueran, y lo consideraban hasta sagrado, a punto de que al dejármelo en el piso y las sillas, creían hacerme un regalo, un

honor. Poco faltaba para que fueran estatuas de barro, y muchos, a la verdad, eran más de barro que de carne.

Parecíales tan natural, naturalísimo, ponerme asqueroso el cuarto, que me quedaba, ante su inconciencia, estupefacto, patitieso de asombro. Pedro, aunque consideraba muy propio lo que sucedía, por haber pasado, en famosos temporales, crisis barrísticas, comprendía mi disgusto, y, para calmarlo, tomaba una pala y arrojaba a la calle los pelotones de barro. ¡Suerte que, entretanto, pasaba a mi dormitorio!, pero bien pronto entraba otro y otros colonos, y ¡vuelta a presenciar el audaz mancillamiento de mi lar, los montones de barro, su acopio y descarga al exterior!

Más de una vez estuve por preguntarle qué obligación tenía de soportar vejámenes de individuos desconocidos, que se me presentaban cubiertos, de pies a cabeza, de barro, y que no hacían otro negocio, después de arrojar cien escupidas, que dejármelo en mi Escritorio. "¡Estos no son negocios de tierras, sino de barro!", dábame ganas de gritar, pero, por su flema, habríame contestado: "¡Echelos!", y vuelvo a repetir: los intereses impedíanme proceder conforme a mi derecho contra tales embarrados, porque aunque estuviera en pleno carnaval barrístico, mi humilde Escritorio no era sitio de recepciones públicas de disfrazados o comparsas, desde que, tal cual se me presentaban, no conocía ni a los conocidos.

Somos demasiado imperfectos para no dar, en nuestros disgustos, contra el que está más cerca, pero confieso que Pedro me sublevaba al creer que rezongaba, porque me había levantado de mal humor. Sí, la gente de campo, que no sabe, para su felicidad, de malos ratos, tiene a los puebleros por neurópatas. Cuando los ve ceñudos, sin hablar, arrastrando sillas o tirando cosas. "¡Están con la luna!", exclaman, como si se tratara de sus mancarrones mañeros. No lo digo por mí, que soy, por docilidad, un asno, sino por Pedro, que embarrado, por sugestión, hasta el alma, miraba con extrañeza mi espanto barrístico, como si lo extraordinario no fuera considerarlo natural. "¡Arroja, arroja a paladas el barro a la calle!", le decía.

¡Qué barrial! Era un mundo de barro, en el que ni los animales se libraron del contagio barrístico. Los perros y los gatos estaban a la miseria; de los caballos, las vacas y los carneros ¡para qué hablar!, yacían como sus dueños. Las aves y los pájaros, quizá de miedo al barro, se escondían, y hasta la luna, al alumbrar aquel lodazal, parecía embarrada, como si al trepar el horizonte, hubiese tocado la tierra. Aquel Cristo de su disco, que alza los brazos y asciende con aire de resurrección, era barroso. ¡Oh, días barrísticos e inolvidables! Empachado de barro, sentíme tan repugnado, que me venían náuseas, y parecíame que hedía barro y que mis escupidas eran también de barro. Y como la tierra era roja, el campo semejaba de chocolate, pero de chocolate con agua, desabrido, de aquel ordinario, que parece, realmente, fabricado de barro, sin más tostadas y manteca que las latas y humazos de los rusos.

Limpiado mi Escritorio por quincuagésima vez, entra un individuo saltando y haciendo muecas. Como no le vi entrar por la puerta, ignoro hasta ahora por dónde se coló. Lo cierto es que me quedé pestañeando ante su aparición. Estaba en cabeza, descalzo, con sólo camisa y los pantalones arremangados hasta la rodilla, traje verdaderamente propio para esos días, pero todo él, se entiende, cubierto de barro, como que sería uno de sus más ardientes chapaleadores.

No hablaba, a pesar de sus gestos y ademanes, y noto que es tartamudo. Observélo, con la lástima que me inspiran estos degenerados; no le ofrezco una silla por temor de que se quede pegado, y trato de escucharlo, atraído más por sus brincos y gesticulaciones. Solicitaba mi intervención respecto de un intruso de mi campo, para que le abonara una pequeña deuda, y al querer volar como un relámpago, satisfecho de mi conformidad, no pudo: estaba, a manera de estatua, pegado al suelo. Díle, para despegarlo, un empujón, y salió haciendo más brincos todavía. Fué, sin embargo, quien me dejara, por falta de botas, menos barro.

Entra en seguida don Ciriaco, insigne intruso de todos los campos, que, por no haber ya baldíos, vive en un camino. Fa-

tigado por la grosura y la vejez, le doy la mano para ayudarlo a subir el umbral, que ensucie la mía y embarre más mi Escritorio. No diré que venía desconocido de barro, porque no tenía el honor... de reconocerlo, pero sí a la miseria. Venía, so pretexto de que yo necesitaba un caballo, a vendérmelo... en cambio de una chacra. Nada menos pretendía el muy ducho, y al terminar su proposición, hízose el enternecido, y dejó caer unas lágrimas... Creedme, lector: ¡eran de barro! Al despedirse don Ciriaco de mí, siento que me deja algo en la mano. A estar en París, donde se propinan hasta los saludos, me digo: "¡Dinero!". Abro la mano, miro: ¡barro! Esto, en aquellos días barrísticos y chapaleadores, era el recuerdo de todos, al irse y mandarse mudar, amén de escupidas y olores repugnantes. Después, a fuer de propinas, me acostumbré a estas dádivas barrísticas.

Al asomarme, cuando partió el viejo intruso, divisé a un chicuelo hundido en el barrial de la calle, chillando como un chingolo en la varilla de pega-pega, y una vieja, que apenas podía caminar, arrastraba, a manera de carrito, la cola de su vestido, que contenía varios kilos de barro. Todos los que pasaban seguían enmascarados de barro. "¿Y cuándo terminará este carnaval de barro?", preguntéle a Pedro. "Hasta que salga el sol y seque todo", me contestó. Y como la lluvia continuaba, aunque débilmente, "¡basta!", exclamé, ante esperanza tan lejana. Y luego que Pedro arrojó las últimas paladas de barro, le dije que cerrara las puertas del Escritorio, porque aunque conviniese ventas de tierras con los interesados, no podía, honradamente, hacer boletos con nadie, porque estaban todos, todos, desconocidos de barro. Era un temporal de barro.

CUADRO

Atravesaba las colonias del Uruguay en una noche tan clara, que la sombra del sulky, del caballo y la nuestra se reflejaban distintamente en los caminos y nos perseguían dondequiera que íbamos. Podíase leer perfectamente un diario. El campo brillaba como una esmeralda cuajada por la luz. ¡Ah, noches entrerrianas, tus lunas son soles de plata! Extasiado ante tanta blancura, oí de repente, en un recodo, unos ruidos roncos. Pedro me dice:

—Es un lechuzón.

Casi le digo que era imposible por los fuertes, cuando se repiten. Nos acercamos a ellos. Era realmente un buho, y estaba parado en el poste del alambrado. ¿Quieres, lector, creer una cosa? Principió, al vernos, a reirse a carcajadas. Parecía un loro. No me olvido aun de sus acentos guturales. No sé si serían la soledad, la hora o el sitio; pero me helaron. El ave, al aproximarnos, voló; y Pedro agrega:

—Por aquí hay algún enfermo.

Fastidiado ante la ciencia misteriosa y sin razones de Pedro, le pregunté:

—¿Y cómo sabes?...

—Por el modo de volar,—me contestó.

Al bajar una cuchilla, divisamos tres hombres que corrían un bulto blanco. Creí, sin saber por qué, que fuese un potrillo; pero Pedro, con su sabiduría campestre, díceme:

—No; es una mujer.

"¡Una mujer corriendo en el campo, a media noche!", me dije. "¡No puede ser!", agregué, porque no quería contradecirle, para después, ante la evidencia, aparecer doblemente ignorante. Preferí más bien callarme.

Apresuramos la marcha. Vimos unos ranchos: acto continuo, unas llamaradas...

—¡Fuego!, — exclama Pedro.

De éste, no había duda, y nos lanzamos en su dirección.

Era en un dormitorio. ¿Qué había pasado? Una virgen vestida, adornada de velas y cintas, ardía, y las llamas estaban a punto de comunicarse a un lecho contiguo, revuelto y destendido. Un individuo asustado trataba de apagar el fuego, y al notar nuestra entrada en son de ayuda, coligió, a pesar de que estábamos de botas y emponchados, que no éramos malhechores, y gritó en buen español:

¡Agua, agua!

¡Qué agua! Allí no había agua, y mientras la buscáramos, todo habríase convertido en cenizas. Pedro, sin más ni más, arrojóle su poncho al rostro de la Virgen, y yo, en un santiamén, cerré la ventada y la puerta.

—¿Para qué cierra?,—me dijo, en señal de reproche..., porque el peligro nivela a patrones y servidores.

No le contesté, envolviéndome, a mi vez, no en un aire vengativo ni misterioso, sino científico, porque me acordé de un incendio en alta mar de un cargamento de balas de algodón, y en que el buque, — según Verne, — por simplemente cerrársele las escotillas, llegó apenas humeando a su puerto. ¡Alguna vez había de tocarme a mí, en nombre de la ciencia de la capital, ponerme tieso frente a la sabiduría campestre! La cama principió a arder. ¡La suerte que era de hierro! Le arrojé mi manta. El techo era de zinc. A ser de paja, ardemos todos juntamente con la virgen. Por la excitación del momento, acordéme de los soldados del Chacho, que apagaban a ponchazos los cañones de Paz. El individuo que hallamos adentro, admirado sin duda de nuestra competencia bomberística, estaba sumamente agradecido, mucho más cuando, con ademán científico, exclamé: "¡Abran las puertas para que salga el humo!", dando el incendio por apagado, porque nos sofocábamos como vizcachas ahumadas en la cueva. Al salir afuera, oímos gritos y llantos.

—¡Es ella!, — exclamó el desconocido, aunque los desconocidos éramos nosotros; y fuése hacia los ayes.

Llegaron tres hombres, que traían cargada a una mujer completamente desnuda, pues no podía llamarse camisa una tela desgarrada, hecha jirones, que descubría hasta las partes más íntimas.

—¡Ayude, *Dotor!*, — exclamaron, al llegar, refiriéndose a nuestro acompañante.

Mientras él les daba su manita, nosotros nos apartamos prudentemente, coligiendo desde ya que se tratara de una de aquellas desgracias que se ocultan con el silencio misterioso del dolor, y, veladas por la distancia, hay que verlas con los propios ojos para comprenderlas. Sin duda el *dotor* les contaría nuestro oportuno auxilio, porque los tres hombres, luego de colocar a la mujer en la cama, se dirigieron a nosotros, y, con las frases más amables, nos agradecieron nuestra intervención en el incendio.

—Si no es por los señores, — agrega el *dotor,* — arde todo el rancho.

E inclinamos nuestras frentes con aire modesto de salvadores.

Y nos fuimos con el *dotor,* mientras descansaba el caballo, en una enramada próxima.

—Es una enferma de tifus, — nos dijo, — que, en los delirios, no hay quien pueda sujetarla. Los otros días fuése hasta el arroyo. Cuando ustedes llegaban, nosotros corríamos tras de ella. Yo me volví, porque, en ese instante, una ráfaga, al abrirse la puerta, comunicó la luz de la vela al vestido de la Virgen...

—*¡Dotor, dotor!,* — gritaba ella desde adentro.

"Lo llaman", — iba a decirle, cuando el *dotor* agregó:

—Sigue delirando. Dentro de un rato se dormirá y se quedará tranquila. Entonces yo me iré, porque vivo de aquí cinco leguas. Esta escena es de todas las noches. Si no me llaman, vengo por seguir el proceso... Esta gente es muy unida, y el médico no puede desampararla. Todas las mujeres de la re-

donda la han cuidado día y noche; dos de esos hombres son vecinos que acompañan al marido a velar; en la cocina está la mujer de uno de ellos; los hijos de la enferma han sido recogidos por el vecindario para evitar que se contagien, existiendo entre ellos uno de pecho; y los colonos, viendo al marido de enfermero, hicieron sus veces en la cosecha: uno le segó el trigo, otro se lo trilló, aquél se lo emparvó, se lo embolsaron, después se lo vendieron y le trajeron el dinero. Las colonias son comunidades formadas sobre la base del Evangelio.

—¿Y hay tifus por aquí?, — le pregunté.

—Estos campos no pueden ser más sanos, pero el agua de la laguna produce el tifus. El gaucho, si no posee pozo en su rancho, la demanda en cualquier parte, porque es andariego; el colono nuevo, si no ha tenido con qué hacer un pozo, vése forzado a beberla de la laguna, caliente, verde, infecciosa, y cuando al fin lo logra, como el agua es de la primera capa, resulta que también es malsana. ¡Y todavía tajamar, para paralizarla más y que se corrompa más pronto! El colono lucha contra todos los enemigos de la cosecha, y después de vencerlos o caer vencido, tiene, en este ambiente tan puro, que hacer frente principalmente al tifus. ¡Y por beber agua! ¡Como si fuese un delito apagar la sed! El pozo surgente, que en las ciudades surte a los jardínes, sería la redención de la salud de las colonias. ¿Cuándo vendrá, para evitar estas afecciones tan largas, tan tristes?...

Al pronunciar esta última palabra, una lechuza chilló en el mojinete del rancho.

—¡Cruz diablo!, — salieron gritando el marido y sus dos compañeros, haciendo la cruz con los dedos.

—Esta gente cree que la lechuza anuncia muerte, — dijo el *dotor;* y en seguida el ave púsose a aletear arriba de nuestras cabezas.

Pedro la ahuyentó de un cascotazo.

—No se morirá, — agregó el *dotor,* — pero tendrá que pasar por todo el proceso, que es terrible. Dura, por lo general, cuarenta días, y recién principia. Tiene que sufrir muchas

fiebres todavía, muchos delirios y muchas huídas del lecho como ésta. ¿Y los perjuicios económicos?... Como usted ve, todos los brazos fuertes de la familia se convierten en enfermeros; el vecindario se conmueve... ¡Suerte que los colonos son mutualistas, más por bondad! ¿Se ha fijado usted en sus ojos? Son claros, puros, como los de los niños. ¡Ah, luchadores contra todas las inclemencias, para asegurarnos el pan cuotidiano, no merecerían ser tan perseguidos por beber agua! Las autoridades que con ellos se relacionan, deberían, al menos, ser más compasivas. ¡Qué sería de ellos, o, mejor dicho, de nosotros, si, después de estas afecciones fatales, no les renaciese la salud robusta y la energía viril! Los trigales se transformarían en pajonales y la producción nacional desaparecería de los campos feraces. (1).

(1) Publicado en CARAS Y CARETAS, fecha 3 de Enero de 1917, con el título *El tajamar en las Colonias.*

LA ALDEA RUSA

Los rusos, de origen alemán, que colonizan actualmente nuestras pampas, han importado de sus estepas la costumbre de formar aldeas en las Colonias. En un pedazo de campo alto, de donde puedan divisar sus chacras, levantan sus casas, dividiéndolo también en manzanas y dejando calles intermedias y principales. En cada manzana se sitúan uno, dos, tres o cuatro rusos, según su importancia económica, nunca más, para dar lugar a tener sus caballerizas y cocheras y guardar a pesebre sus caballos y carros, sus galpones, sus máquinas, su huerta y jardín. Esa es su mansión. Encierran en ella cuanto poseen, y la chacra queda sólo para las faenas agrícolas y recoger la cosecha. No dejan en ésta nada, si no es la semilla en la tierra. ¿Quién podría hurtarles el trigo plantado? Está asegurado por sí mismo, y como en la aldea yacen sus caballos y vacas, no temen que los sembrados sean pisoteados. Y en cuanto amanece, se dirigen, con sus herramientas, a sus chacras, a pie, a caballo o en carro, según sus medios y la distancia que los separe de ellas. Allí trabajan hasta las 11; regresan, después, de la misma manera, a sus casas, almuerzan, descansan, y en cuanto calma el sol, vuelven otra vez a su campo de acción, hasta la noche, en que dan por terminado el día.

Nuestros demás colonos, extranjeros o nacionales, deberían imitarlos, porque se formarían, en las mismas fuentes de producción, centros de población, que, por el creciente valor de la tierra, serían más tarde, para su propio beneficio, otro rico patrimonio; vivirían juntos, se ayudarían en las labores, se protegerían, cosechando también los resultados de la práctica de la teoría de la unión; se convencerían de que esta es la

fuerza humana superior por excelencia y que, reunidos, imponen más respeto a las autoridades lejanas, todavía arbitrarias, siendo, en último caso, bastantes para repeler agresiones. ¡Cuántos rusos no se libran, por este sistema de vivir, de persecuciones de cuatreros y de comisarios bárbaros! ¿Y los resultados morales y prácticos de la sociabilidad?... El hombre no ha nacido para vivir aislado; acompañado sólo de su familia, no llena su alto fin social; ella sería, en tal caso, un pretexto para aislarse, porque además de depender de él, es una carga, una responsabilidad. Es como si dijéramos que a un árbol le acompañan sus propios frutos y ramas. Un árbol, — lo que quiere, — es otro árbol, y éste, otro, y así, sucesivamente, para formar el bosque. Y no procedió tampoco de otra manera cuando constituyó la tribu, que fué el núcleo primitivo de la humanidad. La base fué la aldea; es y será siempre, y los rusos, comprendiéndolo así, realizan, históricamente, la primera etapa de la vida social, que, después se transforma en el pueblo que, produce más tarde la política, las costumbres y las instituciones, que se convierten, por el gobierno propio, en libertades prácticas. Los colonos, por lo mismo que se han apartado de la sociedad, deben vivir juntos, para constituir la aldea originaria y gozar de todos los beneficios de la sociabilidad No son, por último, reproductores solamente, para que yazgan apartados con sus familias, ni las chacras son tampoco destierros. ¿Váse a comparar acaso el aldeano, que lo pasa todo el año entre los suyos, acompañado de sus compatriotas, con el chacarero, que yace encerrado todo el invierno y recién en la siega muestra el rostro? Aquél es un ser social, alegre, expansivo, y éste un verdadero ermitaño, en cuya vida, semblante y familia, se notan los efectos de la soledad. Las casas, son en general, de barro,—ranchos,—con techos de paja, y, muchas, de ladrillo, con hierro de canaleta, alambradas y alumbradas en las noches obscuras por las estrellas y algunas veces por la luz eléctrica de la luna (¡). ¡Qué aseo interior! Por rito religioso, se blanquean frecuentemente; los dormitorios lucen camas altas, bien tendidas, con almohadones de plumas de ganso; cunas de hamaca cuelgan de los tirantes, y

en medio de dos alcobas, yace el comedor con cocina y horno que calienta todo el edificio, de modo que estos ranchos en el desierto son en invierno, a pesar de su rusticidad, más confortables que muchos palacios urbanos, donde he visto a sus moradores tiritar de frío. Los pisos son de una composición de barro, bosta y ceniza, que forman una pasta resistente al tránsito. Las mujeres, medio desnudas, sanas, fuertes, lléganse a las tranqueras cuando pasan los raros transeuntes que cruzan por las pocas calles, seguidas, a manera de gallinas, por una muchedumbre de chicuelos rubios, en camisa y argentinos ya. Los hay de todos tamaños, y cuando se ponen en escala de edad, parecen pitos de órgano, demostrando así, bien a las claras, que el trabajo fuerte es fecundo en prole generosa. Los patos, los pavos, las gallinas, los pollos y las gallinetas, formando un conjunto variado, pican los granos diseminados en la cuadra; descúbrense galpones repletos de cereales, máquinas bajo de enramadas, y al fondo, huertas abundantes en árboles frutales, poblados de pájaros cantores y cotorras. ¡Qué aire y sol espléndido! Por doquiera vénse rica agua, legumbres, frutas, carnes, embutidos, pan doméstico, leche, huevos, zapallos, melones, sandías; nada vital les falta, y al considerar cómo, en una hondanada perdida en el desierto, unos míseros ranchos, por el sólo hecho de reunirse, tienen el privilegio de atraer los pájaros de la redonda, recuérdase la vida horaciana, sin preocupaciones ni deseos. Andando por ellos, ¡así fué Buenos Aires cuando lo fundó Mendoza!, me dije más de una vez.

La aldea menos importante tiene su capilla, que es, al mismo tiempo, escuela y, a la noche, club, donde se reunen sus habitantes a conversar; herrería y carpintería, para hacer carros y componerlos; se organiza administrativamente, y tiene alcalde propio para sus cuestiones domésticas, y para simular gobierno político y que aún está en Rusia, elige un Emperador, que, por lo general, es el más apuesto, respetable y rico. Estos rusos son hospitalarios y sociales. ¡Cuántas veces no pernocté en aldeas! ¡Las ocasiones en que se me ofreció el mejor lecho! ¡Las

veces que bebí leche fresca sacada de sótanos y que se me invitó con caña aromatizada por yerbas!

Los acopiadores acuden allí para sus convenciones, y no es raro que atraviesen sus calles buhoneros y vendedores ambulantes de todo género de mercaderías. Recuerdo que en cierta ocasión vi, en frente de una de sus últimas casas, un carro rodeado de gente, compuesta, en su mayor parte, de muchachos. ¿Una manifestación colonial? Un mercachifle que vendía relojes de mesa. Llevaba el carro repleto de ellos, y a la aldeana que no quería comprarle uno, le decía: "Se lo presto, entonces". Se bajaba del carro, dábale cuerda, y se lo ponía personalmente sobre el aparador o mesa de luz. A la semana, más o menos, repetía su visita, y ¿qué pasaba? Que acostumbrada esa gente al ruido isocrónico del reloj, desistía, valorando recién sus servicios, de deshacerse de él, y con gusto abonaba los cuatro o cinco pesos de su precio. "¡Qué barato!", — exclamaban los colonos. Era, en efecto, barato, porque, bien cuidado, dura decenas de años, — pero si se tiene en cuenta que en la capital se venden a un peso y medio cada uno... ¡Ah, norteamericanos! Los rusos ubican siempre estas aldeas en cuchillas que contengan en sus bajos aguadas para sus caballos y bandadas de gansos, y, de lejos, las descubren las copas de sus árboles.

En ellas se trabaja fuertemente; además de las faenas agrícolas y quehaceres domésticos, se fabrican manteca, queso, pan de centeno, embutidos y jamones, se cultivan hortalizas y frutales, todos los ramos de construcción, se doman potros, se yerran y se adiestran a la rusa, se conversa, se juega a las bochas, se ríe, se canta, se dan fiestas y se celebran ceremonias, se verifican negocios, y bajo los auspicios de la armonía, viven todos tranquilos y adelantan moral y económicamente "Colonos extranjeros o nacionales: vivid en aldeas, que la unión os hará más fuertes, prósperos y felices; os despojará de la melancolía que la soledad esparce en el rostro, y las luces de vuestros ranchos no aparecerán más a la distancia, en las tinieblas, solitarias como la del limbo. Ved las de los rusos: recuerdan, por lo numerosas, las de las escuadras con los fuegos encendidos". (1).

(1) Publicado en CARAS Y CARETAS el 21 de Marzo de 1914, con el título *La aldea de la Colonia*.

CUADRO

Preocupado por las inmigraciones extrañas y exóticas que bullían en las colonias, aldeas y caseríos, pensaba algunas veces, mientras rodaba en el sulky por los campos, en el porvenir de nuestra nacionalidad. Pedro me miraba, y como no se atrevía a interrumpirme, se diría que me pasmaba o que alguien me hacía daño. Solía entonces, si el sol quemaba, bajarme, y mientras descansaba el caballo y aquél aprontaba los adminículos del mate, me recostaba contra el tronco de un viejo espinillo. Prefería siempre este árbol por su sedosa sombra y racimos de granos de oro perfumados. "¿Serán patriotas? ¿Los hijos de extranjeros tienen argentino el corazón?". Eran las preguntas que me hacía. De los padres no me preocupaba, porque eran lo que debían ser: laboriosos y excelentes productores.

Pasé, con aquellos dos problemas en el cerebro, años en las colonias, hasta que un rayo, verdaderamente de sol, rasgó la nube que encerraba tanta duda.

Hallábame aquí, medio formada ya mi colonia, ocupado en mis quehaceres profesionales, cuando recibo un telegrama de uno de mis colonos, muy apurado por que le otorgara escritura definitiva. Extrañóme, porque aun tenía a su favor varios plazos anuales, y le contesté que en breve estaría en Gualeguaychú a escriturar a otros colonos, y entonces cancelaríamos. ¡Qué más quería yo!

Llegó el día y la hora del encuentro, y allí estaba el colono en la escribanía, juntamente con otros compañeros. Era un ruso. Lo atendí antes que a los demás, porque le debía una de esas simpatías ocultas: fué, después de dos años de excursiones penosas, mi primer comprador, apareciéndoseme una mañana llu-

viosa de la colonia Protestantes, del Diamante, y cosilla como esta, un corazón desalentado, que vivió de sus latidos, no la olvida nunca.

—¿Cómo estás? — le pregunté al saludarme.

Completamente afeitado, semejaba, con su chapeo de alas bajas, un lobo marino, y acostumbrado a chapalear la gleba y el barro, caminaba en la calle dificultosamente. Lo acompañaba un hijo bien adulto, de lo que colegí que no podía ser muy joven, aunque estos rapados ocultan su edad: uno no sabe si tienen 25 ó 70 años.

Lo advertí muy nervioso, agitado, y me hizo ademán de querer decirme algo aparte. Accedí. Creí que me haría otro pedido. Principió a hablar. No comprendía bien lo que quería, porque estos rusos, por vivir entre ellos en su aldea, hablando únicamente alemán, no adquieren nunca nuestra lengua, y su hijo, notando mi perplejidad, se acercó, y me dijo:

—El prefiere que figure yo como comprador en la escritura.

—Es lo mismo, — saltó diciendo el padre, — porque lo que poseo es de ellos y para ellos.

Hízoseme todavía más simpático, al recordar que en las ciudades hay señores que, por haber terminado la patria potestad, creen no tener con sus hijos otros vínculos que los cuatro reales de ultratumba. ¡Oh, civilización! ¡Viva la "barbarie" de las colonias!

—No hay inconveniente legal, y, de mi parte, con el mayor gusto, — le respondí.

Quedaron ambos satisfechos. Díle los nuevos datos al escribano, y mientras éste hacía la escritura, fuí a tomar el sol en la acera, porque era invierno, y las baldosas, por el frío, picaban como el fuego. Paseábame y oigo gritar adentro. Miro de la calle, por los vidrios de la ventana, — porque no hay tales cristales, — es otra mentira de la literatura, — y veo a mis dos rusos excitados, discutiendo en alta voz y haciendo ademanes belicosos. "¡Una pelea!", me dije. Entro, y el hijo, al distinguirme, vino hacia mí y atrayéndome a la acera, díjome:

—¡Pobre mi padre! Desde la guerra del Japón, ha abandonado el trabajo; no quiere saber nada de cosechas, — ¡él que tanto las anhelaba! Ni de la familia le importa. Quiere marcharse a la guerra, "¡a pelear!"... dice. Nosotros le recordamos que, al dejar a Rusia, le dijo para siempre adiós, y que habiendo formado familia y adquirido campo, no debe abandonarlos. No quiere saber nada. Aquella es siempre su patria, y "estando en guerra, su sitio está en la batalla, donde juega su destino", dice. Y es un anciano, porque tiene setenta y cinco años!

Confieso que, ante el triunfo del terruño sobre la sangre, se estremeció mi teoría sobre la patria, tanto más que este ruso era de origen alemán y hablaba el idioma paterno. Regresé, curioso, a la antesala notarial, imaginándome que, con palabras sugerentes y consejos, lo tranquilizaría y convencería de que se quedara.

¡Un desengaño más! Paseábase ardiente, con el rosto fulgurante, destellando rayos por los ojos, y ¡parecía imposible! aquel cuerpo casi encorvado, enderezóse, creció y tenía actitudes gigantescas. Impresionóme tanto, que, íntimamente, sentíme inferior, y sacando fuerzas más de la reflexión, díjele que ya se había despedido de su patria; que, ante todo, era padre...; en fin, todas aquellas vulgaridades sociales, económicas y políticas, que rayaban en la mentira para apagar un sentimiento incendiado, explotado. Y, con razón, exclamó:

—¡Ruso primero!... ¡Oh, yo no puedo, no debo estar un momento más en esta tierra! Mi patria está en guerra, ultrajada... ¡Y qué enemigos! ¡una raza de liliputienses!... ¡Es una vergüenza que semejantes muñecos se nos vengan a las barbas!—gritaba, midiendo su pequeñez con los dedos. ¡Un atrevimiento! y de sus labios salían vociferaciones, maldiciones y... espuma.

Gesticulaba. Hacía ademanes violentos. Decía que los japoneses, por su insolencia, debían ser ejemplarmente castigados, despedazados, masacrados... todos de una vez... ¡Así, exclamó, agitándose, como si los segara a todos, de un golpe, con la gua-

daña... Y su muñeca, que dominó el arado y la segadora, hizo, en un nervioso giro, rechinar sus dedos de acero.

Emocionóme porque me hallé ante un espectáculo revelador. Vi que estaba delante de un alma airada, en un momento sublime, supremo, y que toda consideración mental sería vana. Imaginóseme la fiera del patriotismo, y dirigiéndose violentamente al hijo, que acababa de presentarse en la pieza, le gritó, increpándole:

—¡Y tú deberías venir también!...

—¡Nó! ¡Yo soy argentino!... ¡He hecho la conscripción! ¡Esta es mi patria!...

—¡Patria nueva!

—Pero es mi patria, y la defenderé con el mismo ardor si va a la guerra.

El viejo hizo un gesto de desprecio, repitiéndose: "¡Patria nueva, patria nueva!"... Y el hijo, trasluciendo su íntima exclamación, contestóle:

—Su patria también es nueva, porque usted es de origen alemán.

Ante verdad tan tremenda, inmensa como una mole, y que caía hecha pedazos a sus pies, impidiéndole dar un paso, callóse; pero siguió agitado por los impulsos de sus primitivos sentimientos. Y jadeante, con los ojos sanguinolentos, parecía realmente un lobo que lloraba su cueva arrasada, robada... Aullaba verdaderamente.

Y padre e hijo quedáronse, irritados, electrizados, mirándose frente a frente por espacio de varios segundos, amenazantes. En un momento creí que, olvidando que fueran una misma carne y una misma alma, se despedarazan y vieran sin horror chorrear sus propias sangres.

Representaban en ese instante el amor a la tierra en que nacieron y un escultor genial habría admirado en ese grupo airado la síntesis suprema de la patria fisiocrática. Y como las borrascas del alma pasan también, por más que arrasen entrañas y vomiten palabras de fuego, el rostro del anciano serenóse, y díjole al hijo:

—¡Tienes razón! ¡Esta es tu patria! Amala, defiéndela, porque es tu deber, y ella es noble y grande; pero aquélla, vieja, perdida en el horizonte, es la mía y tomo el fusil. Te dejo el arado. Tómalo tú, que yo lo manejé bastante, y, como primogénito, reemplázame en la chacra y cuida a tu madre y hermanos.

Firmamos la escritura y nos despedimos, cada uno para nuestro lado, como sucede siempre en este planeta, aun después de las escenas más desgarradoras y patéticas. ¡Oh, vida!...

Supe después que el ruso se fué a la guerra y que se condujo como un héroe, y más de una noche soñó, allá, en las estepas heladas, con su cabaña entrerriana que encerraba sus seres queridos.

A su regreso, abrazó a los suyos con la fortaleza de un soldado.

¡Continúa, patria, sobre tus laureles, que, de rusos tan patriotas, sólo pueden nacer buenos argentinos!

Placióme, asimismo, que el viejo no interpusiera su título de padre, para terminar la discusión; es que vió que su interlocutor era en ese instante más que un hijo: un alma que se erguía para defender algo sublime y que vale más que toda la familia: ¡la patria!

"Consecuencias, me dije, del trabajo colonial en común entre los miembros de familia, y que es la mejor educación: la aldea rusa". (1).

---

(1) Publicado en La Nación el 7 de Marzo de 1915, con el título *El patriotismo en las Colonias.*

CUADRO

No voy a hablar del amor entre los rusos, sino de la celebración de sus matrimonios, porque aquél, con todos sus misterios, será como el de los demás, — me lo supongo al menos, — en tanto que aquélla, por sus ritos y costumbres, es tan original que se caracteriza entre las de las otras razas.

Se diferencia del matrimonio urbano, primeramente, en que lo precede el amor, sin ningún interés venal, porque todos los colonos rusos son, por el momento, pobres o sus capitales no valen todavía la pena de tomarlos en cuenta. Cuando un joven ruso, buscando su cara mitad, ve a una muchacha guapa, con gruesas pantorrillas y trenzas rojas, de reflejos dorados, como las crines de los potrillos alazanes, la mira maliciosamente y se ríe de satisfacción, torciendo la pipa y arrojando entonces al aire la más formidable bocanada de humo. Cuenta su impresión a los demás; a los pocos días, todos la saben; se comenta en las pulperías y se la alaba porque ella es fortachona, capaz de manejar el arado y ayudar en todas las faenas rurales, y él, aunque, de vez en cuando, le plazca la caña rebajada, es trabajador y económico. Esto último sobre todo, porque, según los rusos, el hombre, en esta tierra, no adelanta, por más que trabaje y gane, si no guarda. ¡Y qué arte para guardar! ¡en papeles del más alto numerario, flamantes!

Sea ella o no de su misma aldea, lo cierto es que él no tarda en allegarse a su rancho, en carro o a caballo, porque todas las familias se conocen y se tratan con confianza. Los padres de ella, que ya han oído los rumores, se dicen: "¡Ah, sí, el hijo de Walter! ¡Gustavo es un buen muchacho!"—y aunque sospechaban, por sus visitas repetidas, sus intenciones, se hacen,

según el impagable dicho: "los chanchos rengos". El, cada día más enamorado de sus pantorrillas y crines, se decide a solicitar su mano o, mejor dicho, su pie, con barro y todo, porque, al revés de los mozos urbanos, no le sobra tiempo para perderlo en noviazgos. Se hace pública su resolución, y se encamina el domingo próximo, después de almorzar, al rancho de su amada, cuyos padres, fingiendo ignorarlo todo, se han metido, al verlo venir, en cama, como si estuviesen, inocentes, durmiendo la siesta. El entra, al frente de su familia, parientes y amigos, al aposento de sus pretendidos suegros; toda una manifestación social, como que se trata verdaderamente de un acontecimiento colonial, afectuoso y simpático; los padres abren los ojos, se los restregan, en señal de sorpresa ante el avance de tanta gente. Parecen dudar si es una realidad o un sueño, cuando, al reconocer que todos son vecinos y amigos, exclaman: "¡Que Dios venga con vosotros! ¿Qué deseáis?"... El novio, entonces, expone su solicitud, que los padres parecen oir cada vez más azorados, en tanto que afuera yacen la familia y amigos de la novia. El espíritu democrático de la aldea rusa exige, para depurar el amor y que así no más no se lleve un mancebo de un hogar una doncella, una oposición aparente siquiera, representada por el pariente más cercano de la novia, que hace de oso en sus dos pies, aleteando con las manos, con los ojos saltados y la lengua de fuera, en señal de murmuración, entre todos los de la rueda. Estos terminan por despreciar sus chismes e intrigas, y al salir el novio de adentro, al frente de los suyos, con el consentimiento paterno, triunfante, lo despiden con una rechifla. El oso, entonces, vencido y convencido de su sinrazón, manifiesta, con prosternaciones y ademanes humildes, también su conformidad, porque los rusos sólo quieren matrimonios sobre la base de una armonía universal.

Los padres, que se habían introducido en el lecho, simulando una siesta, con las botas embarradas, se incorporan, cantando, en cuanto queda libre el aposento. El discurso del novio es como el de todos: que ama a su hija, que es honrado, trabajador, y ellos, luego de aceptarlo, sólo le ponen una condición: que viva

junto con ellos, para que sea, en la cosecha común un brazo más, salvo que posea chacra propia.

No se han levantado en vano los futuros suegros, ni tampoco aglomerado los parientes y amigos de ambas partes, porque en seguida se tienden en el comedor y bajo los corredores varias meses y se sacan del horno lechones, pavos, gallinas, etc., etc., asados, que todos principian, con buen vino, a hacerles los debidos honores. El oso, por su asentimiento, es objeto de señaladas atenciones; todos comen, beben y cantan; se pronuncian brindis por la felicidad de los novios, hasta que cada uno, harto y cansado, se retira a su chacra o, imposibilitado de montar a caballo, prefiere pasar la noche sobre unas bolsas de trigo, bajo de los corredores.

Al día siguiente, toda la comarca, por la fiesta, sabe el noviazgo, que es celebrado con cánticos, porque los rusos son *buenos muchachos*. Así exclaman todos, y al día siguiente no más salen en todas direcciones parientes y amigos de los novios en sus carros, adornados con cintas de colores, a recoger el regalo de bodas, porque se celebrarán ya, ya, a los pocos días, a diferencia de en las ciudades, que se dilatan eternamente. En todas las chacras son recibidos con hurras; unos dan dinero, otros un pavo, gallinas, un lechón, vino, huevos y dulces. El matrimonio se celebra en la capilla ortodoxa vecina; todos van en procesión, precedidos por los novios y sus padres, al son de cánticos; el sacerdote los exhorta al amor y al trabajo, y bendecida la unión, todos regresan cantando por los campos hasta la chacra de los padres de la novia, donde se vuelven a tender mesas y abrir el horno para sacar asados todos los pavos, gallinas, lechones, etc., etc., de la subscripción popular del día antes.

Se repite la comilona, y a la noche principian los bailes, porque la fiesta dura hasta que se terminan las provisiones, a cuyo efecto el vecindario, para que sean de varios días, vacía sus gallineros. En las danzas, todos los hombres, hasta los ancianos, están obligados, por galantería, a dar unas vueltas con la novia, quien, en cambio del honor que dispensa, recibe

dinero, que es prendido por ellos mismos en su pecho con alfileres. Vése, así, revolotear, mientras baila, papeles flamantes de numerosos valores. Es el dote de los parientes y amigos. Y se repiten de día los almuerzos y las comidas, hasta que los concurrentes, cansados de comer, beber y bailar, se retiran a sus respectivos ranchos, conciliando, en tal fiesta báquica, la amistad con el escote, sin perjuicio de nadie y en provecho y diversión de todos, que anhelan que se repitan a menudo estas ceremonias matrimoniales, en contrapeso de la lucha ingrata contra la tierra y el cielo. (1).

(1) Publicado en CARAS Y CARETAS con el título *Los matrimonios rusos en las Colonias.*

LA CAPILLA

Diseminado el caserío en el llano, blanco, sereno, parece a lo lejos, con sus puertas y ventanas de colores, esas casitas de madera que los niños ponen en su mesa de juego o en la alfombra. En el medio, sobresale, por su tamaño y simbolismo, la iglesia. ¡Iglesia! Los vecinos, no han podido, en su pobreza, más que erigirle a su Dios una capilla, — una capillita, — que, a la distancia, es casi una ermita. ¿La divisas, lector? Si te empinas o esfuerzas tu fantasía, la notarás mirando al campo, blanca y erguida cual una paloma recién asentada.

Su cura es, generalmente, algún sabio clásico, espiritual y fatigado de la vida, que desea pasar entre gente sencilla y humilde sus últimos años. En cuanto amanece, dice la misa, — pero no asiste a ella sino alguna beata; después, cierra las puertas y queda la capilla solitaria, rodeada únicamente de pájaros, bandadas de teros y gaviotas y algunos cuadrúpedos mansos, que prefieren, pastando, acercarse a ella. Hay instantes en que aparece rodeada de vacas, de bueyes, de caballos, de carneros, como si fueran su grey. ¡Oh, no, — tiene su pueblo, donde sus fieles creen en la revelación de los divinos misterios y la aman sinceramente.

El sol le presta sus mejores rayos, la luna la envuelve en sus mágicos resplandores, las borrascas la han agitado, y más de una vez la hirió el rayo. Transcurren los inviernos y los veranos, y aparece cada año como si creciera más robusta y rozagante; es que sus feligreses, mientras trabajan en sus cabañas, piensan en ella y no descansan en mejorarla, ya cambiando su techo de paja por otro de hierro, levantan-

do el campanario, agregándole una torre, un mojinete, una cornisa y llenándola interiormente de altares, cuadros, reliquias y medallas. La ampara verdaderamente el amor de sus fieles, la velan los astros en las noches calladas y los pájaros la encantan con sus trinos.

Los domingos abre sus puertas de par en par, y el sacristán ha tenido el gran cuidado de espantar temprano lejos a los animales sueltos, en homenaje al crédito de la capilla y del buen sacristán. La concurrencia es piadosa, y no la arredran en invierno las tempestades y llega a sus puertas ya a pie, a caballo o en carros. Venida de distintos puntos, no se veían los colonos desde el último domingo, y al encontrarse frente a frente hombres y mujeres, se saludan y estrechan las manos. A las once del día, no cabe, dentro de la nave única, un alma más; los que poco a poco van llegando, se ubican afuera en una entrada con gradas y techo y con pretensiones de peristilo, y otros, sobre el pasto, en pleno campo, al borde de una zanja o contra un alambrado... ¡Qué queréis! no cupieron adentro, lo que impidió que sacaran igualmente su libro de misa y rezaran devotamente al aire libre. Si no se divisara la capilla, a la distancia, por su orgulloso campanario, diríase, por tanta aglomeración de vehículos y caballos, que era un día de carreras.

El otoño ha sido áspero; el invierno, crudo, lluvioso, y la primavera, despertando los pájaros y las flores, ha devuelto la animación a la comarca. Se ha segado y trillado bajo un estío seco, la cosecha ha sido excelente, todos los colonos están contentos, y acuden los domingos en tropel a la capilla para agradecer a su Dios las dádivas generosas. Y cuando la mañana es clara, rutilante, ¡qué aglomeración, qué alegría, qué expansibilidad! Parece que acudieran a una ceremonia, a la festividad de "Deo gratiae", pero en cuanto suben las gradas y penetran adentro, se hace el silencio, se separan unos de otros, y cada uno se hinca ante el altar o santo de su devoción. Algunos inclinan tanto la cabeza, que la entierran en el suelo, y sugestionados, medio dormidos, yacen así

hasta que termina la misa y salen todos... Entonces, congestionados, se incorporan, como si salieran de las catacumbas. "¡Esta es fe, buena fe!" — exclamé una vez. Ignorarán lo que piensan y sienten, pero lo piensan y sienten, y sobre todo creen en Dios, en un Dios todopoderoso que reparte las lluvias y los soles y yacen agradecidos por las cosechas ópimas que les ha otorgado.

Hay salidas de misa. Sí, señor lector, ni más ni menos que en la Catedral de Buenos Aires y la Magdalena de París, y para escapar a la mezquina crítica social, sólo tienen lugar los domingos y tarde: misas de una! En el estío, después de la trilla, como todos pueden asistir a la misma hora, la concurrencia es más numerosa, y si el día es diáfano y la cosecha fué abundante, todos vienen, por los caminos, conversando y cantando. ¡Ahí vienen los colonos! — dícese en el caserío, porque óyese sus voces traídas por el viento, y el cura, si ya no está diciendo la misa, se prepara..., así como los pulperos, para recibirlos después, pero en cuanto se acercan a las casitas blancas de la estación, se callan y entran a la capilla en silencio, al paso acompasado de sus carros. Creerían irrespetuoso entrar de otra manera. "¡Qué inmensa cantidad de gente! ¿De dónde sale tanta?" — pregúntase uno, al no ver más que el exiguo caserío y las pobres cabañas escondidas entre las hondonadas y los pajonales. Se comprende entonces lo que valen esos ranchitos quemados por las inclemencias, y que, aunque parezcan, de lejos, solos, abandonados, albergan vastas familias de agricultores, en los que hasta las muchachas trabajan, y son todo un pequeño mundo. ¡Helo ahí! Contiene, como el globo, franceses, ingleses, italianos, suizos, alemanes, rusos y todas las nacionalidades, distinguiéndose por sus colores predilectos en la indumentaria y los arreos en los vehículos y caballos. Ya han rezado, y muchas veces el señor cura se ha permitido el lujo de decir cantada la misa por algún muchachote italiano de excelente voz, al compás quizá de un acordeón, en homenaje también a la buena cosecha.

Al salir afuera los colonos, sofocados por la aglomeración y la falta de oxígeno, recién respiran al pisar otra vez el peristilo, y si las mujeres aparecen congestionadas por el corsé, debido a la poca costumbre de llevarlo, se nota el desarrollo vigoroso de las jóvenes y la raza potente que estamos formando en los desiertos. Las mejillas lustrosas están requemadas, con colores demasiado aldeanos, — pero ¡qué exuberancia de formas..., por no decir protuberancias! Aquello es salud, fortaleza, que son para el hogar, base de felicidad, a punto de que en los de poderosos, por carecer de ellas, reina la tristeza y desaliento. ¡Salve ráfagas de las pampas argentinas, que hinchan los pulmones, oxigenan la sangre y dan a la fisiología un impulso poderoso! Las mejillas de rosicler, que el sol tostó, son salud, en tanto que en las ciudades innumerables aparecen pintadas. El microbio de la tuberculosis es también palaciego. ¡Benditas sean las rosas de las mejillas, porque la salud es la mejor herencia de los padres, y ella es energía, trabajo, sin los cuales no se triunfa en la vida! Y los hombres, continúan, allí mismo, sus diálogos sobre lo que trillaron y si comprarán o no más campo.

El cura sale también, mézclase en las conversaciones, y el sacristán se asoma, diciéndoles a los rezagados que va a cerrar las puertas... No les participa la causa del apuro; ya lo saben: es hora de almorzar y para que no se entren los animales, tanto más que ha divisado algunas vacas obstinadas que le ha parecido que no estuvieran sino esperando verlas abiertas para avanzar y hacer de las suyas. Todos se despiden del cura con afecto, porque ha bautizado a la mayor parte de sus hijos, y él, a su vez, les desea felicidad en las faenas. ¡Todo, todo por el amor de Dios, sellado por la prosperidad, en santa paz y armonía! El cura váse a su refección, y la concurrencia, después de haber elevado sus preces al Altísimo, despedida, deshecha, se va...; la de a pie, a las adyacentes casitas blancas, relumbrantes a la luz del sol, y la otra, sube sobre sus cabalgaduras o vehículos. Si ha habido una buena cosecha, todos se apartan cantando; si no se

alejan callados, demostrando, con el silencio, la melancolía de sus almas, — pero ni una imprecación, ni una rebeldía, porque temen a Dios. No se ván todos. Ese día, que el sol realmente ha bendecido, es de fiesta en el caserío. Muchos de los de a caballo entran a las pulperías y los boliches, y los imitan los que han venido en sulkys y carros. Al cabo de un rato, todas las puertas de estos negocios están, entre los ecos del vocerío y la gente que va y se cruza, llenas de vehículos y cabalgaduras. Día de animación y provecho para los pulperos, porque los colonos, por vivir lejos o echar una cana al aire, se quedan en sus negocios a almorzar.

En cada pulpería hay adentro una fiesta, sincera, fraternal, y como el vino se ha vaciado generosamente en todas las copas, óyese de afuera los ecos de sus cánticos. No es la embriaguez del cerebro es la del alma, la alegría que, después de encender el semblante y salir por los ojos, brillante, ardiente, produce esas entonaciones nacionales, que, en comunidad, tienen aire sagrado, porque son tradiciones de la patria. ¡Oh, la patria lejana! Allí se ve ella en los idiomas y las costumbres de todos los hijos del norte y mediodía de la Europa, agradecidos a nuestro clima y a sus ópimos frutos. Muchos son ya argentinos, argentinos de corazón, y los extranjeros recién en nuestra tierra fecunda, después de tanto sufrir en la vida, pudieron ser propietarios y gozar del producto de sus esfuerzos.

Luego de almorzar, muchos duermen la siesta: unos, en los corredores, sobre las bolsas de los generosos cereales, — otros, bajo de los carros, puestos a la sombra. Cuando principian a soplar las primeras ráfagas, ensillan y regresan a sus chacras, y algunos italianos y rusos, que han llegado con sus carros llenos de melones y sandías, al ver que en las casitas blancas sus moradores se han despertado y abren sus puertas y ventanas de colores, pasan a ofrecerles su jugosa mercancía, quedando así bien con Dios y con el bolsillo. De paso, cañazo (1).

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 13 de diciembre de 1913, con el título de *La capilla de la Colonia.*

CUADRO

Cuando entraba, durante las cosechas, en verdaderas ciudades, mi paseo favorito era recorrer, por la tarde, la calle principal, porque el bello sexo, a esa hora, salía a ella, después de la canícula, a respirar y tomar fresco.

Era también su única expansión social, y grato me era contemplar a las jóvenes paradas en las puertas de calle y en las ventanas o paseándose del brazo, en grupos, por las aceras, abanicándose, porque me recordaban los buenos tiempos del antiguo Buenos Aires, en que las porteñas eran las primeras en ansiar una sociabilidad liberal y buscaban el aire libre, las calles, las plazas. Hoy, con la europeización de nuestras costumbres, viven éstas en sus casas como en unas tumbas, y sólo se las ve cuando posan el pie en el automóvil y... desaparecen a las suntuosas fiestas.

Amante de muchos usos de antaño, propios, característicos y encantadores, que han desaparecido con la transformación social operada por las inmigraciones, miraba con sentimiento patriótico a las jóvenes ataviadas con su mejor lino, sencillas, fundando su belleza en su juventud, esbeltez y donaire. Parecían decir: "la belleza es la salud" — porque su porte airado y rosadas mejillas indicaban fortaleza física y moral.

Y al entrar a la plaza principal, las encontraba ya allí, paseándose bajo de los árboles, en línea, — no diré de formación, — pero sí familiar, afectuosa, expresando su franqueza y alegría en sus conversaciones. Nada de gritos, sino risas, carcajadas, en señal de su sinceridad y buen humor.

En todos los pueblos gozaba del mismo espectáculo. Re-

cordaba las tardes de la plaza del Parque del Retiro, donde las hijas de las familias más distinguidas y pudientes, — no diré aristocráticas, porque en nuestro país no hay todavía nobleza, — no creían manchar ni herir sus pies, a falta de automóvil, al asentarlo en la rocalla de los caminos. ¡Oh, bancos de las Camelias y de los Troneras! Quien quiera ver estas manifestaciones sociales tiene que ir a las provincias. Aquí, ni en las afueras sale una niña a la puerta de calle o al balcón, y las aceras quedan para los transeuntes, y las plazas, para las amas de leche recién venidas. Donde he presenciado más numerosos y atrayentes estos paseos que terminan en las plazas, bajo la bóveda estrellada del cielo, es en Gualeguaychú. ¡Oh, calle de 25 de Mayo! Nunca me olvidaré de sus hileras de jóvenes elegantes y bulliciosamente parlantes. Son sus mejores ratos sociales, y ¡cuántas presentaciones y relaciones no se efectuaron allí, y cuántos compromisos matrimoniales sobre todo, no se concertaron, porque, tras ellas, se iban los jóvenes! Un antiguo vecino de esta ciudad refirióme que a estos paseos inocentes, familiares, debía ella la constitución de los hogares de todas las generaciones existentes, hoy felices y dotados de prole numerosas.

El sexo fuerte se reunía: el más joven en las aceras, sentado en sillas, extendiéndose muchas veces el semicírculo hasta el medio de la calle, impidiendo el tráfico, — y el formal, rayano en la ancianidad, en las trastiendas de las librerías, de las tiendas, de las mercerías y de los almacenes. Aficiones antiguas, perduraban, aunque hubiese clubs, porque estaban fundadas en la amistad sincera y afectuosa. Allí, en sus respectivos sitios favoritos, veíase a todos estos compatriotas desde que se entraba el sol. Las tertulias de las trastiendas, es cierto, no principian sino a la noche, pero ambas no terminaban antes de las 12 p. m.

Al regresar los esposos a entregarse en brazos de Morfeo, sus familias les preguntaban: "¿De dónde vienes?" — que no por venirse repitiendo estas preguntas hace medio siglo, tenían término. "De..." — respondían, porque era sobre-

entendido, resabido, público y notorio, principiando por su casa, que venían o de las tertulias de la calle o de las trastiendas de los consecuentes amigos. ¿De qué se hablaba? De todo: política provincial y nacional, críticas a las ideas y los usos, etc., etc. Clubs verdaderos al aire libre, sin juegos de azar, ni alcoholes, excepto la tónica copita de la trastienda.

Así continúase desarrollando la sociabilidad en provincia, hasta que las inmigraciones, cambiando la faz social, desarraiguen, con el culto a las apariencias y las vanidades, esta otra costumbre del pasado, que es también tradición nacional, y la arrojen al olvido, al desprecio... Celoso de nuestras tradiciones, me he dicho más de una vez: ¿no podría perpetuarse ésta, por ejemplo, sin perjuicio de las corrientes inmigratorias, por ser tan inocente y favorecedora de la sociabilidad? ¿Por qué han de arrasar todo lo que es argentino? ¿En qué quedaremos? ¿En extranjeros, al fin?...

¡Oh, tardes de la plaza del Parque y noches del Retiro, en que la luna hacía, más que la luz eléctrica, doblemente bellas a las nerviosas porteñas, que entonces eran pálidas y parecían de mármol!

CUADRO

Las lluvias y desbordes de los ríos, también favorecidos por la topografía del suelo, producen inundaciones que perjudican enormemente a los colonos que no tuvieron la fortuna de ubicarse en parajes altos.

Los aguaceros persistentes impiden arar, sembrar, y ¿cuándo inundan las cosechas? Vése entonces a los dorados trigales, que tantos desvelos costaron, poco menos que nadando. Si no los arrasaron, fermentan por la humedad y se pierden. Y cuando las aguas avanzan a las casas, ¡gracias que se salven las parvas, los animales y los hijos! ¡Oh, los elementos, indispensables para la germinación y la vida, son, en demasía, ruinosos y mortíferos!

Las crecientes son igualmente terribles. Suben, se extienden sobre las costas de los ríos y cubren hasta los montes. Yo he visto en el Gená y el Genacito aparecer sobre las aguas solamente las copas de los árboles. Semejaban plantas acuáticas. Felizmente, este fenómeno lo anuncian, en algunas partes, las cigueñas y, en otras, ciertas águilas, que días antes se remontan a las alturas y están horas, con las alas desplegadas, cerniéndose y hamacándose entre las nubes. A los paisanos los toman desprevenidos, porque creen en estos anuncios, y constituyen con otros, iguales o diversos, los mandamientos de su decálogo campestre. En cuanto ven a esas aves en los cielos, sacan su ganado y demás bienes, que quieren salvar, a las cuchillas, y de ahí, nuevos Noés, esperan y contemplan el descenso de las aguas. El colono lleva allí también sus vaquitas y demás animales; pero a la cosecha — ¡ay! — tienen que verla perderse.

Pintoresco es presenciar entonces, en esas cuchillas providenciales, la aglomeración de ganados diferentes y a sus dueños salir de las cuevas de los horizontes, mancomunados por intereses y peligros comunes. Se vinculan como si los ligara antigua amistad, — hacen fuego, se secan y se calientan a su alrededor, conversan y toman mate. ¡El mate! — ¡ya lo conoces, lector! El paisano se despecha con él, le acompaña en todas las horas y momentos de la vida y le consuela hasta en los velorios. Deja de fumar por saborearlo, — porque, verdaderamente lo saborea, — y el inmigrante, en cuanto entra al campo, lo adopta y matea en los fogones. ¡Y las aves carniceras siguen cerniéndose sobre las cabezas, en los cielos! ¿No anunciaron ya la catástrofe? ¿Qué buscan, qué esperan? Seguramente desperdicios, porque, de arriba, algunas, de repente, bajan, hunden su pico en las aguas y suben. ¡Ojos de águilas!

Como las aguas, en vez de bajar, suben, los paisanos y colonos, para no dormir al raso, hacen con cueros y chapas de cinc, sostenidas por ramas o palos, especies de carpas, de ramadas o simples techos. Bien pronto presentan las cuchillas el espectáculo de campamento. La comunidad de los peligros y perjuicios trae, al fin, la conformidad a los espíritus; mal de muchos..., — y a la noche, mientras arden al calor de las fogatas sus churrascos y los devoran apetitosamente, déjase oir la guitarra. Las ráfagas del viento llevan a otros campamentos los ecos de las canciones, — y principia el baile, caballeros...

Así, a la luz de los cielos, la bondad humana, al través de la resignación, endulza en el campo sus penas. Sus habitantes, sin otros dolores que los que causa la inconstancia de la naturaleza, bien pronto, con su ingénita sencillez, disipan sus dolores, y los rostros lucen nuevamente su franca limpidez. Carecen de las ambiciones arraigadas y de las preocupaciones sombrías. ¡Bien merecen, hijos del desierto, después de los huracanes que arrasan, la quietud y la paz del alma! Tras de las noches de fiestas, la luz matinal descubre

una vez más — ¡para mayor ironía de la suerte! — el espectáculo que están condenados a presenciar. Los paisanos ojean sus vacas, que hartas de agua, de sólo verla, ni la huelen siquiera y mientras pastan o desgajan los árboles, mugen; los toros bufan, los terneros llaman y las ovejas balan, en tanto que algunas cabras ramonean los troncos de los arbustos cercanos. Los pájaros, no teniendo humanas alegrías que celebrar, están callados, quietos; vése entonces cuán amigos son del hombre, — y las aves carniceras continúan volando en las alturas, espiando, por si, del campamento, se arroja a la superficie líquida algún resto de comida.

Las aguas principian a descender, — porque hasta el mal tiene fin en este mundo, — y los ganados, que, con su sabio instinto, entrevén el descenso, se sosiegan y esperan. Los toros se cornean, las cabras brincan y los corderos saltan. Un silencio extiéndese sobre el campamento, presagiando un próximo levantamiento; las esperanzas del alma trascienden en el espacio, que bien pronto es festejado nuevamente por los pájaros, y las aves carniceras chillan en los aires, sin duda chasqueadas de no hallar más festines en tal desgracia humana.

Las llanuras, la pampa, quedan, tras tantas tribulaciones ameñguadas por la filosofía campestre, descubiertas, despejadas como un cielo azul, y los ganados, arriados por los paisanos, toman, al compás de las canciones, los caminos de sus querencias y rodeos. Aquéllos también tienen su hogar, y al sentirse de regreso, después de atribuladas agitaciones, bufan, mugen y balan de contento. Creyeron, cubiertos sus queridos campos por el agua, que habían desaparecido; y ¡qué íntima satisfacción al volverlos a contemplar más frescos y pastosos todavía! Sólo el colono retorna melancólico, porque ve, además de arrasada su cosecha, mojadas y fermentadas las parvas, ahogadas las aves de corral y boyando todavía en los últimos charcos multitud de utensilios familiares, que le denotan que las aguas avanzaron hasta los ranchos, bajo de los carros, a los muebles, ropas, y arrancaron afuera cuanto

pudieron con sus furiosos dientes. Sólo salvó a su familia y a su vaca, — pero, confiado siempre en Dios, espera, a la luz de días más plácidos, que la próxima cosecha sea generosa y lo indemnice de los perjuicios pasados y le satisfaga las ansias económicas del porvenir.

LA PULPERIA DE LA COLONIA

Aunque las colonias sean el desierto convertido repentinamente en trigales infinitos, poseen caminos vecinales, comunicantes entre sí y con los lugares necesarios. Viajando por ellos, alambrados o no, el más pueblero, al divisar, a la distancia, una banderita flotando en lo alto de una caña, reconoce una pulpería, porque, al aire libre, es el mejor de los letreros, — pero, ¡cuán diferente es la pulpería de la colonia de la de la campaña!

No se oye, al acercarse, ecos de ninguna guitarra; a lo sumo, algún domingo, un acordeón. Es, por lo general, un rancho, — un rancho como todos los demás, quizá de barro y techo de paja, — pero más vasto, con sus dependencias propias y sus clásicos corredores. La sombrean algunos árboles y huerta con pájaros cantores; a la entrada, saluda, generalmente, un venteveo, quizá un pavo real; entretanto se ha entrevisto un horno y, tras del alambrado, una segadora, arados, parvas de trigo o de alfalfa, porque allí se siembra también. Nada de gauchos canchando con facones, — y en vez de juegos de taba, posee canchas de bochas y tropillas de caballos mal entrazados o enjaezados de plata en los tradicionales palenques, — sulkys, carritos, carros generales o de rusos en la tranquera, cuyos dueños, acopiadores, colonos o peones, son, directamente o no, obreros de la producción nacional.

Puede bajarse el pasante sin temor de contiendas o provocaciones, y si al franquear la entrada, apercibe bajo del corredor a alguien echado sobre bolsas de trigo, no para mientes: es un pobre colono que ha venido de lejos, y después de

adquirir sus provisiones mensuales, sestea esperando que baje un poquito el sol para regresar a su amada chacra. — "¡Silencio, ahí viene *yente!*" — dice el pulpero, al vernos llegar, — pero inútilmente, porque la gritería continúa en el despacho del mostrador. Es permanente, y sólo cesa cuando, de noche, se cierra el negocio. Sobresale siempre la voz del acopiador, que por marcar, por orden de los exportadores, el precio de los cereales, se le escucha y festeja. Es el termómetro del trigo, — el judío de las colonias, — pero como es más letrado y viene de la capital, recorriendo pueblos, trae el prestigio de la experiencia y el encanto de la novedad. Todos lo miran, boquiabiertos, a la espera de algo alegre y extraordinario, porque, lenguaraz en todos los idiomas y dialectos, sabe tratar al ruso como al piamontés, al suizo como al alemán, al español como al francés y al criollo como al vasco. No se habla mientras tanto sino del trigo y sus precios, del trigo de fulano y de mengano, — que es pesado, que es regular, que es liviano, — y se entablan unas discusiones tan ardientes y sinceras sobre si son quinientas fanegas o simplemente doscientas, que el pulpero, para que no rayen en escándalo, les grita: "¡Ahí viene la policía!". No es la antigua pulpería sombría, donde los paisanos pasaban horas largas bebiendo en silencio, mientras hacían marcas en el suelo vivo con la punta de sus puñales... hasta que la embriaguez les soltaba la lengua; es la nueva, la de las tierras agrícolas iluminadas, la de las minas maravillosas de áureo trigo descubiertas por la agricultura, frecuentada por todos los agentes de su fecunda y rebosante explotación anual, extranjeros en su mayor parte, — es la pulpería de la colonia.

A pesar de su predilección por los comestibles, contiene, a favor de los impuestos acumulativos, un poco de todo. Vende con la misma facilidad un kilo de yerba que una camisa, un par de alpargatas que un paquete de clavos, un recado que un sombrero y un cuadernillo de papel que cigarros y cigarrillos, — pero la parte del mostrador forrado de lata, donde continuamente se sirven bebidas y se lavan

vasos, es la que atrae la concurrencia. Es su lugar, — las botellas, la pira, y el alcohol, las yerbas sagradas, que mantienen, con sus zahumerios, el culto sagrado. ¡Con razón prefiere el nombre de pulpería! ¡Qué variedad de bebidas! y ¡qué adulteraciones! Hay, sin embargo, para los clientes pródigos, botellas escondidas que contienen vermuts y fernets legítimos.

El pulpero es, por lo general, algún buen italiano, gordo, coloradote, que fía a todos, — pero con libreta, porque no puede librar, con toda la buena fe del pago, una universalidad de artículos a quinientos cerebros sugestionados por la cosecha; los apunta de su puño y letra en ella, y aparte, su mujer e hija, que llevan la contabilidad, en un libro diario. Fía y fía sin mirar para atrás ni para adelante, — ¡échele aunque se derrame! — y si el año ha sido bueno, su rostro relumbra, los chiquillos están alegres, porque todos los marchantes han pagado, y en la cuadra las palomas, orgullosas se enamoran, las gallinas señoronas se pasean, los pollos gigantes, con los buches llenos, asaltan, y el suelo está cubierto de granos de maíz; si ha sido malo, el mostrador está más silencioso... Ya no se oyen las voces altisonantes, — y la melancolía, que principiaba a sombrear hasta los semblantes, desaparece ante la jugosa cebadilla del otoño, las lluvias que sobrevienen, el concierto de las aves y las perspectivas de una futura cosecha, verdaderamente generosa. Ingénitamente bondadoso, ha inspirado tal confianza, que sus parroquianos, que no conocen más bancos nacionales y extranjeros que los de carpintería, le dan a *guardar la plata,* ignorando, — por supuesto, — que verifican una operación de crédito y que lo convierten en banquero y depositario. Para ellos es más seguro y honorable que esos señores de las mentadas casas bancarias que reciben y entregan dinero por ventanillas de bronce, sin hablar ni saludar, mostrando sólo las caras. Ni el viejo Banco de Inglaterra ha inspirado tanta fe como Pichín, que guarda depósitos sin dar recibo y otro apunte que el suyo en cierto libro, — y como en seguida todo el vecindario

sabe su monto, ¿quién se atrevería a desafiar la murmuración de mil lenguas?... ¡Perder él su fama de honrado! Jamás, porque un pulpero de colonia, gordo y bueno, prefiere el afecto de todos sus marchantes a ser temido y odiado. Es su crédito y su fuerza.

¿Qué creéis que hace por no tener mucho dinero en casa? Le fía y fía..., — porque, en aquel mundo sin sospechas, se ignoran los términos económicos: al crédito llámasele confianza; al depósito, guardar; al préstamo, fiar, etc., etc., y los marchantes se convierten en amigos. Vinculado a muchos por el título espiritual de compadre, se ha transformado en un Registro de Vecindad: da conocimiento y fe de todas las personas del lugar; por su recomendación adquiérese útiles y máquinas agrícolas y hace o no negocios, y si le piden su fianza, allá va sin más trámite. No se ha reservado, en cambio, más derecho que el de poner sobrenombres a sus marchantes. Uno se llama El Zaino, otro el Osco, etc., etc., nombres, por lo general, de bueyes. ¿No le pusieron a él, de entrada, Pichín? Da también de merendar. ¡Qué ravioles y tortillas! — y si cae algún conocido, lo alberga familiarmente. "Te daré la cama de *micu* — díjome una noche que me ví forzado a pernoctar, — porque en aquellas tierras fraternales es permitido el tuteamiento. ¡Qué puchero de gallina al almuerzo! Me lo roció con un vino priorato de una botella que sacaba a cada rato de debajo de su silla, y al preguntarle "¿Cuánto es?", para seguir mi viaje, respondióme: "Un peso". ¡Un peso! Sí, un peso, por cobrarme algo, porque estaba en su casa y el albergue lo imputaba a la tradicional hospitalidad de la campaña. ¡Y en las ciudades, que nos embrollamos y asaltamos!, — pero en aquellas tierras solares, que todo espérase de Dios, el hombre tiene que ser bueno como las aves del espacio y de las arboledas, para ser digno de los manantiales de oro.

Pero éste es el pulpero bueno, — porque también existe el malo, — como hubo el buen y mal ladrón. Igualmente italiano, — porque todas las razas producen avaros, — el mal

pulpero no tiene la cara de Pichín, — no. Aunque sea gordo, su rostro es cetrino y los ojos, hipócritas. Fía con libreta, — pero roba en las medidas y, en combinación con su mujer, apunta todavía de más en su libro. Cuando llega la liquidación, vienen las discusiones y, como al fin triunfa, salen los marchantes rezongando y hablando solos. Se esparce su mala fama y, al través de la antipatía, aumenta diariamente. Al mal pulpero no le extraña; la esperaba, y la acepta para redoblar la explotación, porque funda su negocio en un sistema completamente contrario al del buen pulpero, y algunas veces subleva a su clientela con sus extorsiones para satisfacer sus sentimientos tiránicos. De más está decir que nadie le da a guardar un peso. ¡El, sí, que presta! Desterrando del vocabulario los nobles términos de guardar, fiar, etc., etc., no posee, por lo antipático, más crédito que el real, y crea, en la comarca de la bondad, la usura. ¡Maldito y desgraciado! El que no tiene con qué comprar un arado, le lleva en prenda, sus mejores bienes; da, — pero en hipoteca, — con altos y punitorios intereses; trata después, con artimañas, de quedarse con su chacra; invita a todos constantemente a beber, — fomenta la embriaguez, y con sus bebidas adulteradas ha sembrado la desmoralización y la demencia. Si un forastero le contesta a sus repetidas invitaciones: "No tomo alcohol", le forja con calumnias un ambiente tan odioso, que vése forzado a desaparecer del pago.

La pulpería del mal pulpero no tiene el encanto de la familiaridad y de las aves. Sus tranqueras y palenques ostentan menos vehículos y cabalgaduras. Sin las reuniones bulliciosas, es silenciosa y fría, y en las malas cosechas, su dueño, que no tiene apodo, aparece, ante los espíritus afligidos, con algún rudo apellido, y su mujer, de cara de arpía, callada y sin mirar a nadie. Los rusos judíos, aprovechando su mala fama, le hacen porfiada competencia; le cercan con sus boliches, y como venden más barato, le conquistan muchos clientes; cae al fin, desacreditado, en manos de aves negras, que le niegan judicialmente créditos que ha otorgado

a pródigos; los pleitos lo arruinan, — su familia se anarquiza, y cierra, por último, su negocio. Viene entonces otro Pichín, que iza en su misma caña otra bandera más blanca y alegre. Acuden a su entrada los carros y los caballos, — el mostrador se entona, — las aves se muestran, — los pájaros abren las alas en el espacio, y la familiaridad anuncia alrededor que un buen pulpero ha sentado allí sus reales.

Un gaucho filósofo decía, ante el cambio: "Ha visto usted que todos estos pícaros terminan en la miseria". Es que en las colonias sólo prende el hombre bueno; el malo, como una planta maldita, se agosta y muere (1).

---

(1) Publicado en *Caras y Caretas* el 16 de enero de 1915, con el título de *La Pulpería de la Colonia.*

CUADRO

En la capital federal la política nacional es el tema predilecto de las conversaciones; en las provincias, la provincial; en los pueblos departamentales, el jefe político, los jueces y demás autoridades, y así, sucesivamente, hasta los villorrios y caseríos, en que también sus modestas personalidades son parte de la conversación, porque todo es relativo en este mundo, y lo propio despierta más la atención.

Una vez que llegué a cierto villorrio hallé un desasosiego general. Todos, nerviosos, excitados, murmuraban y proferían términos apasionados. ¿Qué había? Una división entre el cura, el médico y la maestra, — pero profunda, seria, quizá con proyecciones políticas.

Aunque yo andaba en una operación territorial, ajena, de consiguiente, a toda pasión, debía proceder con tiento, porque si me inclinaba a un bando, me acarreaba la antipatía del otro y perdería compradores.

No había en la localidad un solo vecino que no estuviese embanderado; así, me dije: — "Tú, estate quieto; no te metas en nada; deja que ellos se entiendan con sus rencillas".

La maestra era una señora digna de toda consideración por sus servicios educacionales y condiciones propias. En una quinta donada por su propietario, fundó el cementerio, para evitar que los muertos fueran más arrojados en las afueras y devorados por los perros cimarrones, y recogiendo limosnas en la capital federal, Paraná, Uruguay y otros pueblos, levantó la capilla de la localidad, que no costó menos de diez mil pesos. Era una altruista, — uno de esos seres destinados a hacer el bien donde quiera que vayan, — pero se reserva-

ba el derecho de vigilar al cura en obsequio de la grey y a haber propuesto su candidatura al arzobispado, que le costara numerosos viajes a Buenos Aires y al Paraná. Si no cumplía estrictamente con su deber, ya podía prepararse a emigrar.

El tal cura era un sacerdote ilustrado, serio, — pero había resuelto tomar esa soledad por descanso. ¡Qué engañado estaba! No contaba con la huéspeda.

Bien pronto notó la maestra que *no* abría temprano la iglesia, que *no* siempre decía la primera misa, que *no* enseñaba la doctrina a los niños y que esquivaba las confesiones. ¡Pues no era nada! Propaló quejas entre los fieles, y él hallóse bien pronto frente a frente a una formidable oposición, sabiendo perfectamente quién era su autor.

Las relaciones entre estas dos personalidades campestres continuaron a estilo de la política, regidas por la diplomacia, — muy armónicas y afables, — hasta que ella, bastante devota, pidióle una mañana que la confesara. "¡Yo no confieso a viejas!" — gritó, sin duda exasperado ante la marea enemiga que lo sofocaba. "¡Ah, pícaro, con que sólo te gusta confesar a las jóvenes!" — exclamó la maestra, — y fuese a repetir lo ocurrido a todas las mujeres. Estas se escandalizaron, haciéndose cruces, y dijeron que era necesario poner remedio a semejante teoría.

De más está decir que el cura, por tal frase, — dicha únicamente de mal humor, — tuvo desde ya en su contra a todas las ancianas, beatas y jóvenes meticulosas. Dirigidas por la maestra, eran su Congreso que fiscalizaba sus actos, y los lanzaba, comentados, al juicio de la opinión. Y todo a cara descubierta, que no era, en resumidas cuentas, lo menos mal de esta controversia.

—Señor cura, — decíale la maestra, — usted abre la iglesia *muy* tarde; ayer el "pueblo" quedóse *sin* su *primera* misa, y las niñas necesitan la "doctrina".

Y él, como los sabios maridos en las contiendas conyuga-

les, — tomaba el pacífico partido de callar o contestaba por monosílabos.

El boticario, que dragoneaba de médico — ¡este sí era curandero! — se había aficionado, por mal de sus pecados, a leer la Biblia, y perseguía también al cura para que lo sacara de dudas religiosas, y éste, liberal, fatigado de la oposición, creíase, fuera del altar, con derecho, cual otro mortal, a respirar con libertad y que lo dejaran tranquilo. Aquel, sin embargo, lo buscaba en la capilla, — pero ¡a qué hora! — muchas veces a la siesta, — otras, a la madrugada, estando aún durmiendo. Una vez hízolo pasar mientras se vestía... ¡Cuántas veces, en su fervor místico, no lo ví en la lluvia o en el barro, con la Biblia bajo del brazo, apresuradamente en su busca! Llegó, en una ocasión, hasta presentarle un sermón de su cosecha, para que lo pronunciara en Semana Santa. ¡Era el colmo! — pero el padre, sin perder su beatífica calma, y dándole el título de la población, le dijo: "Mire, señor doctor: Vd, a su Botica y enfermos, — yo, a la Iglesia, y la maestra, a la Escuela. Es el mejor medio para vivir en paz".

El cura creía, de esta manera, sellar la tranquilidad pública. ¡Error!, — al rato aparecíasele la maestra con no sé qué mensaje, y la echó a pasear. "¡Es un escándalo! ¡Gobernado por una vieja y perseguido por un fanático! ¡No puede ser!" — exclamó, sofocado, saliendo al peristilo de su desierta capilla, construída frente a unos vastos alfalfares, que le parecían, en ese instante, crecer al compás de su pulso agitado. ¡A la revolución descarada!, — y el cura, sin pensarlo, había proclamado su dictadura, — mientras el boticario, abollado en sus investigaciones teologísticas, dejaba de acompañarlo en sus paseos y excitaba, justamente con la maestra, la oposición, con murmuraciones.

Llega la Semana Santa, — y la maestra nota que el gran paño negro, que tanto costóle conseguir por subscripción pública, no estaba colgado frente al altar. "¡Quizá este pícaro se lo haya llevado a su cama!" — díjose. Penetró, en su au-

sencia, a su cuarto, y, ¡ni adivina que fuera!... Estaba sobre su catre, dobladito, haciendo de cobija, porque, viejito ya, sintió, en una madrugada de invierno, frío, y se lo puso a sus pies, y allí quedó... Buscó en seguida una multitud de mujeres que corroborara el hecho, y exclamó: "¡Basta! Vamos ahora a hacer firmar una solicitud, pidiendo su destitución!" Los partidarios del cura no se quedaron atrás, y los indiferentes se plegaron a uno u otro de los bandos, porque decían: "¡Así no se puede vivir! ¡Es necesario que esto concluya!"

Aquello, efectivamente, era un vivero, un hervidero de chismes, — una vida bien intolerable.

Los *curistas*, que no dejaban de reconocer los servicios y méritos de la maestra, eran, principalmente, hombres liberales, comerciantes y trabajadores, — y los *maestristas*, todo el sexo femenino, aunque figuraban algunos católicos fervientes.

—¿Y usted, qué es? — tenían algunos la osadía de preguntarme.

—Soy *tierrista*.

—¿Qué es eso?...

Decíales entonces que había venido a vender tierras, y que era amigo de todos (!).

Durante este período ardiente, caldeado por discusiones, díceme Pedro una mañana:

—Ahí viene una comisión... — baqueano en conocer de lejos todas las cosas del campo.

Era un grupo de personas a pie y a caballo.

Lo recibió, y, de vuelta, le pregunté:

—¿Qué quieren?

—Piden su firma contra el cura.

—¡Que entren!...

Díjeles, sin más ni más, que era forastero, — que conocía también a la maestra, — que saludaba a ambos, — que ignoraba lo sucedido, sus causas, y que mi firma, desconocida e

inconsciente, tal vez los perjudicaría, — en fin, todas las disculpas usuales de la ciudad, cuando queremos esquivar un favor, sin querer quedar, al mismo tiempo, mal con la otra parte. Evolución algo difícil en este mundo.

El apasionamiento y las fachas de algunos eran más ridículos que el asunto todavía. ¡Qué trajes! Un alemán, por ejemplo, traía una gorra de cuero de carnero, y una vieja venía armada de una chuza. Decía ésta que era para prender al cura (!).

Ganas viniéronme de divertirme, y aunque carezco de disposiciones para estas farsas, abrí las puertas de par en par y exclamé:

—¡Que entren todos! — y dirigiéndome a uno de los cabecillas, le pregunté: "Vamos a ver: ¿Qué tiene usted que decir de la maestra?...

—¡Nada! — sino que gobernaba al cura, — que pretendía dominarlo, — y estas simples ideas en los espíritus masculinos bastaban para que quisieran arrojar a la maestra a la hoguera.

—¿Y ustedes, señoras?...

Aquí oí los improperios de haragán, descuidado en su ministerio, etc., etc.

—¡No basta!...

—Es enamorado, señor...

—Pruebas...

—Se lo pasa todo el día tomando mate en lo de la Zorrina.

—¡Pero, señoras!...

—¡Es que la Zorrina tiene hijas!...

Indicios no son pruebas, ni tampoco las presunciones inspiradas en pasiones fantásticas.

¿Quién puede certificar lo que ha pasado debajo de un techo, por más que sea un rancho, si no lo ha visto con sus propios ojos?... ¡Concluyente! Nada entre dos platos.

El cura, — ¿por qué negarlo? — visitaba a las zorrinitas... como otros. El sólo respeto que debía a sus hábitos im-

pedíale, es cierto, apartarse de las corrientes mundanas, — pero las sospechosas relaciones sociales reducíanse a tomar mate con dichas jóvenes, y si ellas lo admitían, así como a los otros visitantes, era únicamente para matar la terrible soledad. ¡Ah, de esto, lector, no tienes ni el concepto! ¡Las noches son destierros, purgatorios, y para evitar la neurastenia, no hay más que acostarse temprano y dormir...! Y cuando se trabaja hasta descaderarse en la máquina de coser, como estas jóvenes, ¿no hay derecho a conversar siquiera con una persona de afuera? Era todo el desmán de estas costureras virtuosísimas. "¿Por qué entonces, — diréis, lector, — se arrojaban sombras sobre su reputación? — Porque eran preciosas, — y la envidia, — bien es sabido, — produce la maledicencia, — y el cura y demás visitantes preferían, como es lógico, por sentimiento estético, tomar mate con jóvenes bellas que con feas y de mejillas amarillas y despercudidas.

Todo fué mentira, habladurías... Al año siguiente, pasando por ese villorrio, en dirección a la colonia Caseros, al ver calmados a todos los habitantes, tranquilos, pregunté:

—¿Y el cura, la maestra y el boticario?

—¡Se fueron, señor...! El pidió pase para otra iglesia; ella está en una escuela de los territorios nacionales, y el boticario marchóse a Corrientes. Todos ellos eran excelentes; otras localidades estarán recibiendo ahora sus beneficios, sin apreciar tanto sus nobles corazones, — pero bien hemos merecido quedarnos sin ellos, porque los desterramos con nuestras intrigas y acusaciones. Hoy no tenemos más que el arrepentimiento, porque defectos, errores y actos incompatibles con la respectiva misión de cada uno de ellos, fueron producto de nuestras fantasías. Hoy reconocemos, aunque tarde, nuestro error.

—Y cuando los comparamos con los de otros puntos, ¡qué buenos eran! — exclamó otro interlocutor.

¡Todo, todo, por dar rienda suelta a las pasiones, que deberían atarlas siempre al poste del juicio, porque conturban, ciegan! ¡Cuántas veces, en las cumbres sociales, no pasa lo

mismo! Y después que la borrasca arrastró los despojos de las víctimas, mirando al fondo y vemos: ¡nada! Defectos, delitos... cuanto creó nuestra imaginación morbosa, fué incierto, falso, y si el acaso nos puso después al frente de los monstruos, resultó que nos hallamos con seres simpáticos, excelentes, encantadores y hasta superiores.

CUADRO

Quienquiera que se interne en las colonias, deje en su hogar las vanidades y delicadezas. No se rebajará ni se humillará, — pero tendrá que tratarse con la gente más humilde y menesterosa, darle la mano y soportar callado sus impertinencias inconscientes e incivilidades. Aunque, para algunos, esto es insoportable, yo no veía, en el fondo, sino bondad y sinceridad cubiertas por la ignorancia, — cerraba los ojos, extendía la diestra con todo mi corazón, porque al fin hallaba ese ideal sentimental del afecto humano. ¡Sí, allí, más que en ninguna parte, se encuentran los hermanos soñados del Evangelio!

Uno, al verles sus rostros apacibles, dulces, que reflejan con su franqueza, la claridad de su alma, se dice: "¡Así fueron los hombres primitivos!" Es tal la unión humana, que se ven juntos a los acreedores con los deudores, a los yernos con las suegras, y ante tal paternidad universal, los gatos hacen las paces con los perros, los arneses siguen a los caballos y se reconcilian muchos pajarracos enemigos. Y si estás, lector, de visita en la alquería de un colono, se te acercarán las aves y aun los puercos; aquéllas picotearán a tu alrededor y éstos te grunirán; las gallinas al volar de la mesa afuera, te pasarán las alas por el rostro; el perro polvoriento te ensuciará, el gato se te subirá a las faldas y ¡cuidado con espantarlos siquiera! — han venido a saludarte. Recibes en un instante, según el criterio campestre, el homenaje más hermoso de la creación y destinado solo a las visitas, y solamente tu indiferencia demostraría, aunque fueras un sabio, que eres incapaz de comprenderlo, apreciarlo y saber lo que vale

un gato. Debes, desde luego, tolerar a los animalejos, recibirlos como en estrado y... callarte. Cállate, y, — si quieres agradar a sus dueños, verles sonreir, ser simpático, — porque también en los desiertos hay que usar la política de la simpatía, — mira a aquéllos con ojos amorosos y tiernos. Una caricia al perro o una pasada de mano por el lomo del gato sellarán tu fama de bondadoso. Hasta los veinte años se hablará de ti, y se dirá: "¡Ah, aquel señor que acarició el perro! — ¡Qué noble!" — y hasta se repetirá: "¡Qué bien educado!" Más de una vez, al notar su excesiva indiferencia por las pulgas, arañas, cien pies, vinchucas y otros insectos dañinos, me preguntaba si no estaría en ella la raíz genérica de aquel sentimiento tan afectuoso por la especie animal.

Y por representar aquellos seres a la naturaleza, más que al sentimentalismo campesino, permitía cada vez que entraba en las colonias, cansado de los artificios urbanos, que se me acercasen y tuviesen confianza. Refiérome a las aves caseras, a los perros y los gatos, — nada más. Estos animalejos cruzaban por mis piezas cuando abría, por el calor, las puertas, — ¡puff, como si fuese un corral! — y ¡cuántas veces el gato y una gallina colorada no se me subían a la mesa mientras escribía...! Como las cosas malas, principalmente, no requieren en este picaresco mundo, sino un principio, para ir aumentando indefinidamente, he aquí el colmo de la confianza colonial.

Dormía cierto día la siesta, rendido y ardeado por un largo viaje que hice en la mañana, y soñé... Soñaba que un rinoceronte me soplaba el rostro y me devoraba... Abrí tamañazos ojos, y ¿qué creeis que vi? ¡Un caballo!

Los soplidos y resoplidos eran su aliento, y como acercara su hocico hasta tocar mi boca, le dí una manotada.

Púseme de pie, y con los ojos bien abiertos ya, noto que no era un solo caballo el que estaba adentro, sino dos, tres, cuatro... ¡media manada! La yegua madrina, con su potrillo y correspondiente, cencerro, dirigía el asalto, — porque era realmente tal introducirse una tropa de caballos en una

alcoba!... Y para que aparezca, desde el primer momento, verosímil el caso, diré que mi dormitorio era tan vasto que podía recibir doble número de caballos.

Tomo el látigo del sulky, que estaba en un rincón y los arrojo afuera, más fastidiado por la interrupción del sueño que espantado por la visión inesperada, porque vivía entre animales, me naturalizaba con ellos y me estaban sugestionando de tal manera, que sus mayores avances me iban pareciendo gracias. Huyen, rápidos, al campo, porque nada es más elocuente para los caballos que el látigo, dejándome, se sobreentiende el piso lleno de barro y bosta, — pero dos, — un petizo y un ladero, — no querían salir a pesar de mis elocuentes latigazos y ademanes espantables. Es que estaban comiendo, — y los mancarrones, durante esta operación, son impertérritos. Son capaces, antes de abandonar sus alimentos, de dejarse moler a palos. Seguían mascando, como si estuvieran prendidos a la comida. Me fijo en lo que tragaban y ¡horror!... ¿Qué te imaginas, lector, lo que era? ¡Manuscritos, originales que tenía preparados para la imprenta! Aunque guardaba otras copias, olvídome de consideraciones irracionales, y encolerizado ante tal incongruencia los arrojo a la tigazos, a palos, a silletazos... Salen al fin.

Guachos, criados en las casas, asimilados a la vida doméstica, — familiarizado con sus usos, eran capaces de comerse, — no digo papeles, — mi ropa, mis libros, mi persona, — si me descuidara, — porque había en ellos tela hasta para antropófagos.

En seguida un peón echa la tropilla al corral, y al coger precisamente los caballos comilones de manuscritos para atarles a un carro, le extraña... Los halla raros, alborotados, y exclama: "¿Qué tienen éstos hoy?" Me fijo en sus ojos, y, brillantes, relumbraban.

El peón, acostumbrado a tratar mal a estas bestias, principió, sin más trámites a latiguearlos.

Le explico, para calmarlo, lo acaecido en mi cuarto y la comilona de manuscritos, — y cambiando de actitud, se alejó

de los animales y poco faltó para que disparase de ellos. "¡Los papeles, los papeles!" — exclamaba, — alejándose temerosamente y mirando para atrás.

El pobre diablo creía que se habían tragado ideas y que yacían endemoniados. Lo llamé. Vino, — pero resistía acercarse a ellos, — y sólo explicándole que los papeles no tenían nada de sobrenatural, que eran como cualesquiera otros papeles y que la inquietud y alboroto de los pobres caballos provenían simplemente de que no podían digerirlos, que eran gastrálgicos y no cerebrales, quedóse tranquilo. "¡Caballos científicos, caballos literatos!"—¡Háse visto mayor dislate! El paisano, a pesar de su calma aparente, siguió creyendo que se tragaron ideas y que algún espíritu maléfico los sugestionó.

EL CURA

Anciano o joven, corpulento o flaco, alto o bajo, posee, ingénitamente, la misma idiosincrasia: el amor al desierto. ¿Acaso para descansar? No; porque muchos curas no se han cansado todavía, sino para ser más eficientes en poblados incipientes. Sinceramente filósofo, busca la sencillez y la humildad desaparecidas, por la vida moderna, de las ciudades, y las halla, tal cual las sueña, en nuestras colonias, que son, sobre la base de la familia, las tribus agrícolas y pastoriles de las vastas sociedades futuras.

Hay curas misioneros que se arremangan la sotana; trépanse en un redomón, sin saber cabalgar, y se internan en los desiertos a catequizar indígenas; otros, en las expediciones pampeanas, se enrolan en nuestros regimientos, pelean en sus filas tan valerosamente como los soldados, y después de las victorias se lanzan a cristianar infieles, celebrar matrimonios y redimir almas de la ignorancia y el pecado, en ejecución de su digno ministerio, que los obliga ante todo a velar por el cumplimiento de los Santos Mandamientos. ¡Hay soldados de Cristo!—pero el verdadero cura de la colonia se queda en ella porque vino expresamente de las ciudades o del viejo mundo. Si es de acción, emprendedor, principia a engrandecer su capilla, porque nunca, a su juicio, la casa de Dios es suficientemente digna del respeto y amor de su grey; si esta no tiene dinero, posee trigo, ovejitas blancas o negras, que, para su colecta, es lo mismo, y si su misión es más espiritual, vésele, por las cabañas, legitimando consorcios carnales, adolescentes, adultos, convirtiendo imágenes de Jesús y de santos, prodigando consejos, platicando cristianamente y dejando por todas partes el reguero de su luz y fama vecinal.

Es una de las personalidades de la colonia, y si sus facultades, erudición y ejemplo están a la altura de su misión, su influencia moral es preponderante y bienhechora, sobre todo en el sexo femenino, que, por su mayor ternura, es más impresionable y delicado. Libre de beatas, abre sin temor, al alba, las puertas de la capilla y recibe a los que quieren oir la primera misa y a los niños que aprenden la doctrina cristiana; recibe consultas, visitas; da, a solicitud, opiniones y consejos; estudia, propaga las enseñanzas evangélicas, y sea un sedentario o de acción exterior, siempre es cura de almas, y sus fieles, especialmente los débiles y desvalidos, pueden contar, en ese desamparo, con su palabra luminosa y alentadora, y, principalmente, con el calor de su pecho paternal.

Despiértase antes que los pájaros, y es el primero, desde el plinto de su capilla, en ver apagarse los astros, clarearse el espacio y salir el sol. ¡Qué relación espiritual con el Altísimo, al leer, al crepúsculo, su breviario, y agradecerle su existencia, que lo mantiene en la integridad de la fe y gracia divina, para seguir prodigando sus beneficios extrínsecos! Ha hablado con Dios. ¿Puede concebirse un anhelo superior? Ungido, el primero que lo habla, hállalo iluminado de bondad, y el que no es feliz por el espíritu santo, es porque no quiere, pues Cristo dijo: "Venid a mí". El, por su fe profunda, imprescriptible, se ha confortado y siéntese superior, lamentando solamente que todos sus fieles no puedan ser tan felices como él, no por los bienes terrenos, sino divinos, que se yerguen sobre todas las ambiciones mundanales. Constituyen la suprema felicidad, porque sólo se goza con el alma. Y no hay tampoco más placer que el subjetivo. Solo éste deja una huella de luz y hace pensar en la inmortalidad. ¡Qué mayor goce que ir hacia El, ser recibido en su seno! Es como ascender al cielo. ¡Qué bello es verlo en su rústico y blanco púlpito, comunicado con su grey y esforzándose, en su lenguaje sistemático, por inculcarle su fe y amor al prójimo!—porque toda la religión es únicamente amor, amor fraternal entre la humanidad. "¡Sólo cuando todos los hombres se amen entre sí, serán libres y felices!"—exclama,

inspirado, entristecido,—y, sin quererlo, arroja al mundo los fundamentos de la política redentora del porvenir. Si es un anciano, alto o bajo, de esos enjutos, vaciados en el molde físico de Voltaire o Lamennais, en sus instantes de descanso, lee, piensa, enseña aún a deletrear, a leer a analfabetos, para prepararlos a la confesión, a la comunión y al aprendizaje de la doctrina, si es joven, cálase su sombrero de teja y sale. Con su bastón, atravesando yuyales, cortando campos, es, indudablemente, un pastor de almas. Algunos, temerosos al caballo, caminan, a falta de un vehículo, leguas y leguas. ¿Adónde van? A ejercer su ministerio, que principia en la capilla, con la misa matinal y las ceremonias religiosas, y termina en los santos óleos, extremaunciones, visitas espirituales y a los pies del moribundo. ¡Oh, no, no es el sacerdote de conventillo con libreta de banco o que guarda los dineros dentro del colchón! Es el apóstol humano, el ministro de una doctrina divina, que sólo se relaciona, abstrayéndose de sí mismo, hasta el sacrificio propio, con el alma de su grey, para que sea libre, feliz y el clásico valle de lágrimas se le torne en un paraíso. Es factor de la luz y padre del pueblo. Hay curas pálidos, de color de cera, espirituales como León XIII, que se iluminan hablando, al querer trasmitir su amor humano y también divino. Parece que ardieran, que se esfumasen en sus palabras y, en ese momento sublime, son más que un hombre: una voz de la inmortalidad!

No les ofrezcáis a estos proscriptos, verdaderamente nobles por su espiritualismo, so pretexto de ascenso, curatos de campaña o de ciudad. Si la chismografía no les ha alterado el sosiego, la paz del alma, que es lo único que piden al mundo para continuar su vida redentora, prefieren su humilde capillita, esa, la misma en que se hallan, porque quizá la construyeran con sus propias manos y yá conocen a sus fieles. Se han enterado, por la sociabilidad, de la vida, misterios y anhelos del vecindario; piensan en su bienestar, y prefieren el curato de su capilla al de cualquier iglesia aristocrática, y si se les quiere remover por intrigas injustas, ¡a otro caserío! porque es un verdadero cura de colonia.

¡Qué feliz es con su amor a sus fieles!, ¡qué rico con su pobreza! ¡qué pacífico en su guerra contra la ignorancia y la indiferencia religiosa, como que sólo busca los bienes del alma, tan fáciles de encontrar! Sólo sufre por la impiedad ajena, que lleva aparejada, terrible condenación. Los incrédulos, los impíos, le merecen, por su infinita bondad nada más que lástima y conmiseración. Por ellos, en sus oraciones, ruega, con la mirada clavada en Jesús crucificado. Los ricos, en las ciudades, tienen confesores ilustrados, predicadores geniales, obispos y arzobispos; los colonos no tienen más que a su olvidado cura, que, en la vida subjetiva, es todo, y, por el desamparo, hasta enfermero, curandero y sepulturero. Y tiene una lágrima también para los muertos.

Sin otra ayuda que la de su sacristán, celebra en su capilla todas las fiestas religiosas, desde la del Tabernáculo, Pascua de Navidad, Pasión y Muerte de Nuestro Señor, hasta la de Todos los Santos; pronuncia sermones y muchos de ellos contienen un sedimento de instrucción clásica y exhalan el perfume de la mayor cultura intelectual. Es que entre los curas de colonias activos, emprendedores, civilizadores, hay también sabios, pensadores, que conocen el poder de la palabra, que con ella se puede remover y transformar una sociedad, y que es más dúctil a medida que recién nace a la vida. Trabajar con el corazón, conscientemente, por el alma pública, es una tarea y una preocupación incesante, dura, terrible. Fatiga, y a la tarde siéntese el solitario cura anhelante de reposo. No tiene más paseos que alrededor de la capilla y descansar en su peristilo, bajo cuyo dosel ve el vallado, los océanos de trigo dorados por el sol o quemados por las heladas, el hilo de humo de las chimeneas lejanas de algunas cabañas, las bandadas de golondrinas y el volar de las aves viajeras.

Piensa en esa hora, que se esfuma como las vanidades, en el placer de practicar el bien, en las virtudes, en la esperanza, que son las estrellas del alma y que la salvan entre tantas sombras y borrascas. "¡Ellas son, al fin, lo único perenne!"—exclama, y al sentir la campanita llamar al Angelus, se descubre también

como el último labriego y ora en homenaje al misterio de la Encarnación. Se interna en la obscuridad de su capilla, va un instante a su refectorio, vuelve a rezar por sus fieles antes de cerrar los ojos y se duerme en santa paz consigo mismo, que, en los espíritus justos, es lo más difícil, casi imposible. Así termina el día quien, habiendo nacido para los demás, no se reservó nada para sí mismo,—ni un sólo pensamiento,—porque si piensa o siente es para aquellos. Y como hay también malos curas, que han pretendido ir a las colonias a descansar verdaderamente o explotar las creencias religiosas, si el obispo de la diócesis no los retira, el espíritu colonial, virtuoso, sincero todavía, los expulsa de su seno, y se van a las ciudades y se sumergen en sus revueltas olas. ¡Ah, cuando los destierra la injusticia, se alejan como vinieron: solitos, sin otra ayuda que su báculo, entre el polvo o el fango del camino, repitiendo todavía palabras dulces de perdón! ¡Todavía hay santos!

Hay, dentro del egoísmo humano, altruismo; hay quien vive para los demás, y uno de ellos es el cura de la colonia, que, lejos de la máquina social, no figura en su fisiología. Forma parte, sin embargo, de su engranaje; y los colonos, ¿cuántas veces, ante los reveses providenciales, no se desanimarían, no se sublevarían? El mantiene la fe, entre los embates de la suerte, enseñando con la realidad que, tras un furioso vendaval, nace un sol dorado, y así los colonos, fieles al arado, prosiguen en el trabajo ardiente y al resplandor de la esperanza. ¡El trabajo es humano, y la esperanza divina! ¡Es el apóstol de la cosecha! ¡Bendito seas, padre humilde, pero amado como ningún otro de su grey, que fundes en un dualismo estas fuerzas propulsoras del alma colectiva! Tal pasan, plácidos, los días del cura colonial, hasta que una mañana la campana de la capilla redobla en son fúnebre. Sus fieles adivinan, con el alma, la nueva; anciano, había de tener, al fin, un descanso: el cielo,—y Dios le recibe en su seno, así como él, en su santa jornada, consoló a todos contra su solitario corazón, que hizo de sus fieles su familia universal. (1).

---

(1) Publicado en *La Nación* con el título *El Cura de la Colonia.*

CUADRO

Al salir de un monte, en las costas del Gualeguay, díceme Pedro:

—Allí hay un pueblo.

Para la gente de campo hasta los caseríos son pueblos.

—¿No ve la capilla? — me agrega.

Milagro que no me dijo: "iglesia".

Seguía yo callado, porque ni con Pedro podía discutir estas cosas.

Al cruzar las casitas del villorrio, llegamos a la capillita. Bajamos porque quería verla. Tenía la puerta cerrada; al empujarla, se abrió, y ¡soberbio espectáculo! — salía una vaca, que un hombre, desesperado, espantábala con su saco.

—¡Abran, abran! — nos gritó, como si fuéramos sus criados.

Obedecimos instantáneamente, abriendo cada uno una hoja para que saliera su Majestad, mirándonos con Pedro las caras, como diciéndonos: "¡Vaya un oficio el nuestro! ¿Hemos venido, acaso, a hacer de criados?"...

Y volvió a exclamar, después que la vaca, trotando, marchóse:

—¡No vayan, por Dios, a decirle nada al señor Cura, porque me botaría!

Dedujimos que era el sacristán, y por la pronunciación peculiar del español, oriundo de Galicia. Para explicarnos su temor al cura, díjonos que le habían ido con el chisme de vacas dentro del templo, y... era completamente incierto: ¡mentiras!, no obstante las pruebas de sus estadas.

—¡Esa maldita rosilla es la más empecinada!—exclamó, refiriéndose a la que acababa de salir.

En tanto que el temeroso sacristán barría los perfumes vacunos, miraba el pequeño templo asombrado de su pobreza: techo de chapas de fierro, sin cielorraso,—piso de ladrillo, húmedo, despedazado por los animales del campo, y al fondo, un altar pintado de blanco. En los blanqueados muros, clavadas unas oleografías religiosas.

—¿Y dónde vive el cura?, — le pregunté.

—Aquí, señor, — me contestó, — mostrándome una piecita contigua, de piso de tierra viva y con un catre.

¡El cura de la colonia! — Sacadle el sombrero, señores lectores.

—¿Anda de paseo?

—No, señor, — ha ido a un entierro. Allá va. ¿Lo divisa.... Y aguzando el ojo, distinguí unos bultos que subían por el blanco caminito de la cuchilla.

Despedíme del sacristán, y como resolví almorzar en ese lugar, me encaminé también al cementerio, porque era aun temprano.

El acompañamiento se componía de unos cuantos vecinos en carros y otros a caballo.

El cura iba montado. Llegamos. El enterratorio era una quinta del ejido, de dos manzanas cercadas de alambre, y al frente tenía dos pilares de ladrillo, que el vecindario miraba con el orgullo de una obra de arte. Efectivamente, no sé qué diablos tenían; sería la perspectiva,—pero lo cierto es que, de lejos, el camposanto, parecióme el Arco del Triunfo, hasta que después... Tenía a estilo de corral, tranquera en vez de portón, y yacía abierta, invitando a todos a reposar y que entrase... la hacienda.

—"¡Estos animales!", — exclamó el cura, al notar adentro unas vacas y caballos.

Entraron jinetes para espantarlos, y me acordé del reciente suceso de la capilla.

El extinto era un colono alemán, y dejaba a su familia en

la miseria. Los compañeros lo bajaron de un carro y lo llevaron, entre unos pasos borrados entre los yuyos, hasta unas tumbas con rejas y ramos secos. Un peón, que se dejó caer rápidamente del caballo, abrió el hoyo con una pala traída expresamente. Mientras cavaba, me hacía las reflexiones consiguientes, pensando, por ejemplo, en la poca suerte del muerto, que dejaba todavía hambrientos a los suyos...

—¡Gracias!, — exclamó Pedro, que leyó mi sentimiento en la mirada. Hasta hace poco, — agregó, — se enterraba a los muertos en las zanjas.

Al inclinarse el ataúd en la sepultura, la cabeza del difunto apareció por el extremo inferior.

En la ciudad, la gente habría disparado, creyendo en un resucitado, — pero comprendióse que todo era efecto de la imperfección del mueble.

—¡Bárbaro!, — exclamé sin querer, entre dientes.

¡Qué de gracias!, — replicóme Pedro.

—¿Qué pica aquel chimango que baja y sube en el aire?...

—Debe ser la carne de algún muerto mal enterrado, porque, de costumbre, se llevan otra vez el cajón a la chacra, para que vuelva a hacer su oficio. ¿No ve la punta del pie?...

Percibíase, en efecto, a pesar de la distancia, una cosa blanca como el mármol, con puntos rojos, — y Pedro, ante mi impresión, exclamó:

—¡Yo he visto traer muertos en cueros y arrastrados a la cincha!

"No hay diferencia más profunda que la que aparece en la existencia humana", — me dije. "Este muerto habrá sido trabajador, económico, virtuoso, moral, y ¡todavía castigado!",— exclamé, porque, realmente, es una injusticia, después de tantas virtudes, morir en la indigencia y con los ojos nublados de dolor por el porvenir de los suyos. "¿Es esta la recompensa?" —recuerdo que me pregunté, por último.

¿Necesitamos, acaso, presenciar estos cuadros, para filoso-

far sobre la muerte y la vida?... Parece que sí, porque mientras gozamos de la excelente salud, no nos acordamos de ninguna de ellas; apenas, al acaecernos alguna desgracia, creemos que Dios existe, y cuando oramos, es para solicitarle el premio de la lotería del Millón. Entretanto, vivimos inconscientemente. ¡Estos son, — me decía, — los esclavos modernos, no obstante los sistemas republicanos!, al considerar, en la silenciosa y andrajosa concurrencia, tanta virtud y tan poca suerte.

En cuanto se llenó la fosa, todos se marcharon, y al mirarlos de atrás, montados en sus caballos y carros, ví que el desamparo en que quedaba el difunto era demasiado cruel. ¿Nació en vano? No, porque si su brega tornósele estéril, fué fecunda para el trabajo nacional. "¡Así es la vida!", — dirá la exclamación vulgar. Sí, pero para estos obreros que caen como soldados en la guerra del trabajo universal. No es la muerte la injusta; es la imposibilidad de un nivel social común, y los aplastados por las capas superiores son los rezagados, los caídos... ¡Adelante el ejército, a la sombra de la bandera flameadora del progreso! Es el autor de todo lo que cubre la tierra, y el Dios presciente premiará, en su reino, a todos, hasta al último arrollado, porque estos sacrificios abstractos sólo allí pueden aquilatarse. ¿Vencido este colono? No; libertado, porque la vida, cuando es cárcel, condenación a trabajos forzados por tiempo indeterminado, la muerte es redención, hasta que venga el gobierno prometido que, asentando afectuosamente la mano sobre el hombro del colono, lo proclame a la faz de la república, por sus productos económicos, el ciudadano predilecto, que ha conquistado la gratitud nacional.

La familia es la que me arrebató la mayor lástima, porque quedaba para continuar la ruda pelea...

—"¡Ahora, a la chacra, al trabajo!" — parecían decirse todos, entre el ruido de cadenas y arreos de los arneses, al apurar los caballos en la marcha, absorbidos por la cosecha y el furor de rescatar, de los gastos y deudas, un saldo de dinero. ¡Y todavía iban con apetito! Necesítase, indudablemente, mucha ignorancia para ser feliz, porque el caso era más para

desesperarse que para gustar en el hogar la sopa caliente. ¡Oh, misterios, quizá su sincera religión servíales, en vez de la ciencia infusa, para brindarles lo que, en estos casos, no tienen los sabios: la conformidad y la resignación! "El cementerio de campaña, de Gray",—díjeme (1).

---

(1) Se publicó en *La Gesta*, del 14 de Julio de 1918, con el título *Un colono libertado.*

CUADRO

Hace algunos años un peón arreaba una tropa de ganado para Gualeguaychú, y al hacer alto en las vegas del Gená, prendió fuego para un churrasco. Sesteó, y al abrir los ojos, hallóse con el campo ardiendo. Presumible es su sobresalto. ¿Qué había pasado? Lo más lógico: el viento aventó las cenizas,—las brasas, avivadas, caminaron, y el pasto que, por la sequía, estaba pajizo, principió a quemarse como yesca. Cuando se incorporó, hallóse ante un mundo de llamas infernales. Sólo fuéle dado correr tras ellas. El fuego avanzó, corrió, furioso, hasta unas chacras, y en una de ellas quemáronse seis parvas —¡otras parvas incendiadas!—ardieron los ranchos y la familia se salvó sumergiéndose en un charco contiguo.

Llegué a ese paraje cuando todavía duraba la consternación. ¡Qué tristeza, como que acababa de pasar una tempestad de fuego! El suelo estaba negro, como verdaderamente quemado; despedía un olor a humo, fuerte, agrio, repugnante, y las brisas levantaban una ceniza carbonizada, fúnebre. Erase un día,—recuerdo,—sin sol; las aves se escondieron y los pájaros huyeron, desde que nada tenían que celebrar, y en el espacio agitábanse, ansiosas, las aves de rapiña y unas águilas rojas que chillaban, quejándose, porque no hallaban festín tras de tanta devastación. Son las mismas que cuando sienten, desde sus montes, el humo de los incendios de los campos, acuden, presurosas, en muchedumbres, se ciernen en el aire, se balancean, festejando con graznidos la miseria y el llanto; se agitan en las humaredas y muchas veces, hambrientas, bajan y, entre las llamas, cazan víboras, culebras o ratones despavoridos y suben otra vez con sus presas en las garras, mientras, aletean-

do, las devoran con sus afilados picos. ¡Con razón, dícenlas carniceras! Hay en todas las especies criminales, y mientras los buitres devoran, los pájaros, en las hecatombes, se esconden, se asustan, y las palomas, temiendo que corra sangre humana, lloran compungidas. ¡Oh, se goza más con el bien!

En ninguna parte toma el fuego mayores proporciones que en los campos. Arden y arden leguas y leguas, hasta el confín. La tierra es un mar de llamas... ¡Quién la creería, ayer verde, jugosa, festoneada de pintados ganados! Las llamaradas son olas furiosas, que avanzan, corren, erguidas, arrasando, destruyendo cuanto hallen a su paso, y terroríficas todavía, porque devoran abrasando, quemando. No quedándole al hombre, para salvarse más recurso que huir y huir desesperadamente. Las fieras gruñen en el fondo de las cuevas, y, enternecidas al fin de dolor o de terror, dejan caer de sus ojos acerados una lágrima de bronce. Todo es horror, pavor, en torno. Sólo las aves carniceras contemplan la batalla de fuego, en la esperanza de una presa.

Sugestionados los colonos y ganaderos por el agua, porque, si falta, viene la sequía, y si superabunda, inundaciones, se olvidan de este enemigo devorador, terrible, insaciable, que todo lo devasta y consume. Sólo cuando se abalanza airado, furioso, en oleaje tempestuoso, huracanado, rugiente como una tromba, como un ejército universal de infernales abanderados rojos, quemante, abrasador, arrasando, exterminando todo, créese en él. ¡Y cómo evitarlo!... Si no lo originan la chispa de la locomotora, el pucho de cigarro de un negligente o el fósforo encendido de un malvado, basta y sobra el aumento de la irradiación de una botella con agua o de un simple trozo de aquélla. La combustión se produce, y el campo que, por la suspensión de las lluvias, estaba reseco, arde como inflamable. El colono, en vez de arrancarse los cabellos, trata de salvar su familia y su vaquita, aunque presencie la quemazón de su cosecha. ¡Con cuánta rapidez no desaparece a su vista! ¡Cómo crujen los maizales! Chisporrotean y lucen colores de sales de barita. Alguna vez había de querer Mandinga presenciar fuegos de artificio

en las colonias. Si el propietario parte veloz, con su peonada, a caballo, en busca de su hacienda, al poco andar divisa, con el corazón palpitante, a sus queridas vacas, que llegan desparramadas, bufando, rugiendo, arando, enfurecidas, el campo, aterrorizadas por el súbito fuego abrasador. Las yeguas, ¡ay! no han sabido orientarse en el peligro, e inquietas, briosas, enderezan, ciegas, más bien a las llamas, y las ovejas,—como buenas hijas de carneros,—se queman sin defensa, paradas a favor de su grasienta lana.

Las llamaradas, rugientes, rechinando sus dientes, avanzan furiosas, victoriosas, hasta el arroyo o río. Allí, su antigua enemiga, el agua, las detiene... ¡Así cuentan las crónicas!, pero basuras o paja mal quemada contra la mosca brava suelen servirle de puente, y las he visto trasponer el campo contiguo, más ardientes y valerosas, como una invasión de salvajes demonios. Se ha atacado el fuego con bolsas mojadas o pasando por él, a la rastra, yeguas o vacas recién carneadas, pero inútilmente, porque la tempestad de llamas, sangrienta, triunfante contra todos los esfuerzos, pretensiones y barreras, llega hasta los corrales y palenques, los lame y ¡gracias que respete las casas de adobe! Y si hay allí parvas, aunque sean de pasto, vuélvese a presentar otra escena más desgarradora a los ojos de la familia.

¡ Y cuando se queman los montes! ¡Soberbio espectáculo, y más irónico también cuanto más bello! ¡Bello hasta lo sublime! ¡Qué chisporroteo! Parece que ardiera el mundo. Hay retumbos de batalla: ¡son los árboles que crujen, que se agitan, bambolean!... Al fin caen desgarrados, estremeciendo el suelo, como edificios en los terremotos. Los gatos monteses se descuelgan de las ramas, las fieras aullan; los pájaros, espantados, arrójanse, aturdidos, al espacio, lanzando gritos agudos, roncos, extraños. ¡Vana desesperación! Tienen también que morir y perecer carbonizados, excepto las vacas, bravías o mansas, que saben tomar el campo abierto, fresco, y las aves de rapiña que se remontan sobre las hogueras lanzando sus gritos famélicos y guerreros. Preguntaráse: "¿Cómo los árboles ver-

des pueden arder tan fácilmente?''. Aparte de que su savia resinosa favorece la combustión, cuando los elementos se rebelan contra el hombre, ¡ya se dan maña! Hasta el mar entonces es capaz de incendiarse, como si fuese del famoso alquitrán del Averno! ¡Oh, campos de Villaguay, yo os he visto arder y avanzar las legiones de fuego hasta los famosos montes de Montiel! Las llamaradas se abalanzaban contra los flancos, penetraban en las selvas misteriosas, y los árboles añosos, colosales, caían ardiendo como cañas primaverales. A la noche, parecía, a la luz de la luna, un océano de sangre sublevado, enfurecido, que quisiera arder también.

¡Oh, señores ilustres artistas, nunca he tenido la satisfacción de admirar estas escenas en vuestros lienzos! En ellos podrían contemplarse sin horror, y el genio luciría como un incendio celestial. ¿Qué os falta? ¿Colores en la paleta?... Ahí están ardiendo continuamente los campos, los bosques, porque la desgracia humana es perenne. Trasladadlos, envueltos en llamas, a vuestras telas, en vez de melancólicas cabañas y venados que no habéis contemplado nunca. ¡Venid, venid a las colonias, y descubriréis para vuestro pincel un mundo nuevo, maravilloso!

Y el campo negro, fúnebre, se convirtió en seguida, por la ceniza nutritiva, en un manto de esmeralda, bordado y salpicado de flores moradas, blancas y azules. Las lágrimas fecundan la tierra. Hasta el fuego se apiada,—todo, todo,—menos los perversos, que, en vez de desarrollar los nobles sentimientos, incendian hasta sus propias almas, de donde surgen las llamas de la envidia y de los odios, que producen las matanzas, y en los campos dorados por el sol, los incendios intencionales, el cuatrerismo, el abigeato y la criminalidad. Y el bueno, que es quien gobierna al mundo, se estremece, derrama como la fiera su lágrima de amor, y al hincarse, ruega, con su influencia divina, por la conversión del malo, para que gobierne también y reine la bondad sobre la tierra (1).

---

(1) Publicado en La Nación el 5 de Mayo de 1915, con el título *Las Quemazones en las Colonias.*

EL MEDICO

Obtuvo al fin, después de afanes y privaciones sin cuento, el título de médico. Para todos los estudiantes es el triunfo supremo, la libertad; para él fué la negra duda, porque "¿ A dónde iré, sin parientes, sin amigos, solo, desconocido!" — se dijo, perplejo, abatido, en las puertas de la Facultad. No es el primer dolor, porque, desde la niñez, las olas mundanales la combatieron sin tregua. ¡Oh, las amarguras del presente, las inquietudes del porvenir! ¡Y el mundo es tan frío, que sólo a los que conoce los abriga en su seno!

"¡Me voy al campo!"—exclama, como quien sale de una larga prisión, como diría el pájaro escapado de la jaula, en rápido gorjeo. No tiene más refugio que la naturaleza. Se lo grita, desde sus adentros, su corazón, y va hacia ella, buscando, por el instinto de la conservación, la salud y la paz del alma, perdidas en las vigilias, privaciones y disgustos urbanos. Esta palabra campo, los desheredados, los solitarios y vencidos la pronuncian como un suspiro. Es, sí, una esperanza, y nuestro médico de muchedumbres prefiere, no siendo otro Robinson, la colonia, y se interna en ese mundo misterioso de que ha oído hablar, que, por su leyenda patriarcal, le atrae con los encantos de la época primitiva de la humanidad. "¡Cabañas perdidas en la extensión, estaciones solitarias, caseríos blancos como palomas, villorrios, aldeas rusas!"—exclama, al verlas, al fin, con sus ojos, después de tanto soñarlas entre los mares de trigo.

Se aloja en su villorrio, y habita una de sus tantas casitas blancas, que, en las noches de luna, parecen dormir un sueño también blanco. "¡El Dotor!"—exclaman todos, al nombrarlo o divisarlo. Sus nuevos vecinos lo respetan y aman, por-

que es quien los curará mañana. Es altruista, y al sentir al fin calor humano, dícese: "Esta es mi familia". Respeta a la mujer, busca al hombre y ama al niño, y cuando abraza al enfermo para auscultarlo, sólo piensa, fuere cual fuere su condición o sexo, en devolverle la salud. Los solitarios colonos ven en él su mejor amigo y protector; repiten que ha caído del cielo para curarles los males y prevenirles las pestes, y ante tantos saludos y reverencias, cuando, en las ciudades, sería repulsado, el corazón se le hincha y rebosa de dulzura. Practica el bien por el bien mismo, prefiere tal satisfacción divina a la gratitud humana, y cuando sus visitas y consultas déjanle un instante libre, lee en los libros de los maestros ilustres que le llaman desde los estantes que tanto amó en la juventud y las especulaciones filosóficas.

¿Quién es ese que va, ya en sulky, en carro, a caballo y aun a pie, entre los barriales del caserío o por los campos, bajo los rigores caniculares, los temporales, los granizos y los vientos? ¡Siempre de prisa! ¡Quién va a ser sino él, que marcha a visitar sus queridos enfermos, que viven lejos, muy lejos!... Todos, a la distancia, le reconocen, porque viste de negro, anda apurado y siempre solo, solo... Sonríe cuando ha salvado algún niño de las garras de la parca fiera, y un enfermo grave lo torna cabizbajo, mudo. Su bondadosa alma vive, por la responsabilidad, del dolor ajeno. ¡Cuántas veces, en las muertes, no sufre con los mismos deudos! Recibe y aguanta todos los embates de las enfermedades y la desgracia, y su rostro, de tanto prodigar la vida, de vivir para los demás, pónese triste y pálido. ¡Oh, para siempre! y semeja una estatua de mármol en las sombras. Nada tan saludable y reconfortante como su aparición en el portal de la cabaña dolorida: el rudo colono calla, la mujer sonríe y el niño cesa de llorar. Todos, al mirarlo, se iluminan; su mano serena, como si emanara efluvios divinos, y las almas abatidas se fortifican y esperan, entre los nubarrones de la suerte, los rayos victoriosos. "¡Bendito seas!"—exclámase íntimamente, al ver que, en el frío del mundo, cura el dolor y es luz del alma. "¡Bendito seas!"—repiten también

las miradas, cuando parte apurado, y ¿quién no se despide de él en el último adiós!... Muchos médicos de colonia, después de justas recompensas, pasan a villorrios, a pueblos, a ciudades, y se establecen definitivamente en la capital; pero el verdadero quédase en ella y tórnase también colono, más por amor a la tierra que por sugestión agrícola. Su chacra no es un vínculo económico y social con el mundo,—no; la cultiva únicamente porque comprende que tiene que llenar con algo su vacía vida, que es también hombre y debe alentar alguna noble pasión. "¿Por qué no ama a una mujer!",—diréis. Porque, para amor humano, ama ya a toda la humanidad doliente, y él, más que nadie, adivina el misterio de una semilla que se transforma en una generación de tallos y en arbustos floridos y fructíferos. La adora. "¡Oh, tierra, eres la madre común, universal!",—exclama, y enamorado de sus naranjos y enredaderas, que estiran sus brazos para brindarle sus perfumes, pasa, entre consultas y visitas lejanas, su existencia bienhechora.

Su cabellera y luenga barba anuncian que se ha incorporado para siempre a la vida patriarcal. A la luz de los soles más esplendentes ha celebrado sus eternas nupcias con la naturaleza y la humanidad; ha jurado admirar y adorar aquélla y curar los achaques físicos; sólo lamenta la imperfección de su ciencia y que en los trances inminentes tenga, por carecer el vecindario de los adelantos de la farmacopea moderna, que recurrir a los expectorantes, drásticos, antiflogísticos y emisiones sanguíneas. Una satisfacción más, porque triunfa igualmente con la vieja medicina,—pero ¿cuántos angelitos no se le han ido nuevamente al cielo en una noche sombría, inolvidable, por falta del suero de Pasteur... ¿A cuántos gigantescos colonos y niños no ha contemplado morir hidrófobos como perros rabiosos, por carecer del virus antirrábico?... "¡Oh, aquí no se puede curar!", exclamó más de una vez. Y pensando que a su sucesor le pasaría lo mismo y que, entretanto, su querida colonia se quedaría sin médico, resuelve, afirmado en su conciencia, quedarse y seguirle prodigando sus escasos medios y sobrehumanos esfuerzos. Esta doble tristeza ha obscurecido su

palidez. Sólo él sabe, en la relativa impotencia de su arte, de la desesperación de no poseer las panaceas recientes, del dolor de la duda, de los peligros de la vida, en medio de la ignorancia ambiente en que yace. Y sufriendo, solo con su alma, más de una vez creyó que la inconsciencia fuera la felicidad, desde que ésta en este valle es tan relativa. ¿Por qué amargar el alma también con la verdad? ¡Cuántas veces no sufrió las desgracias ajenas, solo, como si fuesen propias, estando el difunto o el enfermo rodeado de sus parientes, con su alma superior y consciente! ¡Pesado destino! Y él lo aguantaba como lote de su suerte, con el corazón fortalecido por la resignación.

¡Alma anochecida! Ni un ideal humano descubre entre las sombras que la abaten. Es una noche sin astros. No ha conocido más goces en la vida que amar el bien y derramarlo a manos llenas. ¡Oh, para quien sabe apreciarlo, entre tanta maldad mundanal, es sublime! Así, consciente marcha cerrando las heridas del cuerpo y del alma, entre la ignorancia, sereno. ¡Qué le importa no ser comprendido! Es apreciado, amado, y, por último, se apoya en su deber, en el sentimiento del bien y en Dios.

A las veces, no es doctor, porque, al terminar el último año de medicina, faltóle dinero para imprimir su tesis, y es el primero en decirse, con franca melancolía: "No soy sino un curandero", con un dejo tan triste, como la última sílaba de un agonizante. ¡El, curandero, que ha estudiado tanto tiempo como los médicos, que es más sabio porque ha penetrado, además de los misterios de la enfermedad, los del alma, que ha sufrido con el dolor ajeno, que ante sus huellas sinceras lloró más de una vez mudo, extático! Sí, porque, por falta de la tesis, el consejo de higiene podría multarlo por ejercer indebidamente la medicina. Tal es la inexorabilidad de la ley,—pero si se la aplicara, la colonia entera, hasta los muertos de las afueras y las zanjas se levantarían para defender su derecho de curar. Resguardado por el vecindario, se apreciaría entonces cuán fuerte y sincero es el amor colonial por su médico. Para él es siempre su médico; su curandero, ¡jamás!

Felizmente, estos casos, que sólo causan una tortura moral al través de un espíritu delicado, son raros, y el médico de la colonia es, generalmente, tan diplomado como el urbano, porque para tal nació. Es hijo de su destino. Apóstol del bien, atraviesa, sin temor, las soledades, y los malhechores, antes de atentar contra su personalidad, prefieren huir despavoridos. Creerían, con su indigno tocamiento, hacerse desgraciados. ¡Sea bienvenida la superstición que produce tal privilegio!

Jamás me olvidaré del médico que conocí en una colonia de Caseros, asistiendo a una enferma de tifus! Era el tipo genuino del médico colonial, abnegado, altruista, esforzado. ¿Creeráse en lo que referiré? Atravesando una noche a pie los campos, seguramente por falta de un mismo vehículo o caballo, lo asaltaron los perros bravos de una chacra y... se lo devoraron. ¡Se lo comieron vivo!,—y al día siguiente, a los resplandores de una diáfana mañana, aparecieron, entre ensangrentados de ropa, sus restos... ¡La soba de los perros! Fué cuanto quedó de él. La colonia, que no sabe olvidar, le llevó a la grúa vivo, y quien pase hoy por ese camino, hallará, a su vera, una cruz de palo, negra, como símbolo del más cristiano de los sacrificios. Y a quien quiera saber del extinto, se le contestará: " Era el Médico de la Colonia", — y aunque ello baste y sobre, se le referirá una vida estoica y contrastante con el egoísmo urbano. ¡Ah, Dios que le tiene en su seno, le conoce! —Q. E. P. D. (1).

---

(1) Publicado en La Nación con el título *El Médico de la Colonia* (1916).

CUADRO

Aunque el valor responde a una idea, es esencialmente moral y reposa en la fuerza del alma y en la energía para afrontar y luchar contra todos los peligros de la vida. Cada nación, sin embargo, tiene de él su concepto propio; pero sólo el inglés es valiente por raciocinio; el francés lo es por entusiasmo; el italiano por cólera; el español por orgullo, etc., etc., procediendo a su respecto por temperamento. Y como también mata el alma, es, asimismo, sentimental, consistiendo en la paciencia y resignación para soportar las adversidades y los embates de la fatalidad. Existe el valor para defender tanto el cuerpo como el alma, a punto de que, por su objetivo, podría definirse en físico y moral. A pesar de que, como atributo moral, está en relación con la cultura individual o colectiva, el valor corporal, acompañado o no de prepotencia o mayor destreza, atemoriza más y sobrecoge a los espíritus débiles, en tanto que los que se consumen sin una queja o se sacrifican por sus convicciones, apenas obtienen lástimas.

En las sociedades nuevas, el valor corporal, como un resabio de incultura, trata de imponerse. El psicólogo que ausculte el alma social, percibirá que mientras no se civilice verdaderamente, la lucha con la verdadera superioridad, fundada en el talento y la ciencia, es toda su cuestión fundamental, porque termina en el gobierno político. Y aquí principia, con victoria tan desgraciada, la degeneración del concepto del valor: se asienta sobre el orgullo, interviene la vanidad, y al pensarse con la imaginación, toma forma fantástica y delirante. De aquí nació Don Quijote, quien, después de combatir con los realistas, se quedó con nosotros, y como no estaba Sancho que le dijera

que las arremetidas contra las montoneras del caudillismo no crean la capacidad para el gobierno propio, en que únicamente consiste la libertad, continuó sus caballerías. Convencido, al fin, de su ineficacia, nos legó, al regresar a su comarca manchega, su lanza y el culto al coraje. Ahora no sabemos qué hacer con estos dos clavos, porque una democracia sincera que se organiza sobre la base del sufragio libre, debe rendir culto antes a Dios, a la patria, a la ciencia, al arte, a los principios y a las ideas. Explícome este contrasentido, por un momento, durante una guerra, porque se espera la salvación por la fuerza material, aguantándose, entretanto, el aturdimiento del ruido de los sables; pero ¡en tiempo de paz, permanentemente!... Y lo más lógico es que ese valor guerrero y colectivo, adorado y civilizador cuantas veces se puso al servicio del derecho, se halla, a su vez, supeditado, a causa de su galopante degeneración, por el individual.

Hijos nosotros de la guerra y criados en la revolución, hemos heredado el culto al coraje de todas las sociedades formadas en la lucha. Se nos ha quedado, a punto de que domina en la capital y en personas que se creen serias. Como a la pendencia no hay sino un paso, surge el provocador, que, científicamente, es, a su vez, un degenerado. Esto no tiene importancia; son flaquezas individuales, sino que, colectivamente, se confunde el cargoso culto al coraje con el carácter, y, lo que es peor, con el patriotismo. Cierto es que es de su propia marca, pero aplicado a la política y a la sociabilidad, convertidas en campos de lucha por la vida, por no regirlas aún los principios y las ideas, el valeroso de oficio forcejea por treparse nada menos que al gobierno y busca la sabiduría en los tiros y salas de armas.

Atravesando ciudades, pueblos, aldeas, villorrios y caseríos, ¡cómo no había de quedarme encantado al penetrar en las colonias bañadas por el sol, con sus cabañas escondidas entre el oleaje dorado de sus mares de trigo, hospitalarias, con sus muchachas de mejillas rosadas y rebosantes de salud, ajenas a este militarismo civil! Sería injusto si, al ocuparme ahora de su valor indómito, profundo, no dijera que en el desconocimiento

del culto del coraje, fundan, precisamente, su carácter, que se yergue con los perfiles más vigorosos y nobles. Es su idiosincrasia, porque, por una convicción justa sobre la vida, tienen un concepto más legítimo del valor, y, lo que es más importante aún, lo practicarán lealmente. Es que en las colonias, como se vive de cosechas providenciales,—porque dependen del equilibrio de las lluvias,—se cree, por el propio interés, en Dios. Se dirá: "¡Simplicidad!". ¡Bendita la ignorancia y maldita la ciencia infusa que produce el escepticismo y la duda, originarias, al fin, del anarquismo!

El colono es como el marino: lucha contra todos los elementos desencadenados, y tiene que vencerlos, so pena de naufragar en la brega. Y trabaja para las ciudades. No hay más delitos en las colonias que los que cometen gauchos que atan sus caballos a los palenques y entran en las pintorescas cabañas; si poseyeran prensa diaria, las columnas policiales aparecerían en blanco, y sólo de regreso a los villorrios y pueblecitos se ven cuchillos en la cintura. Todos trabajan, constante y reciamente; la vigilancia es desvelada, y nadie piensa en pelear sino contra los huracanes, las sequías devastadoras, las heladas, los granizos, la langosta, la isoca, el bicho moro y las pestes. El colono, en la ruina, ni quiebra fraudulentamente, ni se suicida, ni se enloquece, ni se desespera; vuelve a sembrar, con los ojos clavados en el cielo, y se consuela con el amor de los suyos y la perfumada leche de su vaca señorial. Y triunfa de todos los rigores e inclemencias de la tierra, porque, creyente, se resigna y sufre las crueles calamidades sin proferir una palabra y con la sonrisa en los labios. Tiene el valor moral y el sentimental,—todos los valores,—y, por su educación positiva, ninguna de las cobardías urbanas. Doma la vida.

Referiré este ejemplo supremo del valor verdadero y serio. Esperaba en una estación solitaria, con unos colonos, el tren de Basavilbaso, para ir a Gualeguaychú a escriturar unas chacras; pero me faltaba uno y el monstruo se aproximaba. Venía el pobre a pie y cargado con una bolsa llena al hombro. Al mani-

festarle mi asombro por tal esfuerzo, contestóme que no tenía quien le llevara de retorno el carro a la chacra.

—¿Y qué traes ahí?,—le pregunté, refiriéndome a la bolsa.

Era un ruso, y, en cuanto al tuteo, es una represalia, porque este colono se adelanta a tal confianza.

—La cama y la comida,—me contestó.

—¡Cómo! ¿no vas al hotel?

El ruso me miró con extrañeza, al notarme tan lejos de sus intenciones, y yo, ignorante de ellas, estaba poco menos que embobado.

—Mira,—le agregué,—que estaremos en Gualegueychú dos o tres días, por lo menos... Hay que sacar certificados... — como si quisiera darme importancia con palabras abstractas para él. — ¿Dónde vas a parar?...

—En la plaza, -- me contestó con entereza, — porque los colonos, en las ocasiones que se creen superiores, nos devuelven nuestro desprecio.

Me impresioné, porque estaba por llover, y hay más valor en estos actos, en que el hombre, consciente de su fuerza, se arremanga para vencer a la naturaleza, que en ir a provocar a las pulperías y ser llevado a la cárcel por haber muerto quizá a un íntimo amigo. Y sobre esta energía, consagrada al trabajo, fúndase, en nuestro país, la superioridad del europeo sobre el paisano, que lo lleva, al fin, a la riqueza y la felicidad. Terminé, — como pasa siempre, en estos casos, — por quedarme callado, aunque tampoco lo habría convencido de dormir bajo de techo, porque procedía por economía, y la higiene no tiene ninguna influencia sobre ésta.

Llegamos de noche a Gualeguaychú. Yo me fuí al hotel; los colonos, que eran italianos o suizos, tomaron el tranvía para alguna fonda de los suburbios, y el ruso se dirigió, con la bolsa al hombro, entre las sombras, camino a su plaza.

A las pocas horas descargóse uno de esos aguaceros adornados de relámpagos, truenos y rayos. La artillería celestial despertábame continuamente, y cuando me acordaba del colono ruso, que estaría hecho un ovillo en un banco de la plaza o arre-

bujado en un portal de casa, bajo el látigo de nueve colas de la lluvia despiadada, abría tamaño ojo. No pude dormir, porque no era la avaricia en que el espíritu, por debilidad, déjase dominar por el dinero, sino al contrario: energía, y él lo sometía, junto con la vida, a su yugo de hierro. Al amanecer, apareció el sol, brillando en un cielo azul, como si las tormentas entrerrianas, a imitación de las parisienses, fuesen más para fastidiar a los habitantes que para fecundar la tierra agrícola.

En cuanto me vestí, me dirigí a la escribanía, y al cruzar la plaza vi recostado a nuestro colono contra un poste, muy campante, desayunándose con la pipa. Le reconocí de lejos. Fué el primer habitante que hallé en mi camino y que se levantara primeramente. Coligiéndole una noche diabólica, le pregunté:

—¿Y, qué tal...?

—Perfectamente... — con risa sardónica, — como diciéndome: "Usted creerá que he sido una víctima de la noche; ¡nosotros, los colonos, hemos muerto la sensibilidad, durmiendo al raso, sobre los suelos duros!".

Tenía hasta cierto aire de orgullo, por haber dormido en la plaza principal, cuidado por las guardias de la jefatura. Parecía decirme, sobre todo: "¡Yo no soy un atorrante!".

—¿Cómo pasaste la noche? ¿Dormiste bien?

—Muy bien; dormí toda la noche y no me mojé. ¿Y usted?

¡Ah, yo!... Iba a decirle que, como legítimo pueblero, no pude dormir, — y al notar mi asombro por su acción, me demostró que se tapó con un gran cuero de carnero, poniendo la lana para abajo, — de modo que...

—Y con la bolsa llena de comida por almohada, dormí, después de cenar, seco y abrigado toda la noche. ¿Y usted? — agregó.

Desayunado, reconocíase su satisfacción en su semblante sano, que brillaba, alegre, risueño, como una bomba eléctrica iluminada.

Al día siguiente, hallándole nuevamente en la plaza, — ¡como no, era su hotel! — me le acerqué. Paseándose bajo de los árboles, yacía, por la inmediata escritura, sugestionado por

la posesión territorial, porque el colono tiene la pasión fisiocrática, que nosotros, más civilizados, ni la soñamos. Nosotros queremos la tierra por avaricia, y él la ama para cultivarla, para hacerla producir, como a su esposa para tener hijos, que lo hace verdaderamente feliz. Aquel es un amor sensual, y en este la tierra entra sólo como agente del más noble espiritualismo. ¡Cuán morbosos estamos, e, intelectualmente, cuán extraviados — al menos, muy distantes del juicio, en dirección a su único norte: la verdad! Aunque su característica era la risa,— como en todos los hombres sanos y capaces de ser felices,—asombróme su hilaridad. ¿Acaso porque había almorzado bajo espléndida arboleda y llenado varias veces su pipa? No, sino porque, dentro de un minuto, sería terrateniente, y en un eslavo, era un ascenso social, un sueño ruso, la felicidad suprema. ¡Qué dientes de vizcacha! Marfilinos, esmaltados, ¡ya los quisiera el aristócrata más tragaldabas, para sus cenas heliogabálicas! Aproveché su relampagueante alegría, para conocer las sensaciones de dormir en una plaza, — y me dijo:

—En ninguna parte, bien tapado, se duerme mejor, aunque el más brusco de los aguaceros descargue todos sus dardos y centellas, porque hay aire libre, levántase uno al rayar el día y saludado por pájaros de todos cantos y colores. ¡Ni en los palacios hay tales dones y encantos gratis...!

Lo del aire libre, no me extrañó, porque la gente de campo, acostumbrada a la atmósfera pura, preñada de ráfagas, cree que se ahogaría en la ciudad, — y exclama: "¡No hay aire!" — como si nosotros pudiéramos vivir sin él. Respecto a los pájaros, no los tenemos, es cierto, dentro de las piezas, aunque a muchos les sobran en sus cabezas... Y el ruso me miraba despreciativamente, al considerar que había dormido en una pieza "extraña" de un hotel, sin otra compañía que una turba de viejos mosquitos.

—Las plazas, — díjome, — no tienen más que un peligro: los ladrones, — pero aquí estoy bien cuidado, — agregó, — con énfasis, — refiriéndose al centinela de enfrente, que hacía la guardia en la jefatura, — y como diciéndome: "En los hoteles

cualquier desconocido puede ir a su propio lecho y ahorcarlo a medianoche...".

Extendióse, después, en liberales elogios sobre las plazas, afirmando que eran especialísimas para dormir y lo mejor que habían hecho los gobiernos.

—Si los hombres supieran lo excelente que son para tal objeto, no pasarían las noches en las piezas, porque, cerradas, son otras tantas cuevas. "¡Eso está bueno para los zorros!"— exclamó, como expresión del mejor razonamiento.

Mientras continuó con el panegírico de las plazas, me dije: "Estos, estos hombres sanos, fuertes, son los destinados a dominar nuestros desiertos. ¡Démosles, démosles, tierras!...". Poseen el verdadero valor: luchar, luchar contra todas las inclemencias y fatalidades, con la sonrisa en los labios, hasta vencerlas, porque el campo y su destino de ganarse el pan con el sudor del rostro inculcóles un sentimiento más real de la vida que Dios nos dió, en vez del falso culto al coraje, que persigue a los más activos para asesinarlos. Y como he visto que desde las ciudades hasta los suburbios, donde tanto domina, los trabajadores, comerciantes, industriales, etc., etc., ni piensan en tal fantasma, deduzco que es otro vicio de la ociosidad y que el trabajo es la virtud del hombre y su mejor escuela. (1).

---

(1) Publicado en La Nación con el título *El Valor en las Colonias* (1916).

CUADRO

Ligeras lluvias permitieron que el arado removiera fácilmente la tierra; sembróse con suerte; el colono vió crecer día a día los tallos del trigo, en tanto que su esposa e hijos le acompañaron desde el rancho, ansiosos, en sus anhelos. ¡La cosecha está asegurada! He aquí la exclamación enfática de las colonias, después de los peligros. ¡Ah, en una tarde primaveral, vénse, en el horizonte, unas nubes...! "¿Tormenta?" No. Avanza... ¡Langosta! ¡Una invasión de langosta! "¡Ahí viene la langosta!", — exclama, pálida, consternada, la familia. El cielo se nubla, y ésta, sabiendo que es más devastadora que el viento y las inundaciones, que ningún poder humano es capaz de dominarla, váse adentro y enciende velas a un crucifijo. ¡Sólo Dios puede salvarlos! La obscuridad se ha transformado en ruido. Ruge, brama como un huracán. "¡Ya está encima!", — entra exclamando el colono desalentado, con los brazos caídos, como si en la lucha que tuviera contra lo imposible se le hubieran desarticulado.

La esposa, al contemplarlo, mira al campo, y, en la tiniebla, sólo le es dado oir el aleteo rumoroso—¡qué bien lo conoce! del maldito acridio, que, cual otro diluvio, tiene las alas de la borrasca y su rugido espantoso. ¡La hora de las lágrimas! Al alba sale el gigantesco colono tan airado, que cree, sólo, derrotar al formidable enemigo, y al regresar sonríe, con aire de vencedor, exclamando: "¡Se ha ido, porque el trigo está duro!" ¡Sabia precaución la de sembrar temprano! ¡Bendita aurora! — y llorando, dando gracias al cielo, pasó la noche toda una familia, mientras en los saraos urbanos se encendían luces para satisfacer las vanidades de la crónica social.

Igual sucede cuando, ya ondeante el trigo y crespa la espiga, se ennegrece el espacio y, entre las raudas y frías ráfagas, cae el granizo. Se ignora aún por qué circunstancia salvose otra vez la cosecha ¡Oh la Providencia! "¡Sí, Dios!",— exclama el colono.

Después de tantas zozobras, de segar, trillar, llega la familia, con el corazón ya partido, a ver al fin embolsado el trigo, cargado y en camino de la estación. El lo acompaña, en su caballito, hasta su último carro.

La esposa e hijos quédanse en el rancho, sosegados, tranquilos, al presenciar con sus ojos la partida del querido trigo, que se convertirá al fin en oro. Ellos que le vieron nacer, crecer, ¡cómo no le han de amar!... Es su sustento, el pan del invierno, la esperanza de los acreedores y el saldo para adquirir más campo.

Vuelven a encender velas, pero de gratitud. El, mientras tanto, marcha serio en su caballito, porque ha vendido el trigo. Al llegar a la estación, ¡no hay vagones! — pero el jefe le ha asegurado que los tendrá en seguida, y como los ingleses no mienten, descarga allí mismo su preciosa carga, que encierra todos sus anhelos y ensueños.

En las cosechas tropezaba en las estaciones con pilas enormes, y al preguntar su contenido, se me contestaba: "Trigo, trigo". Pasaba delante de ellas indiferente, y de noche, soñaba con ellas. Se me aparecían como pirámides egipcias y me dejaban la impresión fantástica de algo sobrenatural.

¿Qué hacían allí esos monumentos de trigo? Esperaban que llegasen vagones que los transportaran a los puertos de Gualeguaychú o Uruguay. ¡Siempre esperando!... Después noté trigo desparramado al sol, en lonas y aun en el suelo... ¿Qué significa esto?, — pregunté nuevamente, porque en esta vida quien desee saber lo que ignora debe hacer muchas preguntas. "Se está secando", — se me contestaba, — agregándome entonces las almas caritativas que se había mojado en las bolsas de la cumbre de la pila durante la última lluvia. ¿Y por qué no lo tapan con lonas o cueros?, — preguntaba con aire de

inventor. Los interlocutores movían la cabeza, como diciendo: "¡Cómo se conoce que este es un pueblero, supino ignorante de lo que pasa en la campaña!" — y uno de ellos exclamó una vez: "¡Pero, señor; si los colonos muchas veces no tienen más cuero que el propio!". Averiguando, supe después que a los colonos los engañan en las estaciones. Les dicen que pronto tendrán vagones, que vienen en camino, y fiados en la palabra inglesa, apilan las bolsas. Los que tienen lonas y cueros, los tapan, y los que no, se despiden de ellas con ademanes afectuosos, creyendo que Dios no permitirá que un aguacero las moje. ¡A cuantos, no ví, luego de transmitirles besos con las palmas de las manos, alzar los ojos y demandar la protección celestial! Y muchos exclamaban: "El trigo nació y creció bajo el cielo libre: ¡lo dejo bajo sus santas alas!...".

Los vagones no llegan. Entretanto llueve, y las bolsas, por lo menos las de la cima, se mojan, demostrando que la vida del sembrador es una lucha hasta lo último con elementos inconstantes, algunas veces traidores — y cae al fin tan vencido como un peregrino en el polvo del camino. Y aquí viene lo peor, porque llega el acopiador a recibirlo. Saca de la cintura el reluciente calador, que, para colmo antipático, tiene la forma de un estileto—lo encaja en el vientre de las bolsas—por supuesto de las superiores, a manera de puñalada de pícaro—echa los granos en la siniestra... mano, los desparrama, los mira, los huele, los masca,—debería tragárselos,—y no se engaña, porque tiene a su respecto la práctica de los probadores de te. ¡Bueno fuera que errara, si es un animal que desde hace veinte años no conoce otra tarea! Es su oficio, que ha elevado a la categoría de profesión y con apostura científica se encamina a las bolsas, y las simplemente húmedas las rechaza enérgicamente. Es muy enérgico.

No hay apelación. ¿Ante quién apelaría? El jefe de estación es otro animal que no entiende de razones y, mucho menos, de derecho, y se ampara, con gestos simiescos, en casos de fuerza mayor, que, según él, están fuera de la ley y de la ciencia. ¡La Inquisición!

El pobre colono alza sus ojos azules, verdaderamente celestiales, demandando amparo. ¿Qué pueden ofrecerle los pajaritos?... Cánticos, por ironía, y las nubes, en el espacio celeste, se deshacen en níveos copos. No tiene más que abrir las bolsas desechadas y extender su trigo al sol, muchas veces en el suelo, por falta de un pedazo de arpillera.

Vuelve el inquisidor, quiero decir el acopiador... A pesar de su facha liberalísima, vestido de blanco y con botas amarillas, rechaza en nombre de la higiene los granos empolvados, que, muchas veces, forman numerosas fanegas. Ahora el pretexto es la higiene, a la sombra, — se sobreentiende — de la ciencia. ¡A cuántos colonos no he admirado días y días largos, cubriendo, por el rocío nocturno, el trigo, — descubrirlo nuevamente para asolearlo, — temblando de que vuelva a llover, mientras dormían en las ruedas de los vagones!

Pongámonos en el mejor de los casos: que el cielo se dignó no mojarles todo el trigo: viene por tercera vez el sanguíneo acopiador, y tras de discutir, poco menos que insultando y casi haciendo uso de sus pies, sólo acepta la mitad, porque la otra,— la más grande,—está ardida, según sus pruebas, también científicas, que expresa a gritos delante de numerosos infelices que yacen intimidados y boquiabiertos ante sus declaraciones absolutas. ¿Qué puede hacer, en tal trance, el colono? Ha tenido grandes gastos para traer el trigo a la estación; lo ha vendido sobre todo; rescindir su contrato es exponerse a un pleito, en el que caería vencido por influencias mayores, — y sabiendo que con otro acopiador pasaríale lo mismo o... peor, se lo entrega... Es él quien se entrega. ¡Siempre entregándose! Aquí oponiéndose, iniciaría su campaña redentora, principiando por rebelarse ante clasificaciones arbitrarias al trigo, siempre injustas y bajas, — pero... saldría siempre perjudicado, porque está en un mostrador judaico, donde se violan las leyes de la venta: no hay tal oferta ni demanda, sino simple imposición de precios.

El colono sale al fin, en estos tristes casos, con las lágri-

mas en los ojos porque la ganancia, en la que fundaba tan risueñas perspectivas, la contempla en el trigo del suelo, muchas veces en el barro. ¿Ardido? Más bien ensuciado. ¿Qué hacer con él? Llevarlo, le importaría más gastos; tendría después que lavarlo, volver a secarlo y molerlo en casa, para convertirlo en harina. Ante tal prospecto, costoso, engorroso, prefiere, con una última mirada al cielo, dejárselo a los pajaritos, que, por más que sean de la estación, cuéntalos entre sus amigos.

¡Y se va..., después de esta vulgar embrolla, a su cabaña solitaria, derrotado, embarrado, hambriento! Cual si regresara de una batalla. Pero el amor a la familia vuelve a levantar su frente. ¡Ah, rancho, hay en tu interior más fuerzas enardecedoras, divinas, que en un dorado palacio! Las máquinas, el horno, la vieja mesa de pino de las cenas bíblicas, los utensilios queridos, el santo rostro de la mujer, las mejillas rosadas de los hijos, sus ojos azules, entre un ambiente de virtud, que arde por el fuego del trabajo y del amor, borran de su cerebro las sombras, y triunfa el deber sobre el infortunio. ¡Qué deber!: ¡sólo, caería!... ¡Triunfa el amor al rancho!

Ya ves, lector: no basta poseer campo, ararlo ni sembrarlo, — que el cielo apiadado por los colosales esfuerzos, libre de pestes, plagas e inclemencias al trigo, y que se logre emparvarlo y transportarlo a la estación; ¡es necesario tener vagones! si no, cae el colono entre las redes científicas del acopiador y del veraz jefe, que son más crueles que la langosta.

Es inútil repetir que los ferrocarriles son para el servicio público y en nuestro país agrícola, especialmente para el acarreo de cereales, porque sus directores los tienen para su beneficio propio. ¡Colonos!: si no se os quiere comprar el trigo al pie de las trilladoras, abandonad el purgatorio, esperando siempre del gobierno. El gobierno sois vosotros, como hijos del pueblo. Gobernáos y seréis libres y soberanos. Principiad por independizaros de los zátrapas que os tiranizan, asociándoos, cooperativamente, para construir galpones en las estaciones, y sobre todo molinos que os compren el trigo. ¡Oh, blanco molino

de la colonia, apareces, celebrado por los pájaros, como el paraíso de la redención!

Nota: Declaro, en nombre de la cultura, que las dos veces que usé el término animal, quise decir racional. ¡Yo también hablo científicamente! ¡Que si les sobran sesos a esos déspotas para ser crueles!. (1).

---

(1) Publicado en *La Nación*, el 19 de Junio de 1914, con el título *El trigo mojándose.*

EL MAESTRO

Cree, a pie junto, que la instrucción es la única fuente de la vida pública, y nadie pudo convencerlo de que se complementa con la educación. "No habrá libertad hasta que el ciudadano no conozca las instituciones". — dice, apasionadamente, con energía. La formación del verdadero ciudadano es su ideal, y para tomarlo desde niño, estudia para el profesorado, porque "El hombre, — agrega, — necesita tutor como el árbol: tierno, es de cera y se plasma, y a modo del agua, toma la forma de su continente". Se arremanga a más que obra social: patriótica, porque el tal niño es su compatriota, — colectivamente, el pueblo de mañana, — la patria en cuerpo y alma, y como será lo que lo hagan, anhela, a todo trance, formarlo y presentarlo perfecto.

Ya es profesor. Su diploma, plagado de títulos y geroglíficos, más parece una leyenda arábiga, y contrasta con su figura escuálida, endurecida por las privaciones.

Después de vagar largos meses por los corredores oficiales, recién dáse cuenta, en su idealismo, que el pintoresco y ansiado diploma no es la posición pedagógica que necesita urgentemente para principiar su apostolado y... comer. Confiado en sus facultades, saber y vocación. "¡Qué importa! ¡obtendré la dirección de una escuela!". Exclama, — y dándose otros eternos meses contra las puertas herméticamente cerradas, humillándose ante los porteros y palideciendo ante tinterillos que parecen fantasmas, convéncese de que cada día prima, sobre todas las condiciones del alma, la ya famosa recomendación, como si el empleo fuere para el recomendante. Y recibe entonces su segundo desengaño, paseán-

dose como un Hamlet bajo las bóvedas medioevales, emblema, en esta época liberal, de despotismo, con tantas nubes en el cerebro, que apenas entrevé su suspirado ideal. De ilusiones, no tiene, — no diré flores, — ¡ni hojas! — y entristecido, más parece un árbol invernal. Sólo fáltale... la nieve... que, poco a poco, cae en su frente agitada. ¡Vejez y miseria! ¡Qué comunión! "El la quiso. la buscó" — diréis. Nadie busca su destino; váse a él por las olas de la vida, — y al suyo le llevaron el instinto, el amor, la convicción, la pasión — y he ahí precisamente su orgullo, su verdadero diploma, porque todos los demás van a sus profesiones.

Erase una noche sombría... tormentosa, en que el huracán golpeaba a su ventana. Parecía decirle, con sus bramidos, que se decidiera pronto. Sus soñados niños se le aparecieron, en su cerebro calenturiento, cual ángeles alados, — y en esa hora inolvidable, que brama todavía, firmó su destino... Sabía que era la sentencia de su miseria eterna. "¡No importa!" — exclamó asimismo, — y aunque se le abalanzó, entre los rugidos del huracán, horrible, con sus fauces abismales y dientes afilados como los de la muerte, la miró cara a cara... ¡Valiente! — porque para estas decisiones supremas, que importan el sacrificio de la vida entera, es que se necesita el alardeado valor, el verdadero coraje.

Después de cruentas esperas y humillaciones sin cuento, se le arroja al rostro, — más que se le ofrece, — un nombramiento de director de una escuela en un territorio nacional. "¡No hay más!" — se le dice, — en la creencia de que, sitiado ya por el hambre, anduviera todavía con remilgos para alejarse de la capital. Soldado de la instrucción pública, siéntese, por tal suposición, más bien ofendido, — porque habiéndose enrolado, por vocación, en su filas, está siempre pronto a ir donde el gobierno le ordenare; por el contrario, ansía partir fuera, bien lejos... Los niños pobres, harapientos, volaron otra vez en su cerebro..., y se dijo: "¡A ellos, indigentes, les seré doblemente útil!" "¿Acepta o no acepta?" — se le interpeló con rudeza. Las palabras que balbuceó, tartamu-

deando, eran de hambre. Quería decir simplemente que carecía de medios para transportarse al sitio que se le destinaba, — y pronunció un nombre indígena, — y que no tenía con qué comer...! ¡Ah, para un intelectual, que vive sólo de ideas, es muy duro confesar hambres, porque con un pedazo de pan se satisfacen! Ello está bien para los perros y los que trabajan sólo para comer. Se le dió, a vez de lástima, un mes de sueldo, y, conjuntamente, la orden de marcharse inmediatamente. Habíase ya fijado que todas las relaciones con sus superiores componíanse de órdenes. Peor que en lo militar, porque nunca logró verles a uno solo de ellos más el rostro. Vivía en un mundo abstracto, desesperante, porque si era cierto que realmente eran unos educadores patriotas, habrían hallado en él un agente eficaz de su redentora misión contra el oscurantismo. Bastaba mirarle la frente. Tenía una estrella apagada.

El viaje principió humanamente: en ferrocarril, — pero continuó en diligencia, — luego en carro o a caballo y terminó a pie. Paróse entonces, judío errante. No pudo avanzar ni retroceder, porque llegó al fin de su destino. Si no es algún villorio o caserío alrededor de una estación lejanísima, es el desierto mismo. Y cuando no existe escuela, tiene que construirla con sus propias manos, débiles y flacas, pero blancas y puras. En verano, triunfa de la contingencia, porque da clases bajo de los nobles árboles y duerme en cualquier cueva, ¡pero en invierno...! "Esta es la Colonia" — dicen todos, por todo consuelo y con aire de superior sabiduría, y aguzando el ojo, divisa, en todas direcciones, puntos distantes y que se los señalan como si estuviesen al alcance de la mano. "Son las chacras de los colonos" — le agregan, para completar su experiencia.

¡Oh, sabio de la colonia, que no necesita más para ser feliz!

Su nombramiento está también plagado de títulos. Leyéndolo, en su soledad, sabe que es profesor y que, por pertenecer a cierta categoría, se le elige director de escuela; si no..., ni agua. Poco falta para que diga: "Enviado Extraordinario

y Ministro Plenipotenciario, etc., etc.'' Sólo ambicionaba ser maestro, enseñar. ¿Cuántas veces, cansado de dar lecciones en locales prestados, de vagar, no dudó hasta de su propia existencia?... Sin vanidades, sólo admite, como el Rabí, que le llamen Maestro — y nada, de consiguiente, de discípulos y alumnos. ''¡Niños!'' — llama a los suyos, dulcemente, — y los anhela en muchedumbres, en pelotones, que, teniéndolos, ya habrá techo para darles clases. Soñando, hasta de día, con ellos, fueron, en cuanto pisó la comarca, su primer ansia — más que la rica agua fresca, pura, de la tierra, para apagar la sed, — y de buena gana habríale preguntado por ellos al primero que se le presentó, — pero las vergüenzas quedan hoy para las sinceridades y la franquezas. ¡Ah, pero su corazón inquiriióselo a los pájaros, que, arremolinándose sobre su cabeza, vinieron realmente a saludarlo!

Fácil o difícilmente, tiene, al fin, escuela y niños. Vence los soles,—pero, ¿cómo combatir las lluvias, los huracanes?... El agua y los vientos entran por las rendijas, por el techo, y si abre los postigos, los vidrios están hecho pedazos. ¡Cuántas veces no dió lecciones a obscuras en días iluminados! ''¡No importa!'' — vuelve a exclamar — acostumbrado a vencer la vida. ''¡Qué son para él, fríos, canículas, nieves, tempestades, inclemencias!... La distancia a que viven sus niños y... su miseria — son las que lo preocupan: se vienen en potrillos o caballazos en pelos... y a falta de ellos, a... pie... en cabeza, al sol y con malos tiempos. Aunque hechos a todas las crudezas, no puede verlos descalzos por falta de unos míseros zapatos, desnudos, casi tiritando de frío.

Piensa en sus padres, que, en su ignorancia, creen que demasiado hacen con dejarlos ir a la escuela, y teme que, si solicita su auxilio, les prohiban su asistencia, y... se calla. ¡Siempre callando, como si la vida fuera silencio y silencio... ''¡Sólo los poderosos, en esta vida, pueden hablar!'' — exclama para sí.

¡Venid a mí! — quería decirles, — al verles llegar, en las mañanas invernales, arrojando vapor por las narices, —

si tuviese abrigos... Su flaco pecho no tiene más calor que el de su corazón, y si el afecto nutre el alma, no calienta las carnes. ¡Oh, cuerpo delicado, si fueses inmortal como el alma, no sentirías los puntapiés ni las bofetadas! ¡Con qué alegría los ve regresar, disparando, en sus caballitos y a pie, porque van a descansar a sus ranchos! Vuelve a quedarse solo. Es la tarde, y ante los médanos que ondulan, y desaparecen y las nubes que se esfuman, exclama: "¡Así también nos diluímos nosotros, todo, todo, en el misterio de la eternidad!" — y como vive de sus propias imprevisiones, agrega, acordándose de sus alumnos: "¡Mis muchachos!" No puede estar sin ellos. Son los hijos de su alma, su única familia.

Piensa entonces en los rostros vivarachos de los unos, en los ojos azules o negros de los otros, en el juicio de aquél, en la inquietud de éste; su alma entera es un lienzo del Renacimiento, lleno de cabecitas sonrientes, y entreviéndolos grandes ciudadanos, duérmese cansado y soñando. Así, uno, por falta todavía de lecho, acostóse, en una noche de invierno, en un banco de la escuela, y... amaneció muerto. El médico dijo lo de siempre: "Síncope cardiaco". Sí, murió porque el corazón se paró,—pero de frío, de frío sobre la vieja hambre.

Yo ví su cadáver. Su dulce rostro tenía una sonrisa fría, que era más una mueca, de desprecio a la vida.

Nadie goza más que él cuando está rodeado de sus muchachos. Los estudia uno por uno, los observa en clase, los sigue en los recreos,—excita sus facultades predominantes,—les prevé destinos en su corazón y vive de sus hechos y recuerdos. Un apóstol no es más feliz entre sus sectarios. La población y sus mismos padres le dicen que, juntamente con el comisario, el alcalde, etc., etc., es una de las autoridades del caserío. "Sólo soy maestro",—contesta,—y no quiere más relación que con sus muchachos. Los chismes, por su retraimiento, no tardan en salpicarle con sus gotas de barro. Profiere su exclamación favorita: "¡No importa!" Amado de sus muchachos, nada le importa, verdaderamente, del mundo entero. Abroquelado en su afecto, créese poderoso en el presente y en

el porvenir... Así lucha él también contra las flaquezas. El gobierno, entre tanto, ha sabido por el inspector, por la prensa y las cien lenguas de la fama, que es un maestro benemérito, y le designa, a fuer de ascenso, para regentear una escuela en una ciudad importante. ¡Hay justicia! y al pensar que el gobierno se acordó al fin de él, poco menos que enterrado en una tumba, su corazón, agradecido, palpitó. "¡Oh, patria!" — exclamó. ¡Alguna vez asomaría, entre las brumas de su cielo, la estrella de su suerte!

Al separarse de sus muchachos, sintió que le arrancaban las entrañas. "Tengo que marcharme" — se dijo, — porque creía que la vida era milicia y que en todos los gremios se era soldado. Tal les dijo, el último domingo, cuando le acompañaron en formación, con banderitas de la patria, hasta el carro que debía llevarlo hasta la diligencia que lo pondría en contacto con la próxima estación de ferrocarril — y con lágrimas en los ojos se despidió de ellos, uno por uno. Ellos lloraron también y él se llevó su recuerdo, para amar otros con el mismo afecto, porque todos eran siempre sus muchachos, donde quiere que fuere. He aquí otro despojo moral del apóstol: no le es dado amar nada concreto, y, en lo humano, sólo a la muchedumbre, porque es, idealmente, para quien trabaja.

¿Y este perrito? Es su fiel compañero, que le seguirá hasta la lápida sepulcral, porque no se puede, en la rocalla del mundo, vivir sólo de las ideas, y el alma huérfana tiene que amar algo viviente, que la siga como una sombra, aunque sea un perro! (1).

---

(1) Publicado en *La Nación* con el título *El Maestro de la Colonia.*

CUADRO

Asoleados, y con el caballo sudado, nos allegamos cierta tarde a una tapera. Otra curiosidad del campo: ¡ruinas de barro!

—Aquí vive, sola, una vieja, — me dice Pedro.

Continuó dándome algunos detalles sobre ella y, antes de entrar, nos recibe un paisano. Le dijimos que nuestro objeto era librarnos, por un momento, de los rigores del sol, y como a nadie, en el campo, se le niega un descanso bajo de techo, nos hizo pasar adelante... Pedro no necesitaba más para trabar inmediatamente amistad con él, — y le pregunta:

—¿Y misia Andrea?...

—Se fué...

—¿Cómo, se fué!...

—Sí. Un día entró aquí un paisano a descansar, — como ustedes... — Ella lo invitó con mate. Se pusieron a conversar y principiaron, — como recién se conocían — a contarse sus vidas. Resultó de los recíprocos datos que ambos eran solteros y solos. El, entonces, dándole al mate una chupada profunda, le dice, sin más preámbulos:

—Dígame doña Andrea, ¿quiere que nos casemos?

Y ella, sin más ni más, le respondió:

—Bueno.

Un "bueno" que equivalió al "sí" más concienzudo.

Y como la vieja dormía en el suelo, y todo su equipaje eran una trébedes, una pava, el mate y sus adminículos, alzó con ellos y montó en ancas. Y se fueron.

—¿Adónde andarán ahora? — le pregunté.

—Donde quiera que anden, señor, estarán mejor que aquí,

— me respondió, mirando al techo y como invitándome a que levantara también los ojos.

La mitad, por lo menos, estaba descubierto; de día entraba el sol a sus anchas, y, de noche, de adentro se veían enteras las constelaciones.

—Yo la sustituyo aquí, como ella sucedió a otras. ¡Las taperas, señor — exclamó el desconocido, — son el refugio de los desamparados!

Y si hubiera sabido latines, habría agregado, para salvar su buena fe: —Las taperas son "res nulluis".

Y terminó, suspirando:

—¡Para algo han de servir antes que las arrase el viento!

—Así se casan muchos en el campo — me dice Pedro, al emprender la marcha — En un cambio de frases se entienden y se unen en el momento y para siempre.

Y volamos, camino de Victoria, perdiéndose la tapera en la redondez de la tierra, y en nuestros cerebros, el desconocido matrimonio improvisado.

CUADRO

En mis viajes por las colonias visité también Estancias. No debiendo describir sino lo extraordinario, no deseo, si presento una montada a la alta escuela, que se me diga, con el despectivo ademán correspondiente: "¡Qué gracia,—como si no supiéramos lo que es una Estancia moderna y lujosa!"

Una estancia tal la conoce el último pisaverde; la cuestión pues, es hablar de una que salga de la vulgaridad, aunque, por nuestro progreso ganadero, sea regresiva, y si es ridícula, mejor, porque la risa corrige y enseña. Allá va ésta, lector.

Bajamos del sulky una tarde en una de éstas, porque preferimos demandar hospitalidad a seguir viaje. Era de excelente apariencia. Notamos, sin embargo, en vez de animales de trabajo en la tranquera, arreos por doquier, y en los alambrados y el pasto lonillas, que demostraba lo poco o nada que se curaba la sarna de las ovejas.

Nos recibió un bípedo implume, tartamudo y superabundante en morisquetas. Era el mayordomo,—el gobernante, por consiguiente, del establecimiento, — y en su nacionalidad italiana, más que en sus tareas, hallamos origen del abandono ganadero, aunque espero siempre que la experiencia confirme las apariencias. ¡Cuántos tontos no son más felices que los filósofos,—cuántos rudos, más inteligentes que los genios y los talentos, y cuántos analfabetos, poderosos! ¿No tenemos sabios en la indigencia? He visto a ciegos que ven, a sordos que oyen, y en el campo los instintos son más sutiles que las facultades.

El italiano reía. Lucía un rostro bondadosísimo, y para encubrir su hilaridad, llevaba a cada instante la mano a la boca, porque no le parecía propio tenerla perpetuamente abier-

ta, aunque, en ese instante, rebosaba de satisfacción ante nuestra inesperada visita. Sin duda alguna alivianábamos su soledad, y, afectuoso, no podía menos de demostrar su regocijo.

Apenas dejamos las mantas en nuestro futuro dormitorio, salimos, en su compañía, afuera. Había notado ya muchos gatos, demasiados. En las piezas y corredores, mientras visitamos la casa, disparaban como exhalaciones. En el comedor había sobre la mesa más de una docena tomándose la leche de una fuente, y hacían una porción de piruetas y pruebas por sorberse la que existía en varias jarras y vasos. Caminábamos, y en cuanto a mí,—lo confieso—sorprendido e impresionado ante gatería semejante, porque no había visto otra igual en mi vida. De todas partes salían y brotaban gatos,—disparaban,—huían de refilón, algunos, con los ojos encendidos, fulgurantes, parecían, en estos tiempos maravillosos, eléctricos, y más de una vez me hicieron el efecto de relámpagos.

Así, entre gatos de todos colores y tamaños, mansos y ariscos, apagados y relumbrantes, llegamos hasta un vasto galpón. El mayordomo nos llevaba allí para que lo admiráramos, porque era indudablemente lo más preciado de la Estancia, — por no decir lo único serio. No contenía, sin embargo, sino restos de máquinas agrícolas, que atestiguaban que alguna vez se sembró allí, — cajones vacíos, bolsas rotas, cachivaches, regueros de sucia lana y cascarrias.

—¿No siembran nada?

—No, señor; antes...

—¿Y la majada?

—Allá está, — exclamó, con cierto desprecio...

Mientras tanto, los gatos se paseaban, corrían, disparaban, se subían por los pilares a los parantes y al techo; se descolgaban, — se dejaban caer, — ¡pataplúm! —, ahullaban, peleábanse, — se escurrían, se reunían en tropillas, que instantáneamente, se deshacían, acusando un temperamente nerviosísimo, inconstante,—maullaban, gritaban y volaban verdaderamente. No podían hacer, sin trapecios ni aparatos gimnásticos, más pruebas. Poco faltaba para que estallasen. Cuando se acogo-

taban en los rincones, aturdiendo con su gritería, se reía con su expresión inefable, como diciéndonos: "No hay cuidado; están jugando".

El rostro del mayordomo estaba radiante de placer, iluminado de gozo, creyendo que nosotros, ante tan universal gatería, estuviéramos, además de sorprendidos, admirados, encantados. Creía presentarnos una de esas grandes sorpresas, únicas en la existencia, que impresionan y dejan inmortal recuerdo. Tal era,—pero yo estaba, por el contrario, azorado, estupefacto, porque nunca había visto reunidos tan alto número de gatos, ni imaginándomelo siquiera, y mucho menos tan bulliciosos y gimnásticos. ¡Una verdadera majada de gatos! "¿De adónde habrá sacado tantos gatos?"—me pregunté sin pensar que son prolíficos como los conejos. Y como el espectáculo incitaba a la broma, no pude dejar de preguntarle si tendría quinientos gatos...

—No, señor; habrá cuatrocientos...

Creo que existían más, porque no contaba los que después ví sueltos por el campo, haciendo de ganados. Aquí descubrí su carácter modesto, siempre dispuesto a disminuir el valor de los dones y bienes terrenales, aún tratándose de gatos,—por los que, verdaderamente, poseía un entusiasmo ingénito, indrescriptible, esencialmente gatuno y barcino. Ante tal contestación, que me dejó, por su ingenuidad, perplejo, miré a Pedro, como quien, en el desconcierto de cualquier naufragio mundanal, busca una tabla de salvación,—pero inútilmente, porque a Pedro era muy difícil sacarlo de su fría indiferencia.

Aquello era el colmo,—el colmo de los gatos y de la gatería. "¡Vivir para ver!"—me dije;— y creyendo que fuese alguna representación gimnástica en honor nuestro, le pregunté al mayordomo si siempre los micifús estaban tan juguetones. Exclamó:

—¡Siempre, señor! — exclamación específica y trascendental, que contenía esta otra, sacramental: "¡Ah, nadie sabe lo que son los gatos! ¡Son capaces de todo!"

Y, entusiasmado, agregó:

—El gato es un animal admirable.

Vino en seguida la exclamación esperada, porque convencido, continuó:

—¡Muy pocos conocen al gato! — paseando la mirada, con cierto resplandor melancólico, como diciendo:

—Es una injusticia: ¡hay que vindicar al gato! No es un simple ilustre cazador de ratones; — sino un ser genial.

No dudé de la sinceridad de esto último, porque muchos genios desconocidos dicen lo mismo de sí propios, ni tampoco que el mayordomo no nos llevara allí sino para que admirásemos su gatería, porque era el teatro de sus hazañas y proezas,—y me expliqué entonces el desprecio con que se refirió a la majada de ovejas cuando le inquirimos su paradero.

Afuera volvieron a asombrarme con su superabundancia, variados colores, piruetas, pasadas, disparadas... Dondequiera que íbamos, salían, entraban, corrían, se escurrían. Pasaban como ráfagas. No había tales vientos, sino gatos; vientos de gatos y gatos por todas partes.

¡Eran sin duda admirables, por su condición de esfumarse, perderse y estar siempre presentes! Sólo faltaba que tuvieran el don de preciencia, y me hicieron acordar a un desequilibrado, que, por ocuparse de empeños y desempeños, díjome que vivía del movimiento.

Estaba escandalizado. Averigüé del dueño, y resultó que era un abogado de la Capital Federal, que estaría, mientras todos los gatos del planeta se apoderaban de su fundo, absorbido por sus embrollas y la política. "¿Dónde se ha visto, — me pregunté, — italianos mayordomos de Estancias?" — porque hay nacionalidades refractarias a ciertos oficios. "Ellos, en su país, aran y siembran la tierra únicamente: ignoran lo que son Estancias, y en el nuestro, de inmigración, han mostrado más bien despego por la ganadería",—me contesté. Todo lo íbamos hallando también lógico con el patrón, porque no hay peores industriales y comerciantes que mis colegas los doctores, y si son en medicina, el terremoto es más rápido. Hablo por el fin, porque si fundan negocios terminan infaliblemente por

fundirlos, como si se tratara de la conjugación de un mismo verbo.

A la noche, después de la cena, el mayordomo, a fuer de galante, nos visitó en nuestro albergue y nos hizo una disertación sobre los gatos. Nunca lo trataba de animal, para separarlo del reino de los perros y demás cuadrúpedos, sino de sér, con respeto y afecto filosóficos.

—Sirve para algo más que para perseguir y comer lauchas — agregó, con acento apostólico y propagandista.

Nos elogió su piel sedosa y de colores varios.

—Las estancias más provechosas serían las de gatos, porque surtirían de tapados y abrigos a las señoras — dijo — Su blancura es superior a la del armiño,—su negrura, sin igual, y una estola nívea salpicada de manchas negras y amarillas no tiene precio.

Poco faltó para que exclamase: "¡Qué se van a comparar los sucios y apestados ganados de los campos con estos preciosos seres! Y, nervioso, deshízose en muecas, para demostrarnos que el gato era el sér más útil, inteligente y amigo del hombre y, sobre todo, necesario. "¡Qué perros!" — parecía tener *in péctore,* a los que consideraba, estoy seguro, por su platonismo gatuno, despreciables enemigos. Para mayor divertimiento hablaba una mezcla de español e italiano, o un español en italiano, y todas las palabras terminaban en i: *ei gati ei uni animaliti,* etcétera.

En cuanto se fué, díjele a Pedro:

—Estoy seguro que este italiano no le ha construído el galpón al bienaventurado dueño nada más que para solaz de los gatos.

Al día siguiente, pareciéronme los gatos a la luz del día, un sueño extravagante de la noche, y como la vergonzante realidad era ciertísima, positiva, me convencí de que el microbio de la locura preexiste en el cerebro y basta despertarlo para que el paciente forme parte de los orates. Afuera estaban, quizá por la frescura de la mañana, más nerviosos, entusiastas y agitados. Seguían pasando, escurriéndose, volando, como si sus patas fueran alas.

Nos despedimos, agradecidos, así como de los gatos, que tanto nos amenizaron. En el campo ya, Pedro, extrañado al verme más serio que él,—callado, a pesar de la luz universal sobre el pasto florido, me miraba. Pensaba, sí, lector, en que con gran injusticia se arrancó este letrero de donde tú sabes: "No son todos los que están, ni están todos los que son"! porque, por ser de mármol, fué colocado para siempre, y el tal mayordomo, a mi juicio, era uno de los tantos insanos sueltos que encontramos a cada paso en nuestro camino, alegres o tristes, bondadosos o irritables, pero siempre perjudiciales, por la idea fija. "Ahí está éste,—decíame, que despreciando, en la Estancia, a todos los ganados de la tierra, habría hecho de los gatos, unos niños mimados". Y cuando deducía que cuatrocientos gatos se convertirían, en pocos años en un millón, en docenas de millones, asombrábame, sin extrañeza, porque si, colectivamente, existe el progreso indefinido, individualmente tropiezo a cada instante con lo absurdo y hasta con lo irracional. ¡Una infección de gatos, como la de liebres, que tanto perjudicó nuestros campos! "Era lo único que faltaba!"—exclamaba y como la vieja del cuento de Wilde, que retó al muchacho hasta el cansancio, porque del bollo que hurtó podían sobrevenirle infinitas calamidades, ya me pareció ver todo el territorio inundado de gatos, a éstos en majadas, paseando, trepado en los árboles, cruzando el espacio, y cerniéndose como chimangos.

"¡Suerte,—me dije,—que hallarían un profiláctico en el juicio de las gentes, que no les permitirán tomar tales proporciones!"—y acordándome del dueño, que estaría entre tanto chicaneando o politiqueando, me pregunté: "¿Cuál estará menos cuerdo, él o el mayordomo?" Muchas veces es más responsable el que deja hacer que el que hace,—y, sin conocerlo ni de vista, le coloqué, a pesar de sus vivezas, en la casilla de los tantos degenerados de la humanidad.

¿Qué tal la estancia de gatos? porque no de otra crianza se ocupaba. (1)

---

(1) Publicado en *"Caras y Caretas"* el 3 de Julio de 1915 con el título *La Estancia de Gatos.*

LA MAESTRA DE LA COLONIA

No es la preceptora, que dirige o no una escuela de la capital o de ciudad, con traje de sastre, sombrero de plumas mosqueteras, caminando, con tacos Luis XV, a saltitos, asistente a teatros y con pretensiones a la crónica social; nó; es la antigua maestra, la de los niños de las escuelas mixtas, cuando nuestras ciudades eran aldeas y mucho menos... Su misión es puramente social, porque enseña más a niñas, a leer y escribir, los elementos de algunas ciencias rudimentales, religión y principios de moral, para que sean luego dignas esposas y santas madres y gobiernen seriamente sus hogares. Es todo su programa. Es más educacionista que instructora, más subjetiva que intelectual y, más conforme con su sexo, va también más rectamente al corazón que al cerebro. A cada uno, en el perfeccionamiento del espíritu social, su parte: a la mujer, el sentimentalismo, y al hombre, el pensamiento, para la producción, respectivamente, del sentimiento o de la idea, que son los ejes en que rueda el mundo. Así, el hombre podrá ser buen ciudadano, y la mujer, excelente esposa, noble madre, digna matrona, y, si la patria peligrara, patricia valerosa.

Patriótico prospecto, de fecunda trascendencia social. De abnegación, de sacrificio, es sólo para las almas fuertes, altruístas, que quieran dedicarse al servicio de los demás. Es necesario, para cumplirlo, haber sido buena hija, ejemplar esposa y noble madre; ser sola, con el dolor de la desaparición de toda su familia o la satisfacción de haber realizado sus destinos, para entregarse de lleno a su apostolado.

Hay también jóvenes, a quienes, pasada la pubertad, una voz interior les dijo que nacieron para ser educacionistas: ¡inspiradas! ¿No hay monjas, beldades que se soterran por un ideal

puramente espiritual, hasta sus últimos días en un convento, sin beneficio para sus semejantes y el mismo Dios?... Ella no huye del mundo; se vincula, por el contrario, a lo que, simbólicamente, tiene de más precioso: su porvenir; y en vez de avergonzarse ante el futuro mote de solterona, lo afronta, y siéntese engrandecida, superior, porque si no será esposa y madre, las forma, y ellos son el robusto tronco en que se injerta la humanidad. Es necesario que alguien las haga, y ella se ha tomado sobre sí tal carga sobrehumana, que sobrelleva evangélicamente, bajo las miradas protectoras del Dios de los cielos, entre el respeto de los superiores y la risa de los irreverentes.

¡Pasad, blancas mujeres del Evangelio, bendecidas por los buenos! Yo las he visto, ancianas o jóvenes, en las colonias, dando clases en galpones de estaciones, en las chacras, en medio del campo, bajo los árboles, con polleras de zaraza, que ya no se importa sino para ellas, con un pañuelo de color en la cabeza, en verano con sombrero de paja y aun descalzas. "¡Mis hijas!"—dicen—y sólo pretende que aprendan las necesidades y menesteres del hogar. Radiante de salud y bienestar del alma, porque no la persiguen vanidades ni lujos mundanales, es feliz con su misión. Sin el sentimiento estético del maestro, en vez de admirar, después de las clases, las puestas de sol y cómo se esfuma el día, pónese sus gafas y se agacha a cortar, coser y remendar ropas. De noche tiene recibos: acuden las esposas más aristocráticas del caserío o del desierto; persigue al cura para que enseñe semanalmente la doctrina y celebre otra misa, a primera hora, los domingos; anda de casa en casa y de rancho en rancho, visitando, levantando subscripciones, pidiendo siempre algo, aunque sean ropas y zapatos viejos; hace viajes para visitar a los obispos y autoridades más cercanas; mantiene activa correspondencia con personajes y matronas de la capital federal o de ciudades importantes, con presidentas de sociedades de beneficencia,—todo, todo por su escuela, para que la ensanchen y la reparen contra las inclemencias, aunque su ideal sería levantar una a propósito, vasta, confortable, y un altar digno de la capilla, para agradar al cura, porque tiene también que ha-

cer política. ¿Para qué, para quiénes, al fin, tantos trabajos personales y sociales y vergüenzas? porque no hay nada más terrible que pedir, mendigar... Para sus hijas, que no son sino adoptivas, debido a que sus padres, ignorantes y miserables, yacen embargados por sus rústicas fatigas... ¡Ah, si ella no los substituyera, perecerían de ignorancia, de frío y de... corrupción! ¡Cuántos bienes no hace! ¿Y los peligros y males que previene?... Estos, como sucede siempre, no aparecen, pero son inmensos, mayores que aquéllos.

¡Oh, madre de la pobrecita, tú sola te recompensas a tí misma con la satisfacción de tus propias acciones! ¡Cuántas veces no te he visto, en el portal de tu escuela, tejiendo medias o remendándolas! ¿Para quién? Para sus hijas descalzas. Y allí, donde, en tu alma sin reparos, viste necesaria la dulce mano femenina, fuiste, y ¡cuántas veces no cruzaste a caballo el monte y los caminos perdidos, al sol y de noche, para atender y aún curar enfermos! Enfermera y curandera, y partera también, si el caso lo requiere, va donde quiera que haya una herida que curar. Velando asimismo por la salud de la carne, continúa su rústico apostolado. ¡Ah, pero tú no eres rústica! Anidando en tu mente y corazón las ideas y sentimientos más cultos, tus modales son de alba cera y tus palabras, hebras de miel.

Ella, sí, se reconoce una de las autoridades del lugar, porque "¿Qué serían de la vida y del porvenir de sus hijas sin su influencia social?"—se dice. De ahí sus relaciones, que cultiva afanosamente, y que son su verdadero patronato, para que durante su vida y después le sirvan a aquellas de amparo. Trata de ser, con tan trascendental propósito, la matrona principal del pago, y no comprende cómo es que el maestro pueda resolver el destino de sus discípulos aislándose y andando siempre solo. Al divisarle los domingos paseándose por el pasto, se sonríe, como diciendo: "¡Es un soñador, un fantástico!". Como ella no instruye a niños, que luego serán hombres, ignora las influencias psicológicas de las ideas. Son dos escuelas distintas: la que forma almas para el hogar y la para la patria.

Educación de dos humanidades, tan diferentes como los sexos que las guían, una tiene por pastor al maestro, y la otra, a la maestra, simbolizando ambos el gobierno primario de las dos mitades del género humano y, conjuntamente, su destino en sus dos grandes órdenes: el hogar y la patria.

¡Benditos sean las primeras maestras y maestros! Ellos armaron las almas vírgenes, sembraron las primeras ideas y sentimientos, guiaron y dieron rumbo a los primeros pasos, que son los decisivos de la vida; cavaron con sus propios brazos, levantaron los cimientos sociales, enseñaron a creer en Dios, las primeras oraciones, los principios, las ideas..., todos esos dogmas que no se olvidan jamás y que después dirigen a los seres en la vida privada y pública. ¡Qué bello es contemplar a la maestra sentada a la sombra de su portal, rodeada de niñas, mientras, remendando medias, les enseña el catecismo! Lo sabe de memoria, o mejor dicho, de corazón, y sus voces repercuten verdaderamente en los espíritus infantiles, iluminados por los cirios de la inocencia, como en un templo blanco.

Cuando se enferma una de sus alumnas sigue preocupada, triste, el proceso patológico, y si sucumbe, comprende entonces que no en vano la sentía realmente hija de su corazón. Si existen madres que abandonaron a sus hijos, hay, felizmente, quien los recoja y forme. ¡Madres, en verdad, del alma! ¡Salve, armonía del mundo! Cada una de tus lágrimas, maestra, es una perla del collar nacional, porque los argentinos no tenemos más reina que la patria.

Si faltóle a Jesús, entre sus apóstoles, una maestra, ella recogió sus tradicionales parábolas, y hoy, juntamente con el maestro, entran en el mundo, sembrando en los desiertos las simientes del Evangelio: ella, dulcemente, y él, convenciendo, —la una, dominando el corazón,—el otro, la mente, y ambos apartando las breñas y las zarzas de las vías para la libertad del paso y avance del destino humano. Son los generadores de la historia, porque los hechos, sucesos y acontecimientos, no son sino expresión de los sentimientos y las ideas, nacidos en las entrañas del alma, allí donde regaron aquellos padres del

espíritu, desconocidos, olvidados hasta por sus propios discípulos, y, para mayor ironía de la grandeza, humildes como los pescadores divinos. Por más que se haya sido formado por los catedráticos ilustres de su tiempo, a aquél de la cartilla, que despertó, recalcitrante, con el ejemplo, los sentimientos nobles, debémosle todo lo que poseamos de intransigente con los vicios, de bondad y sentimentalismo. El nos ungió caballeros del mundo, aristócratas cristianos, y si, por la tradición de la educación antigua, fué alguna anciana delicada y noble,—¡oh, santa mujer!... Hay maestras con talento de matronas y con instintos y modales tan aristocráticos, que parecen más princesas arruinadas y vencidas por alguna revolución democrática, que esperan, en sus proscripciones, la vuelta al viejo régimen, aunque más de una, realmente, había caído de arriba, por los reveses de la malhadada suerte. Es que la aristocracia está en el alma,—es ella la azul,—y la reina Victoria, cuando se la quiso declarar "la grande", para caracterizarla en la historia, ¿sabéis lo que contestó?: "No; la buena no más". Es que la bondad es divina. (1).

---

(1) Publicado en *"La Nación"* el 2 de Febrero de 1915 con el título *La Maestra de la colonia.*

LAS VACAS

Si el potro, entre los cuadrúpedos, es el rey de la pampa, sostengo que la vaca es la reina. Su tamaño, sus majestuosas formas, sus perfiles relevantes destacándose en el espacio, sus respetables cuernos, su noble faz, sus sinceras miradas, su acompasado andar,—sus pausas, sus paradas y los giros de sus ojos francos, cristalinos,—su vuelta al paso, el juego de su cola, arrastrándola a guisa de vestido,—principian por darle un aire señorial que no tienen los ejemplares de su sexo de los demás ganados. ¿Y cuándo hace alto y mira a las gentes con expresión inquisidora, parece preguntar: "Qué haces en mis dominios? ¿Ignoras que estos prados son míos y tapiz del infinito salón de mi desierto?"—Y exclama: "¡Vete a tus infestadas ciudades!" ¿Y cuando, rezagada de la hacienda, busca a su ternerito, y para llamarlo, muge? Sus profundos mugidos, salidos de sus entrañas, llenan el ámbito del espacio y van hasta los horizontes. — Doquiera que hay un alma humana nace una conmoción íntima. Es una madre, incuestionablemente, que llama a su hijo perdido. "¡Ven, ven pronto, pronto, que avanza la noche, la tormenta, y debemos marchar al rodeo!"—parece gritarle. Un cañonazo no es más hondo,—ni va más lejos, y el corazón, enternecido, comprende cuán intenso, cuán sublime, es realmente el amor materno. ¡Oh, madre, cualquiera que sea tu especie, tu afecto te agiganta y mantiene inextinguible la pira del eterno amor del mundo!

La vaca de la colonia es mansa,—todos la conocen y festejan, aunque algunos colonos no la perdonan que en cierta ocasión saltara el alambrado y pisoteara sus maizales. De origen aristocrático, sus antepasados fueron algún duque de Portland

o condesa de Devonshire, y lo atestiguan sus pergaminos sellados por sus formas sobresalientes, esculturales, amplias, sus maneras suaves, serenas y sobre todo su piel sedosa, brillante, que más parece un tapado lujoso contra la intemperie. Los hay de todos colores y gustos, desde el negro azabache y blanco como el armiño hasta el ceniciento que imita la piel de chinchilla. ¿Y los rociados de colores, como si les hubiesen llovido gotas de variadas tintas?... Hay algunos atornasolados, azules.

Confieso que tengo por la vaca un altísimo respeto. Principio por olvidarme que es obra de la creación y que produce al buey que ara y abre el surco en que se arroja la simiente del pan que nutre al mundo; fíjome solamente en su personalidad, en su planta y apostura. ¡Qué ojos! Inmensos, puros, parecen soles. ¡Qué miradas! Son rayos, destellos. ¿Has visto, lector, alguna vez una mancha en su piel? Por no ensuciarla, ni en los días estivales se sumerge en la laguna, y sin baños turcos ni romanos, ni otros que los de la lluvia a la intemperie, mantiénela en perfecta y lustrosa limpieza, porque sabe que es su tapado y el único para el diario, las ceremonias y las grandes solemnidales de la naturaleza. ¿Qué animal,—y comprendo al racional,—tiene tal perfume? Lo exhala, y lo acompaña a manera de aura, llevándolo donde quiera que vaya; y no desaparece como el químico, porque es el zahumerio de su sangre, de su personalidad entera. Es el olor de su leche,—pero no me refiero a la del lecherò, fría, aguada, que más semeja pintura adulterada, infestada ya, sino a la que, a su pie, blancas y hábiles manos extraen de sus ubres generosas, llenando infinitos vasos, aireada, que recuerdan, desbordantes, panales que ofrece, grata, en cambio del cuidado humano y de las jugosas chalas que se le arrojan en el establo. Su espuma es sedosa, y tan delicada, que el aire la desteje. Parece una ráfaga de niebla, un soplo del alba. Es tal la irradiación de su perfume, que, al zahumar, marea,—pero es un mareo que embriaga con las brisas de los prados, y se sueña con la pampa infinita, que se dilata y se pierde en el confín... Tal leche, así bebida, refresca la

sangre, suaviza el carácter, lo unge de bondad y nos retorna a la niñez.

La vaca, entre los arianos, fué, antes del uso de la moneda, agente de intercambio comercial. Los egipcios y los brahamas se abstenían, por respeto, de alimentarse con su carne, y la adoración los llevó a considerarla sagrada. Aun en sus jardines y calles se la ve paciendo; sus adoradores le llevan en la mano arroz y granos, y los sacerdotes de Siva, tercer Dios de la trinidad india, paseaban de pueblo en pueblo a las vacas que consagraban a su culto, con sus cuerpos y cuernos adornados, en procesión, acompañados de un numeroso cortejo, bajo el auspicio de banderas de todos colores y precedidas de músicas y cánticos. A su muerte, se las enterraba con las pompas más solemnes.

Los pueblos que, religiosamente, no la adoraron, le manifestaron, por ser, desde el origen de la humanidad, su única riqueza, la más alta admiración y afecto. Siva está representado, en sus templos, por un toro sobre un gran pedestal; entre los romanos, matar un buey no era menos crimen que asesinar un ciudadano, y los atenienses se abstuvieron largo tiempo de inmolar estos animales en sus sacrificios. A Osiris, dios del Egipto, se le representa, como introductor de la agricultura, en la forma del buey Apis; éste tiene, como se sabe, carácter divino, y buey fué el primero que calentó con su aliento al salvador del mundo al venir a luz en aquella noche invernal, tiritando, dentro de un mísero pesebre.

La vaca ha sido siempre para nosotros, dado nuestro régimen social, la principal fuente de riqueza y la que en todas las crisis económicas y financieras nos salvara, y si los antiguos le levantaron templos y altares para adornarla simplemente, nosotros, principalmente ganaderos en el pasado, en el presente y el porvenir, deberíamos, a la entrada del puerto, levantarle, agradecidos, una gigantesca estatua sobre un pedestal hasta las nubes, porque es nuestra madre económica y nosotros, sus hijos, a quien le debemos, social y políticamente, lo que somos y seremos. Debería figurar, en nuestro escudo, porque, si no es emble-

ma de libertad, es igualmente de fuerza, de riqueza, de poderío, que es independencia, debiendo a su brava sangre ser fuertes y orgullosos de nuestro suelo.

—Vamos ahora a hallar unas tamberas—me dice Pedro, en la marcha, conociendo mi predilección por este líquido sin par. ¡Un ranchito con montera de junco de la ciénaga vecina y adornado con un palenque desvencijado! Salen dos viejas criollas,—suelta una el mate y la otra la dice:

—Traete la negra.

—¿Viven solas?—le pregunté a la que quedaba.

—Sí, señor, de estas tres lecheras y pensamos, con unos ahorros, comprar pronto un campito, porque este es calle.

Asombróme que tan pocas vacas fueran tan productivas para dos personas. ¡Era de admirarse la negra! Inmensa, renegrida, llegó coleando, sin duda saludándonos. No podía esperarse menos de su alcurnia y de su educación, adquirida, no entre ganados chúcaros, sino entre gentes. ¿Sabeis, lector, lo que es una anciana campesina? Una señora melindrosa. Entre estas dos señoras, *la negra,* como su compañera, adquirieron mansedumbre y urbanidad. Nunca ví vaca más hermosa. Su piel, como verdadero tapado, resplandecía. Al pasarle las manos por sus lomos, creía ser yo más bien quien la ensuciara, ¡tan limpia estaba! ¡Y era tal la fragancia exquisita y apetitosa que exhalaba, que sentí rejuvenecerme con los vasos de su espumante apoyo! Viniéronme tentaciones de abrazarla y acariciar su fragante hocico, cubierto por la rumia, de una espuma tan aireada y delicada como la de la leche. ¡Tan mansa, tan apacible, creía que por sus venas no corría sino leche, porque antes de convertirla en nimbos de ampo perfumaba, con su sola presencia, el ambiente!

Bebiendo, sentado en una silla, a sus pies, su precioso líquido, la miré, y el entusiasmo, al observarla, trocóseme en admiración, porque descubrí en la silueta de su enorme corpulencia, en sus espléndidas formas, ojos fulgurantes y enroscados cuernos, algo severo y noble. Fijéme más aún, y sugestionado por el provecho que brindaba a sus dueñas, aparecióseme

a la fantasía, con su generoso perfil, cual la madre de la humanidad. ¡Cómo! Produce al buey que ara la redondez de la tierra, al novillo que alimenta al género humano, al toro que corre en el vallado y brama en la espesura misteriosa... Despecha al niño, nutre al enfermo, fortalece al débil y devuelve al convaleciente los colores sonrosados, y ¿quién no se ha deleitado con el sabroso y espumante licor de sus perfumadas ubres?... "¿Qué sería de nosotros sin tí? ¡Sin tu carne y sin tu leche, nos moriríamos de hambre! Eres, sí, la madre universal. ¡Oh, nívea espuma! ¡Todas las ondas del mar te envidian tu blancura y dulce sabor, y las nubes, ante tus copos de nieve, más blancos que la harina de los trigales, se sonrojan...!". Casi le echo un discurso. "Pace libre en el campo,—díjela, entre mí,—al verla caminando ya.—¡Menea gozosa tu cola de sedosa borla, que mereces los establos de maderas perfumadas de Nerón!—exclamé.

Las tamberas son las matronas y forman los tambos, ese refugio de los débiles y de los sabios de la vida. Y cuando digo tambos, refiérome a los del aire libre en los alrededores de los pueblos, frente al campo, y en manera alguna a los de poblado, donde las vacas, impedidas de salir a la calle, yacen paradas en los pesebres, aprisionadas, como si fuesen de madera. Las desposeídas del sin par perfume, por no amamantar aún terneros o niños, son solteritas, que no llegarán, por el ojo sabio del toro, que sabe dónde hay belleza y amor, a ser solteronas.

¡Oh, vacas de la colonia, matronas, señoronas paseando o paciendo al borde de las lagunas o simplemente vaquitas, cuánto no me he deleitado viéndoos caminar, correr, mugir, bramar, bajar las laderas y mirar! ¡Nunca, al hallaros descansando en las huellas de los caminos, os hice levantar! Preferí dar media vuelta. Al caer la tarde, a la hora de la carneada, suele oirse un estruendo profundo, dilatado como un trueno. Es un llanto, lastimero, tristísimo, que os ha hecho derramar una lágrima interior, porque presentís, sabéis... y si se acude al punto, veis que fué una vaca que, al sentir que la degollaban, no tuvo, en su desamparo, sin defensa, más que exhalar ese quejido que

estremeció la tierra y le dejó una laguna de su sangre generosa, para que la bebamos y nos alimentemos. Sabe también sacrificarse y redimirnos del hambre.

¡Jamás me olvidaré de este cuadro! Divisé, a la radiante luz de la luna, unos bultos... enormes, colosales, que, inquietos, se agitaban. Unos echados, semejaban focas, otros, del tamaño y forma de rinocerontes o megatheriums, parados, destacaban, en el espacio, sus gigantescos cuernos de luz, y los demás se estiraban y bufaban como verdaderos búfalos, atronando la soledad.

"¿Qué será"... Avanzo,—y a medida que acercábame al grupo feroz, disminuían los brutos el tamaño: ¡Al revés! Sigo adelante. ¡Qué chasco! Los echados eran unas vaquitas, que, descansando, rumiaban; los megatheriums, bueyes viejos, y los búfalos, toros que llamarían a algunas vacas rezagadas. Luego de pastar en el vallado habíanse trepado todos a la cuchilla para echarse y aspirar las brisas, porque en el estío, al caer la tarde, ansíanse más que gotas de agua en las sequías, y por la perspectiva, semejaban cuanto más lejos, animales antediluvianos. Estaban de sobremesa.

Después admiré, en grabados europeos, reproducida esta escena, que demuestra que las vacas tienen también sentimientos estéticos, que les place las alturas para extender la mirada, contemplar el vallado, el horizonte, la salida o caída del sol, y que son donde quiera las mismas. ¡Oh, vaquitas de la colonia, sois las más mansas, bellas y familiares!

No tiene más descrédito que el que le arrojaron atrasados estancieros, que dueños, muchas veces, de cien mil vacas, no poseen en sus vastos dominios ni quesos, ni manteca, ni leche, y cuando hospedan un convaleciente, arrastran una primeriza chúcara al palenque, y tres veces a la semana se presentan, riéndose, en la puerta de su habitación, exclamando: "¡Se escapó el ternero!". (1)

---

(1) Publicado en *"La Nación"* con el título *La Vaca de la Colonia.*

UN SUEÑO EN LAS COLONIAS

Yacía una tarde en la plaza de un renombrado pueblo entrerriano, y noté que en la puerta de la jefatura cargaban hombres en un carro. Cargar,—este es el verbo propio,—porque los llevaban a babuchas por estar engrillados.

—Son presos que van a cumplir su condena en la cárcel,—me dice un oficioso transeunte, al notar que no me daba cuenta del espectáculo.

El carro,—un carrito tirado por un caballo,—púsose en marcha por el rústico empedrado, y los ocho o diez presos que llevaba, se sacudían y agarrábanse de las barandas para no caerse. Todos iban con el sombrero echado atrás, con expresión provocativa, y destacábase una china alta, delgada, de nariz aguileña y líneas arianas, que echaba bocanadas de humo de un grueso cigarro. Hízome acordar a Carlota Corday en camino del cadalso, y el carro, bamboleante de ajusticiados que se burlaban del destino, a las escenas de la época del Terror.

—¡Pobres!—exclamé, a pesar de su desfachatez, porque el origen de la delincuencia está en las clases superiores que gobiernan, que bien pudieron, con la educación pública, contrarrestar la influencia de la herencia y la degeneración,—y ¡allá van los hijos repudiados del pueblo, víctimas de sus fatalidades!

—¡Asesinos, señor!—me dijo el interlocutor.—Entre ellos va uno que degolló a su amigo por roncar fuerte.

—¿Cómo es eso?...—exclamé,—invitándolo, en mi extrañeza, a que me contara el caso.

—Estaban ambos durmiendo en la misma pieza; se recuerda él a medianoche,—oye sus ronquidos, y como le impidieran

continuar el sueño, se levantó y lo... ¡Y eran íntimos amigos! La población, indignada, quiso, al día siguiente, lincharlo...

Me quedé pensando... Os imaginaréis en qué, lector..., —pero reaccioné en seguida, al deducir que hubo pueblo que quiso hacerse justicia por sí mismo.

A la noche, durmiendo tranquilamente en un hotel, llaman repetidamente a mi puerta. Yacía, respecto de la pieza, inconsciente, porque el hotelero, por llegar, apagadas ya las luces, me llevó a obscuras, por zaguanes y recovecos, hasta la que ocupaba, diciéndome simplemente: "Aquí está su dormitorio",—de modo que yo sólo sabía que estaba en una pieza,—pero no cuál fuera. Esta situación misteriosa influyó a que me levantara doblemente fastidiado, y hablándote, lector, reservadamente, con cierto temor.

Abro, y entra el hotelero con una vela encendida y acompañado de un individuo. Quiso, lleno de genuflexiones, presentarse... Me imaginé el caso: estaba lleno el hotel, y pretendía que yo, huésped, le diese, a mi vez, hospedaje. Ganas diéronme de negarme, porque como no vi, al entrar, gente, parecíame que el hotel estaba vacío y que era sólo un pretexto para incomodarme. Confirmábamelo el silencio, más propio de un cementerio, porque me dije: "¡Habría siquiera ronquidos!" ¡Nadaaaa!,—pero en la campaña hay que ser liberal... El pasajero, por su parte, estaba ya adentro, y no tuve más que sonreirme, con la reverencia consiguiente, dándole a entender que me felicitaba, por el contrario, de la casualidad que me brindaba el honor y la suprema satisfacción de tener un compañero de cuarto tan simpático e importante.

Cuando prendí la vela, haciendo de su criado, para que S. E. no se desnudara a obscuras, le reconocí: era un comerciante francés, de esos que andan por todos los poblados con mercaderías y que se permiten entrar a los hoteles con una docena de baúles colosales. Ya había tropezado, al entrar, con uno de ellos. Nos saludamos; díjele que le había encontrado ya por otras partes; pero desconfiado, como legítimo francés, no me contestó ni con la sonrisita social del caso, creyendo, sin

duda, que era algún caballero de industria, que querría introducirme en su confianza. Estaba, sin embargo, contento, porque, cansado, recién llegado, y tarde de la noche, hallábase al fin delante de una blanca cama, cuando quizás pensó dormir en una plaza. Púsose, entre dientes, a tararear, y a hacerle, placentero, tales reverencias y saludos a su lecho, que me hizo acordar a cierto títere, también francés, que, en igual trance, decía: "¡La cama de yo!" Cerró la puerta, y después de algunas palabras más amables, que demostraban, por lo menos, cortesía, me dice:

—Ronco muy fuerte. ¿No lo incomodaré a usted?...

Sugestionado todavía por el cargamento del carro y con el cerebro excitado por las reflexiones que me sugirió, le dije, más en broma que fastidiado:

—No tenga cuidado,—no lo degollaré.

Aunque el francés, por sus continuos viajes a los más extremos lugares, estaba familiarizado con los tiempos de este verbo, no dejó el mío, dicho por persona desconocida, a altas horas de la noche, de erizarlo... Todavía ni se vislumbraba la guerra actual, que nos ha curado de espantos. Casi exclama: "*¡Mais allons donc!*"—y le conté mi impresión del carro, para que no fuese a creerme partidario del atentado del victimario.

Como convencióse, por mi traje, que yacía sobre una silla, y, luego, por mi conversación, que era, por lo menos, un pueblero, me refirió, por su parte, lo que sabía o había oído sobre tan espeluznante materia, que todavía es hoy represalia en las revoluciones de varios países vecinos. Yo le conté, a mi vez, lo que recordaba.

Estuvimos, así, conversando, acerca de tan escabroso punto, casi una hora. Fué una noche sangrienta. Enardecido, no pude menos, en señal de protesta, que agregarle:

—Hay individuos para quienes,—¡parece imposible!,—constituye un placer,—y un placer sensual, que los embriaga. Me encontré, en cierta ocasión, con uno de aquellos monstruos. Inmediatamente convencíme, por ciertas palabras, que era un aficionado de corazón. Me refirió que había degollado mucho,—

que estaba cansado de ello,—con esa expresión despreciativa de quien ya le ha dado en cara un placer. "Conservo afición, sin embargo, por las recorridas"—me agregó:

—¿Qué son?—preguntóme el francés.

—Comisiones que, en las guerras civiles, salían a capturar desertores. Se usan todavía en la otra orilla, y me contó el aficionado aquél que los buscaban por las próximas pulperías. Los encontraban, después de mucho campearlos, ebrios, durmiendo boca arriba. En tal posición, los pasaban a cuchillo, y al sentir que la sangre se les escapaba por las carótidas, exclamaban: "¡Mi madreeee...!"—pero, ¡era ya tarde, porque la cabeza, separada del cuerpo, saltaba en convulsiones! Bailaba, y ¡qué miradas! Inolvidables. "¡Ah, hijitooo!"—exclamaban, riéndose, los ejecutores.

—¡Humm!...—oí que refunfuñó:

—Después de la batalla de Masoller,—continué, con la dulzura de un cuento de Cooper,—quedaron en el campo, de ambas partes, más de tres mil muertos. Era una noche de luna, fría, y varios de aquellos aficionados, atacados de la maldita fiebre de sangre, se pusieron a degollar los cadáveres congelados.

Nuestro francés era cultísimo, bien vestido, de maneras afeminadas, concordantes con su rostro linfático, lampiño, blanco como la estearina. No articuló una palabra, al terminar mi relato. Dióse vuelta, en señal de dormir,—de lo que colegí que, como puñalada de pícaro, le había traspasado el alma... Hoy con mayor experiencia, me habría callado, porque semejante cuadro, era, aun de día, como para trastornar. Arrepentido, estaba, ante mi conciencia, excusado, porque el mismo me incitó a hablar, y llevado por mis deducciones sombrías, más busqué un consuelo que un desahogo. Traté también de conciliar el sueño, porque, con el alma atormentada por tan horribles impresiones, no estaba para calmar a nadie.

A las pocas horas, recuérdome sobresaltado. Tenía, a pesar de mi estado nervioso, razón, porque mi flamante compañero roncaba. Me acordé de su aviso. "¡Pero estos no son ronqui-

dos!''—me dije,—porque distinguí que eran ruidos más bien guturales. Hacía también gorgoritos, como si tuviera prendido al pescuezo un collar de ranas. Seguí escuchándolo, y su oído confirmóme mi impresión. Continuaron, así, cada vez más fuertes. ''Si lo hablo, — me dije, — se sobresaltará, — retrotrayéndose a su consabido recuerdo, — creerá que lo estuve degollando, y quizá le sobrevenga algún acceso... En estas pesadillas hay que estar en guardia, porque raro es el organismo que no contenga el germen de alguna afección estrepitosa''. Me puse a hacer adrede ruido para que se despertara naturalmente, — pero los tales ronquidos seguían cada vez más guturales. ''¡Este hombre está enfermo!''—exclamé, y no me arredré en prender la vela.

¡Santo Dios!... ¡Qué espectáculo! Estaba con la almohada muy alta, casi incorporado, pálido, lívido...

A no ser sus ronquidos, diríase que estaba muerto. ''¿Qué hago?'',—díjeme,—y me puse a caminar, intencionalmente, en la pieza, — después, a taquear...

Ni la luz ni los ruidos hacíanle mella. No se me ocurrió llamar a Pedro, que estaría, verdaderamente roncando, en alguna pieza del fondo, porque le habría gritado, sin más ni más: ''¡Monsieur, Franchute!''—pretendiendo levantarlo a reben cazos. Acordéme, en cambio, del dueño del hotel, desde que él me lo trajo, para salvar cualquiera responsabilidad, — pero antes quise hacer más ruidos. Tomé la vela, — me acerqué poco a poco a él; ¡nada!...; seguía roncando, como si estuviera empedernido... Parecía, con sus cejas serenas sobre los ojos cerrados, un gran señor, un obispo... Le aproximé más la vela. Casi se la puse en las narices. ¡Nadaaaa! ''¡Este hombre está muerto!'' — me dije. No; respiraba, — y bien, porque roncaba fuerte. Transando, en estos tiempos conciliadores, me dije: ''¿Será un muerto vivo?... ¿O un vivo muerto?...'' que es lo mismo — y satisfecho, por el momento, de mi científico diag nóstico, pensé en los casos de catalepsia... y en los de enterrados vivos. Aunque raros, ''bien pudiera ser éste uno de ellos'', — exclamé. Deseoso de resolverlo, me dije: ''¡Yo lo voy a des-

pertar!'' — y bajé de la pared una lámpara con reflector, y la encendí. ¡''Ahora vas a ver!...'' — agregué, — y dándole toda la fuerza, le proyecté el resplandor en el rostro. Como no le produjera efecto, a pesar de ser tan vivo como el de una linterna, casi creí, ingenuamente, que fuera un muerto vivo, o viceversa. Me animé a llamarlo, aunque, de la impresión, se trastornara. ¡Idea que se me puso! Pero no hay como andar con las cosas para familiarizarse con ellas. Hasta lo toqué. Sólo me faltaba echarle agua. ''Vamos a ver si, gritándolo, se despierta'', — me dije, e ignorando su apellido, le llamé:

—¡Monsieur de la France!... ¡Monsieur de la Larochefoucauld! — cada vez más fuerte. No se me venían otros nombres a la memoria.

¡Nadaaaa!...

Resolví ir a golpearle la puerta al dueño del hotel, — como él hizo, horas antes, conmigo. ¡Quién lo diría! ''Donde las dan las toman'' — me dije. Salió inmediatamente, en mangas de camisa, porque, — parecía, — que dormía así. Referíle, debajo del corredor, el estado del cuasi difunto, correlacionándolo con la conversación que tuvimos antes de dormirnos...

—¡Estará borracho! — exclamó, riéndose...

Era de esos hoteleros que tienen la peor idea de los pasajeros pasados, presentes y futuros, con esta particularidad: que, aunque a los que no conocía, tratábalos con confianza, poco menos que a empujones, y casi todos decíanle: *compadre,* no sé si por simpatía o vínculo espiritual.

—No es broma; venga, véalo...

Tomó la vela, — ¡casi se la puso en las narices!; después, la lámpara...

—¡Usted, ve!... — le dije, ante su rostro iluminado... Parece un muerto... Quizá esté bajo un ataque apoplético...

Y sin escucharme más, principió a llamarlo: ''Monsieur de Carrabás, — monsieur de Carrabás'', — a gritos.

Y como no se despertara, lo sacudió...

No viéndolo abrir los ojos, le sacó la almohada superior y se la descargó varias veces sobre su cabeza.

Abrió, al fin, los ojos, en el instante que el hotelero le llamaba, otra vez, por su sonoro apellido.

—Soñaba que usted me había degollado... — díjome.

Yo también tuve ensueños, soñé que mi alma y mis manos eran rojas, que ensuciaba las sábanas con una sangre tibia y pegajosa y que una luna y nubes coloradas enrojecían la negra noche. ¡Un incendio en los astros!

Tranquilizado, al verlo volver en sí, y él también, nos repitió despacio..., — después de darle una infusión de tilo con azahar,—que, durmiendo, lo degollé... Estaba como acogotado, porque la sangre de la garganta, por la sugestión, en vez de salir afuera, bullíale adentro, haciéndole gorgoritos... ¡los gorgoritos aquéllos!...

¡Lo que he visto en las colonias! — a curas insultando desde el púlpito a las autoridades,— a las pulperías convertidas en hoteles y bancos,—a mocetones guapos casados con ancianas cadavéricas,—a vecinos durmiendo en catres en las veredas,—tomar el tren a caballo,—creer en Dios, porque brinda las cosechas,—escuelas bajo los árboles,—criaturas de pecho a caballo, durmiendo,—lauchas saltando, en la puerta de su cueva, sobre un gato dormilón,—lechuzas haciendo pruebas acrobáticas en los alambres del telégrafo y muchas otras cosas estrambóticas! ¡Si te contara, lector!... (1).

---

(1) Publicado en *"Caras y Caretas"* el 11 de Agosto de 1917 con el título *Un sueño en las Colonias.*

EL CARTERO

—Carterooooo....

—Ahí está el cartero, — dicen los colonos de adentro del rancho.

¿Cómo conocen su voz? ¡Oh, la conocen! La oyen hace años, aunque antes fuera fresca y clara: era la de un niño, y hoy es de un adulto. Pero siempre es la misma. Voz querida, que hace soñar de noche, en la siesta, y se la espera siempre.

Al salir afuera el colono o alguien de su familia, encuéntralo ya con su caballo empinado en la barranca del alambrado, alargando, con su liberal mano, la correspondencia, que sacó de la valija. No hay más que tomarla. "Buenos días o buenas tardes" — nada más, por el momento, porque viene de la estación, del caserío, del villorrio, de las aldeas, y se dirige de prisa a las innumerables cabañas de la colonia, que en la extensión, por los altos trigales, no se ven,—pero que él sabe donde están y cómo se llega a ellas,—y empujando, desde su asiento, al caballo, con ademán de partida, se aleja...

Sólo se oye, de vez en cuando, su canto, — un cantito nacional, que tiene, para acompañarse, en sus solitarias travesías.

Los colonos le mirán de atrás. Si ha traído buenas noticias, lo bendicen, entre la polvareda que levanta, si no, nadie lo culpa de nada, porque sábese que su misión es repartir a cada uno su lote en la suerte... Desterrados de las especulaciones mundanales, no les anuncia, — aparte de la muerte de algún deudo, que sólo es posible imputar a la fatalidad, y eso allá de tarde en tarde, — sino buenas nuevas. Cuando yacen

con el ánimo dependiente de alguna noticia, cabizbajos, "¡Vamos a ver qué dice el cartero!" — exclaman, — y le esperan al rayar el día, en la canícula, a la tarde, hasta la noche, y al divisarlo por las huellas profundas, desecas o pantanosas, salen a recibirlo en la tranquera. Si calma con sus cartas, los ánimos, "¡Albricias!" — exclaman todos, — y quieren agradecidos, festejarlo, invitarlo con caña rebajada, — pero sólo acepta un jarro de agua fresca, y, gozoso, feliz de repartir la alegría, sigue, filosóficamente, en su caballo, porque sabe que la rueda de la fortuna es ciega y varia.

¡Quién lo diría, — ese mísero mortal — desheredado en pobre jamelgo, es sol de las almas, porque las alumbra con venturas, y, en la duda, es la esperanza! Nadie, ni en la hora del llanto, le ha maldecido, porque arriba de su testa está la fatalidad. No hay ser humano, entre la innumerable falanje que teje la enmarañada red de la vida social, que se haya apegado más, en los desiertos, al alma colectiva. Es un bienvenido en la vida colonial, y se le recibe siempre con la sonrisa en los labios —y ¡parece imposible! — muchas veces es una niño — porque es un agente ciego del destino.

Es un soldado de la vida, — quiero decir que pertenece a ese interminable ejército destinado a servir, porque la humanidad, — no lo olvides, lector, — se divide en dos mitades: la activa y la pasiva. No le demostremos lástima, por pertenecer a esta pequeña mitad más porque el honor de la vida es servir para algo o, aunque más no fuera, a alguien, en contraposición a los egoístas que apenas sirven para sí mismos,—y, consciente de su misión, tiene la bondad de un niño eterno, porque, luminar de las almas, no envejece nunca. Me diréis que es modesta, humilde; sí, dadas las apariencias banales del mundo, —pero intensa, vasta, porque tiene bajo el cielo, por escenario, los desiertos, y por fin, serenar los hogares, llevar la paz a los corazones, hacerse amar. ¡Hacerse amar! ¿Puede existir, fuera de las innumerables tiranías de la vida, una aspiración más noble?...

¡Y qué valeroso, — con ese valor nacido para luchar con

los rigores del sol y de los fríos, las nevadas, las lluvias, los huracanes, los largos temporales! Y los vence. Cuando no puede más, se entierra, en el desierto, en una cueva, y se siente feliz cuando es un boquete que le permite entrar con su caballo. Ambos forman un consorcio, porque hacen una misma vida, en que las necesidades y los peligros los nivela. La soledad infinita de los desiertos ha convertido en psicólogo al cartero, y si no habla consigo mismo, — con ese grande amigo del yo, — conversa con su caballo. El noble bruto le contesta con miradas y caricias, — le lleva por los buenos pasos, y cuando no puede más, suspira, — un íntimo suspiro, que más parece un crujimiento. Tercia en este dualismo, muchas veces, un perro, que los carteros llevan para que enardezca, con su fidelidad y zalamerías, una vida tan muda. Marcha tras de la caballería, con la lengua fuera, por los empolvados caminos, — y ahí van los tres, — pero conjuntamente, hacia el mismo altruísta fin de llevar las buenas nuevas, hasta que se paran... Entonces, el tercero en unión, sirve de guardia, y puede el caballero dormir tranquilo, porque ahí está él.

Los malevos, los cuatreros y las bandadas de malhechores lo respetan, porque alguna vez fuéles nuncio placentero y, en su culto al coraje, conservan rasgos de altivez generosa. "¡Ahí va o viene el cartero!" — exclaman con afecto más bien. Todavía hay restos de indios, que lo ven cruzar, sin ninguna mala tentación, las altiplanicies patagónicas, porque ¿qué prendas podrían arrancarle en cambio de la vida?... ¡Bendita pobreza, que, en tal trance, es coraza, salvoconducto! Alma solitaria, marcha siempre al confín, como un navío, como si expresara algo del destino. Silencioso, alegra el desierto, en sus instantes de buen humor, con sus canciones, que las ráfagas recogen y envían lejos, muy lejos; de noche, al cortar campo, se ilumina el paso con su cigarro, y el viajero, ante una chispa en la tiniebla, se dice: "Es un cartero". Es el único que no tiene miedo, — ¡bravo! — ¡sólo cree en las ánimas, y cuando un caballo, al resplandor de la luna, se espanta, se persigna y sigue, porque ha descubierto a los pocos pasos, por la ilusión de un re-

lámpago, una cruz y cierto ruido entre las pajas... Nunca me olvidaré de aquel cartero que hacía en pelo su servicio entre Bahía Blanca y Patagones, en tiempos que la zona intermedia estaba aun plagada de indiadas, y al preguntársele por qué no usaba recado, contestó, con asombro del interlocutor: "¡Para que me lo roben los indios!" Llevando su oficio hasta el rigorismo, había conseguido, endureciendo su piernas, domar hasta el filoso lomo del caballo. No es posible, al respecto, ser más gaucho, — más que los indios, — porque si éstos se presentaban, en los malones, también en pelo, sus caballos estaban redondos de gordos!

El va hasta el linde del Océano y de los Andes, hasta las fronteras del Chaco y Misiones, atravesando, entre los indios, ríos, guadales, todo género de peligros, — hasta donde no hay más patria, para llevarle al último colono la querida misiva. Y si en el camino se le ataca, pelea encarnizadamente, como un león, como un tigre... ¿Por él?... Por defender su valija, porque, entre la bolsa y la vida, prefiere mil veces perder ésta, confiada a su honor, — que no es la de Shyllock, ni la de los dineros aquéllos. ¡Oh, sabe que la correspondencia es sagrada! Y para llevarla personalmente a tan lejanos destinos, ha sufrido también hambres, porque ¿cómo durarle, en las largas travesías, el pedacito de pan y queso o fiambre que lleva al cinto?...

¿Qué come usted cuándo se le terminan? — le pregunté a unos de estos servidores de hierro, que hallé una vez en una posta de un Territorio Nacional, en instantes que se embocaba nuevamente en el desierto infinito.

—El perro me caza perdices, matacos, peludos, mulitas, quirquinchos, cuises, y los aso. Como también huevos de tero, de avestruz, cogollos de cardo, verdolaga y berros en los arroyos.

—¿Y agua?

—Yo no tomo agua.

—¿Tomará vino?

—¡Diaonde... yerba, puros palos!

Así, marchando en el ejército universal de servidores de la

humanidad, dominando arideces y penurias, lleva la carta hasta su destinatario, que sólo ha costado cinco centavos de porte y que quizá sólo contenga insulseces y falsedades, sin que él sospeche siquiera el mérito de sus triunfos. ¡Oh, hay héroes ignorados, — y se trabaja en la Administración Nacional! Habrá habido, como en los primeros países, malversaciones, malos empleados, pero los inferiores dan muchas veces ejemplo de fidelidad a los superiores.

Hace pocos años unos bandoleros encontraron un cartero, — un carterito, porque era un adolescente, — enterrado en la nieve de la falda andina, recostado contra un contrafuerte, muerto, helado, — por supuesto, después de pasado el rudo temporal, — pero con la valija al lado. Se hincaron, le rezaron un Ave María, y respetando el tesoro confiado a su guarda, diéronse maña para sin su riesgo, poner el hallazgo en conocimiento de la autoridad vecinal. ¡Oh, es sagrada, sí, la correspondencia! ¡Se respeta el heroísmo! La policía, sus jefes inmediatos, sus compañeros y vecinos lo hallaron así, congelado. Los centinelas japoneses, que, en la reciente guerra con los rusos, quedaban sepultados por las bárbaras nevadas y se les desenterraba con el fusil al hombro todavía, no dieron, en aquel triunfo nacional que enseñó al mundo el límite del patriotismo y del valor, mayor muestra de abnegación, respeto y amor al deber, que nuestro carterito, que, al separarse para siempre de la patria y de la madre, cerraba los ojos con la valija, que era su fusil simbólico, colgado asimismo del omoplato. Y no creía, en su sacrificio, irse, por sus creencias religiosas, al cielo como un cohete volador, sino descender al negro antro de una tumba anónima. ¡Y todo por un sueldo increíble: mitad del de un portero, y el último del Presupuesto! Es que no lucha sólo por el sustento: es uno de los tantos soldados de la paz universal, y vive para servirla!

La prensa nacional relató este suceso, que el corazón argentino, en todos los ámbitos de la república, leyó compungido, y no dió el nombre del héroe, porque sin duda lo ignoraría. No era tampoco el primer sacrificio de un cartero, porque los hue-

sos de sus predecesores, caídos a embates de los rigores y la miseria, pueden servir de jalones en todas las vías de los desiertos. ¡Ni una cruz, porque los soldados de los ejércitos de la humanidad luchan por la civilización! ¡Allá van!... Hormigas del mundo, no tienen ni la gloria de su propio sacrificio. ¿Murió insolado un cartero, helado, defendiendo su valija? Así honra a su institución, y cuando se piensa en las glorias de la historia, se deduce que ellas no son obra de los generales o los caudillos, sino de los soldados de los tantos ejércitos de la guerra o de la paz, que, uniformados, marchan al asalto de una fortaleza, de una institución o de una de las tantas ideas del progreso humano.

El cartero argentino tiene ya su leyenda estoica, que enriquecerá un día, con sus abnegaciones, la historia nacional, y en sus páginas ha escrito con su sangre estas palabras: *La vida es milicia.* Es otro de los tantos hijos de la pampa, esa madre nacional, que amamanta a sus hijos con leche de lema, fuente del oro, de tantas glorias, de la poesía y de las nobles leyendas... ¡Oh, el desierto es como el mar! Sus hombres son verdaderas personalidades morales, caracterizadas por su orgullo fiero, la abnegación y el coraje. Doman la vida. (1)

---

(1) Publicado en *"Caras y Caretas"* el 22 de Agosto de 1911 con el título *El Cartero de la Colonia.*

CUADRO

Marchaba apurado, en una noche densa, por llegar a mi colonia, que se iba formando ya.

No se veía, como dicen, ni las manos.

Pedro, mi ya conocido secretario campestre, luego de hacerme algunas advertencias, que, por seguir bregando en el campo, éranme en extremo útiles, díjome que la langosta aparecía cada siete años... ¡Cómo las vacas de Faraón! Yo lo escuchaba atento, porque acortaba el camino, y en esas tierras es provechoso saber hasta las agüerías,—y exclamó:

—¡Allí hay un incendio!...

No había fuego todavía. Sólo distinguíase, en la tiniebla, humo... — pero el devastador elemento no tardó, como todo lo dañino, en aparecer, y en seguida brillaron distintamente, a la distancia, las llamas, las llamaradas que surgía en espirales vivaces, ardientes, enrojeciendo irónicamente el horizonte de una manera espléndida, magnífica. Y para mayor desventura, agrega:

—¡Son parvas!...

Tales eran siempre sus consoladoras palabras, cuando en la primavera, sorprendido ante la negra tormenta que avanzaba, me contestaba: "Es el granizo". Era el granizo, sí, pero el granizo devastador, que arruina y arrasa como la guerra.

¿Sabes, lector, lo que son parvas, no, materialmente, sino desde el punto de vista moral? Son el amontonamiento de la cosecha, la síntesis del trabajo anual, con todas sus zozobras y duros esfuerzos. Pues bien,—todo eso, en tal ocasión, estaba destinado a consumirse delante de sus dueños.

¡Lo que es el fuego! De día es más humo, y las llamas

apenas lengüetean. Necesita, como las estrellas y la luna, la noche para brillar y ostentar su poder deslumbrante y exterminador. Entonces, como si la oscuridad lo avivara, se enardece, se subleva a modo del agua por el viento, y las llamas, alegres, vivaces, parecen cánticos de victoria, venganza... ¡castigo de pecados!

—¿Ve, ahora, arder las parvas?... — preguntóme Pedro, en sentido interpelante, encarándose, con su estilo simple, incisivo, realista.

¡Cómo no habría de verlas si ardían ya dentro de mi alma!

Sus siluetas destacábanse, y, por lo enormes, semejaban colosales ranchos... ¡toda una aldea devorada por el fuego! Percibíamos asimismo, perfectamente, el chillido de la paja ardiendo.

—Hay gente; deben ser los dueños—agrega.

Y parecióme, al resplandor rojizo, infernal, que los propietarios, desesperados, lanzaban imprecaciones al cielo, que amenazaban y gesticulaban al no poder impedir su propia ruina. ¡Siempre la fantasia adelantándose, como si bien pronto no se hubiere de ver la realidad cruel, deforme!

Y el incendio, cada vez más soberbio, más espléndido.

Crecía avivado por las ráfagas, que soplaban malignas, fatales. Parecía que reían, y que sus lenguas de fuego mordaces fueran carcajadas, mofa a la desgracia y desafío a Dios. Estaba, en la contemplación, consternado, y Pedro me dice:

—Marchemos alejándonos, porque pueden creer que somos los incendiarios.

—¡Todavía tales—me dije—después que comparto con ellos la pena!

Razonable suposición, porque ¡cuántos, al pasar, no les arrojan, por maldad, a las parvas, un fósforo encendido!

—Son conocidos...

—¿Cómo sabes?

—Estamos en el arroyo del Gato; es la chacra de los suizos...

—¿De los Spúler?... Vamos pronto...

Enderezamos, ¡qué cuadro! Este sí que era cuadro.

—¡Agua, agua!... — decíame, instintivamente.

¡Qué agua, ni agua, si allí no había sino la de un jagüel, que distaba 200 metros y profundísimo! Aunque se sacara a la cincha, ¡qué importaría un balde cada cinco minutos!... ¿Y quién subiría el agua?... E inútil sería apagar las parvas abajo, si, por el viento, ardían más furiosamente arriba.

¡Qué situación! ¡Qué desesperación la de sus dueños! Nunca dudé que ésta no fuera terrible; eran las parvas todo su capital, la amada cosecha del año, los frutos de sus fatigas, los símbolos de sus anhelos y todas sus esperanzas!

Y los perjuicios eran serios, porque cada parva era de 200 fanegas. Tratábase de una siega de cierta importancia. Los Spúller eran unos suizos hermanos, esforzados, que, a costa de sudor y economía, levantaron siete parvas. Para colonos, era una cosecha respetabilísima, y, en tan desesperante trance, la cuestión era salvar cuatro, porque ardían tres y eran futura ceniza. Nos bajamos del sulky.

—¡Ustedes por aquí!—exclamaron.—Gracias—agregaron —cuando nos vieron arremangarnos y aislar aquéllas con cueros y chapas.

Les dijimos que a ellas deberían reducirse todos los esfuerzos.

—¡Y éstas!...—exclamaron, con lágrimas en los ojos encendidos.

Por no decirles que, por falta de agua, era más práctico darlas por quemadas, ¡qué oportuno—me dije—sería ahora uno de esos aguaceros que muchas veces arruinan a los colonos! ¡Ah, no—el agua, no viene cuando se ansía!

Buenos deseos, ruegos íntimos, acción, valor,—todo fué inútil.

Bien pronto ardió la cuarta parva. Y como el fuego principiaba arriba de las parvas, comunicado por las chispas que volaban de las cumbres de las incendiadas, estábamos forzados a contemplar impasibles la propagación. ¡Qué tormento! Buscábamos la manera de evitar el contagio: ¡Imposible!—porque

las malditas chispas surgían incesantemente y giraban como luciérnagas. ¡Y qué humo, y qué calor! Sofocaban, como si no estuviéramos al aire libre. No se veía nada, nada, sino fuego y fuego, que se convertía en llamas. Y para colmo de desventura, había viento, ese viento que enfurece el mar y que en la tierra azota y levanta polvaredas que enceguecen y obscurecen el espacio.

¡Cómo estaban los corazones de los Spúller: batiendo y destilando lágrimas! Merecían que el fuego se apiadara, que no fuera, al menos, tan cruel, pero la fatalidad es impía, y presenciábamos comunicarse el fuego a la quinta, a la sexta... ¡y a la septima! ¡A haber quinientas, mil, se queman también, sin que nada ni nadie lo impidiera!

Las mujeres y los hijos de estos colonos deduciendo el fin, desde las primeras llamas, fueron a hincarse en el suelo de sus ranchos a implorar a Dios. Sólo Dios, verdaderamente, sin agua y elementos de salvamento, podía atajar la desvastación, y yo también, en tanto que andaba de un lado a otro trajinando, colocando chapas y cueros mojados, invoque su poder misericordioso, aunque por el triunfo de los bribones, vése que poco interviene en las cosas mundanales.

Las parvas fueron, poco a poco, consumiéndose. Las llamas se apagaron. Cesaron las imprecaciones ante las esperanzas defraudadas, porque el alma es de acero: si se dobla, yérguese nuevamente,—y entre el humo que también disminuía,—porque en esta vida hasta el dolor termina,—las parvas achatadas, negras, abatidas, bajaron. Parecían, en la obscuridad, barcas infernales que partieran con las calderas encendidas, a algún abismo, porque sus vientres eran puro fuego y fuego.

¡Qué calor! Quemaba. Era más de media noche. Nuestra presencia era inútil ya. "¡Consumatum est!". El humo, que era entonces la respiración del incendio, expansivo, fatigoso, cesó, y las parvas aparecieron más aplastadas y sombrías todavía. Buscábamos a los dueños para despedirnos y dirigirles las palabras de consuelo, triviales, pero en nuestros labios, en ese instante, sinceras. No los hallamos, y al acercarnos a las

casas oímos el susurro sagrado de las oraciones, que no se confunde con ningún otro en la tierra. Al sentirnos, salieron. La familia seguía hincada todavía. Y todos ellos, al salir con el semblante desfigurado por el infortunio, exclamaron a un tiempo:

—¡Ahí están las parvas, después de los sacrificios de arar, sembrar, velar, luchar contra la langosta y vencerla, de las intemperies y los sacrificios de todo el año, que han causado la envidia de muchos y la codicia de los acopiadores, convertidas en cenizas! ¡Qué se las lleve el viento! ¡Si el gobierno nos librara siquiera este año de los impuestos! Pero no, siguiendo su tradición, los aumentará, y después vendrá el comisario, quien, haciendo caracolear su caballo, querrá llevarnos presos todavía, porque hubo fuego en el campo, con todo de perseguirnos que quememos la paja contra la mosca brava. ¡Y lo peor de todo—agregaron al acompañarnos hasta la tranquera —que firmamos un contrato para entregar mil cuatrocientas fanegas de trigo! Tendremos que sacar dinero de bajo de tierra y comprarlo y entregarlo (!) ¡Oh, las autoridades y los acopiadores no entienden de desgracias! ¡Adiós, gracias; buen viaje!—nos dijeron, por último, apretándome fuertemente las manos.

Al regresar, dí, de despedida, vuelta la cabeza. Ni fuego, ni montones de ceniza: ¡nada!—y a manera del famoso Titanic, también las parvas desaparecieron en un instante, después de tanto iluminar e impresionar con sus siluetas, como si no hubieran existido! ¡Imágenes de todas las cosas de la vida, porque tal pasa desde con las ilusiones hasta con los seres queridos que enterramos con los ojos llorosos! Todo, todo, se convierte en nada, y ¿la nada, al fin, no será el todo? ¡Y tanto que nos sacrificamos por cosas que lo mismo es perderlas que conquistarlas... por quimeras! Muchas veces, dudo de nuestra existencia, y que el mundo de relación, nosotros mismos, que somos, por último, el mayor argumento para comprobarlo, son reales, ciertos, en cuanto existimos, — pero no existimos. Paréceme la vida, originariamente, una fantasía, y la contemplo como a

una águila inmensa, que surge, resucitada, de un sepulcro secular, arrojando nada más que polvo y polvo sobre nuestras cabezas, como expresión clásica de la nada.

He aquí otro peligro que no se tiene en cuenta en la agricultura: ¡el fuego! ¿Y cuando, por alguna malhadada chispa, el cereal se quema seco, dorado, antes de segarlo? ¡Ah, son muchos los riesgos a que está condenado, antes y después de emparvarlo! Felizmente, estas desgracias, en medio de la producción creciente, son excepcionales; pero en las ciudades, sus víctimas, al considerarse arruinadas, sin nada, se trastornarían, se suicidarían; el colono, fortalecido, después de tal trance, por el nuevo sol, que se explaya en el campo, vuelve a arar y sembrar.

En las colonias no hay suicidios. El alma, sana como el campo, cree en Dios y en la esperanza. ¿Sabes, lector, lo que me dijo Pedro, en tono de consuelo:

—La ceniza es buena para abono.

¡Alma fría y dura como el mármol, gaucha! (1)

---

(1) Publicado en *"La Nación"* con el título *Incendio de parvas.*

PERDIDO EN LAS COLONIAS

¡Perdido de noche en el campo! Yo tuve la culpa, porque me puse a manejar. "¡Qué hacemos ahora con recriminaciones!" — me dije. — "¡Si hubiese luna o estrellas!" — agregué, — porque el cielo estaba denso, negro. "¿Qué hacer?". Me bajo, avanzo, pero las cuchillas me impedían la vista. Aunque hubiera estado en una llanura, sólo habría podido divisar, por la tiniebla abstracta, luz.

El viento, que nos pudo guiar, había cambiado, y apenas corría aire. Iba a llover y estábamos desorientados.

Y eran campos desconocidos para mí, atrás del Uruguay. Pudieron, por los pastos, indicarnos donde yacíamos, pero estaban sembrados, y me acordé de un baqueano de cierta revolución oriental, que, probándolos, decíale a su jefe el punto que atravesaban. Buscaba ansioso, en las tinieblas, un arbusto que me señalara, por la humedad de la corteza, el sur; habría cerca quizá montes, pero... no veía ni un sólo árbol. Mirélo a Pedro, como preguntándole: "¿Qué hacemos?" — porque, si llovía, nuestra estada sería doblemente ridícula, esperando el día. Vióme, a pesar de la obscuridad, la mirada, y haciendo ademán de tomarme las riendas, dijo:

—Vamos por aquí...

Como no me diera ninguna razón, impacientóme más bien, porque, en el protocolo campestre, la intención sólo de arrebatar las riendas de un vehículo es una humillación mayor que si se tratara de las del gobierno, con pretensiones de un golpe de estado. El campo tiene también sus vanidades. Fastidian, por otra parte, los sabios silvestres, que, en tales trances, quieren hacer de adivinos, para después llevarse por delante alam-

brados y zanjas y tumbarlo a uno en un pozo con sulky y caballo. ¡Lindo prospecto en la noche, eh!—y como no me placía, exclamé, para mí: "¡Es el viaje de la mosca en un sótano!".

Y el caballo estaba bastante cansado.

—Por aquí... — volvióme a decir Pedro, porque en los trances serios, era hombre de pocas palabras.

No pude menos que preguntarle:

—¿En qué te fundas?...

Miraba... investigaba las tinieblas, sin contestarme; yo también, a su imitación, queriendo, instintivamente, penetrar los misterios campestres, las miraba, y cansado de su ciencia infusa, le dí, a manera de muchos gobernantes incapaces, las riedas del... carro de nuestro estado. "Toma testarudo" — le dije entre mí, — porque quería más bien huir de la lluvia que esperarla.

Soy de los que creen en los sabios y salvadores instintos... del caballo; pero el nuestro no era de ese pago, y deshecho, en ese momento, de fatiga, no estaba para investigaciones nocturnas.

Rumbeó, es decir, Pedro. Yo sentí, en el acto, la conciencia del manejo e igualmente el caballo, porque obedeció con liberalidad, marchando, aunque a ciegas, adelante, como diciendo: "Ahora tengo quien me maneje. Por aquí iremos bien". ¡Ah, los caballos!... Como han nacido para instrumentos de grandes fines, quieren, para ser eficientes, que los manejen personas que los entiendan... y que sepan adonde van. Nadie, al respecto, más competente que el gaucho, porque nació entre ellos, y el último mancarrón conoce en cuanto lo monta un maula. Yo conocí uno, que volteaba, a corcovos, a los maturrangos, y el nuestro, si no hubiese sentido, en tal situación, la transmisión, por las riendas, de la conciencia de Pedro, habría movido la cabeza, diciendo: "¡No, no!", terminando, para su bien y el nuestro, por quedarse clavado, a modo de estaca, aunque lo hubiésemos deshecho a latigazos. Encendí, contra mi costumbre, un cigarrillo, no para crear coraje, sino para llamar por luces a alguna buena alma que le diera por acudir a nuestro

socorro, ni más ni menos que como se estila en la mar, porque, a fin de cuentas, un hombre perdido de noche en campo extraño es otro náufrago.

Pedro seguía manejando en silencio. Yo no quería dirigirle la palabra, porque, en tal circunstancia, no cabía sino una advertencia o un consejo. Yo no podía ofrecerle ninguno de ellos, y, hablar por hablar, parecióme, además de necio, que le cortaría el hilo del pensamiento... Me callé, — en lo que estuve sapientísimo, — y si el silencio entonces no fué elocuencia, significaba, por lo menos, respeto a lo que yo era incapaz de hacer. Pedro me inspiraba confianza, porque iba derecho, lo que me demostró que tenía alguna idea preconcebida, aunque fuera caprichosa. "Esperemos", — me dije. — No había transcurrido una hora del más acompasado andar, que me dice:

—Estamos en el camino.

Me bajo. Toco: duro, tierra. "¡Tiene razón!" — exclamé para mí. A la media hora, agrega:

—¿Ve esa luz? Es la Estación Caseros.

Si era incapaz de saber dónde nos hallábamos y de encontrar el camino, podía ver la luz, porque tenía tan buenos ojos como él. Necesité que él me la señalara primeramente, porque no está en tener órganos, sino en saber usarlos. ¡Cuestión, mejor dicho, de sabiduría campestre, que aguza y afila los sentidos!

Después que me hallé libre de la tormenta y en mi lecho, me quedé silencioso, como el reconocimiento más respetuoso a su experiencia instintiva y casi sobrenatural. El silencio para la gente de campo, por otra parte, vale mucho y la domina, porque considéralo reconcentración, conciencia, signos, a su juicio, de legítima superioridad. De buena gana habríale preguntado: "¡Cómo sabías!". Palurda pregunta de los incapaces de hacer lo que inquieren. Cierto día, haciendo justicia a sus méritos, le hice derechamente tal pregunta. No supo contestarme, — tal como nosotros, los puebleros, queremos, porque, a pesar del alardeado liberalismo, no dejamos de ser escolásticos; pretendemos, como si se tratara de ciencias exactas, que se nos pruebe el caso con la evidencia, como dos y dos son cua-

tro, sin tener en cuenta que hay fenómenos que escapan al raciocinio y que, por esta teoría, se despoja a la inteligencia de la imaginación. ¡No lo sabía!, pero yo sí: ¡el instinto!, esa fe que le decía: "Por acá"—y, ciego, obediente, enderezaba... Parece entonces que las ideas tuviesen olor, y el gaucho, en el campo, se las toma de lejos, las huele verdaderamente, lo atraen y contribuyen, con su sugestión, a estas revelaciones sorprendentes, y que no son sino el genio del desierto.

LA CIVILIZACION DE LAS COLONIAS

Andando por las colonias, antes los colonos que salían agazapados de los aleros de sus ranchos, descamisados, andrajosos, ignorantes, seguidos de sus mujeres descalzas y sus hijos sucios, decíame, impulsado siempre por el buen deseo de que fueran más libres y felices: "¿Cuándo será la chacra argentina una granja y el colono un gentleman como el norteamericano, habitante en un pintoresco chalet entre el follaje de los árboles, el confort del hogar, la alegría de la familia y la seguridad de la propiedad creciente? ¿Cuándo? Y nada es la aparente pobreza o miseria, si se las compara con las consecuencias morales, que llegan hasta la abyección.

Veamos. La agricultura es una de las ciencias más vastas. Comprende la labranza, la fruticultura, la horticultura, la selvicultura, la viticultura, la arboricultura, la sericultura, — la ganadería, la minería, la caza, la montería, la pesca, — y todas estas artes se relacionan nada menos que con la colonización, la inmigración, las ciencias políticas y sociales, la física, la química, la manufactura y las industrias, regidas por la economía política y rural y el comercio interior y exterior, — la tierra con sus mares, ríos, aire, clima, fuerzas físicas... el Universo entero.

Me permito esta tirada científica, porque, entre la generalidad, créese que la agricultura es destino sólo de los ignorantes, de los desheredados, de los desgraciados, de los imbéciles y de los pobres diablos, sin tener en cuenta que, dentro de los conocimientos humanos, no hay ciencia más vasta, ni más noble oficio que cultivar la tierra y hacerle producir cereales, bosques, frutas y flores. Los senadores griegos empu-

ñaron el arado, y la aristocracia inglesa, consecuente con el orgullo del amor fisiocrático, se compone, en su mayor parte, de chacareros, que constituyen el partido de la nobleza y de los "gentlemen farmers", — pero contra la ignorancia no hay defensa posible.

Haciendo a un lado la literatura horaciana, aquella que trueca buenamente las riquezas y los placeres por la vida tranquila del campo, la agricultura, ha dicho Sully, es la ubre de las naciones.

Nada menos. ¿Comprendéis? Ella produce todo lo que la ciudad consume, transforma o adultera, y si no fuere por sus frutos, todos, todos, principiaríamos por morirnos de hambre. ¡Brillante conclusión!

Todos los millones de oro que recibimos anualmente, en cambio de la exportación, son reducidos por el capital y el trabajo de los colonos principalmente, a quienes se les sigue considerando, por añejas preocupaciones, casi como unos irracionales. Y lo peor es que esta creencia los invade, por contagio; se sugestionan y se creen, realmente, unos infelices... ¿Y qué resulta? Que se despojan de su conciencia, y de soberanos, se creen esclavos, siendo, por el sistema republicano y su acción en la prosperidad general, los verdaderos amos.

He aquí una prueba concluyente del reflejo de la conciencia sobre la personalidad humana. ¿Qué importa ser poderoso y rico, si uno créese impotente y pobre? El alma es la fuerza espiritual que mueve y gobierna la máquina de nuestro cuerpo, y si aquélla no hace andar a éste, no hay poder en la tierra que le haga dar un paso adelante, y muchas veces esta falsa creencia se transforma en neurosis. ¿No existe la manía de la pobreza?...

En la campaña de la provincia de Buenos Aires, sus paisanos, en tiempo que eran propietarios, nos ofrecían, a cada paso, ejemplos de este estado moral de ignorancia e inconsciencia. Si un pueblero se allegaba a visitarlos, salían a recibirlo cubiertos de harapos y avergonzados de su "miseria". "¡Somos pobres, señor" — exclamaban, compungidos de que no

pudieran ofrecerle, para que se sentara, sino una cabeza de vaca, poseyendo algunas leguas de campo, que se extendían, desde el tambaleante rancho, en todo su contorno, hasta el horizonte, y que después las aves negras, con su séquito de escribanos y procuradores, los despojaban de ellas, para demostrarles, así como a los demás, que eran poderosos, pero que los ignorantes no deben ser propietarios (!). Y ellos, como que continuaban la vida miserable, no extrañaban absolutamente el terrible paso de la ignorada riqueza a la pobreza positiva. ¡Ah, la ignorancia! ¡Es la verdadera miseria! ¡La pobreza moral! — he ahí la incapacidad, que produce la ruina.

Hay que formar la capacidad del colono, despertar su conciencia, en que reside su fuerza, para que sea tan capaz de conservar para sí y los suyos, como lo fué para los demás y su país. La sociedad no quiere seres, que, por su inconsciencia, sean esclavos.

Ella es demasiado noble para fundar sus sentimientos en la injusticia.

Debido a la inferioridad moral del colono, el género de relaciones entre la agricultura y el gobierno le es perjudicial. Este que, intrínsecamente, no personifica la justicia, la seguridad, ni la libertad, se transforma en su azote. Lo persigue ni más ni menos que si fuese una plaga.

Parece increíble que, siendo, por su producción, el manantial de su renta, lo aniquile y ponga al borde de su precipicio.

Principia por considerarlo como a un condenado a trabajos forzados y ¡qué sucumba en la gleba cual el buey!

El trabajo, para los políticos, es una tarea odiosa, afrentosa, y muchos, antes de dedicarles sus afanes, prefieren hacerse petardistas, atorrantes, hasta suicidarse; agréguese ahora que la tierra solo da frutos a costa de sudor del rostro, y se tendrá explicado el desprecio, el odio que tienen por la agricultura. Considéranla vil, y poco falta para que exclamen: "¡La agricultura, tarea de villanos!", y como tales ideas suben

al gobierno, los colonos son unos parias que huyen de los que debieran ser sus protectores.

¡Siquiera los gobiernos los dejasen obscurecidos en los desiertos!, pero en seguida vienen las leyes, o lo que ellos llaman tales: restricciones, impuestos, crueldades, más destinadas a crear tiranías que libertades. No se limitan a tasarles altamente sus chacras, para cobrarles dobles impuestos; dejan que los jueces de paz y comisarios, que son todos sus gobernantes, les cierren, sean actores o acusados, las puertas de la justicia; que les roben los caballos, que los apaleen, los persigan, les violen las esposas y las hijas y los maten. Los abandonan a las municipalidades y ferrocarriles, para que les aumenten las patentes y los fletes, y los demás zánganos de la colmena del trabajo honrado, al verlos indefensos, se unen a la explotación. Cómo trabajan y viven, entre tal nube de tábanos que le chupan la sangre, no lo sé. Son los verdaderos esclavos, los esclavos modernos, los esclavos de la república, — lo que es un contrasentido en el siglo XX y una irritante injusticia que clama al cielo, porque son los sotenedores del Estado.

Más de una vez, ante esta superposición cruel, me dije: "¿Qué sucedería,... si cansados de soportar esta situación anacrónica e ignominiosa, abandonasen el arado? El gobierno, cargado actualmente de deudas, se haría imposible, y arruinados todos, tendríamos que mendigarle otra vez a Chile su harina para comer pan. Son la columna de nuestra nacionalidad, y si cayéramos en la insolvencia, la intervención extranjera se apoderaría del mando, dándole al porvenir nuevos rumbos, — pero apreciemos su estado, sin entrar en ficciones incompatibles con su gigantesca acción patriótica y trascendental, teniendo en cuenta, ante todo, el sistema republicano.

Esta situación precaria del colono es contraproducente para el gobierno mismo, porque si lo amparara y protegiera, produciría doblemente y los desiertos se transformarían más prontamente en colonias. Y las colonias son las verdaderas minas argentinas.

Todo lo que es contrario al pueblo, es perjudicial al Es-

tado, porque el gobierno, según su concepto verdadero, no es sino el pueblo gobernándose, — evolución que no comprenden las autoridades, porque no son de origen popular. No conocen más tradición que la española, monárquica, autoritaria, esencialmente despótica. "¡Los desastrosos efectos económicos de una mala política!", — me he dicho más de una vez. Deben atribuirse, en primer lugar, al sistema federal, que priva a las provincias productoras de los beneficios del Gobierno, y porque cuanto más se aleja el pueblo de la plaza de Mayo, menos recibe la influencia de nuestra incipiente civilización. ¡La autonomía provincial! No es, cuando no se puede sostener, política y económicamente, más que un chauvinismo, so pretexto de descentralización, propio gobierno, comunas y otros modernismos, para establecer en provincias despobladas gobiernos, cámaras y municipalidades, a semejanza de lo nacional. ¿Para que sean más libres? ¡Absolutamente! Sólo para que los politiqueros conviertan también la política en industria, pasar vida regalada y dormir siestas más tranquilas. Como la lógica es dominante, los tales parlamentos, generosamente rentados, en vez de ser científicos, artísticos e industriales, legislando sobre caminos, puentes, colonización, sementeras, ganadería, alambrados, marcas, abrojos, sarna, pestes en los ganados y demás artes de la agricultura, se ocupan de política, — si es posible seguir dando este nombre a una eterna lucha de intereses y pasiones personales, sin otro ideal que perpetrar en el gobierno a los verdaderos enemigos del pueblo, para que continúen dominando y esquilando mejor al colono. El gobierno provincial, después de imponerle cuanto impuesto se le ocurre, se lo pasa a la Municipalidad, quien, bajo el nombre de patente o licencia, lo grava nuevamente, y así va, de mano en mano, hasta caer completamente trasquilado en manos del juez de paz y comisario de la localidad, que terminan por quitarle sus libertades.

De esta manera trabaja, subyugado, para el gobierno. Con el pequeño comercio e industrias pasa lo mismo, y numerosos son los comerciantes de villorrios que apenas pagaban veinte pesos de alquiler, que cerraron sus puertas para escapar a diez

patentes conjuntas, que, por el sistema acumulativo de reciente invención, ascendían a setecientos pesos.

Por este género de gobierno inquisitorial, la agricultura y la ganadería, que son la fuente de la riqueza pública, dependen al fin de los jueces de paz y comisarios de campaña, que son, en general, malos ciudadanos, muchos de ellos amparadores de criminales, retardatarios de la vida económica, — pero el colono, por representar el trabajo y la virtud, vale más, triunfa al fin, cual la luz entre las sombras y la verdad entre los errores, e impulsa al país a sus grandes destinos. Estas son las causas político-económicas que retardan, a mi juicio, la civilización del desierto, después de una lucha de tres siglos por expulsar al salvaje. Desapareciendo el indio del seno inmenso de la pampa, hase visto que hay otros obstáculos más rudimentarios que él — ¡quién lo diría! — para la civilización nacional, porque las democracias inorgánicas producen obstáculos más retardarios que los indígenas, humildes, ingenuos, y que sólo se revelan para defenderse.

El mayor mal social de la ausencia de la libertad no está en la falta de los derechos, sino en el despojo moral que trae aparejada. Tradúcese en un mal intrínseco, subjetivo, que, luego de extinguir la soberanía individual, arranca hasta la conciencia. No saber que se puede, es tanto como no poder, como estar despojado del derecho o haber nacido sin él, e imaginarse imposible la seguridad de la persona, de la familia, del honor, del hogar y de la propiedad, es vivir sin la conciencia de la fuerza que hace del hombre un ciudadano y un ser libre y eficaz en el gobierno democrático. Hemos visto a muchos colonos despojados de su propiedad, y a otros, venderla, cambiar de pago, huir para salvar la vida y el honor de su hogar de las garras de un comisario arbitrario, que, por este sistema raro y contraproducente para las conveniencias públicas, pasa a ser un déspota hinchado de facultades arbitrarias.

Un desierto civilizado es una de las obras más edificantes del hombre, porque es complementar lo que la naturaleza tiene de más grande, arrancándolo al salvajismo. El colono, que es

su obrero, deja de ser un ser abatido por los sacrificios sin fin, subyugado por la suerte y resignado ante su triste destino; es un ciudádano rebosante de derechos, fuerte por su ejercicio, emprendedor, — una rueda eficiente en el mecanismo nacional, — porque es el soberano, el pueblo, el productor por excelencia, mientras el juez de paz y el comisario son, por el contrario, sus agentes, que le sirven para llenar sus fecundos anhelos.

Su vida, familia, propiedad y honor están garantidos: tiene la conciencia de sus prerrogativas, y esta seguridad le hace, de antemano, libre, feliz. Trabaja, lucha con ahinco, y como los impuestos son moderados y retribuídos con la protección de la fuerza y amor oficiales, se apresura a abonarlos con mayor placer, tanto más que sabe que no serán dilapidados. La autoridad, en suma, en vez de perseguirlo, lo protege, lo defiende, y él, al considerar que es su amparo, la imagen de sus propias libertades, es el primero en respetarla y ofrecerle, aún inspirado en sus propias conveniencias, su robusto brazo en los instantes de peligro. ¡Y los efectos de este estado natural, naturalísimo, sobre el patriotismo, que crece, hasta la hipertrofía, en el corazón del patriota!

Y el ciudadano naturalizado termina por amar tanto como a su propia patria, a la tierra, que bajo la protección divina, le permite trabajar en libertad y gozar de la tranquilidad y seguridad individuales!

¿Y la vida privada? Basta atravesar el "Far West". Los caminos hállanse cuidados por los colonos, y, por supuesto, esmeradamente, porque ellos los hacen y comprenden que son más de ellos y para ellos que de la autoridad, y se complacen, por sus propias conveniencias, en libertarla de esta tarea y de otras de este jaez, para que se concrete más a velar por la seguridad de las personas, de sus bienes y a hacer justicia. Las chacras son verdaderas granjas: al franquearse la puerta enrejada se atraviesa un jardín engalanado de flores, y entre algunos pinos, álamos o acacias, se descubre un chalet; sí, amado lector, un chalet, ni más ni menos que los de Mar del Plata o de las barrancas de San Isidro, y lo que más impresiona, en

el silencio aletargado del desierto, es oir las voces de un piano. ¿Quién toca? Quizá la mano marfilina de su hija algunas arias de Weber o Beethoven. ¿Sabes, lector, lo que es este hallazgo? Hace muchos años encontréme también en sulky, a media noche, entre las sierras de Balcarce; buscaba, en la tiniebla, una luz para demandar hospitalidad, y oigo, a esa hora tenebrosa y muerta, las voces de este instrumento. Avanzo, — descubro, entre los negros árboles, luz, — me anuncio, y era la estancia de un antiguo amigo. Mi impresión fué profunda. Casi tomé el caso por un descubrimiento, y resplandecí de alegría, porque el piano, al calor de las luces de un lujoso salón, continuó con mayor fervor.

Volvamos al "Far West". ¿La estancia de algún potentado? No, de un colono. Ahí está adentro, de botas sin embargo y con saco, en vez de en mangas de camisa, mientras su hija estudia el piano. ¿Qué hace? Ha dado sus órdenes a sus peones, y si no escribe su correspondencia en su escritorio, yace en la galería fumando o leyendo una revista ilustrada de agricultura o de literatura hasta que baja el sol. Así, en el hogar, aprovecha su tiempo libre, dando ejemplo a su familia, en vez de irse a la taberna. La sala está llena de bibelots, el comedor es confortable, — los dormitorios brillan de limpieza, — por todas partes vénse juegos, hamacas, pájaros en jaulas, — en los inviernos, estufas encendidas — y en los pasadizos siéntese cierto olor a pan y manteca y que anuncia hogar, salud y abundancia. A la tarde sale este colono en sulky a observar sus peones, — a la noche escucha el piano y juega como un niño en la sala con sus hijos, si no asiste a alguna conferencia agrícola, — los sábados, después de comer, es infaltable al club de la colonia, y el domingo, al salir de misa, se recoge en su hogar a pensar en Dios, descansar y leer. Así pasa su existencia, tan decentemente como un ser urbano, respetado y amado por los suyos y sus vecinos, mientras en nuestras colonias, un obrero ya sabéis lo que es: un paria cubierto de harapos en su mísero rancho, embrutecido por el trabajo y la soledad y rebajado ante su propia conciencia.

¡Y cuántas veces, ante la miseria, donde debería reinar la holgura, no me repetí: "¿Cuándo será nuestro colono como el norteamericano?"... Porque todo hombre que produce y gana dinero tiene derecho a descansar y vivir bien. La decencia educa, refina, ilustra y civiliza al hombre más salvaje, haciéndolo social y prepotente y apto para que sea una fuerza del progreso general. ¡El día en que nuestras colonias sean fuente de civilización! Llegará..., aunque sus actuales habitantes es lo menos que esperan, y entonces, en vez de ranchos con techos de paja quemada por el sol, admiraremos, entre jardines, chalets que nos parecerán mansiones de sibaritas. Y no serán sino de colonos, — pero de colonos civilizados, porque todos tenemos el deber de civilizarnos. La civilización es el ideal, el mundo natural del hombre libre, y producto orgánico de él mismo, como la miel de la abeja, le es, después, su alimento social.

El colono yanqui, sin poseer más tierra que uno de los nuestros, tiene, para su servicio, peones,—y aunque también ara, siembra, siega y trilla, está más para la dirección general de estas operaciones, porque en Estados Unidos estas faenas son científicas y artísticas. Se discuten en los clubs, los lee en las revistas y trata de practicarlas. Sus peones, cuando llegan, a su vez, a colonos, tienen gran experiencia agrícola y social, y la agricultura, que no es al fin sino uno de los tantos negocios de la vida, vuélvese consciente y obra de los conocimientos teóricos y de la experiencia.

El trigo, una vez producido, pasa a ser una mercadería como cualquier otra, y el colono, impulsado por el comercio, se hace especulador: vende directamente su propio producto, ahorrándose intermediarios, y lo compra a otros a bajo precio, y lo guarda, para revenderlo después. La ganancia es segura, porque no es jugador de Bolsa y el trigo la espera tranquilo en el galpón. ¡Qué diferencia con nuestro colono, a quien los acopiadores le marcan precio, y vése obligado, urgido por sus exigencias, a venderlo al primer venido! El yanqui, además de independizarse de los zánganos de las colmenas de trigo, pone

en juego su espíritu, lo acostumbra a la lucha comercial, que principia por defender el propio producto, y se lanza luego en las sendas especulativas, que civilizan y desarrollan el instinto de conservación y defensa; se hace, en el desierto, hombre urbano, comerciante, acostumbrado al juego de los negocios que agitan el espíritu y sale del estancamiento y melancolía de la soledad. Su figura es su biografía: parece un mayordomo, y, científicamente, no sabe más que los de su oficio, mientras que nuestro colono apenas tiene el aspecto de un peón.

La civilización no penetrará, científicamente, en las colonias, sino por medio de las escuelas de agricultura. Las están, ansiosas, esperando.

En las provincias agrícolas, — como Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos — deberían instituirse muchas de ellas a la brevedad posible. Mientras harían discípulos, que, despues, serían ingenieros agronomos y profesores competentes, darían, entretanto, conferencias al vecindario, en las que se enseñarían los procedimientos científicos en todas las tareas y operaciones agrícolas, para hacerlas doblemente provechosas. ¡Cuantas veces, ante los rusos, reunidos de noche, en los clubs de sus aldeas, no dedujimos que les sería más útil escuchar lecciones de agronomía que discutir sobre precios fantásticos del trigo! Pocos colonos necesitan más que el ruso las voces de la ciencia y la experiencia, y tales sesiones, condensadas despues en consejos e instrucciones publicadas y colocadas en carteles en los caminos y repartidas profusamente por los jueces de paz y comisarios, en vez de rebencazos, producirían un efecto sorprendente, que se traduciría en aumento del cereal y, por consiguiente, en impuestos también, de modo que la autoridad ganaría igualmente en lo que tanto ansía.

El colono no produce mas, ¿acaso porque no puede? Porque no sabe. Todos sabemos lo que entre nosotros es un colono: un ser que, por lo general, no ha podido ser nada mejor, — y muchos de ellos, desesperados por la miseria, se entregaron a la agricultura, sin imaginarse que caían de bruces sobre una mina de oro, — pero, como a todas las minas, hay que saber explo-

tarlas. Que porque sea tan rica como las de oro, no basta alargar la mano; reglas preceden a la labranza y la siembra; conocerlas, — he ahí su secreto, para practicarlas y divulgarlas, porque la colonización es la base de nuestra prosperidad y progreso.

En cuanto al beneficio moral, la capacidad del colono se elevaría. Sabría, en primer lugar, lo que debería ejecutar en adelante y por qué, y no se quedaría reducido a arar, mientras apura a los bueyes, y después, a sembrar, esperándolo todo del buen Dios, y sin armas para defenderse de las inclemencias y peligros. Formaría la conciencia de su acción, dignificándose. ¡La civilización por medio de la ciencia! — diréis. Es que es su agente natural, y así como el desierto sólo se civiliza por el hombre, éste se regenera moralmente, porque el alma es el origen y la fuerza de todos sus actos. La diferencia que existe entre nuestro colono y el yanqui, es que éste sabe más y que su saber es consciente, científico, industrial, sistemático en todas las operaciones del cultivo, y económico en todos sus aprovechamientos. Es un ciudadano consciente, superior, que por haberse relegado al desierto, no ha perdido el saber y experiencia urbanos; libre y apto para gobernarse y gobernar, y, en consecuencia, respetado por los jueces de paz y comisarios.

Nuestro colono, por su ignorancia, es también demasiado afecto a la agricultura extensiva. Como a ella se presta admirablemente el trigo, obra de caridad científica sería hacerle comprender que hay otros cereales importantes, porque su superabundancia trae el abaratamiento y crisis en los mercados. El centeno, tan usado en Rusia, produce una harina más nutritiva y propia de las clases obreras y menesterosas; sembramos poco lino y avena; descuidamos completamente la cebada, y la alfalfa sería forraje de exportación para el Brasil, Africa del Sur y Europa. El tártago y el topinambur apenas se han ensayado, y están llamados, junto con otras plantas forrajeras, a ser productos industriales.

El pequeño cultivo, propio de los chacareros, está muy descuidado. Limitado a sembrar para el consumo de los vecin-

darios, apenas se dedica a las legumbres vulgares para venderlas en los mercados o a los particulares, dando lugar así a que el Brasil nos importe porotos, España, garbanzos y Chile, lentejas, como si no tuviéramos tierras más ricas que las de estos países. ¿Qué nos falta? ¿brazos, cabeza? Lo de siempre: voluntad, energía, decisión, — pero siempre requiriríamos los conocimientos, porque ninguna cuestión está en querer sino en poder, — más en el saber consciente que educa y produce las iniciativas. Estoy cansado de ver ciudades sin lentejas, sin garbanzos y sin porotos, porque aun no los mandaron los importadores de Buenos Aires (!), cuando nuestros chacareros, con mejor tierra y clima, podrían producirlos eximios y mayormente, y en vez de venderse aquellas legumbres como polvo de oro, ellos mismos y las poblaciones las disfrutarían en abundancia y las clases menesterosas no sufrirían hambre.

¡Hambre en la República Argentina! Si, ya, por la carestía de los artículos de primera necesidad, y aquellos productos los suplirían con ventaja de su abundancia. ¿No se alimentan las clases obreras de Chile y Brasil, respectivamente, de porotos y fariña solamente? Libertados al respecto también de Europa, entrarían las sementeras referidas en el gran cultivo, introduciendo mayor variedad en la colonización, y el colono, así como transporta el trigo a las estaciones, descargaría igualmente en los vagones millones de bolsas de porotos, garbanzos y lentejas, y se vulgarizarían, con beneficio de la salud, desde la pulpería de campaña hasta el almacén por mayor de la capital federal. El cliente, entonces, al ver, en hilera, veinte clases de porotos, diferentes por su tamaño, forma y colores, y si preguntara, por curiosidad: ¿importados?, el comerciante le contestaría: "del país".

El maíz de Guinea para escobas, el alpiste y la semilla de nabo son demasiado caros, asimismo por su escaso cultivo. Lo mismo decimos del mimbre, de la caña frágil y tacuara, y en los parajes húmedos crecería admirablemente el bambú indiano.

Necesitamos más creadores de semillas y viveros de árboles, para abaratar las legumbres y aumentar los montes, las

arboledas, las plantas en los jardines, y, sobre todo, popularizar el árbol, para convencer hasta al más rústico paisano del desierto con sus productos, sombra y amparo y que sin él es imposible vivir en la soledad y la intemperie. Es tiempo ya también que principiemos a emanciparnos de la importación de yerbas medicinales, cuyas plantas podemos cultivar con éxito y en demasía, desde la malva, la amapola, el tilo, la borraja, la menta, etc., etc., hasta el ruibarbo y los arbustos que brindan sus hojas, sus flores, sus cortezas, sus resinas y sus extractos, porque nos sobran tierras fértiles y climas apropiados. ¿No es abandono — que calificaría hasta de antipatriótico — importar productos que crecen hasta en las zanjas de los cercos? Sin embargo, muchas veces nos morimos por no poseerlos. ¿No será un castigo a nuestra negligencia?...

¡Menos crueldad, señora Autoridad! La cosecha anterior, por las repetidas lluvias, fué pésima; las trilladoras se retiraban de las parvas, porque apenas daban triguillo, y sus dueños, ante resultados tan negativos, pidieron que se les exonerase de la patente, desde que, para abonarla, no contaban más que con el precio de la trilla. Era justo, lógico. ¿Créeis que accedió? ¡Qué esperanza! — y a los que no se la abonaron porque carecían de dinero, les embargó hasta la vaca que criaba a sus hijos, entretanto que el proveedor, el terrateniente y el locador, que no eran sino unos pobres particulares, no pensaron siquiera en demandarlo. ¡El mutualismo, producto de la civilización! Es que nadie debería amar más al pueblo que el mismo gobierno, — primero, porque es su misma carne y alma, y segundo, porque vive de él. La autoridad cree que es distinta del pueblo, cuando no es sino él mismo, vista por el reverso de la vida pública, porque ignora el propio gobierno. Por tan falso concepto vive divorciada de él, lejos, y como créese superior, en una cumbre cree que él ha nacido para ella, y no ella para él, y, en consecuencia, domina, manda, persigue y hace lujo de rigorismo, en vez de ser generosa, protectora y progresista. Al ciudadano, símbolo de respetables y soberanos derechos, no se le reconoce en la campaña. ¡No es extraño, desde que en las ciu

dades se ignora también el amor al pueblo y su soberanía es un mito!

¿Y quién merece más justicia y seguridad que el colono? Aparte del respeto que inspira su acción en la riqueza nacional, lucha contra la langosta, la isoca, el bicho moro, las heladas, el granizo, las lluvias, la seca, que, en un instante, le esterilizan los esfuerzos y las esperanzas de un año.

La naturaleza no ayuda, por lo general; si llueve, es exageradamente, y si no, hay sequía, quizá por la variabilidad de nuestra clima. ¡Pobre colono! — y todavía el hombre, so pretexto de ser autoridad, se pone al frente de aquellas fatalidades, en vez de ayudarlo. Así se aniquila y cae, y con él las cosechas anuales. ¡Lástima siquiera, señores jueces de paz y comisarios! ¡Pobre autoridad, también, porque si comprendiese sus propios intereses, lo ampararía más bien, velando por su libertad y defendiéndolo contra todos los peligros sociales, porque entonces recibiría más impuestos, — que son su sueño agitado, su delirio! ¡Lo que es la ignorancia, si no es la eterna cuestión de la maldad humana y del goce sensual de hacer mal!

Las incidencias del tiempo no vencerán nunca al colono, porque aunque la langosta le haya devorado todo, quédale la chacra, — el rancho, que es su hogar, — la familia, fuente de afecciones, — su casa, su caballo, sus aves y sus hortalizas. Cuando una mala cosecha lo arruina, éntrase adentro, y después de confortarse con los suyos, empieza nuevamente otro año, confiado en la bondad divina.

Es mejor que abandonarlo todo, desesperar y rodar tierras. ¿Qué le esperaría? Contraer en las pulperías el vicio del alcoholismo y expirar embrutecido en una zanja. Su amor al trabajo y, especialmente, a la tierra, lo salvan.

Señora autoridad: las colonias no son reducciones de esclavos. ¡Quiera Dios que le vengan días de libertad! La merecen más que los habitantes de las ciudades.

CUADRO

Para regresar de mi colonia, prefería, generalmente, tomar en el río Gualeguaychú el vaporcito A B C que bajaba hasta el Uruguay, donde esperaba uno de los tantos palacios flotantes que venían del Salto Oriental.

Surcaba una tarde de fines de enero aquel río, cuyas aguas poéticas se deslizan entre las islas de este departamento y las barrancas de la estancia Unzué. Había imperado un calor extraordinario, que la tarde, por falta de brisas, no había conseguido aplacar. Reinaba en el espacio un silencio pesado, mudo. No se oía, en ambas riberas, ni el movimiento de una hoja, ni el canto de un pajarillo. Los árboles gigantes, solemnes, callados, parecían dormir envueltos en su follaje, y las aguas del riachuelo apenas se abrían y cerraban para dar paso a la pequeña embarcación. La naturaleza entera estaba fatigada del día canicular. Alguien presagió tormenta; nó, — eran la tierra y el cielo rendidos, que descansaban o sesteaban también.

En esta quietud, dolorosa o soñadora, entramos a Fray Bentos, donde el Uruguay se ensancha de tal manera, que parece querer, con su influjo poderoso, alejar las tierras orientales y explayarse con la extensión del mar. Ni en la inmensa cuenca se movía el aire. Nada, nada, y como no divisara el Capitán, con su anteojo, el vapor a que debíamos trasbordarnos, para seguir a esta Capital, marchábamos despacio, a fin de alcanzarlo en el camino. Yacíamos en esta tranquila tarea, cuando noto que el Capitán ríe.

—¿Qué hay? — le pregunto.

—Mujeres bañándose... Venga, vea, — me dice, y me alarga el anteojo.

Lo tomo y me pongo también a mirar con la curiosidad de quien quiere sorprender, en esas horas lentas y amortiguadas, más que secretos vedados: bellos rasgos y gestos en medio de una naturaleza muerta. Sonrío igualmente, porque todo lo que nos brinda placer tiene la modalidad de quebrar las líneas del rostro y darle una expresión dulce, alegre. ¡Qué veo!... A lo lejos, quizá a una milla de distancia, en la playa de los arrabales de Fray Bentos, bañándose unas mujeres, nadando... Serían del pobrerío, quizá unas lavanderas, pero, desnudas, desaparecían todos los rigorismos de la posición o de la fortuna, y no existía para juzgarlas, en nombre de la naturaleza, más que el concepto de la belleza. Esta sería quien adjudicaría el premio, en tal torneo de estética, y por la rama de precoces y hermosas que tienen las orientales, las entreví níveas como princesas, morbidas, tersas, y con sus luengas cabelleras de azabache flotando en las aguas, unas ondinas, unas nayades, unas ninfas, unas driadas, unas nereidas, unas sirenas... Pronuncié, intimamente, estos versos de Guido:

Al desflocar sus blondos rizos por el agua escarchados,
Semejaba un alba y elegante ondina,
Que de las grutas de coral se alzaba,
Jugando en los cristales movedizos...

Me acordé de las hijas de Faraón, bañándose en el Nilo, — de la elegante Nausica, hija del rey de los Feacios, que se sumergía todos los días en las aguas puras de su fuente predilecta, — de Helena, que en las riberas del Eurotas se entregaba, juntamente con sus amadas compañeras, a los placeres de la natación, y me quedé mirando con el anteojo el numeroso grupo de inquietas nadadoras. Para mí, si no eran ondinas, las creía sirenas terrestres, que cansadas de esperar en vano las brisas de la tarde, se quitaron, desesperadas, los vestidos, — los dejaron en las toscas, y se arrojaron a las aguas en demanda de frescura. Los ríos, la tierra, las arboledas, el espacio, seguían, entretanto, amortiguados, abatidos, ansiando un vientecillo que los animara, y que no llegaba.

Y buscando la fresca sombra o quizá mayor reparo a sus desnudeces, se bañaban bajo el ramaje somnoliento, lánguido de una hilera curva de sauces colosales, que le daban al estanque de agua dormida, con su verde dosel, la apariencia de una terma romana o de una fuente griega. Las distinguí, perfectamente, agitadas, deslizarse entre las corrientes de las aguas unas contra otras, ágiles, desbordantes de juventud, briosas. Se reían, y me hacía la ilusión de sentir, a la distancia, las risas, las carcajadas, porque, refrescada su piel y sangre, ese estuario ofrecíales ancho campo al placer de la natación. Jugaban, corrían unas tras otras, — entremezclaban sus cuerpos, — se zambullían. Al agitar las aguas, creaban, rompiendo sus cristales, ruídos estrepitosos, espumas, que aparecían, a lo lejos, con los caracteres de un misterio sensual.

Creían, sin duda, que nadie las veía. ¡Qué bello es sorprender a la naturaleza, en el libre juego de sus movimientos! Descúbrense, entonces, sus secretos, y su reina, la mujer, tiene mayor encanto, porque, creyéndose libre de ojo avizor, recupera, desvelando el pudor con la confianza, su libertad e inocencia ingénitas. Hasta la hetaira aparece así, casta, pura. ¡Cómo juega, cómo vuelve a ser niña! Sus marmóreos brazos insopados, al levantarse, parecían alas, y que volarían... ¡Ilusiones, porque volvían a sumergirse, y surgían, muchas de ellas, juntas, abrazadas, con sus cabelleras entremezcladas, enredadas!

Seguí mirando con el anteojo, y distinguí, entre las náyades, unas cabezas negras, agitadas. Eran las de unos perros lanudos, enormes, que, a imitación de sus amas, se arrojaron, desesperados también de calor, a las aguas y jugaban: ellos con ellas y ellas con ellos. ¡Se prestaba tanto aquella agua dormida y escondida, cubierta por el ramaje de los corpulentos sauces, para jugar! ¡Y nadando! Parecióme tan natural aquel consorcio, formado por la tiranía de un calor abrasador, húmedo común, que los terranovas, confundidos con ellas, se me aparecían inocentes caballeros de luengas barbas, que brotaban del abismo para recrearse con ellas. El avance de la tarde impidió

me ver más. Las ondinas, en la noche, semejarían de mármol; continuarían bañándose; las brisas principiarían a refrescar el agua... No puedo agregar más, porque en seguida el París avanzó iluminado y me trasbordé a él. (1).

---

(1) Publicado en *"Caras y Caretas"* el 18 de Diciembre de 1915 con el título: *Las nadadoras de la colonia.*

EL DESCONOCIDO DE LAS COLONIAS

Si se me conocía en los campos, estaciones y caseríos, a cuarenta leguas a la redonda de mi colonia, hasta por el caballo y el sulky, debido a mis continuas y largas excursiones, era tan desconocido en ciertos pueblos, que a morir en el más estrecho, se me habría enterrado, después de exponer mi cadáver hasta descomponerse, con las iniciales N. N. Esta orfandad social, placíame, porque, en cambio de relaciones, notaba rostros simpáticos, insinuaciones, invitaciones, que hacían mi situación doblemente cómoda, en tanto que los oriundos yacían víctimas de sus propios enredos. "¡Si vale la pena nacer y vivir medio siglo en un triste rincón, para tener semejante pago! ¡No hay cómo ser ignorado!" — exclamé, — y me acordé de cierto amigo que no hacía viajes sino para ser extranjero. Es un placer desconocido. ¡Si se gustaran sus privilegios!

"¡Ser simpático, agasajado, es todo!" — me decía, en nuestra singular sociabilidad; pero noté que las personas que se me acercaban, no querían mi relación, ni conocerme, sino simplemente saber mi nombre, cómo me llamaba.

"¡Si fuera siquiera un caudillo, pero un ciudadano obscuro, ajeno al Presupuesto! ¿Qué sacarían en limpio con que les contestara que me llamaba Juan o Pedro, Martínez o Rodríguez?" — y con tendencias a combatir los defectos, como descendiente de don Alfonso Quijano, me dije: "Yo no satisfago curiosidades, — ¡ni las mías!" — y le ordené a Pedro: "¡Cuidado con dar tu nombre". Sabía que sería víctima de la maledicencia, que, en las sociedades reducidas, forman la opinión pública, — pero me sonreía al pensar que, por ignorarse nuestros nombres, tendrían los curiosos que decir: "¡Ese, esos!" por señas, como los mudos.

Y al sentarme a la mesa del hotel, me restregaba de placer, las manos, porque el dueño era el primero en quererme averiguar el mío. Me servía personalmente para pisparlo; me lo inquería "para ponerlo en el libro". ¡Nada!, — porque sabía que, a diferencia de París, no había tal libro, y cuando mucho insistía, le respondía que le daría mi tarjeta, — luego, que no la encontraba... Tal lo pasaba hasta que partía, dejándolo galgueando y con una cuarta de narices, — como merecía por curioso y mujerengo, — porque, en esta inquisición, traslucía la *femme,* su esposa, que le preguntaba: "¿Cómo se llama? — Averigua su nombre" — y el muy carnero andaba, que se le caían los pantalones, tras de las letras mudas y paralíticas de mi nombre y apellido.

Algunos de estos pueblos continúan la encantadora vida del coloniaje; duermen hasta dos siestas,—1.a y 2.a—y cualquier forastero los despierta con sus pasos en las aceras, siendo su entrada un acontecimiento extraordinario. Muchas veces nos vieron, sabiendo solamente que fueron dos intrusos, — pero no quiénes. Intrigado doblemente por el misterio, llegamos una vez a uno en que mayor curiosidad causamos. El hotelero nos recibió airado, como si fuéramos deudores impertérritos y realcitrantes.

—Dele un apellido campestre, — me dice Pedro, — Agapito Chinchulín, — por ejemplo.

Elegiría, — como que vengo de la Capital, — uno doble: Raúl Tripa Gorda.

Al día siguiente, después de algunas vueltas por las calles, la población entera estaba desasosegada, nerviosa...

No paraba mientes en las persianas que se alzaban, en los rostros ávidos, en los cuchicheos que me llegaban, porque en cambio entreveía ojos negros o pardos, mejillas marmóreas o de melocotón, fascinados también por el misterio.

¡El fatal encanto de lo desconocido!, — pero que jastiales tamaños persiguieron a los de su sexo para sólo saber sus nombres y apellidos y llevárselos a sus familias, sublevábame el ánimo, y ¿cuándo divisaba, al salir del Hotel, grupos en el

tradicional poste?... En seguida entraban a inquirírselos al hotelero... "¡No sé!" — exclamaba, — y ante su ignorancia, creíase el último de los de su oficio, y se arrastraba deprimido y demacrado. "¿Podía la curiosidad llegar a tanto?" — me preguntaba.

Explicábame que los perros de las calles nos miraran; los pobrecitos nos desconocían... Una tarde estaba sentado en la plaza, y pasa un perrito con cara de gato. Aunque revelaba, por el apuro, que iría a algún quehacer urgente, paróse al notarme, como preguntándome: "¿Y usted qué hace aquí?" Era la inquisición social, sacramental, — ¡hasta de los perritos!

Y como a las cosas que, en este diablo mundo, no se les pone dique, se convierten en torrente, sucedió que yo, humilde pasante, que no estaba en ese pueblo sino para que descansara mi caballito, llegué a tener el honor de ser muy visitado. Sí, señor lector, — hallábame, al regresar al hotel, con personas de carne y hueso, que no había visto nunca, que me esperaban en el zaguán, en el patio, aun en mi pieza, como si fuera candidato oficial para algo muy suculento e inmerecidísimo. Los recibía, — como se comprenderá, — según las reglas del flamante protocolo. Aunque me proponían, después de varios rodeos, negocios de tierras, — ¡a mí que quería vender!, — sabía que no eran sino enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios de sus queridas familias que sólo querían atentar contra la virginidad de mi misterio. Me hablaban de cosechas, de la preciosa política local y al fin del buen o mal tiempo. ¡Qué luchas! Librado a mi pobre diplomacia, la defendí heroicamente, con suaves fintas, porque sabía que era toda mi importancia, en esta época en que todos creen no acertar a dársela suficiente, y que en cuanto la rasgaran, me darían la espalda con desprecio. Y todo pasaba encantadoramente, como entre desconocidos, sin las confianzas de la amistad. Al despedirme, acompañábalos hasta la puerta de calle, y allí, doblando el pescuezo, hacíales el cuarto y último saludo del ritual diplomático. Con todo de partir sonrientes, parecíame oirles: "¡Ah,

porteño farsante!'' — y yo dábame vuelta, exclamando: ''¡Oh, amigos desconocidos, nunca bien amados!''.

Tal pasé una semana, y de noche, después de las ridiculeces del día, al reflexionar, mientras yacía abrigado en cama, solo, ignorado hasta de mí mismo, — desde que afirmase que es imposible conocerse, — que había en la calle y en las casas cientos de individuos empeñadísimos en conocer nuestros nombres, y que descubrí, sin quererlo, — como pasa con todos los inventos, — la piedra filosofal de la popularidad, no podía menos que desternillarme de risa, mordiendo la sábana con los dientes. ¡Perdóname, lector, este gesto, — como se dice hoy, — de modestia, ante las injustas popularidades que soportas! Como jamás te conturbaré con la mía, déjame gozar del placer intenso de ser desconocido. Delicado y puro, no es inconstante ni vulgar como el de la popularidad. Aunque todos los goces tienen sus espinas, te lo recomiendo, lector, Aristocrático, porque, sin los celos y emulaciones de la envidia, serena el alma y nos ilumina en un empíreo. Todos se desviven por ser populares, y ¿quién por ser ignorado?... La misma celebridad es vulgar; la más topa de las policías descubre al transeunte más enigmático; pero ¿dónde está ese hombre que se entierre en vida, mudo y sordo a la humanidad? ''¡Conoceos a vosotros mismos!'' — exclamaba.

Y como los bancos de las plazas son el descanso de los forasteros, allí, entre los árboles, iban los oficiosos perseguidores, tratando, con miradas iracundas, de arrancarme el apellido, como si fuera un cabello u olerlo siquiera. ''¿Qué pasaría si fueran mujeres?'' — me decía, dada su fama de curiosas. Pedro, que andaba por todas partes, refirióme que en las partidas de dominó, en las tertulias de las trastiendas y en las nocturnas al aire libre en las aceras, no se hablaba sino de nuestra importante y trascendental existencia misteriosa.

—¿Quiere usted creer que en una cigarrería negóseme vender tabaco? — díjome, irguiéndose.

Era la primera vez que lo noté alterado.

Cometí la ingenuidad de preguntarle por qué.

—Porque dicen que no lo conocen a usted ni a mí.

"¿Qué tendrán que ver las relaciones sociales con el comercio?" — me pregunté, — y no pude menos que exclamar: "¡Oh, la curiosidad!"...

Esto y otros síntomas coincidieron con aires y tonos secos que había observado en una librería y en el Correo y Telégrafo.

"¡Quién sabe quiénes serán!" — principióse a exclamar. Observador de costumbres, esperaba este fin, y rota la compostura social, llegáronme al oído las habladurías, las suposiciones, las calumnias, y, cara a cara, las miradas desafiantes, despreciativas, las entradas a los zaguanes de los filósofos de puerta de calle en mangas de camisa, los preciosos anónimos... Habría exclamado: "¡Oh, flaqueza terrenal!" — si no hubiese visto uno de los tantos matices de lá popularidad humana... desconocida, porque parecía que también son populares los desconocidos.

¡Quedaba satisfecha la vanidad universal! Hasta los bobos podían ser populares, si ocultaban su nombres a los criados. ¡La popularidad sin trabajar, y quizá el poder y la fortuna! ¿Quiérese nada más milagroso? ¡Ya los necios no se desvivirán por aparecer, ni atropellarán a sus superiores, ni gritarán, ni escribirán! ¡Un porvenir tranquilo! Estaba encantado de mi creación, — precedida, — se sobreentiende, — de la expatriación, — como una última prueba de que nadie es profeta en su tierra, — y tratarse de privanzas de forasteros. El éxito es infalible, sea en París o en Altamisque, porque fúndase en la curiosidad, que no es irracional, sino humana. La gente, intrigada por el incógnito, rezongará; cansada de descocarse en vano, se sublevará, y un día o una noche irá en muchedumbre a protestar, rugiente como la mar, bajo de los balcones del misterioso: "¿Con qué derecho se vive sin saber quien se sea?..." ¡No es permitido el misterio en este planeta! Y el muy modesto, inocente, los abre, creyendo que fuera un homenaje a Napoleón, y resulta que era a él, profundo e impertérrito ultraconservador de su bautismo; pero si eres tú, lector, que también quieres combatir la curiosidad, — ¡cuidado con revelar el se-

creto ante tan pública efervescencia!, — porque te expones, si no eres un personaje eminentísimo, a la zurra más estrepitosa de los tiempos modernos. Los pueblos, monárquicos o democráticos, son volubles, y desencantados, crueles. Y cansado de atar lenguas, cerré los párpados con la gravedad de los inventores. .

Habían llegado a tal grado estos importantes sucesos históricos, capaces de excitar al sér más linfático, flemático y extático, que al día siguiente llega Pedro jadeante, arañado, "¿Qué hay?" ¡Qué había de haber! Conocíase que acababa de pelear, — y me contó que cómo hallara al fin a un individuo que buscaba por mi encargo, — de aquéllos que no están nunca en su casa, — su esposa, indignada por sus repetidas negativas de darle su nombre a la criada, al golpear la puerta de calle, — le gritó: "¡Ese es!" — como si se tratara de un asaltante, y el sugestionado marido, ante tal chúmale, en vez de preguntarle al inocente Pedro siquiera qué se le ofrecía, lo insultó groseramente, lo atacó, y como éste no era manco, allí no mas fué Troya. Corriéronse a la calle. El altercado convirtiose en un escándalo público. No sé cómo no intervino la policía. ¡Entonces sí que habríamos tenido que dar nuestros nombres! Divisé grupos de gente agitada, bulliciosa, en la esquina, — ¡toda una manifestación popular acompañando a Pedro, triunfante! — y aunque él sacó la mejor parte, díjele:

—Suerte que nos vamos hoy!

Y al ir a abonar al hotelero la cuenta, — ignorante de que fuera el último adiós, — díjome, compungido y entre dientes:

—Les agradecería que se fue...

—¡Una extradición!

Y poco menos que lloriqueando, agregóme que no podía albergarnos mas, — que había sufrido mucho, — que nos fue..., — y ante su tardía expulsión, exclamó, casi hincándose:

—Perdón, señor, — yo no tengo la culpa...

—¡Ni nosotros tampoco!

Y cuando vi en los campos a los teros parleros aleteando, a los flamencos y las garzas en las lagunas, a las cigüeñas pla-

teando las alas al sol, a la naturaleza y al hombre, ajenos a estas pequeñeces, comprendí que la curiosidad femenina produce estragos y que razón tenía Balzac para exigir que el marido tuviese talento. Y de mi parte, agregué: "¡Oh vosotras, faenas agrícolas, que evitáis los vicios de la ociosidad!" (1).

---

(1) Publicado en *"Caras y Caretas"* el 8 de Noviembre de 1917 con el título *El desconocido de las colonias.*

CUADRO

El desierto es el libro más vasto y profundo que el hombre puede estudiar. Yo le abrí, y amante de la naturaleza, quedéme absorto y, como argentino, orgulloso ante sus cimas nevadas y contrafuertes, sus montañas y sierras, sus faldas de esmeraldas, sus pampas infinitas, sus cataratas, sus ríos, sus lagos, sus varios ganados, sus aves, sus pájaros y aun sus fieras. Desde el indio errante hasta el proscripto de la urbe, todos le admiran y descifran sus misterios en sus inmensas páginas. Nadie lo conoce como aquél, y en su cielo lee las armonías y pronósticos del tiempo y de la vida. Encierra, para sus necesidades y anhelos, toda la ciencia terrena y divina; no necesita más sabidurías, y consciente de su fuerza, cree inferior al que viene de poblado. Será éste más civilizado, más poderoso, más sabio, más científico, — le rendirá honores, le acatará, sumiso, — pero, íntimamente, le tendrá por un ignorante despreciable, — por un desgraciado, a quien hay que principiar por enseñarle los caminos, a encender fuego, dónde hay agua, cómo se caza, a preparar la comida, a construir el rancho, etc., etc., para que no se pierda y no se muera de hambre o de frío. Es montado a caballo, y recién cuando el gaucho enlaza en el aire un potro o un toro bravío, que los ve caer vencidos, domados, cree, boquiabierto, que es realmente un ser inteligentísimo. ¡Cuántas veces no vinieron geólogos europeos a buscar minas en nuestro suelo, pusiéronse en manos de los indios, las *descubrieron* (!), y resultó que fueron sus guías los que se las pusieron bajo sus ojos!

Dame risa cuando entran los inmigrantes al desierto con aire protector y superior, exclamando: "¡Civilización, civili-

zación''! Todos, ante tal bandera aspavimentera, le abren paso y se inclinan, pero luego se descubre que, fuera de zanjear y sudar como bestias, no saben nada, nada, — ni leer, ni escribir, — ni hablar. He visto a los encargados de civilizarnos tan estúpidos e ignorantes de las cosas de la vida, que fué menester hasta ponerles cortada la comida en la boca. ¡Con razón, en el campo, se les tiene lástima, si no causan, al fin, risa!

¡Es que el desierto es un mundo aparte! Posee su ciencia y artes propia y, sobre todos, sus misterios, y sólo sus hijos lo dominan. ¿No pasa igual en las urbes?... El océano tiene al marino; las estepas, al ruso; las montañas, a sus rudos labriegos; los arenales del Sahara, al árabe, y las costas de la Bretaña, a sus melancólicos y rubios pescadores. Cada región, en fin, tiene su habitante propio; la pampa, al gaucho, y el desierto, al indio. ¿Quiérese nada más inteligente que el gaucho? Compáresele con el gallego, el napolitano, el galense, los inmigrantes exóticos que están arribando y los mismos superiores, que, de bozales, parecen mudos, y resaltará su relativa superioridad mental.

Voy a contarte, lector, lo que le acaeció hace muchos años en uno de nuestros desiertos, que hoy son colonias, a una comisión de sabios, — no con gauchos ni indios, sino con un pobre paisano, que, por lo general, es más infeliz. Siempre llegaron de aquéllos para estudiar la flora, la fauna y otras riquezas territoriales, y principiaban por ponerse bajo el consejo de los indios, que los guiaban, les enseñaban los secretos de la naturaleza y lo que buscaban. Esta comisión venía a hacer observaciones meteorológicas. Flammarion dice: ''Conocemos las distancias entre los astros; averiguaremos sus condiciones físicas y si tienen o no habitantes; pero ignoramos si lloverá mañana''. La tal comisión trabajaba bajo un cielo diáfano, era vasta y traía un convoy de instrumentos. Situóse la primera noche cerca de un mísero rancho, y su dueño, un viejo paisano, de luengas crenchas, vincha y chiripá, al notar que los sabios se alistaban a pernoctar bajo de los árboles, fué a saludarlos y a ofrecerles hospitalidad, porque podía llover...

—¡Cómo cree usted que lloverá con semejante luna! — exclamaron todos, despreciativamente, poco menos que en coro.

En un firmamento cristalino, sereno, la pálida viajera, surcando la inmensidad, derramaba su luz con tal brillantez, que la noche parecía más bien una mañana de plata. Los sabios, provenientes de soles y lunas amarillas, estaban admirados, sorprendidos, porque en nuestra bendita tierra aquellos verdaderamente son más inmensos, luminosos y resplandecientes, y después de agradecerle al paisano su cortesía, atribuyéndola a ignorancia, — a ignorancia de la gente de campo, — se entregaron, no sin reirse antes de tan desgraciada ocurrencia. al sueño. Estaban cansados, y querían, al terminar su largo viaje, dormir bien, y parecíales también que la luna, en noche tan estival, los abrigaría mayormente con su infinito resplandor. Cerraron los ojos, y muchos, roncando, soñarían con sus tierras exhaustas, tan pedregosas que parecen de bronce.

El cielo, de repente, se obscureció; descargó un copioso aguacero, de esos propios sólo de las soledades, y los sabios abandonaron sus camas e instrumentos, y, empapados, fueron a echarle abajo la puerta al paisano, demandándole hospitalidad.

—¡Abra, abra, por Dios, que llueve a cántaros! — exclamaron.

—¿No les previne?... — dijo éste, con su calma filosófica, al abrir la puerta, — porque nuestros paisanos, curtidos por los peligros, son tan filósofos como Séneca. ¡Ya yo preví la lluvia, en cuanto me fijé que a la tarde llegaban los burros escarceando el corral!

—Pues, señores, — dijo uno de los sabios más concienzudos, — vámonos entonces a nuestro país, si hemos de viajar tanto tiempo con nuestros instrumentos, para que unos pobres burros de un desierto de América nos enseñen meteorología. ¡Si hubiésemos recibido la lección de hombres, gauchos o indios, ¡pero de burros!...

La comisión queríase morir de desesperación y vergüenza, porque se componía de ingleses, franceses, alemanes, dinamar-

queses, holandeses, etc., etc., y representaba el más alto nivel de las ciencias físicas de Europa.

—¡Vámonos, vámonos! — exclamaron todos.

Uno hizo pedazos sus instrumentos y otro quiso ahorcarse de un árbol.

—¡Orden, señores, orden!... — exclamó uno alto, grueso, barbilampiño y tan blanco que parecía de tocino. — Hay que ser trascendental y sistemático — agregó con firmeza, — y dirigiéndose al paisano, le preguntó:

—¿Usted cómo sabía?

—Yo no sabía; eran los burros...

—¿Y ellos como sabían?...

El paisano, por no contestarles: — Ustedes, que saben varios idiomas, podrían averiguarles mejor, — les dijo, reconcentrándose:

—Señores: librados, en este desamparo, a sí mismos, desde el indio hasta el insecto, todos sabemos algo: los burros, cuando lloverá; los pájaros, donde hay agua; yo, otras cosas, y así todos... Ese algo, adquirido por instinto o experiencia, es cuanto necesitamos para vivir; si no, nos moriríamos, y constituye la ciencia del desierto. Dios le ha dado a todos los seres los instintos vitales, para que se desarrollen en sus respectivas comarcas. Usarlos es su misión. Si las ciudades son la civilización, estos desiertos, que alimentan ya al mundo, no son la barbarie. Os imaginásteis unos Colones y que nos hallaríais desnudos y cubiertos con plumas de avestruz, e igualmente os habéis equivocado al creer que, por no personificar la ciencia, fuéramos la ruda ignorancia. Sabemos, hombres e irracionales, lo que necesitamos. Ni más ni menos. Lo que hay es que ustedes, por venir de poblados, personifican el arte, y nosotros, la naturaleza. ¿Cuál es superior? — he ahí la cuestión. Si no bastara, para probar la interioridad relativa de aquél, que su único destino es imitar a ésta, agregaría que el arte es el hombre y la naturaleza..., Dios. No desesperéis por ello, ni huyáis del desierto. Venid de la ciudad a él, porque encierra la fuente de vuestros conocimientos; pero dejaos guiar por sus habitan-

tes, racionales o brutos, que sin saber muchas veces las razones de sus consejos o advertencias, ahorran tiempo y hasta desgracias. Quedáos, admirar la salidas y entradas del sol, las noches de luna, el curso de las constelaciones, los astros inmensos, diamantinos, que mucho aprendéis...

Descendiente de indio y español, que produjeron al gaucho, toda la parte de sangre sajona que corre por mis venas no me impedirá que ame con fervor al desierto, que es la naturaleza, la verdad, Dios. Soy, ante todo, americano, y le defiendo a gritos y, como argentino, digo: "¡Viva la pampa!" — y "¡Hurra a sus sabios, desde el indio, que se perdió en el horizonte con sus tradiciones, hasta los burritos que anuncian lo que la ciencia moderna ignora todavía: la lluvia!" (1).

(1) Publicado en *"Caras y Caretas"* el 23 de Diciembre de 1916 con el título *La sabiduría de las colonias.*

CUADRO

La usura es la polilla de las colonias. Penetra por doquiera y es más cruel a medida que aquellas son más pequeñas. La he visto llegar, desgraciadamente, hasta en las chacras, donde los chacareros viven diseminados, separados muchas veces por largas distancias, — ocasionar embarges, los consiguientes perjuicios de las ejecuciones y dejar un tendal de arruinados. No halla trabas en la ley, — la necesidad tiene la cara que sabéis, lector, y el colono, desamparado, urgido por exigencias del cultivo o de la familia, no tiene más que entregarse.

Los prestamistas son, en general, judíos rusos. ¡Judíos habían de ser!

¿Queréis saber su psicología? Hablaba cierta vez con un ruso alemán, y me dice, ante un individuo que pasaba apurado por enfrente:

—Ahí va mi paisano...

Era, — según me dijo, — un ruso de copete, pero judío — y me agregó:

—Me quiso proteger...

Y ordenándole la lengua, para que hablara, me refirió:

—Hace algunos años, quedéme, por préstamos y pérdidas, en la miseria con mi familia, y se me acercó, palmeándome en el hombro, en señal de afecto, exclamando en su religión: "¡Paciencia, resignación! Yo lo voy a proteger, paisano... Cuando usted quiera dinero para trabajar y adelantar, no tiene más que pedírmelo!". Le pregunté entonces cuánto me cobraría de interés, porque necesitaba dinero, precisamente en ese instante, para levantarme nuevamente. "¡Barato, barato, paisano...!" — me contestó — y casi ahogándose, díjome al oído:

"¡Cinco por ciento!" mensual, se entiende. Y era, realmente, barato, porque estaba cansado de ver cobrar el 6, 7 y hasta 10 por ciento al mes.

—¡Judas! — me dije.

CUADRO

Los trigales, después de la siega, descubren una cantidad inmensa, increíble, de perdices. No sé si los rastrojos las llaman o las producen, — lo cierto es que entonces no se ve en ellos, en los caminos, en las aguadas, hasta en los alrededores de los pueblos, sino perdices y perdices. A los colonos, como que las tienen todos los años, infaltablemente, paréceles el espectáculo naturalísimo, — pero es el asombro de los pasteros. Aquello es una invasión, como la de la langosta, una verdadera infección.

Sería un error gastar en pólvora, porque se las caza con cañas. Los muchachos, de a caballo, las alzan con el arreador, — otros las cogen hasta con las manos, y hay algunos tan vaqueanos, que en pocas horas se encaminan a las casas con una bolsa llena de ellas, — pero la abundancia de todas las cosas harta, fastidia, y, por último, da en cara, repugna. Y al pobrerío, que vive de mate y carne asada, lo hallé, con esta ganga, de banquete: perdices al almuerzo, a la comida, a la cena y al desayuno.

Yo bien pronto las deseché, porque eran pichones, estaban flacas y las cocinaban en seguida de matarlas, sintiendo muchas veces, entre los dientes, los tendones frescos aun, palpitantes de vida. Ignorábase que a las aves débese orearlas muertas primeramente, y con la angurria por cocinarlas, poco faltaba para que se las tragasen con plumas. La repugnancia tornóseme en fastidio, y, después, en impaciencia.

No pude, al fin, verlas ni pintadas, porque al almuerzo, al sentarme a la mesa, perdices, — cuando el dueño de la casa en que me hospedaba no se permitía, en son de elogio, y nec-

vios o apetito, exlamar: "¡Tenemos unas riquísimas perdices!". A la comida, lo mismo. Así pasaron semanas, semanas largas como años. Perdices asadas, guisadas, fritas, con huevos y en el puchero (!), y muchos, para prolongarlas, poníanlas en escabeche para el invierno. "¡Qué buenas perdices tenemos hoy!", — oía a cada instante. Donde quiera que iba, perdices, y si me quedaba en un punto más de cinco minutos, se me invitaba con perdices. "¡Qué ricas perdices estamos cocinando!" — exclamaban otros, sin que fuesen mejores que las demás, sino las mismas de siempre, flacas, pequeñas.

¡Cómo iba a protestar, cuando en las ciudades la perdiz es un ave incomparable y en su estación se ansía como a una primavera! Habría pasado por persona de mal gusto, desde que no podía decir que la perdiz, así cazada, cocinada, comida, era una grosería, una inmundicia. Tuve que callarme, porque la educación moderna enseña que la verdad no se puede decir, y, — como pasa siempre, — me la tragué como a una perdiz. Y al día siguiente, perdices, — perdices a la mañana, y perdices a la noche.

No iba a ninguna parte de temor que se me ofrecieran perdices, y la mesa que, en el campo, es un deleite familiar, transformóseme en suplicio. Al sentarme, temblaba como mancarrón mañero ante el palenque, imaginándome que la primera fuente que se destapara sería de... Si salía a pie al campo, huyendo de ellas, las veía vivas, y poco faltaba para que las pisara o se me vinieran encima, y, repugnado, regresaba de prisa, como si me corriesen por detrás. Estaba perseguido por las perdices, y si me encerraba en mi casa, sitiado. ¡Un sitio de perdices! ¿Hase visto nada más original?... — y pensando una vez, mal humorado, acerca de mi ridícula situación, resultó peor: que no tenía salida, — so pena de mandarme mudar, — lo que me era imposible, porque principiaba la trilla y los colonos a tener plata, como se llama al dinero en el campo.

"¿Será posible que esta ave tan delicada se convierta en una infección, como la langosta u otros insectos repugnantes? ¡En todas partes tropiezo con ella! Me persigue, me cerca", —

solía decirme, desalentado. No era broma, porque hasta en mi pobre cuarto, donde me refugiaba, corrido por la invasión perdicesca, oía su chillido, antipático por lo mendicante. "¡Pio, pio, pio!" "¡Perdices!" — exclamaba, — y mi primer ímpetu, por supuesto, era coger la escopeta, mi revólver, un palo, un botín, cualquier cosa..., pero ya he dicho que en este mundo no se puede proceder... ni contra... las perdices... que se matan para cocinar y amargar la vida del prójimo. Veíame forzado a correrlas por el cuarto, — hacer lo que ya no me es posible por mi corpulencia: agacharme, — introducirme bajo de la cama, — agarrarlas con delicadeza, — y cierta vez, al incorporarme con el rostro congestionado, entró de repente un muchacho abriendo bruscamente la puerta y exclamó: "¡La andaba buscando! ¡es mía!" "¡Tómala, mi hijito!" — le dije — en vez de tirársela por la cabeza... ¡La dulzura ante todo! — y me puse tranquilamente a sacudirme las rodillas, más sucias que las de un peón.

"¡Santo Dios, cuándo me veré libre de estas detestables perdices!" — exclamaba, en plegarias improvisadas. Era mi último recurso, porque ya no eran las perdices, sino las personas, todo.

Si recibía visitas, me hablaban de perdices; si no era de las ya comidas y digeridas, de las que comerían luego o al día siguiente, — y cuando me encontraba con algún conocido, en cuanto lo saludaba y le preguntaba cómo estaba, me salía con las dichosas perdices. Veíame forzado a hacerme negar, como un viejo ministro y a huir de la gente. Lo que más temía, era que un buen vecino viniera, solícito, a invitarme a cazarlas o comerlas, porque había perdido la paciencia... ¡Quién sabe lo que habría hecho!...—aunque debemos comprimirnos siempre.

De noche soñaba con perdices, y como las consideraba, verdaderamente, una infección, creía que mi lecho era un hormiguero y que me circundaban como parásitos. Abría los ojos, excitado, rascándome para completar la ilusión, y en una siesta, fué tan cierta, que oí un grito de perdiz. Me asomo, estirando el cuerpo, y veo que pasa una bajo del escritorio, alar-

gando el pescuezo como charabón recién nacido. ¿Cómo entró, estando cerrada la puerta? ¿Por el ojo de la llave?... Más fácil habríame sido averiguar el origen de nuestra existencia. Serenado, reflexionando, hallé la aparición naturalísima, porque todo, todo, estaba aperdizado, principiando por el espíritu de las gentes, y lo único que faltaba era que yo también me volviera perdiz. Me levanto, — descalzo, por supuesto, — la corro, la cojo, la arrojo afuera, y siento en seguida que un muchacho llora afuera como un marrano. Dice, — a gritos, — que se le va a morir, — de lo que deduzco que es su dueño, y yo... ¡un cruel perseguidor de perdices..., ¡cuando era a mí que me perseguían! ¡Oh, injusticia del mundo!

Es que tenía además la desgracia de que mi cuarto diera a un vasto patio, cuyos corredores estaban llenos de piezas de máquinas agrícolas, cajones y botellas. Allí se escondían las perdices cazadas por los muchachos de la casa, y en cuanto dejaba abierta una puerta de mi cuarto, entraban, se paseaban por él y se guarecían bajo la cama para darme estas sorpresas. A todos les causaban mucha gracia, muchísima, porque estaban sugestionados por las perdices, verdaderamente aperdizados. "¿Estarán locos?" — me pregunté una vez, encerrado en mi cuarto, con las puertas cerradas, solo, porque quería paz, esa paz del alma, tan ansiada para vivir. "¡Tan, tan!" — "¿Quién es?" — "Señor: Vengo de parte del señor..., — me dice un muchacho, — a invitarlo a almorzar unas ricas perdices...". "¡Anda no más...!" — le repliqué por el momento, decido a excusarme después por escrito, agradecido todavía, ¡porque así, de esta manera tan hipócrita, es como hay que conducirse con la humanidad hasta el último aliento de la vida! Es lo que se llama, muy seriamente, educación, educación exquisita.

Una tarde, — sin duda para colmo, — hallo mi pieza, al entrar, llena de perdices. Se paseaban y piaban a su gusto. Salgo, furioso, al patio, e inquiero por el autor, y resultó que era un regalo. Sí, lector, un regalo. Mi pobre planchadora, deseando agradarme, remitiómelas con su hijo, y como estaba ausente, las puso adentro, sacándolas una por una de la bolsa

en que las trajo. Eran nada menos que una docena. A pesar de que existía siempre una explicación para estas coincidencias perdicescas, me pregunté una vez, seriamente: "¿No será una broma, una conspiración?" Como es tan fácil creer en proyectos dañinos del prójimo, aplaqué la protesta pública para la primera perdiz que hallara en mi camino.

Una excursión colonial arrancóme, felizmente, de sitio tan aperdizado, — pero a mi regreso, estando arreglando mi equipaje para venirme a Buenos Aires, se me presentó un chico a caballo en la vereda de mi cuarto. Traía una bolsa llena, agitante. En el acto presumíme el contenido. "Perdices", — me dije. "¡Perdices, perdices!" — mi querido lector, — ni más ni menos. Era otro regalo. Le regalé, a mi vez, cincuenta centavos, — aunque las cazaría a diez centavos por docena, — porque en esta vida hay que agradecer hasta los disgustos. "Para el viaje" — me dijo el portador, — como si hubiera nacido para que me persiguiesen hasta mi hogar. "¡A Buenos Aires, nó!" — exclamé para mí, — y subiéndoseme toda la sangre aperdizada, — recordando todas las amarguras y persecuciones, — queriendo al fin protestar seriamente, — me viera quien me viera, — saquélas una por una de la bolsa, y allí mismo, dilas libertad, arrojándolas al aire. Partían como cascotazos, haciendo al volar, el ruido peculiar consabido, como si llevaran cascabeles en sus alas. El espectáculo fué, realmente, de alquilar balcones, y los cohetes, en las antiguas fiestas mayas, no fueron más estruendosos.

Nadie vióme, felizmente. Todo pasó solo conmigo mismo, como las mejores y peores cosas de esta vida, y, desahogado con el tiroteo, me senté calmado, tranquilo, ante mi escritorio, porque había al fin protestado al aire libre, siquiera ante el cielo, de la culinaria de las atosigantes perdices, lamentando que, al perdonarles la vida, no fuesen a molestar a todos los vecinos de la localidad, para que se convencieran que todo lo superabundante, por mejor que sea, empalaga, se torna odioso y repelente como una peste.

CUADRO

En cierto pueblo, — que no hay para qué nombrar, — acostumbraba parar en el hotel de un criollo, porque estaba cerca de la estación y poseía un medio corralón para el sulky.

Comía una noche en él, recién llegado, bajo del corredor, después de una larga ausencia, y entra a verme un joven: uno de los tantos encargados que tenía en los poblados para la venta de chacras. Al terminar la mesa, salimos a la acera, y me dice:

—Usted no puede parar aquí.

—¿Por qué?

—Porque ya no es hotel. Dejó de serlo hace mucho tiempo. Debía once meses de casa; le embargaron todos los muebles y nadie le fía ya ni un peso. Está muy desacreditado. Aquí no va a tener usted que comer ni donde dormir. El mismo se está muriendo de hambre. ¿No le ve la cara?...

Haciendo a un lado la retahila, porque ella contribuía más bien a hacerme simpática la casa, le contesté:

—He comido sin embargo... Usted ha visto...

—¡Engañifas! ¡cosas que consigue por ahí o le saca a Misia Dolores...! ¿Sabe usted por qué le tendió la mesa afuera? Porque tiene vacío el comedor y las lámparas están hasta sin mechas.

—¡Qué mejor luz que la de la luna! ¡Es la gran lámpara!

—Sí, — pero ¡vea qué frío!

Por una reciente lluvia, había realmente, refrescado.

—Me ha dicho que vendió todos sus muebles para renovarlos por otros que vienen de Buenos Aires, — que va a poner un hotel sobre otro pie y que aquella casa que se está construyendo en la esquina es para él.

—¡Ja, ja, ja...! Ningún hotel se deshace del viejo moblaje, — usted lo sabe mejor que yo, — hasta que no llega el nuevo, y en cuanto a la construcción que me señala, pertenece precisamente a un amigo mío para vivir con su familia. ¡Qué charlatán! ¡Es un loco! Vive boycoteado en el barrio por los proveedores y repartidores, debido a sus numerosas deudas. ¿Y usted quiere parar aquí?—preguntóme por último, como deseando arrancarme de tal sitio.

El atento joven quería, desde que yo pagaría bien, que comiese y durmiese lo mejor posible y sin incomodidades. Lo contrario considerábalo un robo; pero ignoraba que hablaba con un hombre que, con todo de agradecerle su benévola intención, hallaba en las ridiculeces humanas su observación predilecta. "¿Comer?" — "Comería donde quiera — cualquier cosa!" — me decía. El alimento moral era lo que ansiaba, para enriquecer el espíritu. ¡Era un sitio de hambre! — y como no moriría allí, ni estaría tampoco más de tres o cuatro días, le contesté:

—Ya estoy aquí. Como estaré poco tiempo, no vale la pena de que me mude.

Pedro había oído parte de esta conversación, y llevado de las ideas vulgares sobre el bienestar, era también de opinión que nos fuésemos a un hotel, desde que, según ellos, el que habitábamos ya no era tal. Cansado de mundanzas en la vida, teníales horror. ¡Qué me importaba, por otra parte, de nombres, acostumbrado a quitárselos a las cosas y considerarlos sus cáscaras! Lo que quería era pasarlo bien, y moralmente, mejor. ¿Qué hallaría en un titulado hotel, legítimo, verdadero? Comedores llenos de mesas bien puestas, dormitorios confortables, mozos cruzándose en todas direcciones, etc., etc., — vulgaridades que el más pobre de los mortales estaría cansado de ver en la última fonda. "La cuestión, — ya que estaba metido en ella, — me decía, — era presenciar cómo se las arreglaría el patrón para tenerme en su casa" — me dije. Nunca estuve más decidido a permanecer en una casa, ni tuvo don Dionisio — así se llamaba el dueño, — en los tiempos floridos de su negocio, un

cliente más decidido a quedarse a su lado hasta lo último. Recuerdo que le dije a Pedro:

—¡Yo no me muevo de aquí ni a lazo! Es necesario que averigües algo más sobre este hombre extraordinario y quién es esa misia Dolores. El, por lo pronto, se me aparecía con las simulaciones de un gran político, audaz, y ella, un sér misterioso, con aires de bruja.

Al día siguiente confirmóme las noticias oficiosas del joven: que el hotel estaba cerrado hacía más de seis meses; vacío y desacreditado, nadie se allegaba a sus puertas; nosotros seríamos los únicos pasajeros o penitentes; que don Dionisio nos recibía desesperadamente, para salvarse del hambre, y supe de labios de Pedro detalles del boycot, que, por lo ridículos y graciosos, la parte aflictiva se esfumaba.

—No pasarán seis horas sin que le pida adelantado dinero — agregóme Pedro.

Vislumbré esta intención, en sus ojos vidriosos, desde que llegamos, — pero no hice caso, porque estaba decidido a no darle ni un peso.

Nuestra estada entonces no tendría gracia, porque cualquier hotelero, por más tonto que fuese, da de comer con dinero; la cuestión era saber cómo se las arreglaría para albergarnos y sobre todo seguir el hilo de los acontecimientos, como dicen los historiadores, presenciar sus procedimientos, observarlos, sin descubrir su miseria o encubriéndola, en los trances peligrosos, con delicadeza, y si nos enfermáramos de hambre, "mejor, porque el caso, por lo novedoso, sería impagable" — me decía. ¡Bastante había comido en mi vida! Sobre todo — agregué — nadie se muere de hambre!"

—No tendré dinero hasta de aquí tres o cuatro días — díjele a su primera arremetida.

—Era para pagar una cuenta, porque, con la renovación del moblaje, remití hasta mi último peso a Buenos Aires — me contestó.

Era precisamente lo que deseaba que me dijera: mentiras.

—¡No ves, díjele a Pedro — ya principia la comedia...! Oiremos cosas muy graciosas. Tú no lo pierdas de vista.

Entretanto, díle dinero a Pedro para que le comprase pasto y maíz al caballo, porque él no debía entrar en estas comidas literarias.

Don Dionisio era el mozo y su esposa, la cocinera, pero la comida era lo principal.

Hablaba él, en cambio, de mozos enfermos, con licencia por la renovación del moblaje y especialmente de cocineros, porque eso sí, — en su especialidad, era un orador de primera fuerza. Atento y cínico, nos ofrecía de todo a cada instante como si nadara en la abundancia, y se deshacía en elogios al hablar del clima, del sol, y del aire de la localidad. Era, en esos instantes, un alabancioso sentimental de la naturaleza, un legítimo discípulo de Lamartine y Michelet.

Parecía decirnos: "Con tales elementos, ustedes no necesitan almorzar, ni comer". Eramos, en su opinión, unos sabios por haber ido a su hotel. "¡Comida de familia, comida de familia!" — exclamaba a cada momento. No había, para él, comida superior a la de familia. Decía que las demás eran venenosas. "¡Comida de familia!" — volvía a repetir, a propósito de cualquier cosa. Casi me sugestiono y creo que los desgraciados eran los que estaban en los otros hoteles.

¡Qué silencio en el hotel! Abandonado como un lazareto de apestados, las noches eran solemnes, y las lunas pasaban, blancas, plateando las baldosas del corredor, las verdes enredaderas del enrejado del corral y los frutos de los naranjos del patio, que brillaban en sus copas como formas de oro. Aquello era impagable para una jaqueca y como me placen la soledad y las casas solariegas bañadas por el sol, la lluvia y la luna, principiaba a parecerme simpático el recinto, tanto más que los pájaros se venían a los corredores, se metían entre los tirantes del techo y aleteaban contra las puertas cerradas de las piezas, sin duda para que se las abrieran y tomar posesión de ellas y hacer adentro sus nidos.

Al día siguiente, en cuanto abrí los ojos, díceme Pedro:

—¡Si hubiese visto usted qué barullo esta mañana para conseguir café y leche! Los almaceneros y los lecheros no querían fiarle a don Dionisio, y misia Dolores, — una vieja de la vuelta, se negaba a "prestarle" más provisiones, "porque — decía — que no se las devolvían y que no existían tales clientes". Tuvo que traerla para que nos viese, so pretexto de visitar la casa. Yo me estaba vistiendo y usted dormía aun. Sé todo esto por ella misma, porque me preguntó cuánto pagábamos al día.

Tomamos café con leche debajo del corredor, ignorante, por mi parte, de los disgustos que le costaba, y como no me retraía de pedir cuanto se me ocurría, para poner a don Dionisio en apuros, le dije que extrañaba la manteca. Púsose pálido, — se contuvo, — y ¡qué inteligente! ¿Qué creeis que me contestó?... "¡Es un veneno seguro hoy, señor, con la aftosa! Por nada del mundo se la presentaría en su mesa" — como mostrándose un hombre de corazón, que abrigara ya afecto por mí, — y para mostrarse un hotelero delicado, agregó: "¡La manteca, hasta que no desaparezca la peste, no entra en mi hotel!". Me placen las decisiones y los arranques, y casi exclamo: "¡Bravo!", — celebrando también su respeto por la higiene y la salud, porque, ¿cuántos hoteleros de primer orden no gastan a sabiendas comestibles y bebidas falsificadas?... La comparación, subjetivamente, ganaba de su parte al cliente más tieso y frío.

Se oían de continuo los pasos de don Dionisio en los corredores. Algunas veces se transformaban en carreras. Toda su familia y chicuelos andaban de un lado para otro, porque en este cruel mundo no se puede poner una olla en el fuego sin carbón, sal, carne, arroz, papas, repollos, zanahorias, nabos, etcétera, y cada uno de estos artículos era para él un problema y objeto de alguna excursión. Sentimos que el barrio se había alborotado, oímos gritos de don Dionisio en la calle, sin duda con los proveedores que se negaban a pie junto a fiarle más, y Pedro, al venir del fondo, apercibióse que le decía a uno de sus hijos:

—Dispara a lo de misia Dolores y que te dé—¡por Dios! —un puñado de perejil y un poco de sal.

¡Sal, sí, sal, porque la existente en los saleros amohosados tenía más de seis meses, y, ensuciada por las moscas, parecía pimienta!

Lo más violento para don Dionisio no eran las cosas, fiadas o compradas, porque con un poco de maña, las obtenía o, en cambio, su insignificante importe, sino hacer, por su maldita ausencia, el papel de tenerlas y que nadaba en la abundancia, estar de buen humor, reirse, siempre con la falsa sonrisa en los labios, en medio de los más violentos conflictos, para sostener ante nosotros su crédito comercial, su buena fe, cuando, confesándome la verdad, habríale, gustoso, adelantado lo necesario. Este era el nudo, precisamente, de su mérito, porque, desatado, no habría existido comedia, ni tampoco nuestros papeles de falsos comediantes, porque, a la verdad, él sin nosotros, no era nadie, y de clientes, puramente espectadores, estábamos también en la escena y transformados en personajes activos. ¡Héroes por fuerza! Y contra la farsa, farsa. La mesa, para el almuerzo, era una mesita acomodada en un dormitorio antiguo, vacío, so pretexto, por supuesto, de las reformas artísticas del comedor, de la higiene, de la salud y otros principios fundamentales. Todo era diferente, como si el mantel, las servilletas y los platos fuesen de distintas casas. ¡Del vecindario, seguramente, de ese vecindario tradicional, que parecía conservar, al través de los siglos, los sentimientos generosos de la humanidad! Había lista impresa, recostada coquetamente contra la aceitera. ¡Restos del esplendor pasado!, — pero ¡ay, ¡único! "Puchero de gallina" — decía en letras bien gruesas, hasta altaneras. Tratábase, en efecto, de una gallina verdadera, positiva, y no de esas de cartón pintado de los teatros. Al llegar el ave, dorada de gorda, púsola don Dionisio, triunfante sobre la mesa y exclamó:

—¡Las gallinas de aquí son las mejores del mundo!

—Esta, para mí, es robada, — me dice Pedro, — porque en esta casa no hay gallinas, ni con qué comprarlas, y su apa-

rición, en este instante, coincide con un alboroto que sentí anoche en un gallinero vecino y oí distintamente que a una le torcían el pescuezo. Estos ruidos, — como usted sabe, — son inequívocos, y esta mañana, en cuanto me levanté, fuí al fondo y ví en la pared del cerco las fresquitas huellas del asalto.

—Mira, Pedro: nosotros estamos en todo un hotel, un establecimiento público o, al menos, tenemos derecho a creerlo tal; pagando, no debemos averiguar el origen de lo que injerimos en el estómago; este es caso de la conciencia de don Dionisio, y no tenemos por qué sombrear la nuestra, poniendo todavía en peligro, en medio de esta escasez faraónica, nuestras humildes digestiones. Comamos y bebamos tranquilamente, hasta que don Dionisio reviente o se dé por vencido.

Al hacerle notar a don Dionisio que la lista no contenía un bife, ni un asado, ni una costilla, exclamó:

—¡Cómo quiere usted que le oferte carne con la aftosa!...

¡Qué bien veníale a don Dionisio esta epidemia! ¡Ni que hubiera aparecido expresamente para él!

"¡Hay que cuidar la salud!" — era su frase sacramental.

Nunca, — a decir verdad, — tropecé con un hotelero más higiénico.

—¿Tortilla? — me preguntaba.

—¿De qué...?

Y con toda desenvoltura me contestaba:

—¡De lo que usted quiera!

—De alcahuciles.

—No es la estación.

—De espárragos, — porque yo no andaba con chicas.

—No es la estación, — repetíame. Y aparecía ante sus ojos, tan ignorante como un irracional.

—De acelga, entonces.

—No hay.

—Hágame un revuelto con tomates.

—No hay.

—¿Y no me ofrecía usted de lo que yo quisiera?...

—¿Cómo quiere usted que haya semejantes legumbres, con la seca?...

—¿Y de lechuga?

—Menos; es la que precisamente requiere más agua.

—¿De qué me la hará, en fin...?

—Sola...

Es decir, de nada.

—¡Malditas plagas! — fué el primero en exclamar don Dionisio.

¡De molde veníanle!, porque, en efecto, ¿qué habría sido de su sin par hotel sin ellas? No habría podido funcionar un día, ni una hora, a no ser que se le hubiesen presentado otros falsos comediantes como nosotros. No obstante estas u otras consideraciones, que habría podido alegar o decirme, preferí callarme, porque estaba haciendo ante don Dionisio un triste papel: a cada rato, si no me corría con la vara de la verdad, me ponía en la boca el tapón de la inapelable fuerza mayor.

—¡Gracias que haya huevos! — exclamó con las manos en la cadera y aire victorioso.

Casi le dije: "¿Por qué, entonces, no cierra el hotel?" — pero mi conciencia me contestó: "Estaba, por la fuerza de los acontecimientos, cerrado, y ustedes lo abrieron". ¡Me olvidaba de mi falso papel! — y me dije: "Vamos ahora, a los líquidos.

—¡Soda!

—No ha venido el repartidor.

Siempre don Dionisio tenía alguna razón para disculpar su cocina esencialmente negativa. Le contesté, sin embargo:

—Me es indispensable, porque no tomo vino, ni agua.

¡Apuros del hotelero! Perdióse, como un filósofo, de vista, y, al rato, volvió sonriente, triunfante, con el sifón.

¿Cómo lo consiguió? ¿Por misia Dolores o implorándolo a algún almacenero? vecino ¡Misterios tiene la Santa Madre I...!

Luego vino una fritanga de menudos de ave, seguramente

de la finada gallina, que aparecía entre tantas epidemias, inclusive la miseria, como una provindencia.

—¿No nos dará uno de estos días gatos o ratones por conejos? — le pregunté a Pedro.

—Pero comeremos golondrinas por chingolos con puré de papas — me contesté.

¡Cuántas veces don Dionisio, desalentado, no se sentaba en el corredor, exclamando íntimamente: "¡Estoy vencido!" ¡Un rasgo neurasténico!, pero como era muy nervioso, incorporábase en seguida, volvía a su expresión sonriente, a — lo que él llamaría, — su lucha. El, sí, luchaba moralmente para salvar ante nosotros la desnudez de su fonda y substituir con frases absolutas suculentos platos. Cosa bien difícil. Se la doy al más pintado. Lo que no impedía que su lucha fuese nuestro martirio.

Dije que, en las excursiones, lo primero que hacía era poner la escopeta en el sulky, no para cazar, sino para que los malevos la divisasen de lejos y nos respetasen. Estaba humildemente recostada contra la cama, y don Dionisio, al pisparla, le clavó una mirada ardiente, y encarándose con nosotros, nos preguntó:

—¿Son ustedes aficionados a la caza? ¿Por qué no van a cazar perdices?...

¡Perdices tan luego!

Quedéme callado, y ante mi silencio, limitóse a mirar la escopeta... Acercóse a ella, la acarició... Sin más trámite, agregó:

—Con su permiso, me voy a cazar con ella...

—Perfectamente, — pero nada de perdices...

Y salió, llevándosela. ¿Qué debí decirle?... Me pidió permiso. Comprendí inmediatamente que era un recurso extremo, que inventó en su cerebro atormentado, para salir de su atolladero y... sacarnos, también de él a nosotros, y creí que, en obsequio común, debía facilitar sus planes en vez de entorpecerlos. "¡Cazar, alimentarnos de caza, como Robinson! ¡Oh, tú, escopeta!" — exclamé, — y la larguirucha arma, que don Dio-

nisio se la estrechó, en ese instante, contra su corazón, se me apareció como un salvavidas.

A las pocas horas llegó cargado de patos, becasinas, chorlos y batitús, porque la fauna entrerriana es tan fecunda como su tierra. Tal procedió hasta el último día de la semana de nuestra permanencia, y por tan ingenioso arbitrio de alimentación, tuvimos, al almuerzo y a la comida, las mejores aves de las lagunas patrias. Era la estación de los batitús. Estaban grandotes, gordos, y recuerdo que, al llevarme a la boca los trozos de los pechos negros de los patos picazos, decíame: "¡Ni el rey de Prusia saborea tal manjar!" De tal manera la facundia de don Dionisio resolvió su intrincado problema... y el nuestro, porque tenía, para pasarnos cuenta, que ofrecernos alguna alimentación, ayudado, — se entiende, — por los préstamos de misia Dolores y los fiados que arrancaba a los almaceneros próximos con sus ímploraciones. "¡Oh, poder de la inteligencia!" — exclamé. ¡Sólo ella nos saca de apuros!

"La necesidad tiene cara de hereje" "¡La necesidad es el genio!" — digo yo. Sin la necesidad, el hombre de mayor talento quedaría en su casa viendo volar las moscas o contando los florones del cielorraso, — porque a todos nos place la vida sedentaria, pero en cuanto aparece, conviértese en fuerza motriz, y, por su incentivo, salen los hombres a la calle y en seguida a la plaza pública y escalan las más altas esferas. Es el vapor de la personalidad humana, porque, a pesar del alma, necesita una espuela, y don Dionisio, nervioso, agitante, estaba más siempre dispuesto a la acción fecunda que al descanso estéril. Era mandado hacer para estas agitaciones.

Pasábamos esos días ardientes, verdaderamente problemáticos, cuando llegan unos ingleses de Villaguay, que ignorarían también la "renovación" del hotel. ¡Era de verse la agitación de don Dionisio ante tales gentes, de fama universal, tan seria! "Con estos, — parecía decirse, — no podré continuar mi simulación!". Redobló sus trotes. No le quedaba más recurso. ¡La suerte que esa misma tarde seguimos viaje, dejándoles a los nuevos clientes nuestras camas! Si no habrían tenido que dor-

mir en el suelo, — lo que, tratándose de ingleses, tan apegados al confort, habría sido graciosísimo.

—¡La cuenta!

¡Ocho pesos al día! Lo mismo que en el Bristol de Mar del Plata.

Don Dionisio comprendió la exhorbitancia, y ante el instante supremo, casi hincándose, con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Estoy arruinado!

Otra vanidad, porque hasta los lustrabotas quieren dárselas de comerciantes.

Quiso darme explicaciones.

—Lo sé todo, — agregué — y no puedo menos que felicitarlo por haber salido tan airosamente del paso. A la verdad, tuvo usted momentos aflictivos.

—La escopeta me salvó... Con estos pasajeros reabro realmente el hotel, y después vendo la llave para abonar mis trampas. ¡La caza es un gran recurso!...

—¿Y la escopeta? — le pregunté, al ver la mía, reluciente, en el sulky ya.

—Ellos también traen.

—Entonces tiene el triunfo asegurado de antemano — y volamos por el bajo.

En camino a Basavilbaso, díjome Pedro que el hotel se titulaba, según un letrero negro, medio borrado, que había pispado en el parapeto, "de la Abundancia". "Debía llamarse más bien, — me dije — "de las Necesidades", con mayor propiedad que el palacio real de Portugal". Quiso, a favor de su insensibilidad, mofarse de don Dionisio.

—No,—le dije,—es un ser simpático, porque, ¿cómo habría procedido otro en su lugar? Habríase dado por vencido, —y viste: a fuerza de diplomacias fugaces y recursos verdaderamente intelectuales, salió siempre a flote — y llenándolo, en su defensa, de elogios, aparecióseme como el ideal de un ministro de hacienda en tiempos de crisis.

CUADRO

De los intrusos de mi campo, sólo quedóme al fin, un viejo, para cuidar una punta de tierra, y el cañon abonábamelo en gallinas, huevos, pavos, patos, etc., etc., que los regalaba en seguida por carecer de cocina. Un día le pedí que suspendiera sus inútiles obsequios y que me trajera en cambio un venadito recién nacido.

—Por donde Vd. está situado, — le agregué, — hay todavía venados.

—Están asustados, — me contestó. — Antes su campo contenía muchos y bajaban a beber al arroyo "Los Bayos". Hace treinta años, cuando la gran seca, venían de madrugada en tropillas hasta las casas a tomar agua en el balde y charcos de mi pozo. Hoy hay que buscarlos más afuera, — y quedóse pensativo, con la barba apoyada en el cabo del rebenque. — ¡Tendré que ir a Las Ceibas! — exclamó, por último, yéndose cavilando para qué querría el venado.

Unos tienen perros, otros gatos, aquéllos crían pájaros, para recibir, en cambio de cuidados, afectos sinceros, caricias y miradas puras. Un perro de San Bernardo, blanco, con manchas rojas, echado en la alfombra, es sin duda un espectáculo hermosísimo, lujoso, y un escritor no puede tener sobre su escritorio mejor compañero que un gato barcino dormilón. Me diréis que el color negro es más bello — pero es vulgar, — gato de modistas, — y yo hablo de gato de hombre.

Bien manchado de negro y rayado en las patas, parece un gato montés o un tigrecito. Aquellos dos animales, por otra parte, tienen serios inconvenientes: contraen enfermedades infecciosas, de carácter contagioso, — son sucios, pulguientos,

y el perro, por andar tras de degenerados y misántropos, está muy desacreditado y, de consiguiente, avergüenza. El venado, no: es, además de bello y elegantísimo, limpio y sano. No tiene más que este defecto: que, indómito, ingénitamente salvaje, es nerviosísimo y espiaría la ocasión para escaparse al desierto, teniéndome en continua zozobra y ofreciéndome solamente la compañía forzosa y falsa del prisionero. Para impedirla, y que fuese, al contrario, un compañero fiel, sosegado, tenía el medio soberano: la educación, con todas sus teorías preventivas, — y para criarlo con propósitos tan domésticos, era necesario que lo trajese a mi lado, arrancándolo de las ubres de la madre. "Esta es la ocasión de llenar el viejo antojo" — me dije. Yo sería su cuidador, y así, arreglado el proyecto de domesticarlo, el lector me preguntará para qué lo querría. ¡Para qué!

Para criarlo, alimentarlo, cuidarlo con mis propias manos y que me sirviese de perro. Viviría en el jardín de mi casa, y, domesticado, pasearíase por los patios, me visitaría en mi biblioteca, — lo acariciaría, le pasaría la mano por sus dorados lomos, por su cálida y blanca barriga, le admiraría sus ojos de gacela, lo abrazaría, acercaría mi boca a su dorado hocico para sentir su respiración, — me entregaría solo con él, en fin, al idilio más extático y amoroso. "¡Oh, delicia, cuando, sentado yo en el sofá, teniéndolo enfrente, con sus manos sobre mis rodillas, admirara su níveo pecho, su frente vivaz y espléndida cornamenta y enramada como un arbusto! Castrado, criaríase manso, esbelto y sin olor pestífero, — perdería la nerviosidad, los movimientos bruscos, salvajes, — poniéndose dócil, sociable. Tocar sus manos delgadas, delicadas, flexibles como el acero, con las que salta pajonales y dispara cual huracán, — extasiarme ante su color ruano, verdaderamente dorado, que se apaga en las verijas,—¡qué placer!—terminaba por exclamar en mi fantástico prospecto, y, de fruición, se me hacía agua la boca.

Al entrar, fatigado a mi casa, ¿cómo comparar su gentil recibimiento en el patio con el avance rudo y grotesco del perro, que otorga una mancha por caricia?... El, delicado,

limitaríase a acercárseme; estiraría, a lo sumo, su perfumado y fino hocico para que le diese un caramelo, y se contentaría con olerme la mano y sentiría su calor, — y ante su elegante presencia y suaves caricias, huirían lejos las sombras de las preocupaciones y discusiones de la calle. "¡Ver sus ojos! — ¡verme en ellos!" — me decía, porque las pupilas del venado son el espejo más cristalino. "¡Abajo los perros y los porteros, inútiles porque se duermen en los zaguanes, y éstos principian por arrevesar los nombres de sus amos!", agregaba, en mi entusiasmo.

No alzaba la bandera del venado popular, porque se trataba de verdaderas excentricidades, pero su crianza y compañía en Buenos Aires estaban decretadas en mi chirumen y con el trato más familiar y delicado. Me envanecía al recordar la impresión que experimentaría algún amigo, al abrírsele la puerta cancel, ante su figura realmente esbelta. "¡Este sí, que sería distinguido, y más que muchos jóvenes elogiados diariamente por la crónica social!" — decíame. Teníale elegido el nombre: Giaour, — en homenaje al magistral poema de Byron, — nombre corto, fuerte, como correspondía a un huésped aristocrático.

Al año de esta fantasía, — que se esfumó en mi cerebro, — hallábame en mi Molino, en una mañana de invierno, en cama, resfriado, y entra Pedro diciéndonos: "Ahí está el viejo... Trae no se qué cosa para usted". — "¿Viejo?... ¿Qué viejo será? — me dije. "¡Que entre!" — le contesté a Pedro, practicando la democracia campestre.

Era el viejo intruso, el del encargo aquél, ya olvidado. Se me acercó echando bocanadas de vapor de agua, tembloroso, alegre, envuelto en un poncho, y al levantarlo, me presenta un animalito... Parecía un cabritillo.

—¿Qué es esto?... — le pregunté, extrañado, poco menos que espantado.

—El venadito que me encargó...

En el momento se me apareció el venado fantástico en la imaginación, — pero como éste tenía cuernos, no le hallé seme-

janza con el que tenía delante. Explicábase la diferencia: los venados, en su primera edad, parecen más bien cabritillos. Lo examiné. Tendría, — según me dijo el viejo, — un mes. "Desde que la naturaleza ha dispuesto que aparezcan tales al principio, así sea" — me dije, — y le abrí los brazos, en recuerdo a mi viejo ensueño. Lo miré más detenidamente, y, al través de mi delirio, comenzó a aparecérseme bello, encantador. Era manso, sedoso, — le brillaban los ojos orientales y le asomaban la punta de los cuernitos. ¡Tal cual lo soñé! Dile al viejo las gracias,—lo puse entre mis cobijas, porque temblaba de frío y estaba limpio como una gaviota. Paséle la mano por la frente para adormecerlo, y terminé, en esa primera sesión, por estrecharlo en mis brazos, exclamando: "Giaour, Giaour, eres mío, cuánto no te voy a querer!".

¡Tenía ya un animal a quien querer! Sintiéndome enrolado en el universal ejército de los degenerados, díjeme, en mi descargo: "Este no es perro ni gato", — hallando más racional el afecto a un venado. Sentíame más bien orgulloso ante los apasionados por cuadrúpedos vulgares e indecentes. Le compré un collar y lo até bajo el corredor del patio. Allí, con tablas de cajones, le fabriqué un pesebrillo, y en los instantes que tenía libre, le traía a mi cuarto para sus ensayos de sociabilidad. "¡Nada de campo! ¡Ni pensarlo...!" — le dije, — porque hablaba con él.

No quería que lo mirara, pero sí que, en cambio, viese casas, piezas, personas y todas las cosas de la vida civilizada, a fin de que se olvidara del maldito desierto y perdiese los instintos salvajes. A sus movimientos bruscos, nerviosos y ansiosos de disparar, contestábale: "¡Chistt!", — pasándole, como un evangelista, la mano por su sedoso lomo. Nada le serenaba como el azúcar. Te lo recomiendo, lector, como el mejor agente de domesticidad, porque en cuanto poníale un terrón en la boca, se me rendía. Gustóle, después, tanto, que, en cuanto me veía, alzaba el hocico y me seguía como un perro. Era, — estoy seguro, — la causa de todo su cariño, — pero "qué me importaba que, en su fondo, hubiese egoísmo?... ¿No lo

tenían todas las acciones humanas? ¿Qué más, podía esperar de un maldito salvaje?'' — me decía. Teníalo prisionero, — era mío, — se alimentaba, recibía la comida de mi mano, — era dócil, aseado, — se amansaba cada día mayormente, era sociable, — soportaba caricias, ponía sus manos en mis faldas y oía mis consejos, — y debía contentarme. ¿Qué más podía exigir de un animalito, que, en cambio, andaría saltando por la paja brava?... Consideraba ganada la batalla, y todo se preparaba para que entrara magistralmente en mi casa. Sólo entreveía una nube: que mi familia, ese congreso del marido, — protestara, con un gesto de reprobación, al verlo, en mi compañía, ante la puerta cancel, como diciendo: ''¿otra excentricidad?''...

El temor — como se comprenderá — era por él: joven y delicado huésped, que se le hiciera semejante recibimiento. ''¡Los venados no son perros y gatos, para que se les arroje de las casas a puntapiés!'' — exclamaba — y estaba seguro de vencer convenciendo, porque llevaba preparado un discurso digno de Demóstenes, en que probaba, como tres y dos son ''seis'', que el venado era la elegancia suprema de un hogar, necesario e indispensable y que suplía ventajosamente al perro y al más despierto de los porteros. Parecíame, en mi fantasía, que ya bajaba con Giaour en la dársena, tranquilo, sonriente y, por supuesto, admitido en el hogar, a favor de la alegría de mi regreso y de esa influencia decisiva, triunfante, que tiene al fin todo esposo sobre su pobre familia.

Una noche, al llegar de una colonia vecina, voy al comedor, y no lo encuentro. En cuanto ví un pedazo de soga atada al pilar de hierro, me dí cuenta de todo: ''¡Se ha escapado!'' — exclamé, — y el corazón redobló. ''¡Giaour!'' — grité, llamándole, inconscientemente, en mi pesar, con riesgo de despertar a todos en la casa.

Señaléle, entristecido, a Pedro el resto de la soga, y ante la rotura fresca, golpeé el suelo con el pie, haciendo un gesto de impaciencia.

Comprendí que todo estaba perdido, porque era como agarrar el viento, el huracán, una exhalación, el relámpago.

Pedro consideró tan natural que se hubiese escapado, que no lo reconquistase, que no lo viese más, que, con su habitual indiferencia, me miró, sin decirme una palabra, cuando, en ese instante, una esperanza habría sido un consuelo para mí. ¡Ah!, Pedro, era necesario buscarle el corazón, para saber que no lo tenía!

Inquirí. La mayor parte de los moradores de la casa dormían, y los otros, ignoraban el suceso. Lo que pasa siempre en estos casos: ¡nadie sabía, al fin, nada! Escríbase después historia. Más que la ignorancia, sublevábame la indiferencia, la indiferencia con que individuos y muchachos, analfabetos en su mayor parte, me contestaban: "No sé". Parecían idiotas.

No me desesperé, porque sabía que luego aparecerían los cuentos e infaltables chismes. Así fué: al día siguiente, un peón, con facha antediluviana, díjóme que un perro lo estuvo asustando, — otro, que un gato, — aquél, que lo notó muy nervioso a la tarde, — en fin, — decidí no revolver más mis sesos en busca de la misteriosa verdad. ¿Para qué? No había ya objeto. La curiosidad, por otra parte, a cierta edad, desaparece, y me bastaron la soga rota, su pesebre desierto, los restos de su comida y sobre todo mi corazón vacío, para saber que había huído... "¿Quién lo agarra ahora?" — me dije. "¡Oh, para siempre!" — me contesté.

Vino el instante de la culpa. Siguiendo la humana costumbre, quise echársela a todos. "No — me dije". "Yo la tengo, porque le puse el nombre de Giaour, que, en turco, significa infiel". Yo mismo predije su huida, y, con o sin cómplices, fué indudablemente premeditada y sentí que el venadillo disparó en mi fantasía, llevándose por delante los tiernos afectos que le prodigaba, lejos, muy lejos, traspasando todavía los horizontes. "¡Si pudiese ser magnetizado", — agregué, — para tratar de conocer, entre sueños, su paradero. "¡Oh, no, nunca más!" — decíame el corazón, — y para convencerme de que no lo volvería a ver, me asomé al patio, y la rotura de la soguita, tan fresca como mi dolor, parecióme una flor negra muerta.

Púseme a pensar, porque, en estos casos, el cerebro, más

que la fuente afectiva, es fecunda en recursos, — y dejé instintivamente la puerta, entreabierta, por si, arrep ntido, volvía.

"¿La huída era de mala fe?" Era la palurda pregunta, que, en mi sinceridad, me hacía, para, en tal caso, no sufrir, — y me fuí a consultársela a Pedro a su pieza, — más por consolarme, no obstante de creerlo especialista en venados y sobre todo en venados capados, — pero, con el desparpajo del hombre feliz, dormía como un lirón, rendido del viaje. Cuando, por no sufrir, pensaba en otra cosa, — en mis intereses agrícolas comprometidos, por ejemplo, — parecíame que le olvidaba, que le había olvidado ya, y al calor de su recuerdo, me recriminaba por mi vulgar volubilidad. "¡Ah, no soy de olvidar tan pronto!" — exclamé, — tanto más que su imagen se revolvía en mi cerebro, y que mi corazón me decía que volvería a verle, a acariciarle y que sería mi compañero único... Y a cada ruidito, parecíame que, al dar vuelta, le tenía detrás, arrepentido... ¡Delirio! — y dormí, sobresaltado, muy poco.

Al día siguiente, todos me preguntaban: "¿Y Giaour?" — no sé si inocentemente o por mofa. Lo cierto es que me traspasaban el alma. "¿Por qué no disculparlos?" — me dije, al fin. Todos le querían. Era el encanto de la casa. Del tamaño ya de un perro de aguas, tenía dos pequeños ramos de cuernos. "¡Qué edad para perderlo!" — exclamé, — y me acordé de un dominó azul que en un baile de máscaras, en mi juventud, asustado de un escándalo del teatro, se me fué de entre las manos, dejándome solo en el obscuro antepalco, embriagado por sus ojos profundos, dientes marfilinos y voz de sirena... con la diferencia de que a él, habíame propuesto perseguirlo a todo trance. Paseábame, mal humorado, por los alrededores de la casa, fastidiado con los que a cada momento me preguntaban por "Giaour". Yo les decía, íntimamente. "¡Ya lo verán otra vez!" — y en cuanto Pedro se levantó, comuniquéle el proyecto de ir en su busca. "¿Era lógico que abrigando por él tanto afecto, le dejara suelto, huído...?"—me pregunté. Por lo menos, no era racional. "Era lo mismo que abandonarlo" — me contesté. Pedro, a pesar de ser, — como tú sabes, lector, —

mi asesor campestre, era el menos a propósito para consultarlo sobre caso tan sentimental, porque era un espíritu ingénuamente frío, y connaturalizado, por su vida errante, con todos los desmanes y desgracias de la campaña. Le hablé, sin embargo. Me escuchó callado: creería, estoy seguro, que era, por mi parte, un extravío fantástico, porque si el venado se había ido, debía dejarlo tranquilo y combatidos los campos por la sequía y la crisis territorial, mi deber era ocuparme preferentemente de mis intereses. No dudo que se hizo, entretanto, tales reflexiones. Yo también sé lo que le habría contestado. "Hay tiempo para todo". Ignoro si, por no discutir o efectuar una excursión más, fué, al fin, de mi opinión.

En cuanto amainó un poco el sol, salimos, acompañados de dos gauchos, en busca de Giaour. Ellos iban armados de lazos y boleadoras, porque eran los mejores medios para cogerlo. Yo tambén iba a caballo, de jefe, como autor de esta partida de caza, para echar pelos en la leche.

Galopamos diez leguas en todas direcciones, y como nos dijeran por San Antonio (1) que esa mañana había pasado una tropilla de venados en dirección a la costa del Gualeguay, regresamos para ir allá al día siguiente. Salimos apenas aclaró. ¡Espléndido día! Encontramos por el camino varios gamos y venados; en un monte, cerca de San Antonio, vimos una tropilla, — a medio día, en el bajo de una cuchilla, otra, — después, otras tres más. En ninguna lo divisamos. Estaba de ello seguro, porque lo habría reconocido a la legua, cual a un hijo. ¡Bueno fuera que no, después de cuidarlo y alimentarlo largos meses con mis propias manos!

Cansados, con los caballos sudados, y, sobre todo, desanimados, íbamos ya a darnos por vencidos, cuando, a la tarde, lo divisé, entre varios otros disparando como un relámpago. "¡El es!" — les grité. "¿En qué le reconoce?" — me preguntaron los gauchos. "¿No le ven el collar?... Arrastra todavía un pedazo de soga..." Ellos, con la vista, no se engañan nunca, y al cerciorarse de mis afirmaciones, se entusiasmaron.

(1) Río del departamento de Gualeguaychú.

Picaron espuelas a sus corceles, y volaron en dirección a los venados. No tenían nada mejor que hacer, y, por mi sugestión, tomaban el asunto a lo serio. Ya les parecía que lo agarraban, y tal convicción me alegraba. La mejor arma eran las boleadoras. A fuerza de rebenque lograron ponerse a tiro. Arrojó uno las boleadoras; ¡nada! En seguida otro le erró. Yo iba detrás, — pero corriendo también. Siguió la persecución.

Llegó un momento en que la tropilla, rodeada de alambrados y chacras, no pudo avanzar por temor a las poblaciones. La cercamos. Los dos gauchos corrían y yo y Pedro atajábamos. Uno de aquéllos tiróle otra vez las bolas... ¡Volvió a errarle!... — pero exclamó: "¡Va manco!" Sin duda otro venado lo pisó o lo golpeó alguna bola. A Pedro se le hizo el campo orégano, — avanza y le hace un tiro; erra, — y otro de los gauchos, al verle cruzar en su dirección, lo corta y le arroja el lazo.

Bastóme verle dar una vuelta en el aire para comprender que era prisionero, — y me dirigí a él a todo rebenque. Al llegar, tropecé y rodé... Me enceguecíó una nube de polvo... No supe más. Sentí solamente que caí sobre su cuerpo y que uno de sus cuernitos me traspasó el corazón. "¡Muerto!" — me dije, entre el estrépito, la sangre, el golpe y el polvo... Y desvanecido, cerré los ojos, no dudando que era mi amor a él, en esta ingrata vida, el que me mataba.

Cuando los abrí, me hallé, como Mazzeppa, dentro de una choza, en cama y rodeado de amables campesinos. Pedro velaba, por supuesto, a mi lado. Recordé inmediatamente lo pasado.

Asombróme no hallarme herido, y comprendí que todo no había pasado de un desvanecimiento, — ignorando si fué de horas, de días, meses o años.

Sentí solamente que había tenido mucha fiebre y, por el silencio de la gente y seriedad de Pedro, que estuve mal.

Quedéme en el lecho, y a la tarde, Pedro díjome que tuve delirio y que, de su cuenta, púsome sinapismos y ventosas en la nuca. Tenía un dolor de cabeza, que me aturdía. "¿Y la herida?" — me pregunté, revisándome el cuerpo, porque insistía en buscarme sangre. — "¡Todo no ha sido sino una impresión

fantástica al caer!" — me dije, — porque estaba con mi misma ropa interior y no tenía una sola mancha... de nada.

Al día siguiente despertéme descansado, bien, y sentado en la cama, púseme a reir. Sé, lector, que tú dirás, si eres, sobre todo, una persona tranquila, metódica, ordenada, lo que se llama seria: "¡Cosas de locos!", — pero, yo diré: "¿Qué sería de la vida, tan perseguida por fantasías, temores y decepciones, si el alma, después de los errores y fracasos, no amaneciese clara y radiante?"... Tendríamos todos la figura del más agrio espantapájaros, — y dando rienda suelta a mi reacción, reíme a carcajadas, apretando la almohada con los dientes, porque me acordé de un antiguo cliente...: un octogenario que se pasó los últimos años de su vida persiguiendo y trayendo a su lado a la bella y joven mitad con quien cometió el error de unirse. Idéntico papel hacía yo, desatendiendo mis negocios e internándome en los pajonales bravíos tras de un venadito ingratón, que no quería ni verme, — que detestaba la civilización y que pudo fácilmente ocasionarme la muerte... Sobreentiéndese que todo esto me lo dije sólo a mí mismo, porque la noble gente que me rodeaba, juzgando el caso por las consecuencias de la caída, seguía creyendo que se trató de un asunto serio y muy racional. Sincera, franca y esencialmente humana, todas sus novedades, dentro del pequeño mundo en que yacía, referíanse a manqueras de terneros, corderos, etc., etc., — de manera que semejante aventura con un venado, era digno de toda atención y de las veladas del mes.

La humanidad, si mira las cosas al través del sentimiento, es bondadosa, hasta infantil. Seguí haciéndome, seriamente, el convaleciente, porque si Pedro me pispaba una sola risa, no contaría más con su sincero auxilio en cualquier otra ocurrencia de mi fantasía. "¡Yo debí hacer caso de mi sueño!" — exclamé, reaccionando, porque en la noche de la huída de Giaour soñé que lo alcanzaba en una cuchilla, y al bajar, veloz, me dijo, entre otros venados, con su cabecita rubia: "¡No, no!" ¡Bien distinguí sus dorados cuernitos!

Recuerdo que, lamentándose de mi obstinación, me pre-

guntaba, de lejos: "¿Por qué me quiere? ¿Para qué me quiere? ¡Vaya un antojo! ¿No hay bastantes cuernos en Buenos Aires?..." Yo debí, acto continuo, pensar en otra cosa o encargar otro venadito, desde que el sueño me hizo entrever, entre sombras, la excursión. Las sombras eran las nubes de polvo de la malhadada rodada!

Supe después que estuve tres días en cama. Al despedirme, agradecí debidamente a tan buenas gentes su generoso trato, y, al salir, Pedro me señaló un cuero que yacía estaqueado en el suelo. Por los cuernos, comprendí instantáneamente a quién perteneció y que murió estrangulado por el lazo. No fué para menos: dió un salto para atrás de más de diez metros de alto! Su pescuecito no era para tanto... ¡Con razón vislumbré su ojo blanco, de ahorcado, que me miró implorándome auxilio!

—¿Y él?... — preguntéle a Pedro, pálido, compungido...

—La carne, querrá usted decir...

Efectivamente, sólo a ella podía referirme.

—¡La carne! ¡Su carne! ¡Era todo lo que quedaba de él! — díjeme, íntimamente, levantando los ojos.

Pedro encogióse de hombros, — por no decirme que fué banquete de los perros, — y mientras envolvía el cuero, seco ya, para llevarlo como un recuerdo, volví a enternecerme al considerar en lo que al fin quedaban convertidos mis afectos y cuidados por Giaour. ¡Los años que ansié un venadito para criarlo! Cuando las fantasías tienen sus raíces en el corazón, no se desvanecen tan fácilmente, y las risas que oiste, lector, no fueron sino espasmos nerviosos, relámpagos en una noche de dolor. El sentimiento, entre tantas fulguraciones, perdura en el fondo del alma, para honrarla y dignificarla.

Hoy el cuero de Giaour es tapiz en mi biblioteca y cuando pongo mis pies sobre él, saboreo el encanto de su recuerdo y subo con la fantasía, en su persecución, las cuchillas doradas por el sol y atravesadas por tropillas de venados ruanos, de pupilas cristalinas y cuernos relucientes. ¡Ah, el corazón no olvida!

¡ADIOS COLONIAS!

Estaba en el rancho de uno de mis colonos favoritos, echado, al abrigo del alero, sobre una pila de chala, que, al sentirme, se hundió como una onda de espuma, exhalando una fragancia suave... Era el aliento del maizal. Regresaba definitivamente, organizada mi colonia, y paré allí el sulky, para un último encargo.

El era un gigante rubio, grueso y apenas tenía veinticinco años. Se había fincado en el espinazo de una cuchilla, de donde divisaba arar, al paso lento, en el vallado, entre una nube de gaviotas, abrevar las vacas en los arroyuelos, los techos de paja quemados por las heladas y el sol, las nubes de escarlata, los hilos de humo de las chimeneas lejanas y los turbiones de golondrinas deshaciéndose, juguetonas, en el celaje azul. El desierto, contemplado de tan alto, es tan infinito y solemne como el mar, y recién, al abandonarlo, comprendía su grandeza y lo que perdía. Nostálgico ya por la partida, pensaba que sólo en esos sitios se resuelve el problema de la felicidad, que todos, en su egoísmo, proclaman y ansían, sin plantearlo siquiera. ¡Palabras, palabras!...

Siento, en ese instante, otro perfume, no aspirado ni en el salón más oriental. ¡Cómo no! Estaba a veinte varas un corralito de ovejas y una ráfaga trájome el olor de una tambera que ofrecía vaso tras vaso rebosantes de su sedoso y espumante líquido. El marido había desensillado y tejía unos tientos en un poste del corredor; la mujer, descalza, con la pollera arremangada, descubriendo unas formidables pantorrillas, amasaba en la cocina; los chicuelos jugaban a la sombra del emparrado; una cotorra parlaba en los barrotes de la ventana

y varios pájaros enjaulados hacían coro con los de los árboles. Todos están rojos, radiantes de salud y de esa alegría de la verdadera vida, que contrasta con nuestros semblantes entornados y arañados por los desengaños. Me convidan con leche, queso, pan, agua, jamón, embutidos y melones, — porque poseen de todo, — y sólo acepto descansar, para despedirme, en silencio, de cuanto me rodeaba y me deleitó durante tantos años. "¡Ya no nos verás más!" — parecían decirme los dorados trigales, las haciendas de colores, los ribazos, los arbustos, las aves, las flores y las ráfagas que, ante mi abandono, después de tanto amarlas, parecían más bien despreciarme. "¡Anda!"... — me decían, distintamente, — y quise consolarme con el colono, a quien consideraba feliz, porque principiaba por ignorar quiénes eran y fueron los presidentes y gobernadores y las ambiciones que envejecen, — preguntándole si no quería venirse a esta Capital.

—¿*Per fare?*...—me contestó, poco menos que gruñendo.

Comprendí que había caído, por mi vulgar proposición, en una trampa, y traté de salir... con otra peor: que pusiera un negocio, un taller... — dándole el ejemplo de numerosos compatriotas suyos que ya eran propietarios, poderosos...

—¡Psssscccchhhttttt! — exclamó despreciativamente, — y sin dejar su trenzado, — dándole a mis palabras toda su trascendencia, — contestóme: "Pues me propone usted, nada menos, que abandone la felicidad, porque, en este pedacito del orbe, tengo asegurada mi salud y la de mi familia, la tranquilidad y la paz del alma, que son los supremos bienes en este valle... precario, ¿por qué?... En la ciudad, al día siguiente, perdería estos tesoros, que sólo ofrecen la madre tierra y la libertad. En vez de luchar con los buenos bueyes y las veleidades celestiales, que, al fin, son compensadoras, tendría que defenderme de las pasiones, que no reconocen límites. Vengo precisamente de las grandes urbes, huyendo, porque, para el hijo del pueblo, son antros de miseria y de hambre. ¿Me enriquecería?... Quizá, — pero, ¿qué es la riqueza? ¿Acaso sólo un montón de oro? Patrón: prefiero ser feliz y libre a rico esclavo

de la avaricia y las ambiciones. Hijo de labradores de veinte siglos, he libertado también a mi descendencia, que morirá arando... y sembrando. El arado es el símbolo de la libertad y la riqueza universal. Nosotros somos felices sin egoísmo, porque sabemos que alimentamos a la humanidad entera'', — como diciéndome: ''¡Váyase a su ciudad''...

Y el colono se irguió. Debió pasar una tempestad por su alma, porque su rostro se agitó, y quedóse relampagueante, con el cabello erizado.

No se corta así no más el vínculo con la tierra. El que le ha permanecido fiel, la defiende como a la madre común. Proponer abandonarla es una injuria. ¡Y a la tierra argentina, negra y espumante como la borrasca!

Y la ciudad, con sus usinas humeantes, su aire turbio y sus pasiones, parecióme una batalla. ''¡Ya no veré, desde estas cuchillas,—nacer y morir los soles—que es el espectáculo más soberbio que puede admirar el hombre, la mejor imagen de Dios, las segadoras amontonando, al compás de sus dentelladas estridentes, las gavillas espigadas, las eras, los apriscos, los blancos molinos aturdidores y los zagales de los rostabanes en los hatos! ¡No atravesaré tus cuchillas pintorescas, ni rodaré por tus tostados caminos, festoneados de gramíneas y sombreados por curros y espinillos. ¡Ya no oiré los trinos de las calandrias hamacándose en los alambrados, los ecos de las canciones lejanas de los rusos, los silbatos de los motores, el estruendo de las trilladoras en las parvas, el balar de los corderos, el ladrido de los mastines, y ese perfume a tambo!... Los acopiadores en sulkys, las pirámides de bolsas en los carros y en las estaciones, no serán sino recuerdos, y toda esta bella realidad, visiones... ¡Así es esta vida! — me dije, — marchamos como en ferrocarril, dejando atrás, en un cerrar de ojos, los amores más caros!'' ''Para los que se divorciaron de la tierra'', — respondióme el corazón.

Y le dí la mano al colono, que se diría, ante mi obstinación de partir, realmente tras de intereses venales: ''¡Este hombre se va al infierno!''. Fueron las palabras que leí en su frente,

serenada ya. ¡La lástima despectiva que tiene el campesino por el urbano! Y con razón, porque abandona a la madre naturaleza por ambiciones tan fantásticas que, en vez de brindar felicidades, siembran la vida de espinas y sólo se satisfacen en la tumba. (!) Y yo después no sería para él quizá sino una nube de polvo. ¡Ah, pero no olvidaré jamás a las colonias! Cuando las recuerdo, se me aparecen en la forma de un labrador, abriendo los surcos, al paso solemne de los mansos bueyes, entre nubes de gaviotas. Es el símbolo de la agricultura, la más bella creación de la humanidad y la más noble inspiración del arte.

"¿Y Pedro?". — Comprendo, lector, tu interés por mi simpático secretario campestre. Tengo que darte malas noticias: tuvo un fin terrible, melancólico, — y lo conocerás cuando aparezca mi libro *Las Colonias* (1).

---

(1) Publicado en *"Caras y Caretas"* el 10 de Noviembre de 1916 con el título *¡Adiós colonias!*

EPILOGO

(Pedro)

Todos los que leyeron las anteriores páginas en la prensa, me preguntaron después: "¿Y Pedro?" Pedro los había impresionado más que las colonias, que el colono, que el trigo, que cuanto esperamos de la prosperidad del país. "¿Y Pedro?" "¿Lo amaban más que a aquéllos?—No",—les había llamado más la atención,—he ahí todo.

El deseo de satisfacer esta curiosidad, me decidió a agregar este Epílogo.

Después de formar la colonia, me quedaron todavía algunas chacras, y como las ventas fueron a plazos de varios años, unos pagaban en dinero y otros en trigo. Esto significa, en lenguaje comercial, que seguía ligado a ella, que tenía que volver al áureo mundo. Todos los veranos, después de la cosecha, iba allá a recibir las cuotas devengadas y, muchas veces, en invierno, por alguna escrituración urgente. Iba a parar a mi molino. ¡Vuelta a desocupar las piezas de cachivaches, a limpiarlas y a amueblarlas nuevamente! "¿Y Pedro?" Pedro me esperaba en la estación. Terminadas las excursiones, nuestra existencia era menos andariega y campestre: yo me quedaba en mi molino: y él se iba a la colonia a llamar a los colonos para arreglar cuentas; nada más, y todo se reducía a la tarea de cobrar y recibir dinero. Principiaba a cosechar yo también los frutos de mis afanes. Así son las cosas. ¡Se acabaron las excursiones por campos desconocidos, que no fueron, al fin, sino paseos! No se pasea solamente por la calle de la Florida; se pasea también por la inmensidad, porque, en vez de luz eléctrica, el

sol, la luna, la iluminan, y la encanta la música de los pájaros. "¿Y Pedro?" Pedro, entretanto, estaba a unas pocas leguas de distancia, en la Estancia "Las Saladas" domando potros y de vez en cuando se aparecía en las poblaciones vendiendo hacienda, para, con comisiones, mejorar su pasar. "¿Y Pedro?..."

Comprendo tu interés, tu curiosidad, lector. Me pruebau que eres observador, y tienes razón. Pedro era, verdaderamente, un ser simpático. Sano, ágil, inteligentísimo, ¿era un gaucho? No. ¿Un compadrito? Tampoco. De origen gauchesco o, más bien, paisano, crióse en poblado; era el tipo genuino del orillero paisanito de los pueblos de campo, y sin familia desde que nació, veíase obligado a buscarse la vida, ser andariego, vividor, sagaz, astuto, y era ya, en plena juventud, un diccionario de experiencia. ¿Cómo no se hizo vicioso? He ahí la primera pregunta que uno se hace en cuanto le ve. Más tarde, cuando le conocí íntimamente, vi que su virtud era frialdad de alma, incapacidad de apasionarse por nada bueno o malo... que conveniencia inspirada en sus propios intereses. No tenía inclinación a la bebida y menos a apoderarse de lo ajeno, tan común esto último en el campo entre la gente volandera, y causábame satisfacción la buena fama que tenía a su edad. Preguntar por él en aquellos pagos, era hablar de un amigo de todos, con rasgos de caudillo.

Otro era su vicio, o sea su tendencia, porque todavía — repito — no tenía ninguno. Puro como una gota de agua, pude, sin embargo, en la intimidad, palpar su alma fría y dura, — fría y dura como una piedra. No le conocí ningún afecto. No quería a nadie. Ignoraba quiénes eran sus padres, y nunca tampoco se preocupó de averiguarlo. Si alguna vez, en un momento de solitario recogimiento, preguntóselo a sí mismo, se contestó con un encogimiento de hombros: "¡Cada uno es hijo de sí mismo!" — es decir, de sus acciones. Por mí no tenía sino adhesión, fundada en su propio interés, y si decía que, por defenderse, se haría matar, contesto que lo mismo haría por un extraño o por un perro, porque deliraba por pelear. ¿Carecía de corazón? Poseía, — como todos los mortales, — este órgano

dentro del pecho, — pero no para los sentimientos, — sino para la fisiología de su organismo. Tenía la psicología del verdadero gaucho, y sin familia, crióse sin afectos, libre como el pájaro y airado ante el egoísmo humano. No conocía hogar, ni voz de madre, y sin hermanos, ni amigos, todos fueron extraños para él, y trabajando desde niño para ganarse el pan, la frialdad del mundo terminó por congelar su alma. Esta fué su coraza para penetrar en él, defenderse, y su fuerza también. ¿Tenía razón? Tal vez, desde que la experiencia nos enseña que los afectos se fundan en el interés y que el amor no es al fin sino egoísmo!

¿Eran más generosos los demás? ¡Cuántas veces no le ví arriesgar la vida en defensa del más débil! Después, que en el trato íntimo, comprendí su frialdad, como la de la espada, el reflejo de su valor temerario. Solo, librado a sí mismo y tan joven, le era necesario en el campo para hacerse respetar. En las ciudades, habría sido, con instrucción, un caudillo político, y en los tiempos de la anarquía, el paisanaje, en los desiertos, se habría agrupado, con sus chuzas y banderolas, a su alrededor. Tenía el temperamento del caudillo, que domina con su salud, con su agilidad, con su coraje y ejemplo a nuestras masas inorgánicas. Era, a mi juicio, como debía ser un hombre en su ambiente, y no tenía más que un defecto: ser demasiado ligero de manos, porque, a las primeras de cambio, echaba mano a la cintura, y tenía que reprimirlo y después sermonearlo. Era joven todavía! Felizmente, nunca le sucedió nada grave en pro ni en contra, porque infundía respeto con la palabra o el simple ademán.

"¿Y Pedro?" Voy a él. Desgraciadamente, lector, tengo que daros muy tristes noticias. A fines de 1903 llegué a la colonia, y al bajar en la Estación, no le vi a pesar de hacerle un telegrama. "¿Y Pedro?". Yo también pregunté por él. ¡Entonces sí que le busqué ansioso! "¡Se ha ido a la Revolución!" me dijeron. Había estallado hacía algunos meses otra vez la guerra civil en la vecina orilla, y se incorporó a sus filas. No me puse a cavilar por qué me abandonaba, así como a sus quehaceres, siendo argentino, porque sabía que le arrastraba una

fuerza superior: la pasión por pelear, que constituía su idiosincrasia. Felizmente para mí, sus servicios no me eran ya indispensables, — pero acostumbrado en esa soledad a su compañía, le extrañaba. Y era inútil que preguntara por él, porque se ignoraba a qué bando se había plegado, y continuamente en marcha sus ejércitos, sólo nos llegaban las noticias de sus batallas o combates, eso sí, siempre sangrientos.

Varias veces le vislumbré, desde mi molino, en su elemento, como un pez en el agua, — pero me desagradaba verle mezclado en una guerra civil extranjera, porque sobraban orientales para intentarla y estimularla. Por otra parte, no sé qué voz interior me decía que aquel teatro de operaciones militares no era buena escuela para él, y a prestar sus servicios en nuestro país, habríame felicitado por su destino, porque había nacido para la guerra. La humanidad está aún, moralmente, tan atrasada, que es una carrera matar al prójimo, y llenándose de sangre las manos, se asciende y se adquieren brillantes posiciones... "¿Y Pedro?" — porque no cesaba la gente de preguntarme por él, y entre el cúmulo de falsedades contradictorias que ruedan en las revoluciones, llegábanme a mis oídos sus actos de valor, que, en mi fantasía paternal, los acogía y agrandaba afectuosamente. Ciertos o inciertos, los repetía, cayéndoseme la baba, y todos me miraban y exclamaban. "¡Qué contento está el "dotor" — porque, en efecto, ya que él me había abandonado por su amor a la guerra, mi consuelo era que llegase a ser un héroe.

Al año siguiente, a fines del invierno, recibí una carta de él, en la que me decía nada menos, — después de referirme generalidades de la campaña, — que ya se hallaba en "Las Saladas". "¿Cómo estaba? — ¿cómo le fué? ¿fueron ciertas todas las proezas que oí de él? — ¿le hirieron?". Nada me importó de estas preguntas; estaba vivo, de regreso, y ello me bastaba para estar contento. En mi rostro se notaba la alegría, tanto más que en seguida tenía que ir a la colonia para escriturar unas chacras. Así fué, — a los pocos días le hice un telegrama anunciándole mi llegada. No era mi criado, sino mi "Se-

cretario''... ''¿Por qué, entonces, no me había de ser permitido abrazarle?'' — me dije — ''No recuerdo si alguna vez Don Quijote abrazó a Sancho'' — me contesté, magüer no intentaba regirme por las pragmáticas de la caballería. En cuanto entró el tren resollando, cansado, en la Estación, saqué, con aire inquisidor, la cabeza por la ventanilla, y allí estaba, parado, esperándome. De lejos divisé, entre los grupos del andén, su figurita. ''¿Cómo te va, Pedro? — ¿cómo estás?'' — le pregunté: no pudiendo dejar de darle un medio abrazo.

No podía más, por la gente que estaba delante, y también por él, que, por frialdad o respeto, aparecía tieso, y no era social que el público nos contemplara abrazándonos. Las conveniencias sociales, ¡cuántos sentimientos no reprimen! De buena gana habría abrazado a Pedro, estrechándolo contra mi corazón. Nadie le quería más que yo, y él, en su frialdad, a nadie apreciaba más que a mí, — pero ¿qué es la vida misma sino una eterna transacción con nuestros mismos sentimientos?... Apreciar, era su verbo, — amar, — no, ni querer tampoco, y cuando hablaba de mí, decía que me apreciaba. Su corazón no daba para más. ¡Ah, Pedro! Muchas veces me desesperaba su frialdad, y como el mundo es hijo del rigor, comprendí después que ella, más que la afectuosidad, conquista la simpatía de las gentes. Cuando oigas, lector, que fulano o zutano tienen muchos amigos, ten seguro de que, si no van a ellos por el interés, son seres más bien tiesos que expansivos.

Fuímos al molino, y se hizo cargo de la ''Secretaría''. A la noche, estando solos, a luz de la lámpara, me dijo, mientras tomaba yo una taza de café, que, apenas estalló la revolución en la otra orilla, conoció a un coronel oriental en Gualeguaychú, que había ido a reclutar gente y comprar caballos, y que se plegó a él.

—¿Te uniste entonces a los revolucionarios?

—Sí.

¡Qué más tenía que saber! Conocía lo suficiente para explicarme el génesis de su partida. En seguida, conversando, me dijo que entró de soldado y que, en el primer combate, lo ascen-

dieron a sargento; después fué alférez, y un comandante de reclutas de la campaña le elegió, por su sabiduría campestre, para su ayudante. Aunque se trataba de grados sin carácter oficial, habría seguido subiendo, subiendo hasta quién sabe dónde, a no ser una herida que recibió en un combate y que le obligó, para curarse debidamente, a refugiarse en la frontera del Brasil. De allí, una vez sano, se vino, escurriéndose, hasta Paysandú, donde pasó a Corrientes y bajó por el Uruguay.

Los quehaceres que me llevaron esa vez a la colonia, me detuvieron más de lo que creí, y para olvidar la soledad y las horas invernales de la noche, tirábale la lengua para que me contase las peripecias de la guerra y especialmente las en que hubiese sido actor. Ya sabéis que era callado; costaba sacarle las palabras; contóme sin embargo, entre las hecatombes y hechos sanguinarios de nuestros vecinos en sus guerras civiles, rasgos personales de su valor temerario, que me describían su espíritu heroico y afecto a las hazañas. Como si no le diese importancia a sus relatos, arrastraba perezosamente la lengua y, después, se callaba. Notélo muy delgado, pálido y ojeroso.

—¿Has estado enfermo? — le pregunté.

—No,—no tuve sino la herida que me llevó al Hospital.

Estaba más silencioso, cabizbajo y triste. Cuando se distraía, su semblante tomaba una expresión ceñuda y áspera. Todos, en cuanto le vieron, notaron su cambio físico y moral. En cuanto a lo primero, no extrañaron: salía del Hospital, herido, que es lo mismo que enfermo, pero—¡la tristeza!..., porque Pedro, aunque nunca fué jovial, era un alma entera, fuerte, que repulsaba y arrollaba todas las contrariedades. "¿Qué será?" "¿Alguna pasión?" — se decían.

En el campo, la gente es poco observadora, y entregada a sus rudas faenas, bien pronto le olvidó, tanto más que le veía en pie, andando en sulky y de un lado para otro. Pero yo, que le tenía a mi lado, notaba la diferencia con el Pedro de antes. Y lo peor era que su demacración y melancolía aumentaban. "¡Este muchacho está enfermo!" — me dije. "¿Algún amor?" — y en seguida deseché tal idea, porque era incapaz de amar a

nadie. Unirse a una mujer, tenerle aprecio, — como él decía, — casarse aún con ella, todo lo comprendía, — menos amar. Era, — vuelvo — a repetirlo, — una organización refractaria a todo afecto.

Dormía en la pieza contigua a la mía, y oí que soñaba a menudo. Llamóme la atención, porque tenía el sueño profundo de los hombres valerosos, que viven con su espíritu. Y al día siguiente levantóse más pálido aún. Comía poco, porque era muy frugal. Era una constitución tan privilegiada, en medio de su delgadez, que bastábale un vaso de agua y un pedazo de pan para vivir sano y fuerte. Y volvía, a la noche, a soñar. Y los sueños eran cada vez más agitados.

A pesar de que era inaccesible a la bondad, me le acerque un día con suavidad. Le hablé de cosas indiferentes, — después, de la vida, — en seguida, de la salud, y así, poco a poco, de lo que mayormente pudiera interesarle, hasta que, poniéndole la mano sobre el hombro, le dije:

—Tú estás enfermo, Pedro...

Me miró, y no me respondió nada.

II

Seguía adelgazándose, pálido, durmiendo intranquilamente y con sueños agitados.

Estaba yo una tarde fastidiado porque unos colonos no venían y me impedían regresar, cuando oigo los acentos de una guitarra. Amo mucho este instrumento... en el campo, — tanto cuanto me es intolerable en la ciudad, — pero los eternos preludiadores me le han hecho tomar horror. No conozco, hasta ahora, sino preludios, como si no se pudiese tocar nobles piezas en sus cuerdas. Cuando me invitan a oirla, me pongo a temblar, si no puedo evadirme... Pedro la tocaba muy bien, pero nunca la tomaba en sus manos. Estaba, como he dicho, mal humorado..., y la guitarra, primeramente, me serenó, — después me iluminó el alma, el rostro... Era música verdadera, era, sobre todo, Pedro, y bastaba que fuese él, para que me inclinase a escuchar.

La guitarra, indudablemente, es el instrumento del alma. Es el más subjetivo, y el que la toca, váse, cuando está abatido, a ella, la abraza y le arranca las notas más íntimas. ¡Qué sones oí esa tarde! ¡Nada de preludios! Como que él deponía, en ese instante, su alma en las cuerdas, los acentos eran líricos e inspirados. Sus sílabas vinieron, como dorados pajarillos, a anidarse en mi corazón, a sensibilizarme, a herirme, porque en seguida me enternecí. Y para colmo, Pedro púsose a cantar. El canto, en la guitarra, es su complemento, porque el artista la toma en sus brazos para confiarle sus penas, e, involuntariamente, abre los labios y canta. La guitarra no es sino un instrumento, y quien toca es el alma, que se siente arrastrada a cantar también. Me puse atentamente a escucharlo, por si podía desentrañar de su cántigas la causa de su dolor, porque Pedro, consciente o inconscientemente, sufría..., — no había duda. No he oído en mi vida endechas más tiernas y melancólicas. ¡Nada de amor! "¡Raro!"... — me dije, porque el paisano, si no está realmente enamorado de una dulcinea de carne y hueso, crea, como el inmortal manchego, una, fantásticamente, para dedicarle sus pensamientos. A ella van, llámese con el nombre más poético o el más vulgar, sus ansias amorosas, sus ensueños, sus esperanzas y sus desencantos de hombre y de patriota. Todo era abstracto, diluído en una triste filosofía. Se lamentaba, — pero se lamentaba, más que de la vida y del destino, de sí mismo. Siento no recordar sus versos, que eran, seguramente, improvisados, porque rebosaban de inspiración. Eran unas verdaderas lágrimas.

Al sentir una pausa, no pude detenerme. Me levanté y me fuí hacia él, que estaba en el fondo del corredor, con la idea de congratularle. Ignoro si pensaba no tocar más, — pero lo cierto es que, en cuanto me vió, dejó la guitarra. A la noche, continuó con los sueños. Me desperté,—encendí la vela para escucharle. Se calló. Apagué la luz, y después de un silencio sepulcral, exhaló, tras movimientos agitados, acompañados de murmuraciones y rechinamientos de dientes, unos quejidos profundos, dolorosos, tristísimos, que me dejaron helado entre las

sombras. Parecieron salir de un sótano, de un enterrado vivo. No me animé a prender nuevamente la vela, porque creía que le iba a ver muerto, cadavérico, delante de mí, en el suelo. El dormía, en efecto, en el suelo, y al día siguiente, en cambio abrí los ojos, fuíme a su pieza.

Se levantaba, debido a su estado físico o moral, más bien tarde, y allí le hallé, en el suelo, despierto. Le pregunté cómo había pasado la noche, y como para él todo era lo mismo, es decir, no había, en este mundo, nada bueno ni malo, se calló, como diciéndome que lo ignoraba. Pero sentía los ensueños, las pesadillas, porque estaba displicente y con más disposiciones de seguir en cama, ¡él que se levantó siempre antes que el sol y que era, en todos los pagos, un ejemplo de actividad! Pedro tenía un rostro blanco, de líneas correctas, finas, que le infundían suma delicadeza y, con la palidez, estaba doblemente bello. Sus ojos castaños, inmensos, rasgados, que nunca despidieron fiereza, estaban, por su debilidad, cristalinos, y en cuanto me vió, me miraron, a falta de palabras, con simpatía, con amistad, hasta con afecto!

—Hace frío... — me dijo.

Hacía frío verdaderamente, tanto más que había llovido días antes. Esa noche había helado.

Ardía en deseos de preguntarle qué tenía, — como un principio necesario para emprender la curación, — pero él mismo comenzaba por ignorarlo. Y estaba, sin embargo, enfermo. Lo veían todos los que lo conocían, porque su estado físico y moral contrastaba con lo que fué antes de partir, y su rostro, su mirada, su carácter, su modo de ser, su vida, eran los de un verdaderamente enfermo. Pensé en tercianas, — pero no tenía chucho, y en infecciones. Como había estado en el Brasil, preguntéle si no había dormido en sitios pantanosos. Me contestó que no, agregándome que no tenía nada. Y estaba enfermo, bien enfermo. Saltaba ello a la vista, tanto que su inconsciencia sólo podía explicármela por un estado de demencia.

¿Estaba loco? Tampoco; pero podía, — como cualquier hijo de vecino, — enloquecerse, mucho más él, cuyo cambio

total de modo de ser acusaba, en su vida y maneras, signos melancólicos, sintomáticos de una demencia incipiente. "¡Pobre Pedro!" — me dije. Le hice traer mate. Tomó. Le ofrecí un cigarrillo, — porque era el único vicio que tenía. Me le rechazó con un gesto de repulsión. No sabía, en esa soledad, — desde que no quería conversar, — con qué agradarle, con qué entretenerlo.

—¿No fumas ya? — le pregunté.

—Sí... — me dijo, — pero un sí que equivalía, a la vez, a un no, como diciendo: "Fumo y no fumo", — es decir, de vez en cuando, cuando me place.

Indomable, — incapaz de ser dominado ni aun por el cigarrillo que amaba tanto, — no extrañé su respuesta, tan conforme con su espíritu fiero y severo, y me puse a hablarle de Buenos Aires. El espejismo de la vida social de la gran ciudad, le desagradó más bien. Pedro habíase criado en el campo y, como el gaucho, tenía horror a la ciudad. "¡Torpe!" — me dije, porque era como figurarme que un venado se hallase a gusto en el jardín zoológico. Le dije entonces que su viaje daría lugar a que fuese reconocido por uno de nuestros mejores médicos.

—No estoy enfermo... — me contestó.

A la noche volvió a rechinar los dientes y hablar fuerte entre sueños. Me estaba ya acostumbrando a mi papel de enfermero, cuando, desvelado, encendí la vela. Estaba leyendo un estudio crítico de Chasles, y de repente oigo un barullo en la pieza de Pedro. Me levanto, en ropas de dormir, entro, y era Pedro que se retorcía en convulsiones, Aunque me dieron más bien ímpetus de disparar, porque soy un cobarde para estos casos, hice de tripas corazón y me fuí sobre él. La nuca se le dobló para atrás, revolvía los ojos y el rostro se le congestionó... Me acordé de que en los accesos de epilepsia se recomienda empaparles a los pacientes la cabeza con agua; tal lo hice con una esponja, y en cuanto sintió frío, quedóse sosegado, callado, con los ojos cerrados... ¿Qué fué? ¿Un acceso de epilepsia? No, porque no padecía de ella; quizá de eclampsia o de algo semejante..., pero no extrañé, en el primer momento, tan brusco

acceso, dado su estado. Diré más aún, — sin dármelas de curandero: le esperaba o cualquier manifestación semejante, porque su temperamento nervioso estaba trabajado por alguna afección, que bien pronto atacaría el cerebro. Traslucíasele.

Al ver que dormía, destroncado, como recuperando las fuerzas nerviosas perdidas, me dije que el caso había terminado por el momento, y me fuí a dormir, o, mejor dicho, a mi cama, porque ¡qué iba a pegar los ojos después de lo sucedido! En cuanto me tapé, exclamé: "¡Ahora sí que soy enfermero!" Fueron convulsiones, — no había duda. Al percibirlas, quise llamar a alguien, — pero los dependientes de la tienda estaban lejos y mientras acudieran, Pedro podía golpearse. Después me felicité de asistirlo solo, porque las gentes, a favor de la ignorancia... y de la maldad, habrían creído, por su carácter cambiado, que se trataba de algún acceso de demencia. Me callé, decidido cada vez más a guardar secreto, comprendiendo, por otra parte, que Pedro necesitaba ser examinado por algún médico.

Allí, en ese destierro, hubo años anteriores un curandero. En ese instante el boticario hacía de tal. Consultarle el caso, era hablarle en griego. Preferí, por el momento, dejar las cosas como estaban, ocultándolas, en lo posible, aun del mismo Pedro, con todo de que creía que algo práctico debía hacerse. Al levantarme, fuí a su pieza... Dormía. "Perfectamente — que duerma", — me dije, reconociendo que, por el momento, no podía tener mejor benefactor que el sueño. Levantóse tarde, y sin ganas de salir afuera, sentóse en una silla, en la puerta de su pieza, a tomar el sol.

A la tarde, en vez de pensar en comer, púsose en cama. Toméle el pulso; no tenía fiebre, — pero seguía desencajado, abatido, callado. Era inútil que un médico lo visitara, porque aunque su estado fuese simplemente nervioso, no vería, dado el nivel de la ciencia, nada, nada, hasta que no apareciesen síntomas más característicos. Le daría entretanto, después de echarme un discurso de literatura médica, bromuro de potasio. Sabiéndolo de antemano, le hice preparar, de acuerdo con el

boticario, una poción de él, conteniendo agua de azahar, y le dí unas cucharadas. Pensaba sin embargo, si no se mejoraba, llamar al mejor médico de Gualeguaychú o del Uruguay o traerlo de esta Capital, para someterlo a prescripciones médicas. Me había acompañado varios meses de largos años en la soledad, — le debía muchos consejos e ideas campestres, — me había cuidado, y estaba decidido a hacer por su salud cuanto estuviese en mis manos, ni más ni menos que si fuera un hijo mío. ¿Qué me importaba que no me quisiera? Tampoco quería a nadie. Me apreciaba, — como él decía, — y estaba seguro de que, entre todos los mortales, yo era su predilecto. ¿Qué más podía esperar de él? Tal lo había producido la naturaleza. "¿Son más afectuosos los demás?" — me dije. — "Cubren su egoísmo con el manto dorado de sus demostraciones y palabras hipócritas, mientras que él, por su sinceridad, descubría su frialdad. Y su frialdad no era egoísmo, — sino el brillo de su valor temerario nacido para luchar y desafiar todos los peligros, — siendo capaz de exponer por un perro la vida, que es lo más precioso que se posee. No había en fin, — agregué, — — más que la diferencia que existe entre un ser franco y uno de los tantos farsantes del mundo. Era sobre todo, la verdad" — y me decidí a no abandonarlo.

—¡Me duele mucho la cabeza! — exclamó al rato.

A la noche llegáronnos los ecos del desastre de Massoller y la muerte del caudillo Saravia. "¿Qué dirá Pedro? ¿Los lamentará?" — me pregunté. Y pensando largo tiempo sobre este punto y las marchas que siguieron, desde su separación, los ejércitos beligerantes, me dije: "¿Cómo es posible que Pedro, habiendo nacido para la guerra, los abandonara?" ¡Qué cayó herido!, — ¡pero sanó! "Los hombres como él, — agregué, — no se retiran de las filas de la causa que han abrazado hasta no vencer o caer completamente" — y me decidí, en la mejor ocasión, a interpelarlo.

A la mañana siguiente notéle, después de un sueño más apacible, relativamente tranquilo. Díle otra dosis de bromuro de potasio, y después de un largo introito sobre la "importan-

cia'' y ''encantos'' de la referida guerra civil y del ''brillante'' porvenir que le había tocado, dadas sus cualidades guerreras, en caso de vencer los revolucionarios, le dije que no me explicaba su repentino regreso. Me había escuchado en silencio, sosegadamente. No me contestó una sola palabra, quizá porque me hallara razón o cayera en una especie de sopor. Estaba con la cabeza recostada en la almohada, boca arriba, y alargando repentinamente los brazos con las manos abiertas, en señal de mostrarme las palmas, exclamó:

—¡Vea!... ¡Le tengo asco a la guerra!...

No vi nada... Creí que se había vuelto loco repentinamente...

—¿No ve las heridas? Son puntazos de cuchillo.

Tomélе las manos y tenía en las palmas efectivamente unas heridas cerradas ya y casi invisibles. No me daba cuenta de su significado y mucho menos de su repugnancia a la guerra.

Cayó nuevamente en cierto adormecimiento, y sacando fuerzas más de su voluntad, — porque parecióme que quería expandirse conmigo, — me agregó, sacándose un pañuelo de seda del pescuezo:

—¡Vea!...

Víle, en efecto, un tajo en la nuca, cicatrizado ya... Como fué herido en un muslo, preguntéle:

—¿Otra herida?

—¡Sí!,—pero ésta fué de degüello!... — exclamó, dejando caer nuevamente la cabeza sobre la almohada.

''¡Degüello, — degollado!'' — exclamé para mí, creyendo más bien que deliraba. Volví a tomarle el pulso, sin que me sintiese. No tenía fiebre. ''¡Está rendido!'' — me dije, — y lo dejé reposar.

Yo salí afuera a tomar un poco de aire. Estaba, por las emociones sucesivas, fatigado, y paseándome bajo de unas acacias blancas, seguía pensando en tan sangrientas palabras, impenetrables para mí. Cuando regresé a su lado, lo hallé despierto, bello, atrayente, tierno. Nunca le ví más dulce. Me miró, y tomándome la mano, me dijo:

—Patrón: ¡Juré vengarme! — ¡debía vengarme...! — y volvió a adormecerse.

Como a pesar de estos desfallecimientos quería expandirse conmigo, díjele:

—Cálmate, cálmate, — y cuéntame todo, despacio. Tú sabes que soy tu mejor amigo y que te quiero...

Apretóme la mano, en señal de correspondencia de afecto, y continuó:

—En cuanto estalló la revolución, me encontré con el Coronel... que andaba por este departamento comprando caballos. Hice relación con él; me tomó a su servicio; le mostré en las Estancias las mejores caballadas; atravesamos todos, con los animales, el río, y al llegar a Paysandú, me pidió que le acompañase en la patriada. No me hice rogar, y formé como soldado en sus filas. Antes de incorpararnos al ejército de Saravia, peleamos varias veces con descubiertas o fuerzas que encontrábamos en el camino. Cuando llegamos a él, yo ya era, después de ascender a cabo y sargento, oficial distinguido. Estuve en las batallas del Cordobes, de San Marcos y en numerosos combates. Después de la batalla del Cordobés, un coronel de la campaña, que acababa de incorporarse con su gente, tomó relación conmigo y me eligió su ayudante. Nos separamos del grueso del ejército para regresar a Paysandú, a fin de proteger el desembarco de unas expediciones, y en una descubierta, me tomaron prisionero con diez hombres que iba mandando. Nos llevaron en dirección a unas taperas, donde nos hicieron echar pie a tierra. Nos ataron los brazos; se pusieron a matear, y en vez de convidarnos, principiaron a degollarnos. Les increpé, sublevado, su acción, y el ayudante, un hombre alto, melenudo, me cruzó la cabeza de un rebencazo, y me colgó por debajo de los brazos de la reja de una ventana. Ya habían degollados a seis de los nuestros. Me descolgaron de la ventana para degollarme. "¡A ése degüéllenlo por la nuca!" — gritó el ayudante. Estaba el verdugo ejecutando su tarea, en medio de mi resistencia y de mis insultos. Me tenía con la cabeza entre sus rodillas, y el ayudante, indignado por mis improp-

rios, empuja al degollador, exclamando — "¡Así se degüella!" — con la intención de continuar él la salvaje acción. En esto se oye en el espacio el eco de un clarín. "¡Atención!" — dijéronse todos, y acto continuo se precipitó sobre nosotros un jinete que venía a la carrera. Ciego por la polvareda que levantó, sólo nos vió cuando le tuvimos encima. Al rayar el caballo, dió a gritos a su gente la orden superior de unirse a un regimiento del gobierno. "¡Ahí viene Saravia!" — agregó. Era un teniente en comisión, y fué el fantasma que me salvó a mí y a cuatro más. ¡Nos salvamos de que nos degollaran por falta de tiempo! Nos desataron para que montásemos a caballo y pudiésemos galopar a la par de ellos. Estaba empapado en sangre; me chorreaba a borbotones y, para contenerla, me puse en el pescuezo la misma faja de los brazos. Así seguí, prisionero, junto con los que nos prendieron. Los otros compañeros eran mozos de Montevideo.

—¿Y los puntazos de las palmas de las manos?

—Son del cuchillo de mi degollador. Cuando a alguno de estos verdugos les cae un oficial, no le degüella de pronto; juega antes con él, como el gato con el ratón. Me puso contra una pared con centinelas de vista, que, en cuanto me hubiese movido, me habrían fusilado; tenía aún las manos libres, y aprovechando mi indefensa actitud, me principió a torear. "Defendete", — me decía, tirándome una puñalada al pescuezo. Por supuesto, abría las manos y se las ponía por delante. ¡El cobarde me clavaba! Una vez que llegamos al campamento del ejército gubernista, no ví más a mi compañero. Ignoro lo que sería de él. A mí me tuvieron en calidad de prisionero, y un joven cirujano, viendo la sangre que me corría del pescuezo, me lo cosió de lástima. No sé qué amor tienen los degolladores, o los que presumen de tales, a los pescuezos de los prisioneros. Casi todos los que pasaban a mi lado me decían, con acento de sanguinaria lujuria: "¡Qué pescuezo!" Algunos me lo acariciaban. A oficiales, que, por su jerarquía, debían estar libres de semejantes apetitos feroces, se les hacía agua la boca, — pero, para honor de las armas, eran

sólo algunos, que denotaban, por las fachas, sus almas desalmadas. Vínoseme la idea de escaparme, y a los pocos días, en un encuentro sobre el río Negro, pude irme con los blancos. Argentino, para mí eran iguales los blancos que los colorados; con cualquiera de ellos habría servido con idéntica pasión o sin ninguna, de la misma manera, — pero no me era lo mismo ser prisionero que voluntario en las filas que abracé, y en las que se me trató con simpatía. ¡Qué casualidad! ¡caí entre mis compañeros de Paysandú! Vivía con la idea de vengarme del ayudante aquél, melenudo; no desaparecía de mi cerebro, y en una descubierta que hicimos una mañana cerca de Mercedes, le reconocí... Eramos pocos; veinte hombres, más o menos de cada parte. Los arrollamos, por nuestras mejores posiciones; huyeron; los perseguimos, porque teníamos mejores caballos; yo iba a rebenque doblado tras de mi ayudante, y conseguí bolearle el caballo... Allí no más rodó, y me vengué...!

Excitado quizá por la narración, — que le retrotraía a su vida de peligros, — recostó nuevamente su cabeza sobre la almohada. El pulso se aceleró, y le noté, en ese instante, un poco de fiebre, — fiebre más bien nerviosa.

Durmió largas horas. A la noche, después de darle más bromuro de potasio y un poco de leche, me senté al lado de su cama. Me tomó nuevamente la mano y prosiguió:

—Patrón: juré vengarme y me vengué...! ¡A mí no se me cruza el rostro con el rebenque, — no se me abofetea!... — y me contó cuánto vió e hizo en la campaña.

Habló cerca de una hora...

"¿Qué me dijo? — Después te lo contaré, lector, despacio, porque no quiero que juzgues sus acciones por tu primera impresión.

III

Yo me quedé, lector, después de lo que oí de sus labios, pálido, atontado, inconsciente... Marchaba casi arrastrando los pies, sin saber dónde iba, como si se me hubiese escapado

el alma. Parecía una víbora que hubiese perdido su veneno. Era, por el momento, otro enfermo.

Pedro siguió tranquilo. El sueño había calmado sus nervios, y sus expansiones conmigo le serenaron, — pero a media noche volvió a tener convulsiones.

Me levanté, — lo asistí, y después quedóse, como la vez anterior, rendido. A la mañana siguiente llamóme la atención, cuando abrió los ojos, su silencio. Me miraba con ojos cristalinos y no hablaba. Cuando le preguntaba algo, me contestaba más bien por un gesto. Parecía un mudo.

Comprendí que debía ponerse bajo asistencia médica. Cuando estaba en el "Molino", no recibía, para estar más en su ambiente, diarios de la Capital. Sólo permitía que me visitase un periódico semanal, titulado "El Noticiero", que salía los lunes en Gualeguaychú, y en el último número había leído que se hallaba allí uno de nuestros mejores médicos. Le escribí inmediatamente, y ¡qué casualidad!... él también quería verme para consultarme sobre unos campos que venía a comprar y que estaban situados cerca de mi colonia. Vino; vió a Pedro, — lo examinó detenidamente; como no tenía tren de regreso hasta el día siguiente, se alojó esa noche, a falta de hotel, en mi "Molino"; oyó, de noche, sus sueños, y al despertarse, volvió a reconocerlo. Antes de irse, diagnosticando, díjome:

—¡Nervioso! — y escribió una receta. Puede darle de esta bebida una cucharada cada tres o cuatro horas. Que se distraiga, — que tome mucha leche y que duerma bien y mucho.

—¿No hay algo de cerebral?

—No veo nada, y los demás órganos andan bien.

Le hablé de su cambio de vida: que, de "Secretario" mío, se convirtió, de la noche a la mañana, en militar, — que, obedeciendo a su temperamento, había arrostrado todos los peligros de la guerra...

—Quizá, esta nueva vida haya operado también un cambio en su constitución... — ¿No afirma Vd. mismo que ha nacido para la guerra?...

—Sí, doctor...

—¡Nervioso!... Déle no más esa bebida; que se distraiga y duerma bien, y desaparecerán todos los síntomas inquietantes.

Le acompañé a la Estación; de regreso, leí la receta... "¡Bromuro de potasio!" Tenía agua de azahar. Nada más. Lo mismo que yo le receté. "¿Su opinión?" — me preguntaréis. No me diagnosticó nada, echándome, en cambio, el discurso consabido de "literatura" médica.

Y, en el fondo, tenía razón: no veía nada específico, y no era adivino.

"¡Los médicos — exclamé al regresar al Molino, — con el pretexto de que no son adivinos, — no ven más que nosotros! — "Si no se ve, se debe, en estos casos delicados, presentir. ¡He ahí el tacto del médico!" — me dije, — porque yo presentía y el médico debe ser superior a un lego. Casi me dijo que Pedro no tenía nada. Es que esa noche no tuvo convulsiones, y, abatido por las de la anterior, durmió relativamente bien. Después que el médico se marchó, le hallé razón: él pronosticaba científicamente, y yo, con la fantasía fundada en el sentimiento, creaba peligros. "¡Si él fuese enfermero y amigo de Pedro como yo, sentiría lo mismo!" — exclamé: ¡El sentimiento es un puente que arroja la imaginación para atravesar los mundos desconocidos!

En una palabra, el corazón siente como el cerebro piensa, y ante los presagios, se encoge en su nido a manera de un ave ante la tempestad. ¿Ve el corazón más allá del cerebro? No, — porque éste produce la idea, que es el relámpago que ilumina el paso de la humanidad, — pero, — vuelvo a repetirlo, — en la noche del dolor, aquél, aguijoneado por los presentimientos, arroja su puente para pasar... ¿A la región de los sueños? Que es la vida, porque, si os fijáis, lector, sus tres cuartas partes sugeridas o no por el sentimiento, se desarrollan dentro de las regiones de la fantasía.

Y como si el diablo fuese el médico de cabecera de Pedro; éste, a las pocas horas de partir el doctor N...., entró en un período extraño, que denotaba, sin duda alguna, gravedad.

Púsose más callado, más inquieto, más agitado. No tenía apetito. Quedóse ese día en cama, y en cuanto cerraba los ojos, soñaba, — se conocía — porque murmuraba y gesticulaba. Veía claramente que el mal misterioso avanzaba, y no debiendo esperar más recursos de aquel paraje, "¿qué hago con Pedro?" — me dije, — porque, por otra parte, tenía urgencia de regresar a Buenos Aires. Yo continuaba enfermo moralmente por los relatos de Pedro, — tanto más que veía las ulterioridades en su salud... En ese instante se ocultaba el sol en el horizonte, y al verle descender entre sus llamas, parecióme que yo languidecía también... ¡Ah, no hay como atravesar por situaciones tristes, para presagiar desgracias! ¡La fantasía se viste con las alas del cuervo!

IV

Esa noche el proceso se desató. En vez de convulsiones, atacáronle pesadillas. Y en una de ellas, principió a gritar. Levantéme. Le hallé, — ¡nunca lo olvidaré!, — sentado en la cama, con los ojos abiertos, relumbrantes, hablando sólo. Habíasele puesto ronca la voz, y, gesticulando, decía, al verme entrar en la pieza: "¿No ven? Ahí van...: el capitán, los prisioneros, el sargento, el rubio, el niño...!". Pálido, desencajado, ojeroso, parecía un resucitado. "¡Vea, patrón, las cabezas...! ¿No las ve? ¡Cómo saltan!" — exclamaba.

Quedéme azorado ante el cambio y, sobre todo, el cuadro. Acerquémele, y al hablarle, como si quisiese despertarle, se asió de mí... Me abrazó, y al preguntarle qué tenía, por qué gritaba así, me respondió: "Ahí viene el padre del niño. ¿Lo reconoce...? ¡Me mata...! ¡Ay, ay! ¡Vea cómo llora la madre!" Le abracé yo también, porque quería salirse de la cama, — y al mirarle el rostro, vi que lloraba. Las lágrimas le corrían a mares. Traté, con caricias afectuosas, de calmarlo, de sosegarlo, y como el llanto desahoga, — me dije: "Llora, llora...". Callóse, — se acostó nuevamente, — recostó la cabeza en la almohada, — tuvo unos estremecimientos, — en seguida, un copioso sudor, — púsosele fría la piel... "Ahora sería opor-

tuno, — me dije, — darle otra cucharada de bromuro para que le facilite el sueño'', — y al ponérsela en la boca, recuerdo que agregué: ''¡No es al cuerpo a quien hay que curar, sino a tí, alma, que has enfermado al cerebro!''.

''¿Cuándo habrá remedios para el alma? ¿Cuántas veces no se enferma ella? ¡Y queremos curar sus males con drogas de botica!'' — me dije. Y comprendiendo que los males morales se curan con afectos, con amor, pasábale la mano por la frente y por el hombro, pronunciando palabras suaves, calmantes. ¡Cómo se serenaba! Quedábase quieto, callado. ¡Cuán noble no es la palma de la mano! El ser más enfurecido, en cuanto siente su blandura y calor, cálmase y se serena. ¡No se serenaría tanto, estoy seguro, ante una imposición o los ruegos más suplicantes! ¿Y la voz tierna, suave?... Es igualmente calmante? ¡Con razón Jesús gobernó al mundo con la mano y con la voz! ''¡Pobre Pedro!'' — exclamé, yéndome a mi cuarto.

Al rato, sentílo agitado. Voy hacia él, y lo hallo nuevamente sentado en la cama, con el cabello erizado, y como lo tenía más bien crespo, las guedejas parecían — ¡oh, Dios mío! — ¡Sanguijuelas! ¡Su cabeza era un nido de víboras! — ¡la cabeza de un mártir! Me aterró, — lo confieso, — y al oirle nuevamente gritar: ''¿No lo ve!... ¡Ahí van, ahí pasan!... ¡Ahí vienen...! ¡Vea, patrón, cómo saltan las cabezas!'' — saqué valor de mi pusilanimidad, y me puse otra vez a calmarlo con el flúido de la mano y de la voz que Dios nos dió para dominar las situaciones más afligentes. Es tan poderoso, a mi juicio, que la fiera más enfurecida quedaríase, al sentirlo, callada, temblando, y el mar airado, sosegado, quieto, tranquilo como un lago! Volvióse a dormir, porque el afecto en estos casos, — vuelvo a repetir, — es más poderoso que todas las drogas. La fuerza dominará, el talento será sublime, pero la bondad triunfa siempre, porque es divina.

Púseme a caminar dentro de mi cuarto, al verme condenado, en medio de mis quehaceres, a permanecer en el ''Molino'' por la enfermedad de Pedro. ''¡Héme aquí de enfermero!'' — me dije. Como la afección, a mi juicio, iba a tener mal

fin, principiaba a preocuparme la responsabilidad de tener recluído a Pedro, porque, a la verdad, era, hasta ese momento, un enfermo clandestino, nada más que porque no quería que nadie supiese la causa de su enfermedad. Después, — como pasa siempre, — se me dirá: "Usted ha tenido la culpa; usted ha debido avisar, etc., etc.", — y para librarme de estos futuros cargos de la graciosa humanidad, decidí compartir... "Yo no tengo la responsabilidad de nada; así es que no tengo con quién compartirla", — me contesté. "¡Yo no hago sino por afecto esta obra de caridad!" — exclamé para mí. Sabiendo ya que en este mundo la gratitud se convierte, por obra y gracia de la injusticia, en responsabilidad, me decidí a dar cuenta..., — pero "¿a quién?" — me pregunté, porque tenía ya bien sabido que Pedro era uno de los tantos huérfanos del universo. "¡Pero ha de tener siquiera algún amigo!" — exclamé, — y seguí dando vueltas, más tranquilo, alrededor de la pieza, porque estaba decidido ya a revelar a alguna buena alma la enfermedad de Pedro, aunque le ocultara, para salvar "falsas interpretaciones", como dicen los litigantes, la causa ocasional de su terrible mal. No tenía tampoco por qué revelar. "¿Iba, por ello, a sanar? ¿Los mismos médicos no curan muchas afecciones ignorando sus causas? Nadie me obligaba tampoco a ello" — me dije — y salí al corredor, más animado, a tomar un poco de aire, como todo aquel que acaba de adoptar, en un asunto que le preocupa, una resolución definitiva.

Eran las doce de la noche... Miré al corredor de enfrente y divisé, entre las sombras, un bulto que caminaba. "¿Un hombre, — un hombre a estas horas?" — me dije. Sí, era un hombre, o lo que llamamos tal todavía en este planeta, es decir, un bípedo implume, adornado de las cualidades intelectuales, morales, etc., etc., que sabéis, — y fijándome después, distinguí al dueño de casa. "Buenas noches, Doctor" — díjome. "Buenas noches" — le respondí. "Este es mi hombre" — me dije, — es decir, quien me dirá cuál es el ser más cercano, por la sangre o el afecto, a Pedro, porque conoce en estos pagos a todos, — y sin más ni más me le acerqué y le estreché la mano.

Era sábado, — se había quedado hasta esas horas jugando a la baraja con sus dependientes y, a semejanza mía, salía también afuera a refrescarse, seguramente por haber perdido algunos pesos. Caminando, caminando, llegamos hasta mi cuarto, y una vez en la puerta, le invité a entrar. "Tengo que hablarle" — le dije. Entró, — le enteré de mi deseo, y me contestó:

—No le conozco ningún pariente ni amigo...

—He oído hablar de un padre...

—¡Padres de la campaña! Sí, un tal Barrientos. Le llaman su padre, — pero es simplemente su padrino. Si lo crió, como dicen, — hace años que no lo ve.

—¿Quién es el tal Barrientos?

—D. Pantaleón Barrientos debe ser anciano ya. Partidario de Urquiza, fué, en su tiempo, Comandante de Milicias en Villaguay. El general le dió un campo para poblar y tuvo cierto ascendiente entre los gauchos de Montiel; después lo desalojaron... Fué un caudillo del paisanaje, — tuvo buena posición, y hoy se ocupa de cuidar parejeros.

¿Dónde está ahora?

—En la costa del Gualeguay, — de aquí diez y ocho leguas.

—¿Qué tal hombre es?

—Es bueno: honorable, serio, goza de excelente reputación y de prestigio todavía.

Los montes de Montiel han sido, hasta hace pocos años, la guarida de todos los malhechores de Entre Ríos. Os podéis imaginar, lector, lo que debiera ser un caudillo de esos "nenes", y como según mi interlocutor, era además honorable y serio, comprendí que, padre legítimo o postizo, era a propósito para serle beneficioso Pedro.

—Yo tengo que ver urgentemente a ese hombre — le dije. — Pedro se puede agravar...

—Perfectamente — me respondió.

—¿Ahora mismo? Pero es de noche, y dista diez y ocho leguas...

Me miró sonriéndose, — como diciendo: "¡Cómo se conoce que Vd. es pueblero y no sabe lo que dice!".

—¿Ahora mismo? — le pregunté.

—En el acto...

—¿Quién iría?

—El hijo de la cocinera.

"¡El hijo de la cocinera!" — me habría dicho en otro tiempo, — despreciando al chasque, — pero me estaba ya acostumbrando a ver hombres y hasta personajes en alpargatas, — y acepté la oferta. El dueño de la casa se fué, — habló con él, y al rato el mensajero se me presentó, rebenque en mano, diciéndome:

—Aquí estoy, señor, — a su disposición.

Era un jovencito bajo, delgado y morocho como Pedro. ¡Lo que son las apariencias! ¡Cualquiera, al verlo, lo habría mirado con indiferencia, cuando si hubiese sido todo lo contrario, es decir, alto, grueso, no habría sido tan a propósito para tal comisión! Comprendí que los Pedros, en el campo, constituyen una raza. Este era un Pedrito. "¡Superior!" me dije. Le enteré del objeto de su viaje; oyó la relación afectuosamente, porque era uno de los tantos admiradores de Pedro, y le dí una tarjeta para Barrientos, en la que le decía que aquél estaba gravísimo y que su presencia era urgente. Le entregué unos pesos para el camino, y despidiéndose de mí, díjome:

—Mañana al aclarar estaré en lo de Barrientos, y llegaremos aquí a la tarde...

El buen gaucho, lector, prefiere la noche para viajar a caballo, — ¡mientras dormiría!, — porque se entretiene menos y hace distancias más largas. Conoce los caminos y sabe también cortar campo. Sólo oí, entre las sombras, su rebencazo al partir. ¡Si hubieses visto el caballo en que se fué! No era tal; pequeño, endeble, merecía el nombre de caballito, — un petizo, — y, peludo, era un verdadero rocín. No habríase dado un comino por él, y si se le hubiese dicho a Pedrito que no llegaría en tal cabalgadura, se habría mofado de la afirmación. Los caballos, en el campo, son como los habitantes: no se debe juzgarlos por la apariencia, — y cuando le pregunté al dueño de casa si no sería mejor el ferrocarril para tal viaje, se me rió, con

su hilaridad, en la cara. Aparte de que habría tenido que estar cinco horas en la Estación Basavilbaso esperando el tren del Paraná, el gaucho, y sobre todo el liviano, cree que el caballo anda más ligero y se ríe sardónicamente de todos los trenes. "¡Adiós!" — volví a decirle entre mí, pareciéndome verle galopar entre las sombras. Cerré la puerta y retorné a mi tarea de enfermero, levantándome veinte veces del lecho, porque Pedro siguió peor. No tuvo más convulsiones, — pero soñaba continuamente y, delirando, gritaba: "¡No ven! Ahí van el Capitán, el Sargento, el rubio, el niño... ¡Vean cómo lloran los padres, los hijos, cómo bailan las cabezas!"

V

Pasé una mala noche, y como no he nacido con ninguna disposición para enfermero, amanecí nervioso, incómodo por la preocupación y la falta de sueño. "¿Ya habrá llegado Pedrito o Pedro II a lo de Barrientos?" — me dije.

—¿Qué le parece...? — le pregunté al dueño de casa, que pasaba en ese momento por el corredor.

—¡Puff! está allá hace horas tomando mate..., salvo que se haya quedado en Mal Abrigo!

Me impacienté, porque donde quiera que me movía dentro de nuestro inmenso territorio, desde Corrientes hasta el Atlántico y desde el Plata a los Andes, me perseguía este nombre. Creo que tenemos más de diez mil Mal Abrigos, y, al fin, no sé si se trata de un camino, de un paso, de un arroyo... Quizá éste fuera un monte, porque toda la campaña está llena de Mal Abrigos. ¡Se sufre mucho de los oídos en esta vida!

Pasé el día dándole al enfermo cucharadas de caldo y leche para sostener sus fuerzas, de bromuro de potasio y calmando con caricias afectuosas sus delirios sanguinarios. Iba cada vez peor. "¿Cuál sería el fin inmediato: ¿la locura o la muerte? — me dije. Un médico mismo, aun conociendo la causa de la afección, no habría podido, por la sintomatología misteriosa, pronosticar nada, porque casos como el de Pedro se desarrollan fuera de la clínica, entre las sombras... de la igno-

rancia generalmente, y si alcanza sus efectos, es decir, si los ve terminar en el manicomio o en la tumba, su origen continúa entre las nieblas del misterio. "¡Sólo entre los indios son posibles ya estos espectáculos!" — exclamé, porque, con toda mi mundana experiencia, era la primera vez que los presenciaba.

Pedro, por su valor temerario, estaba expuesto en el campo, tan lleno de peligros, a que lo matasen; en manera alguna extrañé que se fuese a la revolución oriental; pero nunca me imaginé que se sugestionara con tanta sangre. ¡Ni en la literatura, que contiene hasta la inverosímil, había leído nada semejante! ¡Habías de verle, lector, el rostro a Pedro: ¡era la imagen del horror! Pálido, desencajado, ojeroso, y con las guedejas del cabello erizadas, parecía un resucitado que surgía, horrorizado, de la tumba! Yo no te he dicho, por no horripilarte, lo que, en sus delirios, oí de sus labios. Era espantoso. Además de asustarse de los difuntos que se le aparecían, de llantos de deudos y de cabezas que saltaban, hablaba de muertes, de torrentes de sangre que salían de las carótidas, de agonías, de ayes, que me causaban tanta tristeza como horror, porque sabía que él era otra víctima. Se miraba las palmas de las manos y se las escupía, escondiéndoselas con gestos de horror, creyendo que estaban empapadas de sangre. ¡Salía de su cuarto, después de mucho sufrir, como de un matadero: horrorizado, creyéndome yo también encharcado de sangre!

Tenía, felizmente, bastante experiencia para mantenerme ecuánime dentro de tales impresiones. "¡Oh, la vida!... ¡cuán engañosa es! De a fuera, es una luna plateada, encantada, y, por dentro, un infierno!" — exclamé, — y me puse a leer para pasar las horas. Estaba anonadado, y sugestionado por tanta sangre, me miraba en el espejo las pupilas y las manos también, porque me parecía que las tenía ya... rojas! A la tarde, desencadenóse un fuerte viento, — el cielo se obscureció, — las bandadas de aves volaban en busca de sus nidos y el frío recrudeció. "¡Ya no vendrán!" — me dije, — pero eran ilusiones mías, porque si habían salido de la costa del Gualeguay, esta-

ban ya a cuatro o cinco leguas de distancia. Y encendí la lámpara, porque había anochecido ya en mi cuarto.

No hay en el campo, en las noches frías, un compañero mejor: alumbra y calienta de tal manera, que, al cabo de un rato, la temperatura sube y sube... como si se hubiese prendido una estufa. Seguía leyendo, cobijado a su amable calor, creyendo, a las veces, que ya no venían, cuando el dueño de casa me golpea la puerta que daba al campo, y me dice:

—Ahí vienen...

No los veía, porque no habían llegado aún. El ¿cómo los veía? Salgo afuera, y percibo por las ondulaciones del aire, voces cada vez más claras y un poquito de luz que se apagaba y recrudecía, — seña infalible de que alguno de los que se acercaban venía fumando. "¡Cuán baqueanos son los sentidos!" — diréis. "¡Lo que es el campo!" — exclamo, a mi vez, porque estas cosas sólo se ven en el campo. Cerré la puerta, porque hacía un frío crudo, recio, y seguí esperando, haciendo como que leía, hasta sentir claramente afuera pisadas de caballos, voces extrañas y ruidos de frenos. "¡Son ellos!" — exclamé para mí..., — y la puerta se abrió, apareciendo Pedrito, que, sin más ni más, me dice:

—Buenas noches, señor. Ahí está el señor Barrientos.

"¡Que entre!" — dije entre mí, porque todavía no se había presentado. Me asomo... Deduje en la obscuridad, por el género de ruidos, que se ataban caballos al poste cercano, y me hice para atrás, porque era más diplomático recibirlo adentro.

—¡Adelante! — exclamé, instintivamente, en cuanto franqueó la puerta de mi cuarto.

Confesaré que pocas veces un ejemplar humano me impresionó más y mejor. De la estatura de Carlo Magno, fornido, aparecióse con un gran poncho negro, de forro colorado, arrastrando en las colosales botas unas espuelas enormes y un inmenso rebenque de la mano. Todo era grande en él. Dentro de una serena modestia, tenía un aire solemne, tranquilo, que imponía, atrayente a la vez. En cuanto se descubrió y le tuve cerca, sentado, vi que era negro..., lo que llamamos general-

mente negro, porque no hay nadie del color del alquitrán. Tenía el de marrón subido. De ojos azules, con el cabello y la escasa barba castaños, mostraba en el pescuezo guedejas rubias y parte de piel blanca, para probar que era de nuestra raza. ¿Y el rostro ennegrecido? Un gaucho, mi querido lector, no es tal hasta que no le han quemado los solazos, las heladas y todas las inclemencias del tiempo y de la vida. ¿Un Otelo? Sí, un semblante morisco.

Nos pusimos a conversar mientras le traían mate y saboreaba, gustoso, una porción de un magnífico wisky que tenía reservado para accidentes estomacales.

—Me he permitido, señor Barrientos, mandarlo llamar, porque Pedro ha caído enfermo. Lo hice ver con un médico. Está, a mi juicio, muy grave. Quizá tenga un fin funesto, precipitado, y he querido, para salvar mi responsabilidad, que Vd. se dé cuenta personalmente de su estado y disponga lo que crea conveniente... Me dicen que, en su orfandad, Vd. es con quien tiene más vínculos, el único sobre la tie...

Comprendí, al principio, que no caía en la relación, porque no estaba enterado del nuevo bautismo de Pedro, y como repitiera después: "¡Sí, Gumersindo, Gumersindo!"... — le expliqué que, voluntariamente, prefirió adoptar su segundo nombre, por ser más corto.

—Yo no soy su padre, — me dijo. — Muchos me creerán tal. Lo he criado solamente. Su madre, falleció al darlo a luz, y mi mujer, que era amiga de ella, lo tomó y le crió como hijo suyo, porque no teníamos familia, y su padre era milico y murió en seguida. Con este motivo, fuí su padrino, y después que desapareció mi mujer, crióse a mi lado. He ahí todo. Sé que muchos repiten que soy su padre. Como me trata con el respeto de a tal, y no tengo hijos, me callo... Entretanto, lo he enseñado a trabajar y le he dado buenos ejemplos...

—Así lo he creído siempre... — le respondí.

En esto Pedro, que dormía, exhaló aquellos ayes profundos, tristísimos...

—Ahí está... — le dije.

Y principió a exhalar sus frases terroríficas.

—Puede verlo... — le dije a Barrientos.

Pasó Barrientos, y Pedro, a pesar de estar despierto, no lo reconoció. Los dejé solos. Al rato, oí de mi pieza que Pedro, a sus saludos, le preguntó:

—¿Cómo está, padrino...? — en tono desfalleciente.

Pedro en seguida principió a quejarse, a hablar..., se incorporó..., señaló con la mano, asustado, al Capitán, al Sargento, al rubio, al niño, que pasaban por los muros... "No le ven!" — exclamaba. — "¿Miren cómo revuelven los ojos, como mueren...¡ ¡Oh, la sangre...!" — gritaba horrorizado... "¡Puif, vean cómo saltan las cabezas!" — exclamaba escondiéndose, aterrorizado, entre las cobijas. Y quedóse en seguida dormido... Barrientos permaneció ante su lecho, parado, mirándolo...

Veía, con sus ojos, los síntomas... Extraños, no debieron impresionarlo bien, — pero no podía, ignorando las causas de la afección, conocer su naturaleza, Miraba..., y después de observarlo largamente, vino a mi pieza.

No sé si Barrientos se impresionaría, porque era de aquellos hombres que no traslucían sus sentimientos o ideas. Se sentó, sereno, impasible, y me preguntó desde cuándo estaba enfermo.

Le contesté que así, con tales síntomas, desde hacía algunos días, y agregué: en cuanto llegué lo hallé cambiado, triste, cada vez más abatido. — Todos, — le agregué — le notaron pensativo después de llegar de la guerra... Yo le he cuidado como a un hijo; le tengo, — como Vd. ve, — aquí a mi lado; soy su enfermero, — pero me temo que tenga mal fin...

Barrientos continuaba sereno, imperturbable. Mirándome, me dijo que sabía que Pedro se había ido a la guerra, porque fué a despedirse de él. Nada más, y seguimos hablando de otras cosas.

Conversamos largo. Pedro, entretanto, se despertó varias veces gritando y ofreciendo las mismas escenas, y considerando yo que Barrientos estaría cansado, lo invité a descansar. Salió

afuera, — puso su caballo bajo de una enramada, — dióle pasto, — y se vino cargado con su apero, todo adornado de plata maciza.

Lo invité a que le tendiese en mi pieza o en la de Pedro, — porque la cama de un verdadero gaucho es su recado, — pero no quiso. Se acostó afuera, bajo el corredor. "¡Quiero aire!" — me dijo.

TERRIBLE REVELACION

Una vez que estuve solo, — me puse a pensar, — a pensar en Barrientos. En las pocas horas que habíamos estado juntos, lo calé, — como se dice, — y con los datos que tenía sobre su vida, hallábame ya capaz de hacer su biografía, regida por la más sutil psicología. "Las poblaciones del campo,—me dije, — no saben valorar sus personalidades. — ¡No es extraño, — agregué, — porque ¿cuántos campesinos no se creen pobres, miserables, y son ricos!" Me refería a Barrientos. Aunque no había oído sino elogios de él, estaba admirado de su individualidad y de la significación de su carácter. Era un gaucho, un paisano, en la más genuina y alta acepción. Conocía, en mi experiencia campestre, muchos géneros de gauchos: el gaucho pobre, — el gaucho trabajador, honrado, — el gaucho andariego, guitarrero, cantor, de larga barba y vestido de negro, que hace el papel de viudo, y el gaucho vicioso. Ninguno de éstos, ni todos juntos, dan la idea del alma gaucha forjada en las inclemencias, en los peligros y en la vida libre y cruda del desierto. Y Barrientos, sin habérmelo imaginado antes era, por su presencia, psicología y carácter, el tipo del gaucho ideal, verdadero, realzado por los prestigios del caudillo militar y civil. ¡No esperaba tanto! ¡Bastábame su figura adornada con sus prendas de plata y oro en el carácter!

Inteligente, y con una experiencia acabada sobre los hombres y las cosas, conocía a fondo toda la ciencia del desierto y de su humanidad. Observaba, callado, cuanto le rodeaba, y dábase en el acto cuenta de todo. Sagaz y suficientemente desconfiado para prevenir los peligros, limitábase a mirar, — pero cuando estaba enfrente de ellos, nadie como él para vencerlos.

De la ciudad, ignoraría todo; del desierto, nada; y éste tiene sus ciencias, sus artes y filosofía. Pero era más psicólogo que sabio campestre, aunque nada en el campo, bajo el sol, le era desconocido e impenetrable a su mirada. Encorazada su alma por el carácter, aparecía, a la vista, forrado por su armadura, imponente, subyugador... "A este hombre, que es un hombre verdadero, robustecido por la vida del campo, que todo lo ha visto, que todo lo ha oído, y para quien no había nada extraño, podré comunicarle la causa de la enfermedad de Pedro, lo que me contó y oí en los delirios de sus propios labios! ¡Y un hombre que vivió treinta años en Montiel, caudillo militar todavía!... ¡A éste, sí, puedo confiarle el secreto!..." — me dije.

Montiel ha sido hasta hace poco, que desaparecieron los montes, lo que ciertos bosques famosos de Italia y España: el refugio de todos los malhechores de cien leguas a la redonda. Barrientos ocupaba, en las cercanías, un campo para sus tropillas; de la confianza del General Urquiza, federal hasta la médula, fué nombrado, por su ascendiente sobre el paisanaje, Alcalde, — después, Juez de Paz, — más tarde, Comandante Militar... En tales funciones, sin amparar criminales, defendiendo las haciendas del vecindario honrado de las depredaciones de aquéllos, conquistóse, por la energía de su carácter, el título de caudillo. Era el amigo de los buenos y el terror de los malos. Su nombre era sinónimo de seguridad, de custodia, de amparo para el trabajador. Persiguiendo bandidos, batiéndolos en sus propias guaridas, dándoles caza, castigándolos, enterado de su vida y crímenes, "¡lo que habrá visto!" — exclamaba, — y satisfecho de su experiencia, me agregué: "Debo contarle todo, porque puede hasta darme consejos sobre lo que debo hacer en este caso!"

Viendo en él, desde esta reflexión, más que un confidente, — un consejero, — al día siguiente, como un pretexto para dejarlo solo con Pedro, me fuí en el sulky a dar una vuelta por la colonia. Quería que entretanto se comunicase con él, lo observase y examinase. "¡Puede ser que Pedro le confiese!..." — me dije, — y aunque lo dudaba, — porque a Barrientos le pro-

fesaba respeto, hasta miedo, — tan tenue esperanza me aligeraba ya del cargo de mi revelación. A la tarde, al regresar, díjome Barrientos que Pedro había estado muy agitado, levantándose y profiriendo iguales ayes lastimeros. "Le he notado un poco de fiebre" — agregó.

Le miré. Nos miramos. Y por si había traslucido algo, le pregunté:

—Y... ¿qué le parece... el estado de Pedro?

—"Sí, el estado!... — me dijo.

No me contestó nada más, paseando su mirada azul, agitada por su terrible experiencia.

Y no extrañé su silencio, — porque me estaba acostumbrando a él.

La elocuencia de Barrientos era el silencio, porque, callado, hablaban su apostura, maneras e indumentaria, a punto de que mirándolo solamente leíase en ellas su existencia. Eran sus mejores documentos biográficos. Quedéme, de consiguiente, tan satisfecho como si me hubiese contestado, aunque, — lo confieso, — no traslucí nada en sus miradas. Hablamos después, en cambio, de otras cosas, y a la noche, mientras tomábamos el café, me preguntó:

—¿Y qué dijo el médico?

Le contesté que, en resumidas cuentas, nada, porque imputó todos los síntomas a un estado nervioso.

—¿Y a Vd. qué le parece? — agregó.

Aquí me enlazó de un asta..., — y me fuí corneando hasta la pieza de Pedro, con el pretexto de verlo. "¿Le digo?"— me pregunté. "¡Qué dirá!" — volví a preguntarme, — y envalentonado por la experiencia de Barrientos, le contesté:

—¡Qué me va parecer! ¡Pedro se puso a degollar! — ¡Ahí están los resultados!... — y descargada mi alma al fin de tanto peso, quedéme aligerado, más calmado, — pero, pálido, temblando...

Lo miré a Barrientos. El me miró también. Así estuvimos, mirándonos unos segundos, — y como no despegara sus labios, le pregunté, a mi vez:

—¿Y a Vd. qué le parece? — porque le llegaba su turno de hablar.

—¡No es para todos la bota de potro! — exclamó, sin inmutarse, serenamente...

Yo no me quedé callado, porque creía que me había tocado la hora de callarme y... ¡alguna vez me había de callar!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Leía en el semblante de Barrientos como en un libro, y puedo asegurarte, lector, que su silencio no era aprobación por la conducta de Pedro, sino que no le tomaba de sorpresa. "¡No es para todos la bota de potro!" ¿Qué significaba esta exclamación? ¿Que se daba cuenta del caso? Y al cabo de otro intervalo, agregó:

—El padre padeció de lo mismo...

Es decir, se puso a degollar, — lo que significa que el caso era patológico y estaba también regido por la ley de la herencia...

—¿Y cómo le fué...?

—Murió en seguida... De esto no se sana...

Iba aprendiendo algo. Nunca vi más terriblemente confirmada la sentencia: "Quien a hierro mata, a hierro muere..."

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Barrientos seguía al resplandor de la lámpara, sentado junto a la mesa. Gigantesco, gallardo, envuelto en su poncho patria y con la cintura bandeada por un enorme facón de empuñadura de plata, tenía la apostura imponente de un personaje de Walter Scott. Yo, con la revelación de mi secreto, estaba más libre, — pero me sentía, en su presencia, rebajado, y me paseaba con la frente agachada... ¡Nunca me sentí más pequeño y al gaucho, más grande! Parecióme Barrientos el rey de la pampa.

Conociendo la participación de Pedro en la revolución, me

limité a relatarle sus acciones siniestras. Le contesté que lo tomaron prisionero, que casi fué degollado por completo...

—Puede Vd. ver la herida que tiene en la nuca... ¡Juró vengarse del ayudante! — exclamé.

Le referí que le boleó el caballo, — que lo venció y... lo degolló.

—Después que sus soldados, — agregué, — arrollaron a los del Ayudante, pusiéronse a degollar a los de éste, y Pedro cortó, con su propia mano, el pescuezo a más de la mitad.

—Les entró la fiebre...

—En una pulpería, próxima a la frontera de Río Grande, sorprendió a una partida enemiga, y la pasó, con su gente, toda a caballo. Al incorporarse, después de un desastre, a su regimiento, tropezó, al borde de un arroyo, con gente contraria. Echó, con los suyos, pie a tierra, y como le costara vencerla, hizo degollar, furioso, a los pocos sobrevivientes. El degolló, esa vez, a cinco. Cerca de Paysandú, en una descubierta, derrotó a otra partida y procedió igualmente.

Barrientos escuchaba, sin inmutarse, estos relatos. Le conté una porción de otros incidentes en que intervino Pedro; creía que al verlo cubierto de sangre, de pies a cabeza, se impresionaría: nada... Estaba, cuando lo miré, tranquilo, sereno...

"¡Me confunde la frialdad de este hombre!" — exclamé para mí, — porque no dudaba de su moralidad y seriedad.

Lo miraba, lo miraba, y él, sin bajar la vista siquiera, seguía impasible...

"¿Aprobaba los hechos de Pedro?" me pregunté, en vista de que no protestaba.

Su silencio no significaba desaprobación. ¿Aprobación? Tampoco; simplemente silencio.

Recordarás, lector, que te dije, en cuanto lo conocí, que era un espíritu que no dejaba traslucir en el rostro sus impresiones.

Sin bajar la vista, seguía impasible...

. . . . . .

. . . . . .

—¡No es para todos la bota de potro! — volvió a exclamar. He visto muchos de estos casos. ¡Son muy generales! — agregó.

¿Qué tal el nene? Era precisamente lo que buscaba: luz, luz entre tantas sombras!

—En Montiel los "malevos", agregó, no podían asaltar, saquear, robar y asesinar sin degollar. El degüello era siempre el fin. Y no sólo se acostumbran a él, — porque es un vicio como cualquier otro, — sino que les entra el furor por degollar. ¡Degüellan hasta a los muertos! Se llama la fiebre del degüello, — y cuando, en este estado, pasan algún tiempo sin degollar, se desesperan y son capaces de... degollarse a sí mismos. Conocí a un individuo que, habiendo contraído este vicio en una guerra civil de los vecinos, se retiró a su casa, — sintió allí el desasosiego, y no teniendo a quien degollar, degolló a su propio padre. Algunos continúan en sus tareas hasta que hallan la horma de sus zapatos o se olvidan de ejercitar sus feroces instintos en medio de otras ocupaciones; pero otros, perseguidos sin duda por el arrepentimiento, se enferman moralmente. Principian por entristecerse, ponerse pálidos..., pierden el apetito, el sueño...; se ponen como Pedro... Los que no se mueren, se idiotizan... ¡No es para todos la bota de potro! Pedro ha procedido por herencia, porque su padre,—como le dije, — fué un gran degollador y esta furia se transmite a los hijos. He observado esto en numerosos casos y puedo asegurarle a Vd. que el hijo de degollador, sale, invariablemente, degollador.

Al pronunciar Barrientos estas últimas palabras, Pedro exhaló uno de esos suspiros quejumbrosos, profundos, fúnebres. Me dirigí a su pieza y al verlo en su lecho medio destapado, exámine, pálido, bello, barbi-lampiño, parecióme, a la luz de la lámpara, el ángel de la muerte. ¿Cómo es posible que tanta juventud y belleza puedan contener tantos crímenes? — me dije, — sin pensar que se trataba de un caso de sugestión atávica e inconsciente. "¡Pobre Pedro!" — me agregué, — porque si el perdón, según el cristianismo, es principalmente para los culpables, la ciencia moderna obliga que a los sugestionados no les

tengamos sino lástima, desde que son otras víctimas de las imperfecciones del alma y de sus antepasados. "Pedro, — me dije, — no tiene ninguna culpa, porque no tuvo parte en su organización. Tal nació. Y no era malo y, mucho menos, cruel; desprendido, generoso, era valiente hasta la exageración; la venganza lo llevó a ejecutar lo que quisieron hacer con él; era la ley del Talión, moneda corriente en el ambiente que se respiró; la sangre, como una copa de alcohol, lo embriagó: se sugestionó moralmente; obraron los instintos atávicos, y como, precisamente, no era perverso para recrearse en la soledad con el recuerdo de sus acciones, fué una víctima de sus apariciones. ¡Pobre Pedro!" — exclamé, saliendo afuera, a pesar del frío, sofocado porque me parecía que yo también me ahogaba entre tantos recuerdos sangrientos.

La luna brillaba en todo su esplendor y, mirándola, recuerdo que la tomé por confidente, manifestándole mi extrañeza ante los sucesos raros y extraordinarios en que siempre me hallaba envuelto, con toda mi vulgar existencia y que constituyen mi experiencia hosca y melancólica. "¿No me puse a colonizador?" — "¡Pero esto no es colonización!" ¡Así son las cosas! "¡Sí, — así son las cosas!" — exclamé, por último, en mi monólogo, porque la experiencia está fuera de los umbrales del hogar, y ella es la vida. Entré, — pero no podía asomarme al cuarto de Pedro, porque me parecía que le iba a ver nadando en sangre, — y en cuanto daba vuelta la mirada y la fijaba en Barrientos, quedábame admirado ante su serena impasibilidad, imponente y triunfante. "¡Qué hombres!—¡qué humanidad! ¡Viva el desierto!" — exclamé para mí.

Pedro se halla en el manimocio, en el departamento de los idiotas. ¡No es para todos la bota de potro! — como dijo Barrientos, — y tú, lector, perdónalo, porque fué víctima inconsciente del alma imperfecta, del atavismo y del ambiente.

Nunca me olvidaré de la última vez que lo ví. Estaba en el banco de un corredor, y con el rostro dado vuelta, mirando al sol, hízome acordar al venadito "Giaour" cuando lo entreví en sueños disparando por el campo y diciéndome: "¡No, no!", con

su cabecita. ¿Para qué decir, lector, que no me reconoció? Estaba inconsciente.

De regreso, víneme pensando en su triste destino. ¿Quién diría, — me dije, — que Pedro terminara sus días de semejante manera? Lo lógico era que hubiese muerto en pelea singular o en una batalla. Su estado, casi el de un muerto, era una consecuencia de la guerra, con la diferencia de que en vez de morir de heridas, moría de matar. La sangre que derramaron sus manos embriagó su cerebro y trastornó después su alma. El alma lo mató. ¡Oh, el alma mata, sí, cuando no puede sobrellevar sus preocupaciones! Horada el cuerpo, y la vida se va...

El alma de Pedro se turbó, oscureciéndose, porque precisamente no había nacido para matar. Llevado primeramente por las represalias de la guerra, vengóse del Ayudante; sin experimentar nunca deleites ni fruiciones criminales, la sangre le embriagó, porque, en las guerras desenfrenadas, trastorna a espíritus débiles y dominados por el culto al coraje. "¡No es para todos la bota de potro!" — como dijo Barrientos.

Enemigo de combatir con malos ejemplos, recordaré sin embargo la degollación de San Juan Bautista, la de los inocentes, la de los millares de cristianos en los templos, la de Cromwell a sus enemigos y la de Napoleón, al retirarse de Rusia, para evitar que millares de sus soldados enfermos expiraran hambrientos y sobre el hielo. Entra, en situaciones extremas, como preventivo humanitario, y al que ciertos gauchos, en el campo, llaman despenar. Quiero decir que, aunque se ha cultivado en nuestros países en luchas civiles semi-bárbaras, es importada de Europa, donde se le ha rendido un culto tradicional. En Francia, antiguamente, por ejemplo, no se ponía en práctica sino con los caballeros. Aunque hay una gran diferencia entre mandar y ejecutar, — porque, en el primer caso, se carga sólo con la responsabilidad moral, — perdona, lector, a Pedro, porque fué una víctima de la imperfección humana y del medio en que se crió.

¿Y Pedro? Murió en seguida. "¡No es para todos la bota de potro!" ¡Perdónalo, porque se enloqueció como el plácido ambiente que se transforma en viento y luego en huracán, desgarrando cuanto encuentra a su paso.

SINTETIZANDO

(*Del libro próximo a aparecer "Por las Colonias"*)

Como no he tratado de engañar a nadie, ha surgido de estas páginas la verdad, que he tratado luego de impulsarla, porque sería al fin, la redención del colono, conquistándole siquiera la conmiseración del gobierno y del pueblo. De las descripciones y cuadros, llenos de inconvenientes y fatalidades, la agricultura resulta una labor dura y un negocio aleatorio... Pero tal pasa en todas las faenas, aunque sólo se considere previamente su lado halagüeño, porque después viene la realidad, que obscurece con sus sombras, todo el cuadro, por más brillante que sea. ¿Y qué trabajo en esta vida, no es duro? ¿Y qué negocio no es aleatorio? La tierra se riega, después de arada, es cierto, con el sudor del rostro; pero, ¿comparar el labrador, que trabaja en la superficie terrestre, con el minero, el buzo, el pescador de perlas, etc., etc., que se debaten, sin aire y sin luz, en los abismos y condenándose, rodeados de inminentes peligros, a muerte prematura?... El ve, después de las lluvias, que le habían empapado las carnes, surgir en el espacio el sol universal, que vuelve a iluminar sus surcos, — pero aquéllos siguen envueltos en la tiniebla eterna. ¿Y qué negocio no depende de circunstancias inciertas? Entre la veleidad humana y el cielo, preferible es la de éste, porque, como providencial, es siempre compensadora, mientras que aquella, después de dar la espalda, no vuelve más.

Para atraer la atención del gobierno y del pueblo en favor del colono, no he encontrado mejor medio que la verdad, en contraposición a las exageraciones fantásticas. Imputábame a

ella, por otra parte, mi sinceridad literaria, y que, ocultándola, dosándola con falsas apariencias, no contribuirá sino a perpetuar más la vida precaria del obrero nacional por excelencia, que representa, a la vez, el destino de la riqueza pública. "¡Arad!" — he ahí la palabra que me sale de los labios, y que condensa, asimismo el mejor consejo que un escritor puede dar a los que están en la gleba o se hallen dispuestos a quebrajarla.

¿Qué mejor oficio que el de abrirle a la tierra sus entrañas, confiarle la simiente y fecundarla con el sudor? ¿Hay nada más noble que hacerla producir? La verdadera producción, es la que crea, la que, de la nada o de la simiente infinitesimal, hace surgir flores, arbustos y espigas de cereales nutritivos, a parte del encanto de la misteriosa germinación y explicable sólo por la influencia divina.

La langosta, el granizo, las nevadas, las lluvias, las secas devastan los tallos de las sementeras, y ¿cuándo crecen lozanos y se transforman en trigales dorados? ¿Quién ha salvado la cosecha? El cielo. El colono, agradecido, lo bendice, con la mirada, y desarrolla en su alma el sentimiento hacia un sér superior, que todo lo regula y reparte, y después cree que es Dios. Recibir dádivas celestiales, ¿hay nada más espiritualista y educatriz? La agricultura, por sus relaciones con la esperanza, es esencialmente cristiana y forma hombres creyentes y sanos. Son los fuertes de la Escritura. ¿Y si la cosecha ha sido adversa? Siempre, por la variedad de cereales y la extensión territorial, habrá producción, que el país, para su mantenimiento o exportación, aprovechará. Y producción es riqueza pública, — de modo que si la pérdida ha sido individual y colectiva, el pueblo y el estado recogerán los consiguientes beneficios.

Esto es, realmente, trabajar para el pueblo. Es la tarea más patriótica, porque hasta el último colono tiene la seguridad de llevar su grano de trigo, — ¡sus fanegas! — y derramarlas en el niágara de la producción general. El colonizador, en tal caso, habrá perdido su capital, — el colono, su tra-

bajo, pero simplemente por el momento, porque tras una o varias cosechas malas, vienen también una o varias buenas. Y bien sabido es que basta una superabundante, generosa, de aquellas que derraman el trigo en los caminos y llena el mercado de dinero, para que todos, empresarios y obreros, se resarzan de los perjuicios de muchos años. El espíritu, abatido, iérguese, y los esforzados brazos se preparan a empujar más hondamente el arado y apuntar las faenas del porvenir. ¡Al trabajo, al combate con las fuerzas de la naturaleza! — he ahí el canto íntimo del colono triunfante, a la luz de la esperanza de mejores cosechas todavía.

La pérdida del capital, en las ciudades, torna melancólico a su dueño, y le lleva, por el laberinto de las leyes, a la cesión de bienes, al concordato, a la quiebra, de donde sale más arruinado y abatido aún y desprestigiado. En las colonias, no hay tribunales; las deudas terminan en moratorias y quitas particulares, y el colonizador, en vez de tentar, para rehacerse, otro negocio, sigue arando, sembrando, confiado en mejores tiempos, porque ama la tierra de todo corazón, mientras que el comerciante o el industrial, que no van sino tras el vil metal, divorciados moralmente hasta el odio del comercio o industria a que dedicaron sus fuerzas inútilmente, buscan otros rumbos diferentes. El tendero se convierte en almacenero, el licorista en farmacéutico, y, desmoralizados por su caída, generalmente en almacenero y farmacéutico de mala fe, y otros, desengañados del comercio y la industria, se hacen corredores de cualesquiera cosa o empleados. El colono, sigue arando, confiado en las armonías del espacio, y sobre todo, en Dios. Ama la tierra y a su cabaña, que las malas cosechas y las borrascas respetaron. Aquélla espera su simiente y ésta su amor, porque adentro está su familia, que le ofrece, ansiosa, las dulzuras y préces confortantes del hogar.

Nuestro país es esencialmente fisiocrático, y todo inmigrante, si no representa, por su mentalidad y sabiduría, una cultura superior, debe desembarcar en el puerto y marcharse afuera. Sus armas son la pala y la azada, y su campo de ac-

ción, el desierto. Bastantes nacionales tenemos en las ciudades que fomentan la empleomanía y los oficios seniles. ¡Colonizadores, colonos! — he ahí los extranjeros que necesitamos. Y como en la producción nacional está interesado hasta el patriotismo, porque la estabilidad y crédito dependen hoy de la riqueza pública, todo argentino, en cambio siquiera, de los hectólitros de harina que consume, si no siembra trigo, maíz, avena, lino o cualquier otro cereal de importación, debe producir cualquiera hortaliza y, cada niña, una flor, como símbolo del esfuerzo nacional.

Si en la independencia y la anarquía, y en las luchas contra la dictadura, nuestra arma fué la espada, hoy es el arado. Es el agente de nuestra riqueza fisiocrática, del crédito nacional y de la prosperidad futura. A él le debemos nuestra preponderancia económica, y lo que él no haga, no hará nadie, ni gobierno, ni pueblo, ni instituciones. Es insubstituible.

Si alguna vez se modificara nuestro escudo, déjense las banderas y los cañones, como símbolos del patriotismo y de la fuerza, pero en vez del gorro rojo anarquista y de las manos enlazadas, recuerdo de una anarquía dinástica pasada, pondría unos Andes de trigo, y al fondo, surgiendo, el sol del universo iluminando los horizontes de la patria. Siempre se ha arado; sin siembra y cosecha, es imposible vivir; Adam regó la tierra con el sudor de su rostro, — ¿acaso como una condenación divina? ¡Como una imposición de la existencia! ¿Puédese suponer esta sin la producción?... La antigüedad fué virtualmente agrícola. Los griegos, los fenicios, los romanos, creáronse fama de agricultores, y actualmente, aún en los países de exiguo territorio, como Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Bélgica, las faenas agrícolas revisten carácter nacional. Gran parte de los representantes de las cámaras de los lores y de los comunes son colonizadores, y Estados Unidos, obedeciendo a esta tradición étnica, ha convertido sus mejores y peores desiertos en colonias; y creado, con sus máquinas maravillosas, la agricultura moderna, que ha desterrado los molinos de viento, la luz grecorromana, las eras y todos los engañosos usos pa-

ra aventar y moler el trigo. Hoy domina la maquinaria; es, por su poder, una verdadera artillería, y creada por el genio del hombre, viene a ser, por el poder y su fuerza, el agente impulsor y productor de tanta riqueza universal.

Colonos: seguid arando, que la tierra es próvida, y el cielo, tras de sus inclemencias, manda al que la ara y la siembra sus mejores rayos. ¡Y trabajar a la luz del espacio, entre los cantos de las aves y los pájaros, circundado de gaviotas, es un encanto! El labrador parece, más que un obrero social, un agente divino de la naturaleza. Si las borrascas, algunas veces, lo abaten, lleva en la frente el orgullo de alimentar al mundo. Sin él no hay pan.

INDICE

	Páginas
Prólogo	5
La llegada	15
Mi molino	23
Primera excursión	33
Literatura colonial	41
El colono	47
Cuadro	55
Arando	61
Cuadro	63
Cuadro	65
El soldado colono	69
Cuadro	73
Cuadro	75
La colonia	79
Cuadro	83
Cuadro	85
La siega	91
Cuadro	97
Cuadro	99
La trilla	101
Cuadro	107
Cuadro	109
El molino	115
Cuadro	121
Cuadro	123
Los colonos italianos	129
Cuadro	135
Cuadro	139
Los colonos rusos	143
Cuadro	149
Los enojados de la colonia	153

Páginas

La langosta 159
Cuadro 167
Cuadro 171
Cuadro 177
La aldea rusa 183
Cuadro 187
Cuadro 193
La Capilla 197
Cuadro 203
Cuadro 207
La pulpería de la colonia 211
Cuadro 217
Cuadro 225
El cura 229
Cuadro 234
Cuadro 241
El médico 245
Cuadro 250
Cuadro 258
El maestro 265
Cuadro 271
Cuadro 278
La maestra de la colonia 279
La vaca 284
Un sueño en las colonias 291
El cartero 298
Cuadro 305
Perdido en las colonias 311
La civilización de las colonias 315
Cuadro 329
El desconocido de las colonias 333
Cuadro 341
Cuadro 347
Cuadro 349
Cuadro 355
Cuadro 367
¡Adiós colonias! 379
Epílogo 383
Terrible revelación 413
Sintetizando 423

HD
1516
A7R4

Reynal O'Connor, Arturo
Por las colonias

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY